OBJETIVO PRINCIPAL

(LA FORJA DE LUKE STONE — LIBRO 1)

Jack mars

OBJETIVO PRINCIPAL

(LA FORJA DE LUKE STONE — LIBRO 1)

Jack mars

OBJETIVO PRINCIPAL

(LA FORJA DE LUKE STONE — LIBRO 1)

Jack mars

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDOS

CAPÍTULO VEINTITRES

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO UNO

16 de marzo de 2005

14:45 Hora de Afganistán (5:15 Hora del Este)

Base Aérea de Bagram

Provincia de Paruán, Afganistán

—Luke, no tienes que hacer esto —dijo el Coronel Don Morris.

El Sargento de primera clase Luke Stone se mantuvo en calma dentro de la oficina de Don. La oficina en sí estaba dentro de una gloriosa choza Quonset de metal corrugado, no lejos de donde comenzaba la nueva pista de aterrizaje.

La base aérea era un país de las maravillas con un sonido constante: había excavadoras cavando y pavimentando, trabajadores de la construcción que martilleaban cientos de barracones de madera contrachapada, para reemplazar las tiendas de campaña donde las tropas destacadas aquí habían vivido anteriormente y, por si eso no fuera suficiente, había ataques con cohetes talibanes desde las montañas circundantes y terroristas suicidas en motocicleta que se lanzaban sobre las barreras delanteras.

Luke se encogió de hombros. Su pelo era más largo que el permitido por las directrices militares. Tenía una barba de tres días. Llevaba un traje de vuelo sin ninguna indicación de rango.

—Sólo estoy siguiendo órdenes, señor.

Don negó con la cabeza. Su pelo era negro, entremezclado entre gris y blanco. Su rostro parecía haber sido tallado en granito. De hecho, todo su cuerpo podría haberlo sido. Sus ojos azules eran profundos e intensos. El color de su cabello y las líneas en su rostro eran las únicas señales de que Don Morris había estado vivo en la Tierra durante más de cincuenta y cinco años.

Don estaba empaquetando los escasos enseres de su oficina. Uno

de los fundadores legendarios de las Fuerzas Delta se retiraba del Ejército de los Estados Unidos. Había sido seleccionado para fundar y administrar una pequeña agencia de inteligencia en Washington, DC, un grupo semiautónomo dentro del FBI. Don se refería a él como unas Fuerzas Delta civiles.

—No te atrevas a llamarme señor, —dijo— y si sólo estás siguiendo órdenes, entonces sigue esta: rechaza la misión.

Luke sonrió. —Me temo que ya no eres mi oficial al mando. Tus órdenes no tienen demasiado peso ya. Señor.

Los ojos de Don se encontraron con los de Luke. Los mantuvo allí un largo rato.

—Es una trampa mortal, hijo. Dos años después de la caída de Bagdad, el esfuerzo de guerra en Irak es una cagada total. Aquí, en el país de Dios, controlamos el perímetro de esta base, el aeropuerto de Kandahar, el centro de Kabul y poco más. Amnistía Internacional, la Cruz Roja y la prensa europea, todos están armando jaleo sobre los puntos negros y las prisiones de tortura, incluso aquí mismo, a trescientos metros de donde estamos. Los jefazos sólo quieren cambiar el relato. Necesitan una victoria en mayúsculas. Y Heath quiere una pluma en su gorra. Eso es todo lo que siempre ha querido. Por nada de eso vale la pena morir.

—El Teniente Coronel Heath ha decidido dirigir la incursión personalmente, —dijo Luke. —Me informaron hace menos de una hora.

Los hombros de Don se desplomaron. Luego asintió.

—No me sorprende. —dijo—¿Sabes cómo solíamos llamar a Heath? Capitán Ahab. Se fija en algo, algo así como una ballena y la perseguirá hasta el fondo del mar. Y estará feliz de llevarse a todos sus hombres con él.

Don hizo una pausa. Suspiró.

—Escucha, Stone, no tienes nada que demostrarme; ni a mí, ni a nadie. Te has ganado un permiso. Puedes rechazar esta misión. Demonios, en un par de meses, podrías dejar el Ejército si quisieras y unirte a mí en Washington DC. Eso me gustaría.

Ahora Luke casi se rió. —Don, no todos aquí son de mediana edad. Tengo treinta y un años. No creo que un traje y una corbata y el

almuerzo en mi escritorio, sea lo mío todavía.

Don sostenía una fotografía enmarcada en sus manos. Se cernía sobre una caja abierta. La miró fijamente. Luke conocía bien la foto. Era una instantánea de color descolorido de cuatro jóvenes sin camiseta, Boinas Verdes, haciendo muecas a la cámara antes de una misión en Vietnam. Don era el único de esos hombres que todavía estaba vivo.

—Tampoco es lo mío, —dijo Don.

Miró a Luke de nuevo.

—No mueras allí esta noche.

—No pienso hacerlo.

Don miró de nuevo la foto. —Nadie lo hace, —dijo.

Por un momento, miró por la ventana los picos nevados del Hindú Kush que se alzaban alrededor de ellos. Sacudió la cabeza. Su amplio pecho subía y bajaba. —Tío, voy a echar de menos este lugar.

* * *

—Caballeros, esta misión es un suicidio, —dijo el hombre al frente de la sala. —Y es por eso que envían a hombres como nosotros.

Luke se sentó en una silla plegable, en la sala de reuniones hecha de bloques de cemento; otros veintidós hombres estaban sentados en las sillas a su alrededor. Eran todos operarios de las Fuerzas Delta, lo mejor de lo mejor. Y la misión, como la había entendido Luke, era difícil, pero no necesariamente suicida.

El hombre que daba esta última sesión informativa era el Teniente Coronel Morgan Heath, un comandante tan práctico y entusiasta como el que más. Aun con cuarenta años, estaba claro que las Delta no eran el final del camino para Heath. Se había posicionado en su rango actual y sus ambiciones parecían apuntar hacia un perfil más alto. Política, tal vez un contrato para un libro, quizá una temporada en la televisión como experto militar.

Heath era guapo, estaba muy en forma y era excesivamente impaciente. Eso no era inusual en un miembro de las Delta. Pero

también hablaba mucho. Y eso no era típico de las Delta en absoluto.

Luke lo había visto una semana antes, concediéndole una entrevista a un reportero y a un fotógrafo de la revista *Rolling Stone* y adiestrando a los muchachos sobre las avanzadas capacidades de navegación y sigilo de un helicóptero MH-53J (no era necesariamente información clasificada, pero definitivamente no era el tipo de cosas que quieres compartir con todos).

Stone casi le instó a que lo hiciera. Pero no lo hizo.

No lo hizo, no porque Heath estuviera por encima de él (eso no importaba en las Delta o no debería importar), sino porque se podía imaginar de antemano la respuesta de Heath:

—¿Crees que los talibanes leen revistas de pop americanas, Sargento?

Ahora, la presentación de Heath era tecnología de última generación, comparada con los diez años anteriores, un PowerPoint sobre fondo blanco. Un joven con turbante y barba oscura apareció en la pantalla.

—Todos ustedes conocen a su hombre, —dijo Heath. —Abu Mustafa Faraj al-Jihadi nació en algún momento alrededor de 1970 entre una tribu de nómadas al este de Afganistán o en las regiones tribales del oeste de Pakistán. Probablemente no tuvo educación formal de la que hablar y su familia posiblemente cruzó la frontera como si ni siquiera hubieran estado allí. Al Qaeda corre por sus venas. Cuando los soviéticos invadieron Afganistán en 1979, según todos los informes, se unió a la resistencia como un niño soldado, posiblemente tendría como unos ocho o nueve años. Después de todo este tiempo, décadas de guerra sin descanso y, por alguna razón, todavía respira. Demonios, todavía está vivito y coleando. Creemos que es el responsable de organizar al menos una veintena de importantes ataques terroristas, incluidos los ataques suicidas del pasado octubre en Mumbai y el atentado al USS *Sarasota* en el puerto de Adén, en el que murieron diecisiete marineros estadounidenses.

Heath hizo una pausa para provocar efecto. Miró a todos en la habitación.

—Este tipo es una mala noticia. Cogerlo será la mejor alternativa para derribar a Osama bin Laden. ¿Queréis ser héroes? Esta es vuestra noche.

Heath hizo clic a un botón en su mano. La foto en la pantalla cambió. Ahora era una imagen dividida: a un lado del borde vertical había una toma aérea del complejo de al-Jihadi, justo a las afueras de una pequeña aldea; al otro lado había una representación tridimensional de lo que se creía que era la casa de al-Jihadi. La casa tenía dos pisos, estaba hecha de piedra, construida contra una colina empinada; Luke sabía que era posible que la parte posterior de la casa estuviera conectada a una red de túneles.

Heath inició una descripción de cómo iría la misión. Dos helicópteros, doce hombres en cada uno. Los helicópteros se instalarían en un campo, justo por fuera de las paredes del complejo, descargarían a los hombres, luego despegarían nuevamente y proporcionarían apoyo aéreo.

Los doce hombres del Equipo A, el equipo de Luke y Heath, derribarían las paredes, entrarían en la casa y asesinarían a Al-Jihadi. Si era posible, se llevarían el cuerpo en una camilla y lo devolverían a la base. Si no, lo fotografiarían para su posterior identificación. El Equipo B se quedaría a cargo de defender los muros y del acceso al complejo desde el pueblo.

Los helicópteros volverían a aterrizar y recogerían a ambos equipos. Si por alguna razón los helicópteros no pudieran aterrizar de nuevo, los dos equipos se dirigirían a una antigua base de artillería estadounidense abandonada, en una ladera rocosa a menos de medio kilómetro fuera de la aldea. La recogida se llevaría a cabo allí, o los equipos se mantendrían en la antigua base hasta que la extracción pudiera llevarse a cabo. Luke se sabía todo esto de memoria, pero no le gustaba la idea de atrincherarse en esa antigua base de artillería.

—¿Y si esa base de artillería está comprometida? —dijo.

—¿Comprometida en qué sentido? —dijo Heath.

Luke se encogió de hombros. —No lo sé, dígamelo usted. Una trampa explosiva, custodiada por francotiradores talibanes o utilizada por pastores de ovejas como un lugar para reunir su rebaño.

Alrededor de la sala, algunas personas se rieron.

—Bueno, —dijo Heath —las imágenes más recientes de nuestros satélites muestran el lugar vacío. Si hay ovejas allí arriba, entonces habrá ropa de cama agradable y mucha comida. No se preocupe, Sargento Stone, esto va a ser un ataque preciso de decapitación. Dentro y fuera, desaparecemos casi antes de que se den

cuenta de que estamos allí. No vamos a necesitar la antigua base de artillería.

* * *

—Madre de Dios, Stone, —dijo Robby Martínez. —Tengo un mal presentimiento sobre esto, tío. Mira esta noche, no hay luna, el viento corre frío, aullador. Vamos a morder el polvo, seguro. Vamos a ver el infierno esta noche, lo sé.

Martínez era pequeño, delgado, de semblante afilado. No había una pizca de carne desperdiciada en su cuerpo. Cuando hacía ejercicio con pantalones cortos y sin camisa, parecía un dibujo de la anatomía humana, cada grupo de músculos cuidadosamente delineado.

Luke estaba revisando e inspeccionando su mochila y sus armas.

—Siempre tienes un mal presentimiento, Martínez, —dijo Wayne Hendricks. Estaba sentado al lado de Luke. —Por la forma en que hablas, cualquiera pensaría que nunca antes has visto un combate.

Hendricks era el mejor amigo de Luke en el ejército. Era grande y de cuerpo grueso, como los campesinos del centro-norte de Florida, donde había crecido cazando jabalíes con su padre. Le faltaba el diente delantero derecho: le dieron un puñetazo en una pelea en un bar de Jacksonville cuando tenía diecisiete años y nunca lo reemplazó. Él y Luke no tenían casi nada en común, excepto el fútbol: Luke había sido *quarterback* en su equipo de la universidad, Wayne había jugado como *tight end*. Aun así, encajaron en el mismo instante en que se vieron por primera vez en el comando 75.

Parecía que lo hacían todo juntos.

La esposa de Wayne estaba embarazada de ocho meses. La esposa de Luke, Rebecca, estaba de siete meses. Wayne tenía una niña en camino y le había pedido a Luke que fuera su padrino. Luke tenía un niño en camino y le había pedido a Wayne que fuera el padrino del niño. Una noche, mientras se emborrachaban en un bar a las afueras de Fort Bragg, Luke y Wayne se cortaron las palmas de la mano derecha con un cuchillo serrado y se dieron la mano.

Hermanos de sangre.

Martínez sacudió la cabeza. —Sabes dónde he estado,

Hendricks. Y sabes lo que he visto. De todos modos, no te estaba hablando a ti.

Luke miró por el portón abierto. Martínez tenía razón, la noche era fría y ventosa. El polvo helado soplaba a través de la plataforma, cuando los helicópteros se preparaban para el despegue. Las nubes se deslizaban por el cielo, iba a ser una mala noche para volar.

De todos modos, Luke se sentía confiado. Tenían lo que necesitaban para ganar esta batalla. Los helicópteros eran MH-53J *Pave Lows*, los helicópteros de transporte más avanzados y potentes del arsenal de los Estados Unidos.

Tenían un moderno radar de seguimiento del terreno, lo que significaba que podían volar muy bajo. Tenían sensores infrarrojos para poder volar con mal tiempo y alcanzar una velocidad máxima de 165 kilómetros por hora. Estaban blindados con una armadura, para repeler todo lo que no fuera la artillería más pesada que pudiera tener el enemigo. Y los transportaba el 160º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales del Ejército de EE.UU., de nombre en clave Cazadores Nocturnos, las Fuerzas Delta de pilotos de helicópteros, (probablemente, los mejores pilotos de helicópteros del mundo).

La redada estaba programada para una noche sin luz de luna, de modo que los helicópteros pudieran acceder al área de operaciones a ras de suelo, sin ser detectados. Los helicópteros iban a utilizar el terreno montañoso y las técnicas de contorno táctico para llegar al complejo sin aparecer en el radar y alertar a cualquier persona hostil, (especialmente a los servicios militares y de inteligencia pakistaníes, que se sospechaba que cooperaban con los talibanes para ocultar el objetivo).

Con amigos como los pakistaníes...

Los edificios bajos de la base aérea y la torre de control de vuelo se encogieron ante el asombroso telón de fondo de las montañas cubiertas de nieve. Cuando Luke miró por la compuerta, dos aviones de combate despegaron a medio kilómetro de distancia, el rugido de sus motores era casi ensordecedor. Un momento después, los jets rompieron la barrera del sonido en algún lugar en la distancia. Los despegues fueron ruidosos, pero los estallidos sónicos fueron silenciados por el viento a gran altura.

El motor del helicóptero cobró vida. Las hélices del rotor empezaron a girar, al principio lentamente, luego con una velocidad

creciente. Luke miró a lo largo de la línea. Diez hombres con monos y cascos, sin incluirse a sí mismo, estaban revisando y repasando compulsivamente su equipo. El duodécimo, el Teniente Coronel Heath, estaba recostado en la cabina, en la parte delantera del helicóptero, hablando con los pilotos.

—Te lo estoy diciendo, Stone, —dijo Martínez.

—Te he oído la primera vez, Martínez.

—La buena suerte no dura para siempre, tío, los buenos días se acaban.

—No me preocupo porque, en mi caso, no es suerte, —dijo Wayne. —Es habilidad.

Martínez se burló de eso.

—¿Un gran bastardo gordo como tú? Tienes suerte cada vez que una bala *no* te atraviesa. Eres la cosa más grande y lenta que hay aquí.

Luke reprimió una carcajada y volvió a centrarse en su equipo. Sus armas incluían un rifle de asalto HK416 y un MP5 para peleas cuerpo a cuerpo. Las armas estaban cargadas y tenía munición adicional metida en los bolsillos. Tenía una pistola SIG P226, cuatro granadas, una herramienta para cortar y romper y unas gafas de visión nocturna. Este dispositivo de visión nocturna en particular era el GPNVG-18, mucho más avanzado y con un campo de visión mucho más amplio que las gafas de visión nocturna estándar que se ofrecían a los típicos militares.

Estaba listo para la fiesta.

Luke sintió que el helicóptero despegaba. Miró hacia arriba, estaban en movimiento. A su izquierda, vio el segundo helicóptero, también dejando su plataforma.

—Vosotros dos sois los hombres vivos más afortunados, en lo que a mí respecta, —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Martínez. —¿Eso por qué?

Luke se encogió de hombros y sonrió. —Estás montando conmigo.

* * *

El helicóptero voló bajo y rápido.

Las colinas rocosas zumbaban debajo de ellos, tal vez sesenta metros más abajo, casi lo suficientemente cerca como para tocarlas. Luke observó la profunda oscuridad a través de la ventana. Supuso que se estaban moviendo a más de cien kilómetros por hora.

La noche era negra y volaban sin luces. Ni siquiera podía ver el segundo helicóptero ahí fuera.

Parpadeó y, en su lugar, vio a Rebecca. Ella sí era algo que merecía la pena contemplar. No tanto por los detalles físicos de su rostro y su cuerpo, que eran realmente hermosos, sino por su esencia. En los años que habían estado juntos, él había llegado a ver más allá de lo físico. Pero el tiempo pasaba muy rápido. La última vez que la vio, ¿cuándo fue eso, hace dos meses? Su embarazo acababa de empezar a notarse.

Necesito volver.

Luke miró hacia abajo, a su MP5, que estaba sobre su regazo. Por una fracción de segundo, casi parecía estar viva, como si de repente decidiera comenzar a disparar por su cuenta. ¿Qué estaba haciendo con esta cosa? Tenía un hijo en camino.

—¡Caballeros! —gritó una voz. Luke casi se salió de su cuerpo. Levantó la vista y Heath se paró frente al grupo. —Nos acercamos al objetivo, tiempo estimado unos diez minutos aproximadamente. Acabo de recibir un informe de la base. Los fuertes vientos han levantado un montón de polvo, nos vamos a encontrar con un poco de mal tiempo desde aquí hasta el objetivo.

—Fantástico —dijo Martínez. Miró a Luke, con ojos significativos.

—¿Qué se supone que significa eso, Martínez? —dijo Heath.

—¡Me encanta el clima, señor! —gritó Martínez.

—¿Ah, sí? —dijo Heath. —¿Y eso por qué?

—Aumenta el peligro hasta doce veces. Hace la vida más emocionante.

Heath asintió. —Buen chico. ¿Quieres emoción? Pues parece que podríamos estar aterrizando en condiciones cero-cero.

A Luke no le gustó cómo sonaba eso. Cero-cero significaba cero cielo, cero visibilidad. Los pilotos se verían obligados a dejar que el sistema de navegación del helicóptero les hiciera el avistamiento. Eso estaba bien, lo peor era el polvo. Aquí, en Afganistán, era tan fino que fluía casi como el agua. Podía aparecer a través de las grietas más pequeñas. Podía entrar en los engranajes y en las armas. Las nubes de polvo podían causar apagones, ocultando por completo cualquier obstáculo hostil, que pudiera estar esperando en la zona de aterrizaje.

Las tormentas de polvo acechaban las pesadillas de cada soldado aerotransportado en Afganistán.

Como si fuera una señal, el helicóptero se estremeció y recibió un golpe de viento lateral. Y así, se metieron de lleno dentro de la tormenta de polvo. El sonido fuera del helicóptero cambió; hacía un momento, todo lo que se podía oír era el fuerte zumbido de los rotores y el rugido del viento. Ahora, el sonido del polvo arremolinándose y golpeando el exterior del helicóptero competía con los otros dos sonidos. Sonaba casi como la lluvia.

—¡Informe del polvo! —gritó Heath.

Los hombres estaban en las ventanas, mirando hacia fuera, a la nube que echaba chispas.

—¡Polvo en la rueda de la cola! —gritó alguien.

—¡Polvo en la compuerta de carga! —dijo Martínez.

—¡Polvo en el equipo de aterrizaje!

—¡Polvo en la puerta de la cabina!

En segundos, el helicóptero fue engullido. Heath repitió cada intervención en sus auriculares. Ahora estaban volando a ciegas, el helicóptero atravesaba un cielo espeso y oscuro.

Luke se quedó mirando la arena que golpeaba las ventanas. Era difícil creer que todavía estuvieran en el aire.

Heath se llevó una mano al casco.

—Pirata 2, Pirata 2… sí, copia. Adelante, Pirata 2.

Heath tuvo contacto por radio con el otro equipo de la misión, por dentro de su casco. Al parecer, el segundo helicóptero lo estaba llamando por la tormenta.

El escuchó.

—Negativo a lo de regresar a la base, Pirata 2. Continua según lo planeado.

Los ojos de Martínez se encontraron con los de Luke de nuevo. Sacudió la cabeza. El helicóptero se sacudió y se bamboleó. Luke miró a los hombres en línea. Eran luchadores endurecidos, pero ninguno de ellos parecía ansioso por continuar esta misión.

—Negativo el aterrizaje forzoso, Pirata 2. Te necesitamos en esto...

Heath se detuvo y escuchó de nuevo.

—¿*Mayday*? ¿Ya?

Esperó. Ahora miraba a Luke, sus ojos eran estrechos y duros. No parecía asustado, parecía frustrado.

—Los he perdido. Ese era nuestro apoyo. ¿Alguno de vosotros puede verlos ahí fuera?

Martínez miró por la ventana. Gruñó. Ya ni siquiera era de noche. No había nada que ver fuera, sólo polvo marrón.

—Pirata 2, Pirata 2, ¿me recibes? —dijo Heath.

Esperó un momento.

—Adelante, Pirata 2. Pirata 2, Pirata 2.

Heath hizo una pausa. Ahora escuchaba.

—Pirata 2, informe de estado. Estado…

Sacudió la cabeza y miró a Luke de nuevo.

—Se han estrellado.

Escuchó de nuevo. —Sólo lesiones menores. Helicóptero desactivado, motores muertos.

De repente, Heath golpeó la pared cerca de su cabeza.

—¡Maldita sea!

Miró a Luke. —Hijo de puta. Los muy cobardes, han abandonado. Sé que lo han hecho. Qué casualidad que sus instrumentos han fallado, se han perdido en la tormenta y se han estrellado a siete kilómetros de un campamento de la División de la Décima Montaña. Qué oportuno, van a *caminar* hasta allí.

Hizo una pausa. Se le escapó un suspiro. —¿No es el colmo? Nunca pensé que vería a una unidad de Fuerzas Delta hacer "DD" en una misión.

Luke lo miró. Las siglas DD corresponden a *done deal*. Significaba desaparecer, esconderse, retirarse. Heath sospechaba que los del Pirata 2 pusieron fin a la operación por su cuenta. Tal vez lo habían hecho, tal vez no. Pero podría estar en lo cierto.

—Señor, creo que deberíamos dar la vuelta —dijo Luke. ¾O tal vez deberíamos aterrizar. No tenemos unidad de apoyo y creo que nunca he visto una tormenta...

Heath negó con la cabeza. —Negativo, Stone. Continuamos con unas pequeñas modificaciones: un equipo de seis hombres asalta la casa y otro equipo de seis hombres contiene los alrededores.

—Señor, con el debido respeto, ¿cómo va a aterrizar y despegar de nuevo este helicóptero?

—No hay aterrizaje —dijo Heath. —Nos vamos a deslizar por una la cuerda hacia abajo. Entonces el helicóptero podrá volar en vertical y encontrar la parte más alta de esta tormenta, dondequiera que esté. Podrán volver cuando tengamos el objetivo asegurado.

—Morgan... —comenzó Luke, dirigiéndose a su oficial superior por su nombre de pila, una concesión que sólo podría permitirse en algunos lugares, uno de ellos las Fuerzas Delta.

Heath negó con la cabeza. —No, Stone, quiero a al-Jihadi y voy a cogerlo. Esta tormenta duplica nuestro elemento sorpresa: nunca se esperarán que salgamos del cielo en una noche como esta. Recuerde mis palabras, vamos a ser leyendas después de esto.

Hizo una pausa, mirando directamente a los ojos de Stone. —Tiempo estimado cinco minutos. Asegúrese de tener listos a sus

hombres, Sargento.

* * *

—Está bien, está bien —gritó Luke sobre el rugido de los motores, las hélices del helicóptero y la arena que chocaba contra las ventanas.

—¡Escuchad! —las dos líneas de hombres lo miraban fijamente, con sus trajes y cascos, con las armas listas. Heath lo miraba desde el otro extremo. Eran los hombres de Luke y Heath lo sabía. Sin el liderazgo y la cooperación de Luke, Heath podría tener rápidamente un motín encima. Durante una fracción de segundo, Luke recordó lo que Don había dicho:

Solíamos llamarlo Capitán Ahab.

—El plan de la misión ha cambiado. Pirata 2 está jodido cien por cien. Pasamos al Plan B. Martínez, Hendricks, Colley, Simmons. Venís conmigo y con el Teniente Coronel Heath, somos el Equipo A. Nos meteremos en la casa, eliminaremos cualquier oposición, identificaremos el objetivo y lo eliminaremos. Nos vamos a mover muy rápido, así que estad preparados, ¿entendido?

Martínez, como siempre: —Stone, ¿cómo planeas hacer de esto un asalto de doce hombres? Es uno de veinticuatro hombres...

Luke lo miró fijamente. —He dicho: *¿entendido?*

Varios gruñidos y murmuraciones indicaron que lo entendían.

—Nadie se nos resistirá —dijo Luke. —Si alguien dispara, o siquiera enseña un arma, están fuera de juego. ¿Copia?

Miró por las ventanas. El helicóptero luchaba a través de una tormenta de mierda marrón, moviéndose rápido, pero muy por debajo de su velocidad máxima. La visibilidad de ahí fuera era cero, menos que cero. El helicóptero se estremeció y se sacudió como confirmando esa evaluación.

—Copia —dijeron los hombres a su alrededor. —Entendido.

—Packard, Hastings, Morrison, Dobbs, Murphy, Bailey. Vosotros sois el Equipo B. Equipo B, nos apoyáis y nos cubrís. Cuando bajemos, dos de vosotros protegéis el lugar de aterrizaje, dos controláis el

perímetro cerca de las compuertas. Cuando entremos, dos avanzan y protegen el frente de la casa. También seréis los últimos hombres en salir. Agudizad los ojos, andaos con cuidado. Nadie se mueve contra nosotros. Eliminad toda resistencia, cualquier enemigo posible. Este lugar está destinado a ponerse más caliente que el infierno. Vuestro trabajo es enfriarlo.

Los miró a todos.

—¿Os ha quedado claro?

Le siguió un coro de voces, cada una de diferente profundidad y timbre.

—Claro.

—Claro.

—Claro.

Luke se agachó en la bodega de la tropa. Sintió ese conocido hilo de miedo, de adrenalina, de emoción. Se había tragado una Dexedrina justo después del despegue y estaba empezando a surtir efecto. De repente se sentía más agudo y más alerta que antes.

Conocía los efectos de la droga. Su ritmo cardíaco aumentaba, sus pupilas se dilataban, dejaban entrar más luz y mejoraban su visión. Su audición era más aguda, tenía más energía, más resistencia y podía permanecer despierto durante mucho tiempo.

Los hombres de Luke se sentaban en el filo de sus bancos, los ojos puestos en él. Sus pensamientos iban por delante de su capacidad para hablar.

—Niños —dijo. —Tened cuidado. Sabemos que hay mujeres y niños en el complejo, algunos de ellos familiares del objetivo. No vamos a disparar a mujeres y niños esta noche. ¿Copia?

Voces resignadas respondieron.

—Entendido.

—Copia.

Era inevitable en estas incursiones, el objetivo siempre vivía entre mujeres y niños. Las misiones siempre ocurrían de noche. Siempre había confusión, los niños tendían a hacer cosas impredecibles. Luke

había visto a hombres dudar si matar a niños y luego pagar el precio, cuando los niños resultaban ser soldados que no dudaban en matarlos a ellos. Para empeorar las cosas, sus compañeros de equipo luego matarían a los niños soldados, diez segundos demasiado tarde.

La gente moría en la guerra. Morían repentinamente y con frecuencia por las razones más extravagantes, como no querer matar niños, que morían un minuto más tarde de todos modos.

—Dicho esto, no muráis ahí fuera esta noche. Y no dejéis morir a vuestros hermanos.

El helicóptero siguió avanzando, pasando a través de la oscuridad, que bufaba y chillaba. El cuerpo de Luke se mecía y rebotaba con el helicóptero. Fuera, había suciedad y arena volando alrededor de ellos. Estarían ahí fuera en unos momentos a partir de ahora.

—Si cogemos a estos tipos durmiendo, podríamos tener las cosas fáciles. Seguro que no nos esperan esta noche. Quiero dejarme caer, atrapar al objetivo en diez minutos y subir de nuevo en quince minutos.

El helicóptero se mecía y se sacudía; luchaba por permanecer en el aire.

Luke hizo una pausa y cogió aire.

—¡No dudéis! Tomad la iniciativa y mantenedla. Presionadlos y apretadlos. Haced que tengan miedo, haced las cosas con naturalidad.

Esto después de decirles que vigilaran a los niños. Estaba enviando mensajes contradictorios, lo sabía. Tenía que ceñirse al guión, pero era difícil. Una noche oscura, una tormenta de polvo perturbadora, un helicóptero que se había venido abajo antes de que comenzara la misión y un oficial al mando que no daría media vuelta.

Un pensamiento pasó por su mente, rápido como un láser, tan rápido que casi no lo reconoció.

Abortar. Abortar esta misión.

Miró a las dos líneas de hombres. Ellos le devolvieron la mirada. El entusiasmo normal que estos tipos mostraban estaba ausente. Un montón de pares de ojos miraban por las ventanas.

La arena se esparcía contra el helicóptero. Era como si el helicóptero fuera un submarino bajo el agua, excepto que el agua estaba hecha de polvo.

Luke podía abortar la misión, podía anular a Heath. Estos tipos le seguirían por encima de Heath; eran sus hombres, no los de Heath. La recompensa sería el infierno, por supuesto. Heath iría a por él y Don trataría de proteger a Luke.

Pero Don sería un civil.

Los cargos serían, en el mejor de los casos, una insubordinación y, en el peor, un motín. Un juicio militar estaba prácticamente garantizado. Luke conocía los precedentes: una orden lunática y suicida no era necesariamente una orden ilegal. Perdería cualquier caso de juicio militar.

Seguía mirando a los hombres. Todavía lo estaban mirando. Podía verlo en sus ojos, o pensaba que podía:

Cancélalo.

Luke se sacó eso de la cabeza.

Miró a Wayne. Wayne arqueó las cejas y se encogió de hombros.

Depende de ti.

—Está bien, muchachos —dijo Luke. —Golpead fuerte y rápido esta noche, sin perder el tiempo. Entramos, hacemos nuestro trabajo y volvemos a salir. Confiad en mí, esto no dolerá mucho.

CAPÍTULO DOS

22:01 Hora de Afganistán (13:01 Hora del este)

Cerca de la frontera con Pakistán

Distrito de Kamdesh

Provincia de Nurestán, Afganistán

—¡Vamos! —gritó Luke. —¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Dos gruesas cuerdas descendieron por la compuerta exterior del helicóptero. Los hombres se dejaron caer, luego desaparecieron en el remolino de polvo. Podrían estar a trescientos metros en el aire, o a tres metros por encima del suelo.

El viento aullaba, todo estaba rociado de arena y tierra cortantes. La cara de Luke estaba cubierta por una máscara de gas. Él y Heath fueron los últimos en salir. Heath llevaba una máscara similar: parecían dos supervivientes de una guerra nuclear.

Heath miró a Luke. Su boca se movió debajo de la máscara.

—¡Vamos a ser leyendas, Stone!

Luke presionó el botón verde de *START* en su cronómetro. Sería mejor que esto fuese rápido.

Miró por debajo de él. No podía ver ni una maldita cosa por allí, ni en ningún lado. Todo estaba cuestión de fe. Cruzó por un lado y cayó en una oscuridad sombría. Dos segundos después, tal vez tres, tocó el suelo con fuerza. El aterrizaje envió una onda de choque a través de sus piernas.

Soltó la cuerda y miró a su alrededor, tratando de orientarse.

Heath aterrizó un segundo después.

Hombres con máscaras aparecieron de la penumbra: Martínez y Hendricks. Hendricks hizo un gesto detrás de él.

—¡Ahí está la pared!

Algo grande se alzaba allí. De acuerdo, esa era la pared del complejo. Un par de luces tenues brillaban sobre ella.

Hendricks estaba diciendo algo, pero Luke no podía oírlo.

—¿Qué?

—¡Ellos lo saben!

¿Ellos lo saben? ¿Quién? ¿Qué saben?

Por encima de sus cabezas, el sonido de los motores del helicóptero cambió cuando comenzó a elevarse. De repente, una luz brillante brotó de la parte superior de la pared.

Algo les pasó rozando, chirriando mientras lo hacía.

Un mortero.

—¡Ya vienen! —gritó Luke. —¡Ya vienen!

A su alrededor, vagas sombras se arrojaron al suelo.

Otros dos destellos de luz más fueron lanzaron.

Luego otro.

Luego otro.

¿Cómo lo sabían?

En la oscuridad negra del cielo, algo explotó. Estalló en un naranja y un rojo apagados. En la tormenta de arena, la explosión sonó como el crepitar de un trueno lejano. El helicóptero fue golpeado.

Desde su posición avanzada en el suelo, Luke lo vio dar vueltas en el cielo, una raya naranja contra la negrura. Daba vueltas hacia la derecha, ahora girando. Sus motores rugieron y Luke pensó que podía escuchar el sonido de sus cuchillas.

Whump. Whump. Whump. Whump.

Parecía moverse a cámara lenta, a un lado y hacia abajo. Iluminó la noche como una bengala al pasar sobre el muro de piedra del complejo.

¡BUUUM!

Explotó al otro lado de la pared, dentro del recinto. Una bola de fuego subió dos o tres pisos de altura. Por un instante, Luke imaginó que todo había terminado. El helicóptero derribado, los pilotos muertos. El helicóptero de apoyo inoperante. Estaban atrapados aquí y los talibanes parecían saber que iban a venir.

Pero el helicóptero había explotado dentro del recinto, como una bomba.

Y eso podría darles la iniciativa.

Varios hombres con máscaras yacían cerca.

Martínez, Hendricks, Colley, Simmons. Su equipo.

Heath tenía que estar por aquí en alguna parte.

—¡Arriba! —gritó Luke. —¡Arriba! ¡Vamos!

Se puso de pie, arrastrando a la persona más cercana con él. En un instante, todos estaban en funcionamiento, una docena de hombres, moviéndose rápido. La visión nocturna era inútil. Las luces eran inútiles y atraerían el fuego. Simplemente corrieron, dando vueltas en la oscuridad.

En diez segundos, llegaron a la pared. Luke escogió ir a la izquierda y se dirigió hacia allí, abrazando la piedra. A los pocos segundos, llegó a la entrada. Allí estaba el helicóptero, un apocalipsis. Unas pocas siluetas corrían a la luz de las llamas, alejando a los heridos.

Luke no dudó. Corrió a través de la entrada, con su MP5 fuera. Les dio una ráfaga con la pistola, un estallido de fuego automático. Ahora las siluetas se estaban escapando, de vuelta hacia otra sombra que se avecinaba, las luces haciendo señas en el caos.

La casa.

Sus hombres corrían con él.

Más adelante, las siluetas de los hombres se retiraban corriendo por el pequeño tramo de escaleras hasta la casa de piedra. Luke corrió escaleras arriba detrás de ellos.

Dos hombres se encontraron de cara con la puerta, sacando armas

automáticas de sus hombros. Llevaban largas barbas y el turbante de los talibanes.

¡POP! ¡POP! ¡POP! ¡POP! ¡POP!

Luke disparó sin pensarlo. Los dos hombres cayeron.

De repente, hubo una explosión detrás de él. Miró hacia atrás, era imposible ver lo que estaba pasando. Se metió en la casa. Un instante después, cuatro hombres más aparecieron a su lado: su Equipo A. Tomaron posiciones de tiro en el vestíbulo de piedra, mirando hacia el resto de la casa.

Se quitaron las máscaras de ventilación simultáneamente, casi como si fueran una sola persona. Martínez fue hacia los talibanes derribados y disparó a cada uno en la cabeza. No tocó a ninguno de ellos.

—¡Muerto! —dijo.

Estaba más tranquilo aquí.

—Líder del Equipo B —dijo Luke a través del micrófono de su casco. —¿Estado?

Heath entró corriendo a la casa desde fuera de la oscuridad.

—Líder del Equipo B...

—Estamos conteniendo la puerta principal —dijo una voz dentro del casco de Luke. Era Murphy, su acento del Bronx era inconfundible. —¡Stone! Esto no pinta bien. ¡Ha sido una emboscada! ¡Nos estaban esperando!

—Tú contén la puerta, Murph, saldremos en un par de minutos.

—Será mejor que te des prisa, tío. Alguien sabía que veníamos, no pasará mucho tiempo antes de que vengan más y no puedo ver a más de tres metros delante de mi nariz.

El equipo de Luke ya se había movido más adentro de la casa. El calor entró justo detrás de ellos.

—Aguanta ahí, estamos dentro.

—Hazlo rápido —dijo la voz de Murphy. —No sé si estaremos aquí cuando salgas.

—¡Murphy! ¡Mantén esa puerta! Saldremos enseguida.

—Sí, sí —dijo Murphy.

Luke se volvió hacia el pasillo oscuro.

Apareció otro hombre, un hombre grande con una túnica blanca. Logró alcanzar su gatillo, pero disparó de forma salvaje. Luke se arrodilló, tenía al hombre en el punto de mira.

¡POP! Un círculo rojo oscuro apareció en su pecho.

Parecía sorprendido, pero luego se deslizó, débil, al suelo.

Ahora Luke se movía a través de los oscuros pasillos, escuchando los sonidos de arriba. No tuvo mucho que escuchar.

¡BANG!

Explotó una granada, luego otra.

¡BANG!

Hubo gritos y disparos por delante. Luke se movió lentamente hacia ellos, serpenteando a lo largo de la pared. Ahora había sonidos detrás de él, en el suelo, fuego automático y explosiones.

Luke miró su cronómetro. Llevaban en tierra menos de cuatro minutos y toda la misión ya era un desaguisado.

—¡Stone!

La voz de Murphy otra vez. —Hay problemas. Enemigo a las puertas. Repito: puertas de entrada bajo ataque. Enemigos convergentes, hombres caídos. Hastings ha caído, Bailey ha caído. Estamos retrocediendo hacia la casa.

—Uh, negativo, Equipo B. ¡Contened esas puertas!

—No hay nada que contener —dijo Murphy. ¡Lo están destrozando! Tienen un arma antitanque ahí afuera.

—Aguantad de todos modos, es nuestra única salida.

—¡Maldita sea, Stone!

—Murphy! ¡Contén esas puertas!

Luke corrió más adentro de la casa.

Había gritos justo delante de él. Corrió por una puerta, cruzó el umbral...

Y se topó con una escena de caos total.

Había por lo menos quince personas en una gran sala trasera. Los suelos estaban cubiertos de gruesas alfombras superpuestas. Las paredes estaban bien decoradas con tapices, ornamentados y de colores ricos que representan vastos paisajes: desiertos, montañas, selvas, cascadas.

Simmons estaba muerto. Estaba tendido de espaldas, su cuerpo extendido, sus ojos abiertos, mirando fijamente. Tenía el casco quitado y faltaba un trozo de su cabeza por encima de los ojos. También había dos mujeres muertas y un niño pequeño, un varón, estaba muerto. Tres hombres con túnicas y turbantes estaban muertos. Aquí había habido una masacre, había armas y sangre por todo el suelo.

En la parte posterior, cerca de una puerta cerrada, había una masa de personas de pie. Una multitud de hombres con túnicas y turbantes sostenían niños frente a ellos y apuntaban con los rifles hacia afuera. Detrás de los hombres, otro hombre estaba al acecho: estaba lo suficientemente oculto como para que Luke apenas pudiera verlo.

Él debía ser el objetivo.

Alrededor de la habitación, el equipo de Luke se agachó o se arrodilló, todavía como estatuas, sus armas apuntando hacia el grupo, en busca de un blanco. El Teniente Coronel Heath estaba en el centro de la habitación, su ametralladora MP5 apuntaba a la multitud.

—Está bien —dijo Luke. —Está bien. Que nadie haga na...

—¡Suelten esas armas! —gritó Heath en inglés. Sus ojos eran salvajes, estaba concentrado en una sola cosa: conseguir a esa ballena.

—¡Heath! —dijo Luke. —Relájate, hay niños. Podemos…

—Veo a los niños, Stone.

—Así que vamos a...

Heath disparó, una ráfaga en modo automático.

Al instante, Luke se echó cuerpo a tierra, al estallar los disparos en todas direcciones. Se cubrió la cabeza, se hizo un ovillo y dio la espalda a la acción.

El tiroteo duró varios segundos. Incluso después de detenerse, algunos disparos continuaron, uno cada pocos segundos, como los últimos estallidos de unas palomitas de maíz. Cuando finalmente terminó, Luke levantó la cabeza. El grupo de personas junto a la puerta cerrada yacía en una pila, retorciéndose.

Heath había sido derribado, pero a Luke no le importaba. Heath había sido la causa de esta pesadilla.

Otro de los hombres de Luke había sido derribado, en la esquina. Dios, qué desastre, tres hombres caídos y un número indeterminado de civiles muertos.

Luke se puso de pie. Otros dos hombres se levantaron al mismo tiempo. Uno era Martínez, el otro era Colley. Martínez y Colley se dirigieron hacia la pila de personas cerca de la parte de atrás, moviéndose lentamente, con las armas aún desenfundadas.

Luke miró alrededor de la habitación, había cadáveres por todas partes. Simmons estaba muerto y Heath... tenía un enorme agujero que le perforaba la cabeza donde antes había tenido la cara, el cuerpo no tenía rostro. Luke no sintió nada al respecto. Esta era la misión de Heath, había ido tan mal como era posible y ahora Heath estaba muerto.

Y un hombre más había sido derribado.

Parecía un complicado problema de matemáticas, pero en realidad, era una simple resta que cualquiera podría hacer. La mente de Luke no funcionaba correctamente, lo reconocía: seis hombres habían entrado aquí. Heath y Simmons estaban muertos. Martínez, Colley y Stone todavía seguían de pie. Eso significaba que el último hombre que había caído sólo podía ser...

Luke corrió hacia el hombre. Sí, era él, era Hendricks. Wayne.

WAYNE.

Todavía se estaba moviendo.

Luke se arrodilló junto a él y se quitó el casco.

Los brazos y piernas de Wayne se movían lentamente, casi como si estuviera pisando agua.

—¡Wayne! ¡Wayne! ¿Dónde te han dado?

Los ojos de Wayne se pusieron en blanco, buscando a Luke. Sacudió la cabeza y empezó a llorar. Respiraba pesadamente, casi jadeando en busca de aire.

—Oh, amigo... —dijo Wayne.

—¡Wayne! Háblame.

Fervorosamente, Luke comenzó a desabrochar el chaleco antibalas de Wayne.

—¡Un médico! —gritó. —¡Un médico!

Un instante después, Colley estaba allí, arrodillado detrás de él. —Simpson era el médico; yo soy el de apoyo.

Wayne había sido alcanzado en el pecho. De alguna manera, la metralla se había metido por debajo de su chaleco. Las manos de Luke lo palparon. También había recibido un disparo en la parte superior de la pierna y eso era peor que en el pecho, con diferencia. Sus pantalones estaban empapados de sangre. Su arteria femoral debía haberse dañado. La mano de Luke salió chorreando sangre, había sangre por todas partes. Había un charco bajo el cuerpo de Wayne, era un milagro que todavía estuviera vivo.

—Díselo a Katie —dijo Wayne.

—¡Cállate! —dijo Luke. —Vas a decírselo tú mismo.

La voz de Wayne era apenas un susurro.

—Cuéntaselo…

Wayne parecía estar mirando algo muy lejano. Se lo quedó mirando y luego tuvo que mirar dos veces, como si estuviera confundido por lo que estaba viendo. Un instante después, sus ojos se quedaron inmóviles.

Se quedó mirando a Luke. Su boca estaba floja, no había nadie.

—Oh Dios, Wayne. No.

Luke miró a Colley, como si le viera por primera vez. Colley parecía joven, apenas lo bastante mayor para afeitarse. Eso no podía ser, por supuesto. El hombre estaba en las Fuerzas Delta, era un asesino entrenado, un profesional consumado. Pero su cuello parecía tan grueso como el antebrazo de Luke. Parecía como si estuviera nadando vestido.

—Hazle un chequeo —dijo Luke, aunque ya sabía lo que diría Colley. Se reclinó en una posición con las piernas cruzadas y se quedó sentado así durante un largo rato. Tuvieron un día libre en la Academia Militar una vez. Un grupo de muchachos estaba jugando un partido de fútbol. Era un día caluroso y el partido era camisetas contra sin camisetas. Luke se pasó el partido apuntando rayos láser a este paleto grande, gordo y malhablado, al que le faltaba un diente en la parte frontal.

—Wayne.

—Se ha ido —dijo Colley.

Así, Wayne estaba muerto. El hermano de sangre de Luke, el padrino del hijo nonato de Luke. Luke dejó escapar un largo suspiro de impotencia.

En la guerra, Luke lo sabía, las cosas eran así. En un segundo, tu amigo, o tu hermana, o tu esposa o tu hijo, estaban vivos. Al segundo siguiente, se habían ido. No había manera de echar atrás ese reloj, ni siquiera un segundo.

Wayne estaba muerto. Estaban muy lejos de casa y esta noche acababa de empezar.

—¡Stone! —dijo Martínez.

Luke se puso de pie una vez más. Martínez estaba de pie junto a la pila de cadáveres que una vez habían protegido al objetivo. Todos ellos parecían estar muertos, todos menos uno, el hombre que se había quedado escondido detrás. Era alto, todavía joven, con una larga barba negra, un poco salpicada de gris. Yacía entre los caídos, lleno de agujeros, pero vivo.

Martínez le apuntó con una pistola.

—¿Cuál es el nombre del tipo? ¿El que estamos buscando?

—¿Abu Mustafa Faraj al-Jihadi? —dijo Luke. No era realmente

una pregunta. No era nada, solo una cadena de sílabas.

El hombre asintió, no dijo nada. Parecía que tenía dolores.

Luke sacó una pequeña cámara digital de dentro de su chaleco. La cámara estaba cubierta de goma dura. Podrías estrellarla contra el suelo y no se rompería. Jugueteó con ella un segundo y luego tomó unas cuantas fotos del hombre. Comprobó las imágenes antes de apagar la cámara. Estaban bien, no exactamente de una calidad profesional, pero Luke no trabajaba para el *National Geographic*. Todo lo que necesitaba era una prueba. Miró con desprecio al líder terrorista.

—Lo tenemos —dijo Luke. —Gracias por jugar.

¡BANG!

Martínez disparó una vez y la cabeza del hombre se hizo pedazos.

—Misión cumplida —dijo Martínez. Sacudió la cabeza y se alejó.

La radio de Luke crepitaba.

—¡Stone! ¿Dónde estás?

—Murphy. ¿Cuál es la situación?

La voz de Murphy se entrecortaba. —Está habiendo un baño de sangre aquí. He perdido a tres hombres, pero nos hemos apoderado de una de sus armas grandes y nos hemos abierto paso. Si queremos salir de aquí, tenemos que irnos AHORA MISMO.

—Saldremos en un minuto.

—Yo no tardaría tanto tiempo —dijo Murphy. —No, si quieres vivir.

* * *

Seis hombres corrían por el pueblo.

Después de toda esa lucha, el lugar era como un pueblo fantasma. En cualquier momento, Luke esperaba disparos o cohetes que salieran chirriando de las pequeñas casas, pero no pasó nada. Ni siquiera parecía haber gente aquí.

De vuelta por donde habían venido, el humo se elevaba. Las paredes del recinto habían sido destruidas. El helicóptero aún ardía, las llamas crepitaban en medio de un silencio inquietante.

Luke podía oír la respiración pesada de los otros hombres, corriendo cuesta arriba con su equipo y sus armas. En diez minutos, llegaron a la antigua base de operaciones avanzadas, en la ladera rocosa fuera de la aldea.

Para sorpresa de Luke, el lugar estaba bien. No había suministros escondidos allí, por supuesto, pero los sacos terreros todavía estaban en su lugar y la ubicación daba una vista imponente del área circundante. Luke podía ver las luces encendidas en las casas y el helicóptero en llamas.

—Martínez, mira a ver si puedes localizar a Bagram por radio. Necesitamos una extracción, el juego del escondite ha terminado. Diles que envíen una fuerza imperiosa. Tenemos que volver a entrar en ese complejo y sacar a nuestros hombres.

Martínez asintió. —Te lo dije, tío, a todos se nos acaba la suerte.

—No me lo digas, Martínez, sácanos de aquí, ¿vale?

—Está bien, Stone.

Era una noche oscura. La tormenta de arena había pasado, todavía tenían armas. A lo largo de la muralla llena de arena, sus hombres cargaban municiones y revisaban el equipo.

No era imposible que...

—Murphy, enciende una bengala hacia arriba —dijo. —Quiero echar un vistazo a lo que nos estamos enfrentando.

—¿Y revelar nuestra posición? —dijo Murphy.

—Creo que, probablemente, ya saben dónde estamos —dijo Luke.

Murphy se encogió de hombros y reventó una bengala en mitad de la noche.

La llamarada se movió lentamente a través del cielo, proyectando sombras espeluznantes sobre el terreno rocoso que quedaba por debajo. El suelo casi parecía estar hirviendo. Luke se quedó mirando fijamente, tratando de darle sentido a lo que estaba viendo. Allí abajo

había mucha actividad, era como una granja de hormigas o una plaga de ratas.

Había hombres, cientos de hombres se movían metódicamente, sus equipos y sus armas tomando posición.

—Supongo que tienes razón —dijo Murphy. —Saben que estamos aquí.

Luke miró a Martínez.

—Martínez, ¿cuál es la situación de esa extracción?

Martínez sacudió la cabeza. —Dicen que es inútil. No hay más que terribles tormentas de arena entre la base y aquí. Cero visibilidad. Ni siquiera pueden elevar los helicópteros en el aire. Dicen de aguantar hasta por la mañana. Se supone que el viento se calmará después de la salida del sol.

Luke lo miró fijamente. —Tienen que intentarlo.

Martínez se encogió de hombros. —No pueden. Si los helicópteros no vuelan, los helicópteros no vuelan. Ojalá hubieran llegado esas tormentas antes de que nos fuéramos.

Luke se quedó mirando a la masa de talibanes en las colinas debajo de ellos. Se volvió hacia Martínez.

Martínez abrió la boca como para decir algo.

Luke lo señaló. —No lo digas, sólo prepárate para pelear.

—Siempre estoy listo para pelear —dijo Martínez.

Los disparos comenzaron unos instantes después.

* * *

Martínez estaba gritando.

—¡Están llegando desde todas direcciones!

Sus ojos estaban muy abiertos, sus armas se habían agotado. Había cogido un AK-47 de un talibán y estaba acosando a todos los que cruzaban el muro. Luke lo miró con horror. Martínez era

una isla, un pequeño bote en un mar lleno de combatientes talibanes.

Y se estaba hundiendo, estaba desapareciendo, debajo de una pila.

Estaban tratando de sobrevivir hasta el amanecer, pero el sol se negaba a salir. Las municiones se habían acabado, hacía frío y Luke iba sin camiseta. Se la había arrancado en el calor del combate.

Los combatientes talibanes, con turbante y barba, se abalanzaban sobre los muros del puesto de avanzada. Los hombres gritaban a su alrededor.

Un hombre se acercó al muro con un hacha de metal.

Luke le disparó en la cara. El hombre cayó muerto contra los sacos terreros, ahora Luke tenía el hacha. Se metió entre los combatientes que rodeaban a Martínez, balanceándose de forma salvaje. Había sangre esparcida. Los hizo picadillo, a golpe de hacha.

Martínez reapareció, de nuevo en pie, apuñalando con la bayoneta.

Luke enterró el hacha en el cráneo de un hombre, tan profundo, que no pudo sacarla. Incluso con la adrenalina en su cuerpo, no le quedaban fuerzas. Miró a Martínez.

—¿Estás bien?

Martínez se encogió de hombros. Señaló los cuerpos a su alrededor. —He estado mejor antes, también te lo digo.

Había un AK-47 a los pies de Luke. Lo recogió y miró la munición. Vacío. Luke la tiró y sacó su pistola. Disparó hacia la trinchera, que estaba invadida por enemigos. Una fila de ellos corría en esa dirección. Otros más vinieron deslizándose, dejándose caer, saltando por encima del muro.

¿Dónde estaban sus hombres? ¿Alguien más estaba vivo?

Mató al hombre más cercano de un tiro en la cara. La cabeza explotó como un tomate *cherry*. Agarró al hombre por la túnica y lo sostuvo como si fuera un escudo. El hombre sin cabeza era ligero, era como si el cadáver fuera una armadura vacía.

Mató a cuatro hombres con cuatro disparos. Siguió disparando.

Luego se quedó sin balas otra vez.

Un talibán iba cargando un AK-47, con la bayoneta ajustada. Luke empujó el cadáver hacia él, luego lanzó su arma como un hacha de guerra. Rebotó en la cabeza del hombre, distrayéndolo por un segundo. Luke utilizó ese tiempo para entrar en modo de ataque, deslizándose a lo largo del borde de la bayoneta. Metió dos dedos en los ojos del hombre y tiró.

El hombre gritó. Se llevó las manos a la cara. Ahora Luke tenía el rifle. Apuñaló a su enemigo en el pecho, dos, tres, cuatro veces. Lo empujó profundamente.

El hombre sopló sus últimas palabras en el rostro de Luke.

Las manos de Luke vagaban por el cuerpo del hombre. El cadáver fresco tenía una granada en el bolsillo del pecho. Luke la agarró, la sacó y la arrojó por encima del terraplén a las hordas que se aproximaban.

Él se tiró al suelo.

BUUUM.

La explosión fue *justo allí*, rociando tierra, rocas, sangre y huesos. La pared de sacos de arena se derrumbó sobre él.

Luke se puso de pie, sordo ahora, con los oídos zumbándole. Comprobó el AK. Vacío. Pero todavía tenía la bayoneta.

—¡Vamos, bastardos! —gritó. —¡Venga!

Más hombres venían por el muro y los apuñaló en un estado de frenesí. Los despedazó y los desgarró con sus propias manos. Les disparó con sus propias armas.

Un hombre se acercó a lo que quedaba de la muralla. No era un hombre, más bien era un niño, no tenía barba. No necesitaba una navaja de afeitar, su piel era suave y oscura, sus ojos marrones estaban redondos de terror. Apretó las manos contra su pecho.

Luke se enfrentó a este niño, el niño quizás tenía catorce años. Había más que venían detrás de él. Se deslizaron y se estrellaron contra la barrera. El pasadizo estaba repleto de cadáveres.

¿Por qué están sus manos puestas así?

Luke sabía por qué, era un terrorista suicida.

—¡Granada! —gritó Luke, incluso aunque no hubiera nadie vivo para escucharlo.

Se lanzó hacia atrás, cavando debajo de un cuerpo, luego de otro. Había tantos, se arrastró y se arrastró, cavando hacia el centro de la Tierra, colocando una manta de hombres muertos entre él y el niño.

¡BUUUM!

Oyó la explosión, amortiguada por los cuerpos y sintió la ola de calor. Escuchó los gritos de la siguiente ola de muerte. Pero entonces vino otra explosión y otra.

Y otra.

Luke estaba decayendo por las conmociones cerebrales. Tal vez había sido golpeado, tal vez se estaba muriendo. Si esto era morirse, no era tan malo, no había dolor.

Pensó en el niño: un adolescente flaco, ancho por el medio, como un hombre con torso fornido. El niño llevaba un chaleco suicida.

Pensó en Rebecca, por ahí con el niño.

La oscuridad se lo llevó.

* * *

En algún momento, el sol había salido, pero no había calor en él. La lucha se había detenido por alguna razón y él no podía recordar cuándo, o cómo, había terminado. El terreno era escarpado y duro. Había cadáveres por todas partes. Hombres flacos y barbudos yacían por todo el suelo, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente.

Luke. Su nombre era Luke.

Estaba sentado encima de un montón de cuerpos. Se había despertado debajo de ellos y se había arrastrado desde debajo de ellos como una serpiente.

Habían sido apilados ahí como trozos de leña. No le gustaba sentarse sobre ellos, pero era conveniente. Era lo suficientemente alto

como para darle una visión de la colina, a través de los restos del muro de sacos terreros, pero lo mantenían lo suficientemente bajo como para que nadie, excepto un francotirador muy bueno, pudiera dispararle.

Los talibanes no tenían muchos francotiradores que fueran muy buenos. Algunos, pero no muchos y la mayoría de los talibanes de por aquí, ahora parecían estar muertos.

Cerca, vio a uno que se arrastraba cuesta abajo por la colina, dejando una línea de sangre, como el rastro de babas que sigue a un caracol. Realmente debería salir y matar a ese tipo, pero no quería arriesgarse a ponerse al descubierto.

Luke se miró a sí mismo, no tenía buen aspecto. Su pecho estaba teñido de rojo, estaba empapado en la sangre de los hombres muertos. Su cuerpo temblaba de hambre y de agotamiento. Se quedó mirando las montañas circundantes, que aparecían ante su vista a medida que el día se iluminaba. Realmente era un bonito día, este era un país hermoso.

¿Cuántos más había por ahí? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que llegaran?

Sacudió la cabeza. No lo sabía. En realidad no importaba. Ninguno en absoluto probablemente sería demasiado.

Martínez estaba tendido de espaldas, cerca de la zanja. Estaba llorando y no podía mover las piernas. Había tenido suficiente, quería morirse. Luke se dio cuenta de que llevaba un rato ignorando a Martínez.

—Stone —dijo. —Oye, Stone. ¡Oye! Mátame, tío, simplemente mátame. Oye, ¡Stone! ¡Escúchame, tío!

Luke estaba entumecido.

—No voy a matarte, Martínez, te pondrás bien. Vamos a salir de aquí y los médicos te van a ayudar. Así que vale ya... ¿de acuerdo?

Cerca de allí, Murphy estaba sentado en un peñón de rocas, mirando al vacío. Ni siquiera estaba intentando ponerse a cubierto.

—¡Murph! Baja de ahí. ¿Quieres que un francotirador te dé con una bala en la cabeza?

Murphy se volvió y miró a Luke. Sus ojos simplemente estaban... idos. Sacudió la cabeza. Un suspiro profundo escapó de él, sonaba casi como una risa. Se quedó justo donde estaba.

Mientras Luke le observaba, Murphy sacó una pistola. Era increíble que todavía tuviera un arma encima. Luke había estado luchando con sus manos desnudas, con piedras y con objetos afilados durante...

No sabía cuánto tiempo.

Murphy puso el cañón de la pistola a un lado de su cabeza, mirando a Luke todo el tiempo. Apretó el gatillo.

Clic.

Apretó el gatillo unas cuantas veces más.

Clic, clic, clic, clic... clic.

—Descargada —dijo.

Tiró el arma lejos. Cayó estrepitosamente colina abajo.

Luke miró el arma rebotar. Parecía durar más de lo que él nunca hubiera esperado. Finalmente, se deslizó hasta detenerse en un pedregal de rocas sueltas. Miró a Murphy de nuevo. Murphy simplemente se quedó sentado allí, mirando a la nada.

Si venían más talibanes, estarían acabados. A ninguno de estos tipos les quedaban muchas fuerzas y la única arma que Stone aún tenía era la bayoneta doblada en sus manos. Por un momento, pensó distraídamente en rebuscar entre algunos de estos tipos muertos en busca de armas. No sabía si le quedaban fuerzas para ponerse en pie. Puede que, en su lugar, tuviera que arrastrarse.

Una línea de insectos negros apareció en el cielo desde muy lejos. Supo lo que eran en ese mismo instante, helicópteros. Helicópteros militares de los Estados Unidos, probablemente Halcones Negros. La caballería se acercaba, pero Luke no se sintió ni bien, ni mal por ello.

No sintió nada en absoluto.

CAPÍTULO TRES

19 de marzo

De noche

Un avión sobre Europa.

—¿Están ustedes cómodos?

—Sí, señor —dijo Luke.

Murphy no respondió. Se sentó en un sillón reclinable al otro lado del estrecho pasillo de donde estaba Luke, mirando por la ventana a la vacía oscuridad. Estaban en un pequeño *jet*, decorado casi como si fuera la sala de estar de alguien. Luke y Murphy se sentaban en la parte de atrás, mirando hacia adelante. Al frente había tres hombres, incluido un coronel de las Fuerzas Delta y un general condecorado del Pentágono. También había un hombre vestido de civil.

Detrás de los hombres había dos boinas verdes, en posición vigilante.

—¿Especialista Murphy? —dijo el general. —¿Está cómodo?

Murphy bajó la persiana de la ventanilla. —Sí, estoy bien.

—Murphy, ¿sabe cómo hay que dirigirse a un oficial superior? —dijo el coronel.

Murphy se apartó de la ventanilla. Miró directamente a los hombres por primera vez.

—Ya no estoy en su ejército.

—En ese caso, ¿por qué está en este avión?

Murphy se encogió de hombros. —Alguien me ofreció dar un paseo. No hay muchos vuelos comerciales que salgan de Afganistán en estos días, así que pensé que sería mejor coger este.

El hombre vestido de civil miró hacia la puerta de la cabina.

—Si ya no está en el ejército, supongo que siempre podríamos pedirle que se fuera. Por supuesto, hay un largo camino hasta el suelo.

Murphy siguió los ojos del hombre.

—Hazlo, te prometo que vendrás conmigo.

Luke sacudió la cabeza. Si esto fuera un patio de recreo, casi sonreiría. Pero esto no era un patio de recreo y estos hombres estaban extremadamente serios.

—Está bien, Murph —dijo. —Cálmate un poco. Yo estaba en esa colina contigo y nadie de este avión nos puso allí.

Murphy se encogió de hombros. —Está bien, Stone. —miró al general. —Sí, estoy cómodo, señor. Muy cómodo, gracias.

El general miró los papeles que tenía delante.

—Gracias, caballeros, por su servicio. Especialista Murphy, si está interesado en que se le dé de baja en sus obligaciones de forma anticipada, le sugiero que lo comente con su comandante cuando regrese a *Fort Bragg*.

—De acuerdo—, dijo Murphy.

El general miró hacia arriba. —Como saben, esta ha sido una misión difícil, que no ha ido exactamente como se había planeado. Me gustaría aprovechar la oportunidad para familiarizarme con los hechos ocurridos en esta incursión. Tengo los registros del informe de la misión, de cuando ambos regresaron a Bagram. Según el testimonio y la evidencia fotográfica, reconozco que la misión en general ha sido un éxito. ¿Estaría de acuerdo con eso, Sargento Stone?

—Eh... si por la misión en general, se refiere a encontrar y asesinar a Abu Mustafa Faraj, entonces sí, señor. Supongo que ha sido un éxito.

—Eso es lo que he querido decir, Sargento. Faraj era un peligroso terrorista y el mundo es un lugar mejor, ahora que se ha ido. ¿Especialista Murphy?

Murphy miró al general. A Luke le quedó claro que Murphy ya no estaba allí. Estaba mejor que la mañana siguiente a la batalla, pero no

mucho.

—¿Sí? —dijo.

El general apretó los dientes. Miró a los hombres a su izquierda y su derecha.

—¿Cuál es su evaluación de la misión, por favor?

Murphy asintió. —Oh. ¿La que acabamos de hacer?

—Sí, Especialista Murphy.

Murphy tardó varios segundos en responder, parecía estar pensando en ello.

—Bueno, perdimos a nueve chicos de las Delta y dos pilotos de helicópteros. Martínez está vivo, pero tiene los huevos revueltos. Además, matamos a un grupo de niños, según me han dicho, e incluso a algunas mujeres. Había montones de tipos muertos en el suelo. Me refiero a cientos de chicos muertos. Y supongo que allí también había un famoso terrorista, pero nunca lo llegué a ver, así que... algo a lo estamos acostumbrados, supongo que se podría decir. Parece que es así cómo van estas cosas. Este no ha sido mi primer rodeo, si sabes a qué me refiero.

Miró a Luke al otro lado del pasillo.

—Stone parece estar bien. Y con respecto a mí, no me he hecho ni un rasguño. Podría decir con seguridad que ha ido bien.

Los oficiales miraron a Murphy.

—Señor —dijo Luke. —Creo que lo que el Especialista Murphy está intentando decir y verá en mi testimonio que estoy de acuerdo, es que la misión estaba mal concebida y probablemente mal supervisada. El Teniente Coronel Heath era un hombre valiente, señor, pero tal vez no fuera un estratega o un táctico muy bueno. Después de que se estrellara el primer helicóptero, le pedí que abortara la misión y se negó. También fue responsable personalmente de la muerte de varios civiles y probablemente de la muerte del cabo Wayne Hendricks.

De forma absurda, decir el nombre de su amigo casi hizo llorar a Luke. Los estaba disgustando de nuevo, este no era el momento ni el lugar.

El general volvió a mirar su papeleo. —¿Y, sin embargo, está de acuerdo en que la misión ha sido un éxito? ¿El objetivo de la misión ha sido alcanzado?

Luke pensó en eso un largo rato. En el sentido militar propiamente dicho, habían logrado el objetivo de la misión, eso era cierto. Habían matado a un terrorista que estaba en busca y captura y tal vez en algún momento, eso salvaría vidas. Incluso podría llegar a salvar muchas más vidas de las que se habían perdido.

Así era como estos hombres querían definir el éxito.

—¿Sargento Stone?

—Sí, señor, estoy de acuerdo.

El general asintió. También lo hizo el coronel. El hombre vestido de civil no respondió.

El general reunió sus papeles y se los entregó al coronel.

—Bien —dijo. —Caballeros. pronto aterrizaremos en Alemania, y luego me despediré de ustedes. Antes de hacerlo, quiero remarcar que creo que han hecho un gran trabajo y que deberían estar muy orgullosos. Obviamente, ustedes son hombres valientes y muy hábiles en sus trabajos. Su país tiene con ustedes una deuda de gratitud, una que nunca se les podrá pagar apropiadamente y tampoco será reconocida de manera pública.

Hizo una pausa.

—Por favor, reconozcan que la misión de matar a Abu Mustafa Faraj al-Jihadi, aunque fue un éxito, no se produjo. No existe en ningún registro, ni existirá jamás. Los hombres que perdieron la vida como parte de esta misión murieron en unas maniobras de entrenamiento durante una tormenta de arena.

Los miró, ahora con ojos duros.

—¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Luke, sin dudarlo. El hecho de que estuvieran haciendo desaparecer esta misión no le sorprendió lo más mínimo. Él también la haría desaparecer, si pudiera.

—¿Especialista Murphy?

Murphy levantó una mano y se encogió de hombros. —Es tu problema, tío. Creo que nunca he estado en una misión que haya existido.

CAPÍTULO CUATRO

23 de marzo

16:35 horas

Mando de Operaciones Especiales del Ejército de los Estados Unidos

Fort Bragg

Fayetteville, Carolina del Norte

—¿Puedo traerte una taza de té?

Luke asintió. —Gracias.

La esposa de Wayne, Katie, era una chica preciosa, rubia, pequeña, bastante más joven que Wayne. Luke pensó que tal vez tendría veinticuatro años. Estaba embarazada de ocho meses de su hija y estaba enorme.

Vivía en un alojamiento básico, a medio kilómetro de Luke y Becca. La casa era un pequeño chalé de tres habitaciones, en un vecindario de casas exactamente idénticas. Wayne estaba muerto y ella estaba allí porque no tenía dónde ir.

Le llevó a Luke su té en una pequeña taza decorada, la versión adulta de las tazas que usan las niñas cuando juegan a fiestas del té imaginarias. Ella se sentó frente a él en la sala de estar, amueblada de forma austera. El sofá era un futón que podía convertirse en una cama doble para invitados.

Luke había visto dos veces antes a Katie, ambas veces durante cinco minutos o menos. No la había visto desde antes de estar embarazada.

—Eras el gran amigo de Wayne —dijo ella.

—Sí, lo era.

Ella se quedó mirando su taza de té, como si tal

vez Wayne estuviera flotando en el fondo.

—Y estabas en la misión donde murió —no era una pregunta.

—Sí.

—¿Lo viste? ¿Lo viste morir?

A Luke no le estaba gustando la dirección que estaban tomando estas preguntas. ¿Cómo responder a una pregunta así? Luke no vio los disparos que mataron a Wayne, pero le había visto morir, de acuerdo. Daría cualquier cosa por no haberlo visto.

—Sí.

—¿Cómo murió? —preguntó ella.

—Murió como un hombre, como un soldado.

Ella asintió, pero no dijo nada. Tal vez esa no era la respuesta que estaba buscando, pero Luke no quería ir más lejos.

—¿Sufrió? —dijo ella.

Luke sacudió la cabeza. —No.

Ella lo miró a los ojos. Sus ojos estaban rojos y llenos de lágrimas. Había una tristeza terrible en ellos. —¿Cómo puedes saberlo?

—Hable con él, me dijo que te dijera que te amaba.

Era una mentira, por supuesto. Wayne no había logrado pronunciar una oración completa, pero era una mentira piadosa. Luke creía que Wayne lo habría dicho, si hubiera podido.

—¿Es por eso que has venido hasta aquí, Sargento Stone? —dijo ella. —¿Para decirme eso?

Luke cogió una bocanada de aire.

—Antes de que muriera, Wayne me pidió que fuera el padrino de vuestra hija —dijo Luke. —Acepté y estoy aquí para honrar ese compromiso. Tu hija nacerá pronto y quiero ayudarte a superar esta situación en todo lo que pueda.

Hubo una larga y silenciosa pausa entre ellos. La pausa se alargó

más y más tiempo.

Finalmente, Katie negó con la cabeza, sólo un poco, y habló en voz baja.

—Nunca podría dejar que un hombre como tú fuera el padrino de mi hija. Wayne está muerto por culpa de hombres como tú. Mi niña nunca tendrá un padre por culpa de hombres como tú, ¿lo entiendes? Estoy aquí porque todavía tengo atención médica, así que mi bebé nacerá aquí. ¿Pero después de eso? Voy a correr lo más lejos posible del Ejército y de gente como tú, tanto como pueda. Wayne fue un estúpido por involucrarse en esto y yo fui una estúpida por aceptarlo. No tienes por qué preocuparte, Sargento Stone, no tienes ninguna responsabilidad conmigo. Tú no eres el padrino de mi bebé.

Luke no pudo pensar en una sola cosa que decir. Miró su taza y vio que ya se había terminado su té. Puso la taza de té sobre la mesa. Ella la recogió y movió su cuerpo hacia la puerta de la pequeña casa. Abrió la puerta y la mantuvo abierta.

—Que pases un buen día, Sargento Stone.

Él la miró fijamente.

Ella empezó a llorar. Su voz era más suave que nunca.

—Por favor, sal de mi casa. Sal de mi vida.

* * *

La cena fue monótona y triste.

Se sentaron frente a la mesa, sin hablar. Ella había hecho pollo relleno y espárragos y estaba bueno. Le había abierto una cerveza y la había vertido en un vaso, todo por complacerle.

Estaban comiendo en silencio, casi como si las cosas fueran normales.

Pero no podía mirarla.

Había una pistola de color negro mate de nueve milímetros en la mesa, cerca de su mano derecha. Estaba cargada.

—Luke, ¿estás bien?

El asintió. —Sí, estoy bien —le dio un sorbo a su cerveza.

—¿Por qué está tu arma sobre la mesa?

Finalmente, él la miró. Era hermosa y, por supuesto, él la amaba. Estaba embarazada de su hijo y llevaba una blusa premamá con estampado de flores. Casi podría llorar por su belleza y por el poder de su amor por ella. Lo sintió intensamente, como una ola rompiendo contra las rocas.

—Uh, está ahí por si la necesito, nena.

—¿Por qué ibas a necesitarla? Sólo estamos cenando. Estamos en la base, a salvo, nadie puede…

—¿Te molesta? —dijo.

Ella se encogió de hombros. Deslizó un pequeño trozo de pollo dentro de su boca. Becca comía lenta y cuidadosamente. Comía en pequeños bocados y a menudo le llevaba mucho tiempo terminarse la cena. No se tomaba la comida como otras personas lo hacían, a Luke le encantaba eso de ella. Era una de sus diferencias. Procuraba masticar bien su comida.

La observó masticar a cámara lenta. Sus dientes eran grandes, tenía dientes de conejo. Era bonito, entrañable.

—Sí, un poco —dijo ella. —Nunca has hecho eso antes. ¿Tienes miedo de que...?

Luke sacudió la cabeza. —No le tengo miedo a nada. Tenemos un hijo en camino, ¿de acuerdo? Es importante que mantengamos a nuestro hijo a salvo, es nuestra responsabilidad. Es un mundo peligroso, Becca, por si no lo sabías.

Luke asintió ante la verdad de lo que estaba diciendo. Cada vez más, comenzaba a percibir los peligros a su alrededor. Había cuchillos afilados para preparar la cena en el cajón de la cocina. Había cuchillos de corte y un gran cuchillo de carnicero en un bloque de madera en la encimera. Había unas tijeras en el armario detrás del espejo del baño.

El coche tenía frenos y alguien podría cortar fácilmente los cables de los frenos. Si Luke sabía cómo hacerlo, mucha otra gente sabría. Y había mucha gente que quería ajustar cuentas con Luke Stone.

Casi parecía como si...

Becca estaba llorando. Apartó la silla de la mesa y se levantó. Su rostro se había vuelto carmesí en los últimos diez segundos.

—¿Cariño? ¿Qué pasa?

—Tú —dijo ella, las lágrimas corrían por su rostro. —Te pasa algo malo. Nunca habías vuelto a casa así antes. Apenas me has hablado, no me has tocado en absoluto, siento que soy invisible. Te quedas despierto toda la noche, parece que no has dormido nada desde que llegaste. Ahora tienes un arma encima de la mesa. Tengo un poco de miedo, Luke. Me temo que ha pasado algo muy, muy malo.

Se puso de pie y ella dio un paso atrás. Sus ojos se ensancharon.

Esa mirada. Era la mirada de una mujer que le tenía miedo a un hombre. Y él era ese hombre, eso le horrorizó. Era si se hubiera despertado bruscamente. Nunca imaginó que ella lo miraría de esa manera. Él nunca habría querido que ella le mirara de esa manera, ni a él, ni a nadie, por ninguna razón.

Echó un vistazo a la mesa. Había colocado un arma cargada allí durante la cena. Ahora, ¿por qué hacía eso? De repente, se avergonzaba de esa pistola. Era cuadrada, rechoncha y fea. Quería taparla con una servilleta, pero era demasiado tarde, ella ya la había visto.

Él la miró de nuevo.

Se quedó delante de él, sumisa, como una niña, con los hombros encorvados, la cara arrugada, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Te quiero —dijo ella. —Pero estoy muy preocupada en este momento.

Luke asintió. Lo siguiente que dijo le sorprendió.

—Creo que podría necesitar irme por un tiempo.

CAPÍTULO CINCO

14 de abril

9:45 Hora del Este

Centro de Atención Médica del Departamento de Asuntos de Veteranos (VA) de Fayetteville

Fayetteville, Carolina del Norte

—¿Por qué estás aquí, Stone?

La voz sacudió a Luke de cualquier ensueño en el que pudiera estar perdido. A menudo vagaba solo a través de sus pensamientos y los recuerdos de estos días, y después no podía recordar en qué había estado pensando.

Miró hacia arriba.

Estaba sentado en una silla plegable entre un grupo de ocho hombres. La mayoría de los hombres estaban sentados en sillas plegables, dos iban en silla de ruedas. El grupo ocupaba un rincón de una sala abierta, grande pero triste. Las ventanas de la pared opuesta mostraban un día soleado de principios de primavera. De alguna manera, la luz del exterior no parecía entrar en la habitación.

El grupo estaba colocado en un semicírculo, frente a un hombre barbudo de mediana edad, con una barriga grande. El hombre llevaba pantalones de pana y una camisa de franela roja. La barriga sobresalía hacia afuera, casi como si se hubiera escondido una pelota de playa debajo de la camisa, excepto que la parte frontal era plana, como si el aire se estuviera escapando. Luke sospechaba que, si le golpeaba en el estómago, estaría tan duro como una sartén de hierro. El hombre era alto y se inclinaba hacia atrás en su silla, con sus delgadas piernas en línea recta delante de él.

—¿Disculpe? —dijo Luke.

El hombre sonrió, pero no había humor en ello.

—¿Por qué... estás... aquí...? —dijo de nuevo. Lo dijo lentamente esta vez, como si estuviera hablando con un niño pequeño o con un imbécil.

Luke miró a los hombres a su alrededor. Era la terapia de grupo para los veteranos de guerra.

Era una pregunta razonable, Luke no tendría que estar aquí. Estos chicos estaban destrozados, físicamente desarmados y traumatizados.

Algunos de ellos parecía como si no fueran a regresar nunca más. Un tipo llamado Chambers era probablemente el peor. Había perdido un brazo y ambas piernas. Su rostro estaba desfigurado, la mitad izquierda estaba cubierta por vendas, una gran placa de metal le sobresalía por debajo, estabilizando lo que quedaba de los huesos faciales de ese lado. Había perdido el ojo izquierdo y todavía no se lo habían reemplazado. En algún momento, después de terminar de reconstruirle su orificio orbital, iban a ponerle un nuevo ojo falso.

Chambers había viajado en un *Humvee* que había pasado por encima de un artefacto explosivo improvisado en Irak. El dispositivo era una innovación sorprendente: una carga hueca, que penetró hacia arriba a través del tren de aterrizaje del vehículo y luego por encima de Chambers, separándolo de abajo arriba. El ejército estaba modernizando los viejos *Humvees* con una armadura pesada y rediseñando los nuevos, para protegerse contra este tipo de ataques en el futuro, pero eso ya no iba a ayudar a Chambers.

A Luke no le gustaba mirar a Chambers.

—¿Por qué estás aquí? —dijo el líder una vez más.

Luke se encogió de hombros. —No lo sé, Riggs. ¿Por qué estás tú aquí?

—Estoy tratando de ayudar a hombres a recuperar sus vidas —dijo Riggs. Lo dijo sin alterarse. O bien era una respuesta estándar que guardaba para cuando la gente lo retaba, o realmente lo creía. —¿Qué hay de ti?

Luke no dijo nada, pero todos lo miraron fijamente. Rara vez decía algo en este grupo. Él, posiblemente, muy pronto dejaría de asistir. No creía que le estuviera ayudando. La verdad sea dicha, pensaba que todo era una pérdida de tiempo.

—¿Tienes miedo? —dijo Riggs. —¿Ese es el motivo por el que estás aquí?

—Riggs, si piensas eso, es que no me conoces bien.

—Ah —dijo Riggs y levantó un poco sus manos carnosas. —Ahora estamos llegando a alguna parte. Eres un tipo duro, eso ya lo sabemos, así que hazlo. Da el paso, cuéntanoslo todo sobre el Sargento de Primera Clase Luke Stone, de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos. Delta, ¿verdad? De mierda hasta el cuello, ¿verdad? ¿Uno de los tipos que fue a esa misión fallida para matar al hombre de Al Qaeda, el tipo que supuestamente perpetró el atentado contra el *USS Sarasota*?

—Riggs, yo no sé nada sobre ninguna misión como esa. Una misión como esa sería información clasificada, lo que significaría que si cualquiera de nosotros supiera algo al respecto, no estaríamos en libertad...

Riggs sonrió e hizo un movimiento de giro con la mano. —Para discutir un asesinato premeditado, tan importante y crucial como este que nunca ha existido, en primer lugar. Sí, sí, sí. Todos sabemos lo que se dice, ya lo hemos escuchado antes. Créeme, Stone, no eres tan importante. Cada hombre en este grupo ha visto un combate. Todos los hombres de este grupo son íntimamente conscientes de que...

—¿Qué tipo de combate has visto tú, Riggs? —dijo Luke. —Estabas en la Marina, en un destructor en medio del océano. Has estado detrás de un escritorio en este hospital durante los últimos quince años.

—Esto no va sobre mí, Stone, sino sobre ti. Estás en un hospital de Veteranos, en la sala de psiquiatría, ¿verdad? Yo no estoy en la sala de psiquiatría, tú sí. Yo trabajo en la sala de psiquiatría y tú vives allí. Pero no estás obligado, estás aquí voluntariamente. Puedes salir de aquí cuando quieras, incluso en medio de esta sesión, si lo deseas. *Fort Bragg* está a cinco o seis kilómetros de aquí. Todos tus viejos amigos están allí, esperándote. ¿No quieres volver junto a ellos? Te están esperando, tío. *Rock and roll*. Siempre habrá otra misión clasificada *FUBAR* (Estropeado Hasta Lo Irreconocible, por sus siglas en inglés) en la que enrolarse.

Luke no dijo nada, se limitó a mirar a Riggs, que estaba fuera de sí. Él era el que estaba loco, ni siquiera era capaz de mantener la calma.

—Stone, os veo de vez en cuando aquí, a los chicos Delta. Nunca tenéis un rasguño encima. Sois como, sobrenaturales. Las balas, de alguna manera, nunca os dan. Pero estáis asustados, quemados. Habéis visto demasiado, habéis matado a demasiada gente. Tenéis su sangre en vuestras manos. Es invisible, pero está ahí.

Riggs asintió para sí mismo.

—Tuvimos un chico Delta por aquí hace tres años, de tu edad más o menos, él insistió en que estaba bien. Acababa de regresar de una misión secreta en Afganistán. Aquello había sido un matadero, por supuesto, pero él no necesitaba toda esta cháchara. ¿Te suena a alguien conocido? Cuando salió de aquí, se fue a su casa, mató a su esposa, a su hija de tres años y luego se metió una bala en la cabeza.

Una pausa se extendió entre Luke y Riggs. Ninguno de los otros hombres dijo una sola palabra. El tipo era un aprieta-botones. Por alguna razón, entendió que ese era su trabajo. Era importante que Luke se mantuviera fresco y no permitiera que Riggs se metiera bajo su piel, pero a Luke no le gustaban este tipo de cosas. Sintió una oleada levantándose dentro de él. Riggs se estaba moviendo en territorio peligroso.

—¿Es eso de lo que tienes miedo? —dijo Riggs. —Te preocupa ir a casa y esparcir los sesos de tu esposa por todo el...

Luke se levantó de su silla y cruzó el espacio entre él y Riggs en menos de un segundo. Antes de que supiera lo que había sucedido, agarró a Riggs, le dio una patada a la silla que tenía debajo y lo arrojó al suelo como si fuera una muñeca de trapo. La cabeza de Riggs chocó con las baldoses de piedra.

Luke se agachó sobre él y levantó su puño.

Los ojos de Riggs estaban muy abiertos y por una fracción de segundo el miedo cruzó su rostro. Entonces su actitud tranquila volvió.

—Eso es lo que quiero ver —dijo. —Un poco de entusiasmo.

Luke respiró hondo y dejó que su puño se relajara. Miró a los otros hombres a su alrededor, ninguno de ellos había hecho un movimiento. Sólo se quedaron mirando de manera indiferente como si, que un paciente atacara a su terapeuta, fuera una parte normal de su día.

No, no era eso, se quedaron mirando como si no les importara lo que sucediera, como si se hubieran quedado sin fuerzas.

—Sé lo que estás intentando hacer —dijo Luke.

—Estoy tratando de sacarte de tu caparazón, Stone. Y parece que finalmente está empezando a funcionar.

* * *

—No te quiero aquí —dijo Martínez.

Luke se sentó en una silla de madera junto a la cama de Martínez. La silla era sorprendentemente incómoda, como si hubiera sido diseñada para desalentar la vagancia.

Luke estaba haciendo lo que había evitado durante semanas: estaba haciéndole una visita a Martínez. El hombre estaba en un edificio diferente del hospital, sí. Pero era todo un paseo de doce minutos desde la habitación de Luke. Hasta ahora no había sido capaz de enfrentarse a ese paseo.

Martínez había emprendido un largo camino, un camino por el que parecía no tener interés en pasar. Sus piernas habían sido destrozadas y no se pudieron salvar. Una la tuvieron que cortar por debajo de su pelvis, la otra por debajo de la rodilla. Todavía podía mover los brazos, pero estaba paralizado justo desde debajo de su caja torácica en adelante.

Antes de que Luke entrara, una enfermera le susurró que Martínez pasaba la mayor parte del tiempo llorando. También pasaba mucho tiempo durmiendo, estaba tomando una gran dosis de sedantes.

—Sólo he venido a decirte adiós —dijo Luke.

Martínez había estado mirando por la ventana el día brillante de fuera. Ahora se había vuelto para mirar a Luke. Su cara estaba bien, siempre había sido un chico guapo y todavía lo era. Dios, o el Diablo, o quienquiera que estuviera a cargo de estas cosas, le había perdonado la cara al tío.

—Hola y adiós, ¿vale? Me alegro por ti, Stone. Todos estáis de una pieza, saldréis caminando de aquí, probablemente obtendréis una

medalla, algún tipo de mención. Nunca veréis otro minuto de combate porque estabais en la sala de psicología. Montad un despacho, ganad más dinero, enviad a otros chicos. Bien por ti, tío.

Luke se sentó en silencio. Cruzó una pierna sobre la otra y no dijo una palabra.

—Murphy estuvo aquí hace un par de semanas, ¿lo sabías? Le pregunté si iba a ir a verte, pero me dijo que no, que no quería verte. ¿Stone? Stone le sigue la corriente a los jefazos. ¿Por qué debería ver a Stone? Murphy dijo que se iba a subir a un tren de carga y a viajar por todo el país, como un vagabundo. Ese es su plan. ¿Sabes lo que pienso? Creo que se va a pegar un tiro en la cabeza.

—Siento mucho lo que pasó —dijo Luke.

Pero Martínez no estaba escuchando.

—¿Cómo está tu esposa, tío? ¿El embarazo va bien? ¿El pequeño Luke junior está en camino? Eso es muy bonito, Stone, me alegro por ti.

—Robby, ¿te he hecho algo? —dijo Luke.

Las lágrimas comenzaron a correr por la cara de Martínez. Golpeó la cama con los puños. —¡Mírame, tío! ¡No tengo piernas! Voy a estar orinando y cagando en una bolsa el resto de mi vida, ¿de acuerdo? No puedo caminar, nunca más voy a caminar. No puedo...

Sacudió la cabeza. —No puedo...

Ahora Martínez comenzó a llorar.

—Yo no he hecho esto —dijo Luke. Su voz sonaba pequeña y débil, como la voz de un niño.

—¡Sí! ¡Lo hiciste! Tú hiciste esto. Fuiste tú, era tu misión, éramos tus hombres y ahora estamos muertos, todos menos tú.

Luke sacudió la cabeza. —No, era la misión de Heath. Yo sólo estaba…

—¡Bastardo! Sólo estabas siguiendo órdenes, pero podrías haber dicho que no.

Luke no dijo nada. Martínez respiró profundamente.

—Te dije que me mataras —él apretó los dientes. —Te dije… que… me… mataras. Ahora mira esto... este lío. Sólo tú podías. —él negó con la cabeza. —Podrías haberlo hecho, nadie lo hubiera sabido.

Luke lo miró fijamente. —No podía matarte, eres mi amigo.

—¡No digas eso! —dijo Martínez. —Yo no soy tu amigo.

Volvió la cabeza hacia la pared. —Vete de mi habitación.

—Robby...

—¿A cuántos hombres has matado, Stone? ¿A cuántos, eh? ¿Un centenar? ¿Doscientos?

Luke habló apenas por encima de un susurro. Respondió honestamente. —No lo sé, perdí la cuenta.

—¿No podías matar a un hombre como un favor? ¿Un favor para tu supuesto amigo?

Luke no habló. Tal cosa nunca se le había ocurrido antes. ¿Matar a su propio hombre? Pero ahora se daba cuenta de que era posible.

Por una fracción de segundo, estuvo de vuelta en aquella ladera esa fría mañana. Vio a Martínez tendido de espaldas, llorando. Luke se acercó a él. No quedaba munición. Todo lo que Luke tenía era la bayoneta retorcida en su mano. Se agachó junto a Martínez, la bayoneta sobresalía de su puño como un pico. La extendió hacia arriba, sobre el corazón de Martínez, y...

—No te quiero aquí —dijo Martínez ahora. —Te quiero fuera de mi habitación. Vete, ¿vale, Stone? Vete ahora mismo.

De repente, Martínez comenzó a gritar. Cogió el botón de llamada a la enfermera desde su cama y comenzó a apretarlo con el pulgar.

—¡Te quiero fuera! ¡Sal! ¡Fuera!

Luke se puso de pie. Levantó las manos. —Está bien, Robby, está bien.

—¡FUERA!

Luke se dirigió a la puerta.

—Espero que te mueras, Stone. Espero que tu bebé se muera.

Entonces Luke salió al pasillo. Dos enfermeras venían hacia él, caminando, pero moviéndose rápido.

—¿Está bien? —dijo la primera.

—¿Me has oído, Stone? Espero que tu...

Pero Luke ya se había tapado los oídos y corría por el pasillo. Corrió por el edificio, ahora dándose prisa, jadeando en busca de aire. Vio la señal de SALIDA, se volvió hacia ella y atravesó las puertas dobles. Luego corrió por los terrenos a lo largo de un camino de hormigón. Aquí y allá, la gente se volvía para mirarlo, pero Luke siguió corriendo. Corrió hasta que sus pulmones empezaron a arder.

Un hombre venía por el otro lado. El hombre era mayor, pero ancho y fuerte. Caminaba erguido con aire militar, pero llevaba vaqueros azules y una chaqueta de cuero. Luke estaba casi encima de él antes de darse cuenta de que lo conocía.

—Luke —dijo el hombre. —¿Hacia dónde corres, hijo?

Luke se detuvo. Se inclinó y puso sus manos sobre las rodillas. Su aliento llegaba como ásperas limas. Luchaba en busca de unos pulmones más grandes.

—Don —dijo. ¾Don, tío, no estoy en forma.

Se puso recto. Extendió su mano para estrechar la mano de Don Morris, pero en lugar de eso, Don lo envolvió en un abrazo de oso. Lo sintió... Luke no tenía palabras. Don era como un padre para él, los sentimientos surgieron. Se sintió seguro, aliviado. Se sentía como si durante mucho tiempo, hubiera estado guardando tantas cosas dentro de él, cosas que Don sabía intuitivamente, sin tener que decírselas. El abrazo de Don Morris parecía como estar en casa.

Después de un largo momento, se separaron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Luke.

Imaginó que Don había venido desde Washington para reunirse con los oficiales de Fort Bragg, pero Don disipó esa idea en unas pocas palabras.

—He venido a buscarte —dijo.

* * *

—Es un buen trato —dijo Don. —Lo mejor que vas a conseguir.

Estaban conduciendo por las calles adoquinadas del centro de Fayetteville en un sedán de alquiler indescriptible. Don estaba al volante, Luke en el asiento del copiloto. Había gente sentada en las cafeterías y restaurantes al aire libre a lo largo de las aceras. Era una ciudad militar, muchas de las personas que iban de un lado a otro estaban erguidas y en forma.

Pero además de estar saludables, también parecían felices. En este momento, Luke no podía imaginar cómo era sentirse así.

—Explícamelo otra vez —dijo.

—Tú sales con el rango de Sargento Mayor. Una baja honorable, efectiva al final de este año civil, aunque puedes pedir un permiso indefinido esta tarde. La nueva paga entra en vigencia de inmediato y continúa hasta tu baja. Tu registro de servicio está intacto y tu pensión de veterano de guerra, así como todos los demás beneficios permanecen en su sitio.

Sonaba como un buen trato, pero Luke nunca había considerado dejar el Ejército hasta este momento. Todo el tiempo que había estado en el hospital, había esperado reincorporarse a su unidad. Mientras tanto, entre bastidores, Don había estado negociando una salida para él.

—¿Y si quiero quedarme? —dijo.

Don se encogió de hombros. —Has estado en el hospital durante casi un mes. Los informes que he visto sugieren que has progresado poco o nada en la terapia y eres considerado un paciente poco cooperativo.

Él suspiró. —No te van a dejar que regreses, Luke, piensan que eres mercancía caducada. Si rechazas el paquete que te acabo de describir, planean librarse de ti con un alta psiquiátrica involuntaria con tu rango y paga actual, con un diagnóstico de trastorno de estrés postraumático. Estoy seguro de que no tengo que decirte el tipo de perspectivas a las que se enfrentan los hombres con una baja en esas circunstancias.

A Luke nada de esto le supuso una gran sorpresa, pero aun así era

doloroso escucharlo. Él sabía cuál era el trato. El Ejército ni siquiera había reconocido formalmente la existencia de las Fuerzas Delta. La misión fue clasificada, nunca sucedió. Así que no esperaba recibir una medalla durante una ceremonia pública. En las Delta, no ingresabas por la gloria.

Aun así, aunque esperaba que lo ignoraran, no se esperaba que lo tiraran al montón de la chatarra. Se había entregado mucho al Ejército y estaban listos para deshacerse de él después de una mala misión. Es cierto, la misión salió peor que mal. Fue un desastre, una debacle, pero no fue por su culpa.

—Me están echando de cualquier manera —dijo. —Puedo irme en silencio o puedo irme dando patadas y gritando.

—Así es —dijo Don.

Luke suspiró pesadamente. Vio pasar el viejo pueblo. Salieron del distrito histórico y entraron en una calle más moderna con centros comerciales. Llegaron al final de un largo bloque y Don giró a la izquierda en el aparcamiento de Burger King.

La vida civil vendría, le gustara o no a Luke. Era un mundo que había dejado hacía catorce años. Nunca había esperado verlo de nuevo. ¿Qué había pasado en ese mundo?

Vio a una joven pareja con sobrepeso caminar hacia la puerta del restaurante.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Luke. —¿Después de fin de año? ¿Qué tipo de trabajo civil puedo obtener?

—Eso es fácil —dijo Don. —Vas a trabajar para mí.

Luke lo miró.

Don se detuvo en un lugar cerca de la parte trasera. No había otros coches. —El Equipo de Respuesta Especial está listo para despegar. Mientras estabas acostado en la cama, mirándote el ombligo, he estado luchando con los burócratas y preparando papeles. He consolidado los fondos, al menos hasta fin de año. Tengo una pequeña sede en los suburbios de Virginia, no lejos de la CIA. Están pegando las letras en la puerta mientras hablamos. Conozco al director del FBI y hablé por teléfono, brevemente, debería agregar, con el Presidente de los Estados Unidos.

Don apagó el coche y miró a Luke.

—Estoy listo para contratar a mi primer agente. Eres tú.

Señaló con su cabeza un letrero grande cerca de la parte delantera del aparcamiento. Luke miró hacia donde Don le estaba indicando. Justo debajo del logotipo del Burger King había una serie de letras negras sobre un fondo blanco. Si se juntaban todas, las letras deletreaban un mensaje sombrío.

Tenemos vacantes de empleo. Pregunta dentro.

—Si no quieres unirte a mí, apuesto a que se te presentan muchas otras oportunidades.

Luke sacudió la cabeza. Luego se echó a reír.

—Este ha sido un día extraño —dijo.

Don asintió. —Bueno, está a punto de volverse aún más extraño. Aquí va otra sorpresa, esta es un regalo. No quería dártelo en el hospital porque los hospitales son lugares horribles. Especialmente los hospitales de la VA (Asociación de Veteranos).

De pie frente al coche había una hermosa joven, con cabello largo y castaño. Miró a Luke con lágrimas en los ojos. Llevaba una chaqueta ligera, abierta para revelar una camisa premamá. La mujer estaba muy embarazada.

Del hijo de Luke.

Luke tardó una fracción de segundo en reconocerla, algo que nunca le revelaría a nadie, ni siquiera bajo pena de tortura. Su mente no había funcionado bien en las últimas semanas y ella estaba fuera de lugar en este terreno baldío de unos aparcamientos. No esperaba verla aquí. Su presencia era irreal, de otro mundo.

Rebecca.

—Oh, Dios mío —dijo Luke.

—Sí —dijo Don. —Tal vez quieras ir a saludarla antes de que ella encuentre a alguien mejor. ¿Por aquí? No tardará mucho.

—¿Por qué... por qué la has traído aquí?

Don se encogió de hombros. Miró alrededor del aparcamiento del

Burger King.

—Es más romántico que reunirse con ella en la base.

Luke salió del coche, parecía ir flotando hacia ella. Se abrazaron y él la abrazó durante mucho rato, de forma interminable, no quería dejarla ir.

Por primera vez, Luke sintió que las lágrimas corrían por su propia cara. Respiró profundamente. Se sentía muy bien abrazándola. No habló, no podía pensar en una sola palabra que decir.

Ella lo miró y le limpió las lágrimas de la cara.

—¿No es genial? —dijo ella. —Don ha dicho que vas a trabajar para él.

Luke asintió sin hablar. Parecía que se había resuelto, entonces. Don y Becca habían tomado la decisión por él.

—Te quiero tanto, Luke —dijo ella. —Estoy muy contenta de que esta vida militar haya terminado.

CAPÍTULO SEIS

3 de mayo

7:15 hora del Este

Sede del Equipo de Respuesta Especial

McLean, Virginia — Suburbios de Washington, DC

—Creo que podría tener algo para ti —dijo Don Morris.

Estaban sentados en la nueva oficina de Don. El lugar comenzaba a tomar forma. Había fotos de su esposa e hijos en el escritorio, lazos enmarcados y proclamaciones en las paredes. El escritorio en sí era una amplia extensión de roble reluciente. Encima de él había una consola porta-teléfono, un monitor de ordenador, un teléfono móvil, un teléfono por satélite y no mucho más. Don no creía mucho en el papeleo.

—Algo para sacarte un poco del campo. Pareces un poco inquieto desde que llegaste aquí, esto podría arreglarlo.

Luke lo miró fijamente. Era casi como si Don acabara de leer su mente. Don le había hecho un favor al darle este trabajo, Luke lo sabía. Era un salvavidas arrojado a un hombre que se ahogaba, pero Luke ya estaba avanzando lentamente hacia la puerta. Habían sido semanas de sentarse y hablar, como mucho. Luke estaba aburrido. Aunque eso estaba bien, el peligro era que, si continuaba demasiado tiempo, comenzaría a volverse loco. El trabajo de inteligencia desde un escritorio no era para él, eso estaba empezando a quedar muy claro.

—Soy todo oídos —dijo Luke.

Don hizo un gesto hacia la puerta abierta de su oficina. —Vamos a bajar a la entrada.

Luke siguió a Don por el estrecho pasillo hasta la sala de conferencias, que estaba muy iluminada, en el otro extremo. Este pequeño complejo de oficinas había sido una delegación de la Oficina

de Vivienda y Desarrollo Urbano seis meses atrás. Don estaba trabajando para arrastrar el edificio un poco hacia el siglo XXI.

Con eso en mente, un joven alto con una cola de caballo y extrañas gafas de aviador recicladas, colgaba una pantalla plana en una pared. Otra pantalla ya estaba instalada en la pared opuesta, con los cables conectados a un panel de control en la larga mesa de conferencias. El chico llevaba una camiseta roja, blanca y azul, vaqueros y zapatillas altas *Converse All-Star*.

Luke apenas lo miró, supuso que era un técnico de una agencia de contratistas del gobierno, o posiblemente algún técnico de las profundidades del FBI.

—Luke, ¿conoces a Mark Swann? —dijo Don, casualmente, echando por tierra esos pensamientos. —Es nuestro nuevo diseñador y operador de sistemas, a cargo de nuestras redes de inteligencia, Internet, conexiones por satélite... Mark va a tener un montón de trabajo, al menos durante un tiempo. Mark Swann, este es el Agente Luke Stone. Luke es nuestro primer agente de campo, aunque estamos a punto de contratar a un par más.

El chico se dio la vuelta. Era flaco, tenía patas de alambre. La parte delantera de su camiseta de la bandera estadounidense decía: —¡Somos el Número 31!

Los ojos del chico se encontraron con los de Luke, quien lo evaluó rápidamente. Era joven, quizás unos veintipocos, parecía incluso más joven. Estaba lleno de seguridad hasta el borde de la arrogancia. Era inteligente, probablemente había sido un chiflado de la informática en el instituto. Él y Luke iban a estar en diferentes departamentos. De lo que se ocuparía este chico sería del equipo: desmontarlo, volverlo a montar, hacer que funcionara. Probablemente nunca había participado en un momento de violencia en toda su vida y podría no haber siquiera presenciado tales momentos.

Se estrecharon las manos.

—Somos el número treinta y uno, ¿verdad? —dijo Luke. —¿En qué somos el número treinta y uno?

El chico se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé, tío, tal vez puedas adivinarlo.

Luke casi se rio.

—No puedo adivinarlo —dijo. —Tal vez puedas ayudarme un poco.

—En salud —dijo el chico. —Somos el número treinta y uno en salud, según la Organización Mundial de la Salud. Sin embargo, somos el número uno en gastos de atención médica, si buscas algo de lo que estar orgulloso.

Luke todavía sostenía la mano del chico.

—Me enorgullecería romperte algunos huesos y ver el buen trabajo que hacen los médicos estadounidenses para soldarlos de nuevo. Pero es probable que prefieras arreglártelos en México.

Swann echó la mano hacia atrás. —En Cuba, tal vez. O en Canadá.

—Muy bien, Mark —dijo Don. —Estoy seguro de que el Agente Stone está contento de descubrir que ha estado arriesgando su pellejo todos estos años por un país con un desempeño medico tan mediocre.

Don hizo un gesto con la cabeza hacia la instalación audiovisual. —¿Cómo va?

Mark asintió. —La primera pantalla está lista para funcionar. Conexión de alta definición y alta velocidad. Puedes colocar ese teclado sobre la mesa y esa pequeña pantalla y acceder a cualquiera de tus archivos con solo iniciar sesión. Puedes elegir lo que quieras compartir y aparecerá en la pantalla grande. Puedo poner fácilmente esa capacidad a disposición de cualquier persona en el edificio; aunque quería que lo probaras primero, ver si te gusta.

Don asintió. —Muy bien. ¿Qué pasa con los visitantes? También, ¿qué pasa al compartir información con otros lugares?

El chico, Mark Swann, levantó las manos como diciendo: *¡No dispares!* —Estamos en ello, pero vamos a necesitar un cifrado hermético, antes de comenzar a transmitir información fuera del edificio. Puedes enviar por correo electrónico lo que quieras, pero ¿en cuanto a colocar imágenes de video o datos que aparecen en otros lugares, o traer transmisiones hasta aquí? Eso sucederá en cada caso concreto con cada socio. La CIA, la NSA, la Casa Blanca si llegamos a eso, incluso la sede del FBI, todos tienen sus propios procedimientos y vamos a seguir sus pasos.

Don asintió. —Está bien, Mark, ya me está gustando. ¿Puedes

darnos al Agente Stone y a mí unos veinte, tal vez, treinta minutos? ¿Y traer aquí a Trudy Wellington?

Swann asintió. —Por supuesto.

Cuando se fue, Don miró a Luke.

—Un niño divertido —dijo Luke.

—Un niño prodigio —dijo Don. —Mi objetivo aquí es contratar a los mejores. Y cuando se trata de eso, no siempre es el tipo al que mejor le queda el traje. En términos de tecnología, por lo general no es así. Aquí somos vaqueros, Luke, somos los niños que sobrepasan los límites, eso es lo que quieren de nosotros. El mismo director del FBI lo dijo.

—Estoy contigo —dijo Luke.

—Deberías. Eres uno de los mejores miembros de operaciones especiales que he visto en mi larga carrera y en cuanto a sobrepasar los límites... bueno...

De repente apareció una mujer joven en la puerta. En todo caso, era incluso más joven que el chico que se acababa de ir. Don estaba dotando de personal a este lugar con niños. Esta chica, sin embargo, era hermosa. Tenía el pelo castaño, largo y rizado. Llevaba una camisa de etiqueta y pantalones que abrazaban sus curvas. Llevaba unas gafas rojas grandes que le daban un ligero aspecto de búho.

—¿Don?

—Trudy, entra. Quiero que conozcas a Luke Stone, es el hombre del que te hablé. Luke, esta es Trudy Wellington. Ella es nuestra nueva agente de inteligencia. Es otra niña prodigio, se graduó en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) cuando era una adolescente, pasó un par de años en puestos de escucha de la CIA. Ahora está con nosotros, lista para dar un gran salto al siguiente nivel de espionaje.

Luke le dio la mano a la joven. Ella era un poco vergonzosa, no se cruzaría con los ojos de él. Demonios, todavía era una niña.

Luke miró de un lado a otro entre Don y Trudy. Notó algo en su lenguaje corporal...

No, era imposible, Don había estado casado durante treinta

años. Tenía una hija y un hijo que eran mayores que esta tal Trudy.

—Trudy nos informará sobre la misión que tenemos entre manos.

Trudy se sentó en la mesa de conferencias, Luke y Don hicieron lo mismo. Inmediatamente cogió el teclado, empujó el pequeño monitor hacia adelante y tecleó su información. El escritorio de su ordenador de oficina apareció en la gran pantalla plana de la pared.

—¿Ya sabes cómo se usa esto? —dijo Don.

—Sí, bueno... Teníamos cosas audiovisuales como esta en el MIT, por supuesto. No tanto como he visto en la CIA, pero imagino que lo tienen en alguna parte. Swann me dio acceso antes, creo que estaba presumiendo.

—De todos modos, es genial —dijo Don.

Luke asintió, casi se ríe de nuevo. Imaginó a Don con su mirada férrea, como lo había conocido en los últimos años: lanzándose en paracaídas en zonas de combate, dirigiendo a los hombres en el campo, matando implacablemente a los malos. Parecía casi absurdamente orgulloso de su pequeña agencia, sus artilugios de oficina y los jóvenes civiles a los que manipulaba con tanta facilidad. Bueno, bien por él.

En la pantalla, apareció una identificación del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Mostraba a un soldado de pelo cortado a cepillo, mandíbula ancha y mirada amenazadora. Parecía sarcástico, irritado y listo para asesinar a alguien de un solo golpe. Parecía el tipo de persona que haría su servicio de combate en el extranjero, luego volvería a casa y pasaría el rato metiéndose en peleas de bar durante su tiempo libre. Un cliente rudo.

Luke había visto a muchos tipos así. De hecho, había dejado inconscientes a algunos de ellos.

—Voy a asumir que ninguno de vosotros tiene conocimiento previo del tema, o de la tarea en cuestión —dijo Trudy. —Podría hacer que esta conversación fuera un poco más larga de lo necesario, o puede que no. Pero tiende a garantizar que todos estamos en la misma página. ¿Os parece bien?

—Bien —dijo Don.

—Me parece bien —dijo Luke.

Ella asintió. —Entonces vamos a empezar. El hombre de la pantalla es el antiguo Sargento del Cuerpo de Marines, Edwin Lee Parr. Treinta y siete años, natural de Kentucky, al sur de Lexington. Veterano de guerra, que estuvo en activo tanto en la invasión de Panamá en 1989, como en la Guerra del Golfo. También fue desplegado en un papel de mantenimiento de la paz al final de la guerra de Kosovo. Corazón Púrpura y una Estrella de Bronce por un servicio meritorio durante la invasión de Panamá. Honorable baja en diciembre de 1999, después de doce años de servicio.

—Parr llegó a casa y se pateó todo el país durante un año y medio después de eso, haciendo trabajos de seguridad. Tenía una licencia de transporte oculta y era sobre todo un guardaespaldas personal, principalmente para hombres de negocios, a menudo para comerciantes de diamantes. Trabajó para una firma llamada *White Knight Security* y fue viviendo entre Nueva York, Miami, Chicago, Los Ángeles y San Francisco. Unos pocos viajes documentados a Tokio, Hong Kong y Londres, aunque no está claro cómo se manejaron las regulaciones sobre armas de fuego en esos casos.

Luke observó los ojos enfurecidos del hombre. No parecía un mal trabajo para un veterano de guerra. Sin mucha acción, pero con mucho movimiento. Incluso podría gustarle a un hombre como...

—Luego llegó el once de septiembre —dijo Trudy.

—¿Se volvió a alistar? —dijo Luke.

Ella sacudió su cabeza. —No. En un corto período de tiempo, hubo una enorme demanda de contratistas militares con experiencia. *White Knight Security* escindió una nueva división llamada *White Knight Consultants*. Edwin Parr fue uno de los primeros expertos disponibles en la zona de combate. Hizo una gira por Afganistán y ahora lleva veinticinco meses seguidos en Irak.

Luke estaba empezando a desear que fuera al grano. La idea de Edwin Lee Parr en un escenario de combate, sometido a poca o ninguna cadena de mando y ganando diez veces más que lo que ganan los soldados normales, irritaba a Luke, por decirlo suavemente.

—¿Veinticinco meses? —dijo Luke. —¿Qué está haciendo allí? Quiero decir, ¿además de rellenar su cuenta bancaria?

—Edwin Parr parece haber cambiado de bando —dijo Trudy.

Hizo una pausa y apartó la vista del teclado y el ratón por un

momento. —Las siguientes imágenes son muy gráficas.

Luke la miró fijamente.

—Creo que podremos manejarlo —dijo Don.

Trudy asintió. —Parr fue despedido de la *White Knight* hace cuatro meses, a pesar de haber tenido una relación de cinco años con ellos. *White Knight* niega el conocimiento de sus actividades o su paradero, y renuncian a la responsabilidad por sus acciones.

Apareció una nueva imagen en la pantalla. Mostraba tal vez una docena de cuerpos esparcidos por algún tipo de plaza del mercado. Los cuerpos casi no se podían reconocer como humanos: habían sido destrozados a causa de una bomba o algún tipo de arma de repetición de alto calibre.

—Parr está operando en el noroeste de Irak, en lo que se conoce como el Triángulo Suní, más allá del alcance de las tropas de coalición. Tiene hasta una docena de anteriores contratistas, o posiblemente actuales, que operan con él, así como lo que creemos que son uno o dos desertores del Cuerpo de Marines. Se cree que es responsable de ordenar una masacre de civiles que tuvo lugar en este mercado al aire libre de Faluya y se cree que esta es una imagen de las consecuencias de esa masacre. Hasta cuarenta personas pudieron haber muerto en el ataque.

Luke estaba interesado. —¿Por qué haría eso?

Apareció una nueva imagen en la pantalla. Mostraba dos torsos quemados y sin cabeza colgando del paso elevado de un puente.

—Los cuerpos que se ven aquí han sido identificados como los restos de los antiguos contratistas militares estadounidenses Thomas Calence, de treinta y un años y Vladimir García, de treinta y nueve años. Su *jeep* fue atacado por insurgentes suníes. Fueron capturados, decapitados y les prendieron fuego. Cuando esto sucedió, ninguno de los dos estaba en nómina como contratista militar. La masacre de la imagen anterior parece haber sido la represalia por la muerte de Calence y García, como parte de una serie creciente de ajustes de cuentas. Calence y García habían estado de operaciones con Parr.

—¿Qué estaban haciendo? —dijo Luke.

Apareció una nueva imagen, un mapa del llamado Triángulo Suní.

—El Triángulo Suní era el bastión de Saddam Hussein en Irak. El sur del país es principalmente chií y Saddam hizo grandes esfuerzos para reprimir a este pueblo, incluidas frecuentes masacres. El norte es principalmente kurdo y en todo caso, los kurdos recibieron un trato aún peor que los chiíes. Pero el norte central y el noroeste de Irak son suníes. Saddam nació allí y las gentes de allí le son leales. Ha sido muy difícil para los militares estadounidenses controlar esta región y gran parte de ella sigue siendo una zona prohibida. Creemos que Parr opera allí porque es donde se oculta la mayor parte de la riqueza de Saddam.

—Parece que Parr ha estado descubriendo sistemáticamente escondites secretos de dinero, armas, diamantes, oro y otros metales preciosos, así como coches de lujo. Encuentra estas cosas mediante el uso de la tortura y el asesinato de los ex lugartenientes de Saddam y la intimidación hacia la población local. Los lugareños odian a Parr y están tratando activamente de matarlo.

—Pero Parr ha reunido un pequeño ejército de hombres duros: asesores militares, varios de ellos antiguos miembros de operaciones especiales y, como ya he indicado, posiblemente dos desertores del Cuerpo de Marines. Todos sus hombres están curtidos en la batalla y Parr los está haciendo ricos, siempre y cuando puedan mantenerse vivos. En ese sentido, están tomando medidas cada vez más extremas para asegurarse de que así sea. Actualmente, están secuestrando a mujeres y niñas de las tribus locales. Creemos que las usan como escudos humanos. También es posible que vendan a algunas de ellas a Al Qaeda y a los miembros de las tribus chiíes del sur.

Trudy se detuvo.

—Está saqueando el tesoro enterrado de Saddam lo más rápido que puede y no permite que nadie se interponga en su camino.

—¿Cuál es nuestro papel en esto? —dijo Luke.

Don se encogió de hombros. —Somos el FBI, hijo. Iremos allí, rescataremos a todos los que están recluidos contra su voluntad y arrestaremos a Edwin Lee Parr por secuestro y asesinato.

—Arrestarlo... —dijo Luke. —Por asesinato. En una zona de guerra, donde ya han muerto cientos de miles de personas.

Dejó que su mente digiriera eso durante un minuto.

Don asintió. —Correcto. Luego vamos a traerlo de vuelta aquí,

juzgarlo y encerrarlo. Este hombre, Parr, es un desastre y necesita limpiarse. Es un asesino, un mentiroso y un ladrón. Está ahí, fuera del alcance de cualquiera, sin operar bajo el mando de nadie y se ha tomado la ley por su mano. Está cometiendo atrocidades por las que el pueblo iraquí está culpando a los estadounidenses. Si continúa, causará un incidente internacional, uno que echará a perder todos nuestros esfuerzos en Irak, Afganistán y en el mundo entero.

Luke respiró hondo. —¿Cómo os imagináis que acabará esto?

Don y Trudy lo miraron fijamente.

Trudy habló. —Si aceptas el caso, la CIA te proporcionará la identidad de un contratista militar corrupto que intenta sacar tajada —dijo. —Tú y tu compañero accederéis solos al Triángulo Suní, encontraréis las oficinas centrales de Parr, entre media docena de lugares sospechosos, os infiltraréis en su equipo, lo arrestaréis y luego pediréis que un helicóptero haga la extracción.

Luke gruñó, casi se rio. Miró a la joven y encantadora Trudy, graduada en una universidad de élite de la costa este. Por alguna razón, se centró en sus manos. Eran diminutas, inmaculadas, incluso hermosas. Dudaba que alguna vez hubieran sostenido un arma. Parecía como si nunca hubieran levantado nada más pesado que un lápiz, o que nunca en su vida se las hubiera manchado de barro. Sus manos deberían estar en un anuncio de *Palmolive*. Sus manos deberían tener programa de televisión propio.

—Eso suena bien —dijo. —¿Se te ha ocurrido eso a ti sola? Puedo decirte que mi última extracción de helicóptero fue bastante bien. Mi mejor amigo murió, mi oficial al mando murió, casi todos murieron, en realidad. Las únicas personas que no murieron fuimos yo, un hombre que perdió la cabeza y otro que perdió sus piernas *y* la cabeza. Y... sabes, su capacidad para...

Luke se fue apagando, no quería terminar esa frase.

—Ese tipo ya no me habla porque me pidió que lo matara y me negué.

Trudy miró a Luke con sus grandes y bonitos ojos. Las gafas hacían que sus ojos parecieran más grandes de lo que realmente eran. Ella lo miraba, en este momento, como un científico mira a un insecto a través de un microscopio.

—Eso es complicado —dijo ella.

—Es agua pasada —dijo Don. —O pierdes el miedo o no lo haces.

Luke asintió. Levantó las manos. —Lo sé, lo siento. Lo sé, ¿vale? Así que, digamos que entro. ¿Qué pasa si Parr no quiere venir calladito? ¿Y si pasar el resto de su vida en la cárcel no le atrae exactamente?

Don se encogió de hombros. —Si se resiste al arresto, entonces tú acabas con su comando y con la capacidad de su grupo para operar, a través de cualquier medio que tengas disponible en ese momento.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de estadounidenses? —dijo Luke.

Ambos lo miraron, pero ninguno de los dos respondió. Pasó un largo momento. Era una pregunta estúpida, por supuesto que se habían dado cuenta.

—¿Lo quieres? —dijo Don.

Pasó un minuto antes de que Luke hablara. ¿Lo quería? Por supuesto que lo quería. ¿Qué opción tenía? ¿Qué más podía hacer? ¿Sentarse en este edificio de oficinas y volverse loco? ¿Sentarse aquí y rechazar misiones hasta que Don finalmente captara el mensaje y lo dejara marchar? Para esto había sido contratado. Comparado con las cosas que había hecho anteriormente, ni siquiera era una misión. Era prácticamente una escapada de fin de semana.

Una imagen de Rebecca, ahora muy embarazada, en la cabaña de su familia, apareció en la pantalla de su mente. Su hijo estaba creciendo dentro de ella, pronto estaría aquí. A pesar de este trabajo de oficina, a pesar del largo viaje, a pesar de que estaba ausente durante todo el día, cinco días a la semana, el mes pasado fue el más feliz que habían pasado juntos.

¿Qué iba a pensar Becca sobre esto?

—¿Luke? —dijo Don.

Luke asintió. —Sí, lo quiero.

CAPÍTULO SIETE

18:15 Hora del Este

Condado de Queen Anne, Maryland — Orilla Oriental de la Bahía de Chesapeake

—Estás guapa —dijo Luke.

Acababa de llegar, se había quitado la camisa y la corbata y se había puesto unos vaqueros y una camiseta en cuanto entró por la puerta. Ahora tenía una lata de cerveza en la mano. La cerveza estaba helada y deliciosa.

El tráfico era una locura. Fue un viaje de noventa minutos desde DC, a través de Annapolis, a través del puente de la Bahía de Chesapeake, hasta la costa este. Pero nada de eso importaba, porque ahora estaba en casa.

Él y Becca se alojaban en la cabaña de su familia en el condado de Queen Anne. La cabaña era un lugar antiguo y rústico asentado en un pequeño acantilado, justo sobre la bahía. Tenía dos pisos, toda de madera, con chirridos y crujidos por cualquier parte que pisaras. Había un porche cubierto frente al agua y una puerta de la cocina que se cerraba de golpe con entusiasmo.

Los muebles del salón tenían generaciones de antigüedad. Las camas eran viejos esqueletos de metal con muelles; la cama del dormitorio principal era casi lo suficientemente larga, pero no del todo, para que Luke pudiera dormir cómodamente en ella. De lejos, la cosa más resistente de la casa era la chimenea de piedra en la sala de estar. Era casi como si la vieja chimenea ya estuviera y alguien con sentido del humor hubiera construido una choza de tablillas a su alrededor.

A decir verdad, la casa había pertenecido a la familia durante cien años. Algunos de los primeros recuerdos de Becca ocurrieron en esa casa.

Realmente era un lugar hermoso, a Luke le encantaba.

Estaban sentados en el patio trasero, disfrutando de la tarde mientras el sol se perdía lentamente por el oeste, sobre la vasta extensión de agua. Era un día ventoso y había velas blancas por todas partes. Luke casi deseaba que el tiempo se detuviera y poder simplemente sentarse en este lugar para siempre. El escenario era increíble y Becca estaba realmente hermosa, Luke no estaba mintiendo.

Era bonita como siempre y casi tan pequeña. Su hijo era una pelota de baloncesto que se escondía debajo de su camisa. Había pasado parte de la tarde cavando un poco en su jardín y estaba un poco sudada y enrojecida. Llevaba una gran pamela flexible y se estaba bebiendo un gran vaso de agua helada.

Ella sonrió. —Tú tampoco estás nada mal.

Una larga pausa se extendió entre ellos.

—¿Cómo ha ido el día? —dijo ella.

Luke le dio otro trago a su cerveza. Creía que cuando se estaban gestando los problemas, lo que debía hacer era ir al grano. Andarse por las ramas no era normalmente su estilo. Y Becca se merecía escucharlo de inmediato.

—Bueno, ha sido diferente. Don está llenando el lugar de empleados. Hoy dejó caer un proyecto en mis manos.

—Bueno, eso es bueno —dijo Becca. —Son buenas noticias, ¿verdad? ¿Algo a lo que hincarle el diente? Sé que has estado un poco aburrido en el trabajo y frustrado por el trayecto diario a la oficina.

Luke asintió. —Claro, es bueno, podría serlo. Es trabajo policial, supongo que así lo llamarías. Somos el FBI, ¿verdad? Eso es lo que hacemos. Lo malo es que, si asumo la misión y realmente, no tengo muchas opciones ya que es mi trabajo, tendré que salir de la ciudad unos días.

Luke podía oírse titubear y perder el tiempo. No le gustaba cómo sonaba eso. ¿Salir de la ciudad? ¿Era una broma? Don no lo estaba enviando a Pittsburgh.

Ahora Becca sorbió su agua. Sus ojos lo miraron por encima del vaso. Eran ojos cautelosos. —¿A dónde tienes que ir?

Aquí venía, más valdría sacarlo fuera.

—A Irak.

Sus hombros se desplomaron. —Oh, Luke, por favor. —ella suspiró pesadamente. —¿Quiere que vayas a Irak? Acabas de volver de Afganistán y casi te matan. ¿No se da cuenta de que estamos a punto de tener un bebé? Quiero decir, él lo sabe, ¿verdad?

Luke asintió. —Te ha visto, nena. ¿Recuerdas? Te trajo a verme.

—Entonces, ¿cómo puede siquiera pensar en esto? Espero que le hayas dicho que no.

Luke tomó otro trago de cerveza. Estaba un poco más caliente ahora, no tan deliciosa como hacía un momento.

—¿Luke? Le has dicho que no, ¿verdad?

—Cariño, es mi trabajo. No hay muchos trabajos disponibles como este para mí. Don me lanzó una cuerda y me salvó el pellejo. El Ejército iba a decir que tenía Trastorno de Estrés Postraumático y me echarían a perder. Eso no sucedió gracias a Don, así que no tengo mucho margen para decirle ahora que no. Tal y como van las cosas, es una tarea bastante fácil.

—Una tarea fácil en una zona en guerra —dijo Becca. —¿Cuál es el trabajo? ¿Asesinar a Osama bin Laden?

Luke sacudió la cabeza. —No.

—¿Entonces qué?

—Hay un contratista militar estadounidense allí que está fuera de control. Está saqueando viejos escondites de Saddam Hussein y robando dinero, obras de arte, oro, diamantes... Quieren que un compañero y yo lo arrestemos. No es una operación militar en absoluto, es un trabajo de policía.

—¿Quién es el compañero? —dijo ella. Podía ver en sus ojos que estaba pensando en lo que le había pasado a su último compañero.

—No lo he conocido todavía.

—¿Por qué no mandan a la policía militar a que haga esto?

Luke sacudió la cabeza. —No es asunto de los militares. Como he dicho, es un asunto policial. El contratista es técnicamente un civil, quieren dejar clara la diferencia.

Luke pensó en todas las cosas que estaba dejando de lado. La naturaleza inquieta de la región y la feroz lucha que se estaba desarrollando allí. Las atrocidades que Parr había cometido, el equipo de operadores rudos y asesinos implacables que había acumulado a su alrededor. La desesperación que debían sentir ahora mismo de salir con vida, ilesos, con todo su botín y sin ser capturados por la justicia. Los hombres muertos, decapitados, quemados y colgados de un puente.

De repente, Becca se echó a llorar. Luke dejó la cerveza y se acercó a ella. Se arrodilló junto a su silla y la abrazó.

—Oh Dios, Luke, dime que esto no va a empezar de nuevo. No creo que pueda soportarlo, nuestro hijo está en camino.

—Lo sé —dijo él. —Lo sé. No va a ser como antes, no es un despliegue. Me iré tres días, tal vez cuatro. Arrestaré a un tío y lo traeré a casa.

—¿Y si mueres? —dijo ella.

—No voy a morir, voy a tener mucho cuidado. Probablemente ni siquiera tendré que sacar mi arma.

Casi no podía creer las cosas que le estaba diciendo.

Ella ahora estaba temblando a causa de las lágrimas.

—No quiero que vayas —dijo ella.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero tengo que hacerlo. Será muy rápido. Te llamaré todas las noches, y puedes quedarte con tus amigas. Luego volveré y será como si nunca me hubiera ido.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas caían con más dureza ahora. —Por favor —dijo ella. —Por favor, dime que va a ir bien.

Luke la estrechó con fuerza, teniendo en cuenta que el bebé crecía dentro de ella. —Va a ir bien, va a ir fantástico. Sé que así será.

CAPÍTULO OCHO

5 de mayo

15:45 Hora del Este

Base Conjunta Andrews

Condado de Prince George, Maryland

—Tú eres el jefe —dijo Don.

Era un par de centímetros más alto que Luke y un poco más ancho. Con el cabello gris de Don, su tamaño, su edad y su experiencia... bueno, Luke siempre se sintió un poco como un niño al lado de Don.

—No dejes que se olviden de quién está al mando. Yo iría contigo, pero estoy hasta arriba de reuniones. Eres mi representante. En lo que respecta a este viaje, tú eres yo.

Luke asintió. —Está bien, Don.

Caminaban por un pasillo largo y ancho a través de la terminal. Enjambres de personas, en su mayoría con uniformes de varios tipos, se arremolinaban, moviéndose de un lado a otro. La gente estaba de pie y comiendo en el *Taco Bell* y en el *Subway*. Hombres y mujeres se abrazaban, montones de equipaje pasaban en carros. El lugar estaba lleno, había dos guerras a la vez y en todos los servicios armados, el personal estaba en movimiento.

—Tenemos un nuevo tipo que se va a unir a ti. Él es tu compañero, pero tú eres el socio mayoritario. Su nombre es Ed Newsam. Me gusta, es grande, jodidamente arrogante y joven. Lo saqué de las Delta, aunque sólo ha estado allí un año.

—¿Un año? Don…

—En un año, ya se ha desenvuelto de forma admirable. Créeme, vas a estar contento de que haya contratado a este tipo. Es una bestia, un animal, como lo eras tú a esa edad.

A los treinta y dos, Luke ya empezaba a sentirse viejo. Había vuelto al gimnasio en las últimas semanas y de repente se le hacía

cuesta arriba ponerse en forma. Esa fue una sorpresa muy desagradable, se había abandonado durante su estancia en el hospital.

—Trudy y Swann viajan contigo, pero no van al escenario contigo. Permanecerán en la Zona Verde donde estarán seguros y te ofrecerán orientación e información desde allí. Bajo ninguna circunstancia debes ponerlos en peligro. No son personal militar, ni lo han sido nunca.

Luke asintió. —Entendido.

Don se detuvo. Se volvió para mirar a Luke, sus duros ojos se suavizaron un poco. Era como si fuera el padre de Luke, el padre que nunca tuvo. Don era un padre grande, de pelo gris, de torso ancho y la cara como un bloque de granito.

—Vas a hacerlo bien, hijo. Ya has ocupado antes posiciones de mando, has estado en zonas de guerra y en misiones difíciles, misiones imposibles. Esta no es así, esta tiene la mandíbula de cristal, ¿vale? Papá Cronin ejecutará esta operación en tierra. Él te cubrirá las espaldas y se asegurará de que tengas a la gente que necesitas en el aire por encima de ti y a un paso por detrás de ti.

Luke se alegró de escuchar eso. Bill Cronin era un Agente Especial de la CIA. Había estado en la zona varias veces, tenía mucha experiencia en Oriente Medio. Luke había servido bajo su mando dos veces antes: una vez cedido por las Fuerzas Delta a la CIA y una vez durante una operación especial conjunta.

Don continuó. —Espero que vosotros entréis allí y que Parr deje caer su arma y levante las manos. Se sentirá aliviado de que no seas Al Qaeda. Necesitamos una victoria temprana para demostrar a los congresistas que vamos en serio, así que he completado tu planificación de vuelta con un retorno fácil. Pero no le digas eso a los demás, piensan que esto es la cosa más seria de la historia.

Luke sonrió y negó con la cabeza. —Está bien, Papá.

—Te revolvería el pelo, pero eres demasiado viejo, —dijo Don.

Más allá de la puerta había una pequeña sala de espera. Tres filas, de cinco asientos cada una, estaban agrupadas frente a un escritorio y detrás del escritorio, la puerta de la pista. El escritorio estaba abandonado y nadie se sentaba en las sillas, era un área vacía de la terminal.

A través de los grandes ventanales, Luke pudo ver un pequeño avión azul del Departamento de Estado estacionado y esperando fuera. Una escalera plegable conducía a la puerta abierta de la cabina del avión.

Un grupo de tres personas se arremolinaba en la puerta. Dos de ellos eran Trudy Wellington y Mark Swann. Trudy era pequeña y lo parecía a cada centímetro. Swann era alto y delgado, pero se veía encogido por el tercer miembro de su grupo, un hombre negro con vaqueros y chaqueta de cuero. El hombre negro se quedó solo, un poco alejado de Trudy y Swann. Tenía una mochila verde en el suelo a sus pies.

—¿Ese es el tipo? —dijo Luke. —¿Newsam?

Don asintió. —Ese es el chico.

Luke se empapó de él mientras se acercaban. Parecía medir dos metros de alto, sus hombros eran anchos, al igual que su pecho. Debajo de su chaqueta de cuero, llevaba una camiseta blanca que se aferraba a su enorme musculatura. Parecía que alguien se la había pintado. Sus brazos estaban cubiertos por la chaqueta, pero sus puños eran enormes. Llevaba botas de trabajo amarillas en sus grandes pies. Parecía el dibujo animado de un superhéroe.

Excepto por su cara, era tan arrogante y tan joven como la de cualquier niño de instituto. No había una arruga en él.

—¿Este tipo ha combatido antes? —dijo Luke.

Don asintió de nuevo. —Sí.

—Bueno, tú eres el jefe.

—Sí, lo soy.

Cuando llegaron hasta el grupo, los tres se giraron. Los ojos de Trudy y Swann estaban enfocados en Don, su jefe. El recién llegado, Newsam, miró a Luke.

—Gracias por venir, todos. Trudy y Mark, habéis tenido la oportunidad de conocer a Luke Stone, vuestro comandante en este viaje. Luke ha sido uno de los mejores miembros de operaciones especiales con los que he tenido el placer de servir, en el Ejército de los Estados Unidos. Luke, este es Ed Newsam, con quien no he servido, pero sobre el que he escuchado cosas espectaculares.

Los dos hombres se dieron la mano. Luke miró a los ojos del hombre más grande. Newsam no hizo nada explícito; por ejemplo, no intentó aplastar la mano de Luke con la suya. Pero sus ojos lo decían todo: *Tú no mandas en mí.*

Luke lamentaba estar en desacuerdo, pero este no era el momento ni el lugar para preocuparse por eso. Sin embargo, si iban a trabajar juntos, especialmente en una zona de combate, ese momento casi seguro que llegaría.

Don dijo algunas palabras de aliento para despedirse del grupo, pero Luke ya no le escuchaba. Él sólo miraba esos duros ojos jóvenes, como ellos lo miraban a él.

CAPÍTULO NUEVE

23:15 Hora de Europa Central (17:15, Hora del Este)

Instituto Le Rosey

Rolle, Suiza

Era el instituto más famoso del mundo.

Bueno, era el más caro, de todos modos.

Pero, en realidad, era muy aburrido y ella no quería estar aquí. Su madre y su padre la habían enviado aquí durante un año para "terminar" antes de ir a la universidad. Había sido el año más triste y solitario de su vida. Tal vez las cosas mejorarían ahora que casi había terminado. Había sido aceptada en Yale en otoño.

Por supuesto que lo había sido. Su padre era uno de los alumnos más conocidos de Yale, así que ¿por qué no la iban a aceptar? Ella era Elizabeth Barrett, la hija más joven de David P. Barrett, el actual Presidente de los Estados Unidos.

De hecho, estaba terminando de hablar por teléfono con su padre en este momento.

—Bueno, cariño, ¿hay algo positivo que puedas llevarte de este año?

Ese era su padre, siempre hablando de "aspectos positivos". ¿Eran palabras reales? Él decía palabras y frases así todo el tiempo: siempre había cosas positivas con las que quedarse, siempre estábamos avanzando, subiendo las escaleras y construyendo algo grandioso. Había comenzado a sospechar que él no era tan optimista como decía. Toda la representación era falsa, un fraude. Simplemente decía estas cosas porque sabía que en su vida, siempre había alguien escuchando.

Ella odiaba esa parte. Odiaba al equipo de seguridad del Servicio Secreto, que se mantenía cerca las veinticuatro horas del día. A ella le gustaban algunos de los agentes, pero odiaba el hecho en sí, por otra parte necesario, de que su vida se viera forzada y frustrada en todo momento debido a eso. Ellos estaban escuchando la llamada, por

supuesto y nunca estaban lejos, un hombre se quedaba en el pasillo toda la noche mientras ella dormía.

—No lo sé, papá —dijo ella. —Simplemente, no lo sé. Me alegrará salir de aquí.

—Bueno, has ido a esquiar a los Alpes suizos, ¿verdad? Y has conocido a gente de todo el mundo.

—Me gustaban más nuestros viajes a Colorado cuando era pequeña —dijo. —¿Y la gente que he conocido? Sí, genial. Niños de Rusia, cuyos padres son los mafiosos que robaron todas las industrias, cuando la Unión Soviética colapsó. Niños de Arabia Saudí y Dubai, cuyos padres son todos príncipes o lo que sea. ¿Todos en Arabia Saudí son príncipes? Creo que esa es la gran lección que me voy a llevar, papá. Todo el mundo en Arabia Saudí pertenece a la familia real.

Su padre, el Presidente, se echó a reír y la hizo sonreír. Ella no había oído su risa en mucho, mucho tiempo. Le hizo pensar en cómo solían ser las cosas, cuando su padre trabajaba en el negocio familiar del petróleo y era copropietario de un equipo de fútbol profesional. Había sido un padre divertido, alguna vez.

Cuando solían hacer barbacoas familiares, usaba un delantal de chef que decía: *El Padre Más Divertido Del Mundo*. Eso parecía muy lejano ahora.

—Bueno, cariño —dijo, —estoy bastante seguro de que no todos en Arabia Saudí pertenecen en la familia real.

—Lo sé —dijo ella. —Algunas personas son sirvientes y esclavos.

—¡Elizabeth! —dijo, pero no estaba enfadado. Se estaba divirtiendo con ella. Ella siempre era la que decía cosas indignantes, incluso cuando era joven.

—La verdad duele, papá.

—¿Elizabeth? Eso es muy gracioso, pero tengo que irme. Haz algo por mí, ¿quieres? Sólo te queda una semana para irte. Intenta hacerlo lo mejor que puedas, aprovecha las oportunidades que se te presentan y haz algo que te emocione, ¿de acuerdo?

—No sé qué puede ser —dijo, excepto que ahora le estaba mintiendo. —Pero pondré mi mejor empeño en ello.

—Bueno. Eres hermosa, cariño. Tu madre y yo te queremos. El abuelo y la abuela te envían recuerdos. Y llama a tu hermana, ¿quieres?

—Está bien —dijo Elizabeth. —Yo también te quiero, papá.

Ella colgó el teléfono. En su mente, imaginó a todas las personas que estaban colgando al mismo tiempo. Su padre sin duda, probablemente en el Despacho Oval. Pero también las personas del Servicio Secreto que escuchaban en otros teléfonos en el Despacho Oval, dos o tres de ellos, colgando como uno solo. Además, personas sentadas frente a pantallas de ordenadores en el edificio de la CIA o en la sede del FBI. También, su guardaespaldas personal de pie en el pasillo, con el cable que iba hacia su oreja. ¿Había estado él escuchando la llamada telefónica? Ella apostaba a que sí.

Asimismo, las agencias de espionaje rusas y chinas. Sabía que estaban escuchando. Y los multimillonarios gángsters rusos, que habían enviado a sus hijos a este instituto tan caro. ¿Estaban escuchando? Probablemente.

Igualmente, la oficina de seguridad, aquí en el instituto. Por supuesto que estaban escuchando, proporcionar seguridad era una gran parte del servicio de cuidado de niños de aquí y el instituto advertía a los padres sobre "cómo de bien podía integrarse el equipo de seguridad del instituto con el suyo, para proteger cada momento de la experiencia de aprendizaje de su hijo".

Tenía ganas de gritar.

Se sentó un momento en su cama. Por fuera de la ventana, era de noche en Suiza. Podía ver las luces de los barcos en el Lago Lemán desde aquí y la oscuridad de las montañas que se elevaban al otro lado del lago. Incluso podía ver las luces parpadeantes de los pueblos en lo alto de las laderas.

Por un momento, se miró en el espejo de cuerpo entero frente a su cama. Era guapa y lo sabía. Tenía el pelo largo y castaño y un cuerpo muy bonito, incluso ella misma tenía que reconocerlo. Pero tenía dieciocho años y apenas había besado a un chico en su vida. Ningún chico podía atravesar el cordón de seguridad que la rodeaba.

¡Estaba aburrida! ¡Estaba atrapada! ¡Iba a morir virgen!

No podía creer que esa fuera su vida. No podía decir una palabra sin que la gente la estuviera escuchando. No podía ir a ninguna parte sin que hombres enormes la siguieran, la rodearan, la protegieran.

Realmente, no podía ir a ninguna parte en absoluto. Cada sitio al que quería ir era un riesgo para su seguridad.

Bueno, eso ya lo vería ella, ¿no?

Se levantó y caminó a través de su apartamento hasta el baño que compartía con su compañera. Cruzó la habitación con sus suelos de calefacción radiante, su ducha de efecto lluvia y su tocador con su espejo de metro y medio de ancho; era un baño bonito, tenía que admitirlo. Aunque su familia tenía mucho dinero, no creían en cosas lujosas y ella nunca antes había tenido un baño como este.

Llamó a la puerta contigua.

—¡Adelante! —dijo una voz.

Elizabeth abrió la puerta y entró. De repente, estaba en otro mundo: el apartamento de Rita Chadwick. Los apartamentos tenían el mismo diseño genérico (dormitorio, cocina pequeña y sala de estar), pero Rita lo había personalizado. Tenía un sentido de la cultura hippie bohemia y el lugar estaba adornado con cortinas, abalorios y banderas de rezo tibetanas colgadas. En una pared había un cartel gigante llamado "*Earthrise*", que mostraba el planeta Tierra como se suponía que se veía desde la Luna. En otra había un póster del rapero Eminem en el escenario a tamaño natural, vestido con una camiseta y con gotas de sudor.

Rita llevaba pantalones de campana y una camisa de flores. Ella era enigmáticamente bonita y tenía el pelo lacio y negro, recogido con un pañuelo morado.

Permitir que Elizabeth tuviera una compañera era la única señal de normalidad que su padre, el Servicio Secreto y el instituto, le

dieron. Ni siquiera eso era normal. Elizabeth y Rita eran compañeras y amigas, pero llevaban vidas muy diferentes.

La familia de Rita había dirigido revistas y periódicos durante dos siglos. Tenían riqueza, pero no mucha seguridad de la que preocuparse, su familia estaba conforme con el nivel de seguridad que brindaba el instituto. Era fácil para Rita contratar un servicio de taxi para llevarla veinte kilómetros hasta Ginebra las noches de fin de semana. Comía en restaurantes y festejaba en discotecas hasta las primeras horas de la mañana y luego regresaba en coche a casa al amanecer.

O a veces no.

A veces, en las noches de los fines de semana, después de participar en las actividades de grupo que se ofrecían en el campus, Elizabeth se despertaba temprano antes del amanecer y escuchaba a ver si Rita había regresado esa noche.

Rita tenía libertad, mucha, y Elizabeth no tenía ninguna. El Servicio Secreto había examinado a Rita y había descubierto que no era una amenaza, sobre todo porque no había manera de colar a nadie en el campus. Las personas que conocía en Ginebra podían hacerle visitas, pero solo durante el día y no podían entrar en el edificio para nada. Después de pasar por la seguridad, tenían que sentarse en los terrenos aledaños al campus.

Rita estaba sentada en su cama, haciendo un dibujo en una libreta con un grueso lápiz negro. —Hola, nena —dijo ella, sin levantar la vista.

—Hola, nena —dijo Elizabeth.

Hola, nena, era algo entre ellas. Se llamaban nena la una a la otra.

La amistad de Elizabeth con Rita era una de las pocas cosas buenas que habían salido de este año escolar. Rita iría a Brown el año que viene, en Providence, Rhode Island, muy cerca de Yale. Elizabeth tenía la esperanza de que mantendrían el contacto y seguirían siendo amigas. Pero nunca se podía decir. Muchas de estas supuestas amistades se venían abajo cuando ya no estabas en el mismo lugar.

—¿Cómo está tu padre? —dijo Rita.

—Ya sabes —dijo Elizabeth.

Rita asintió. —Lo sé. Es el Presidente y eso es un gran trabajo.

—Está bien.

Rita pasó la página en su cuaderno de dibujo. Ahora estaba escribiendo algo en lugar de dibujar.

—Me imagino que está ocupado haciendo cosas presidenciales.

—Está muy ocupado actuando como un Presidente, —dijo Elizabeth.

Era una charla ficticia. Con el tiempo, habían desarrollado un sistema de comunicación que el Servicio Secreto no podía escuchar o interceptar. Seguirían hablando con normalidad, sobre esto o aquello, como atolondradas chicas de instituto. Al mismo tiempo, se pasaban mensajes escritos de un lado a otro, que luego arrancaban y tiraban a las papeleras del comedor.

Rita le dio la vuelta al cuaderno y le mostró a Elizabeth lo que había escrito.

¿Todavía quieres seguir adelante? ¿Con el Modo Escape?

El Modo Escape era un plan que Rita se había inventado para Elizabeth, una forma de sacarla de la prisión en la que estaba y darle la oportunidad de experimentar una pequeña aventura, un poco de emoción y la poca vida nocturna que la ciudad de Ginebra tenía para ofrecer.

El plan era atrevido, como poco. Asombroso, audaz, si funcionaba, sólo funcionaría una vez. Así que cualquier intento sería una oportunidad única, en un intento desesperado de conseguir todas las canicas.

Sus habitaciones estaban dos pisos por encima del suelo, pero sus ventanas daban a una azotea que se inclinaba hacia abajo hasta el borde. Según Rita, había una canaleta de lluvia hecha de metal duro, como de acero o hierro. No era endeble. Sabía esto porque había bajado por ahí en un par de ocasiones en mitad de la noche, para visitar a un chico en uno de los otros dormitorios.

El Modo Escape implicaba que Rita se preparase para irse a Ginebra en una noche de fin de semana. Mientras tanto, Elizabeth fingiría llegar temprano, mientras se preparaba para salir por la noche. Rita llamaría a un servicio de taxi para que la

recogiera. Cuando llegara el coche, Rita bajaría las escaleras como siempre lo hacía. Elizabeth se sentaría dentro con el televisor encendido, con el volumen alto. Elizabeth había estado viendo la televisión a todo volumen durante meses, preparando la posibilidad de que alguna vez tuviera el valor de probar el Modo Escape.

Dejando el televisor encendido, Elizabeth se deslizaría por la ventana que había abierto antes, cruzaría el techo en silencio, bajaría por el canal de lluvia, se dejaría caer al suelo y luego correría hacia el camino de entrada, donde estaría estacionado el coche.

Una vez que estuviera dentro del vehículo, se dirigirían a las puertas del instituto. Las ventanas del coche estarían tintadas y según Rita, la seguridad al salir del campus sería algo superficial, en comparación con la forma en que era dentro.

Si lograban atravesar las puertas, por una vez en su vida, Elizabeth sería libre. Rita la llevaría al Club Baroque, donde pinchaban los DJs de música *dance* y bailarían música *house* en un club nocturno abarrotado, hasta que el lugar se cerrara. Luego irían a por comida y café y volverían al amanecer.

Era el crimen del siglo. Había chicos que vivían en Ginebra (de familia de banqueros), con quienes Rita se juntaba. A veces venían al campus durante las horas de visita. Uno de ellos era un joven muy guapo de Turquía, llamado Ahmet. Era delgado, con el pelo negro y rizado y la piel como la sombra del café; ligero y dulce, lo llamaba Rita. Llevaba ropa de estilo americano y hablaba inglés. Era normal, no como otros chicos árabes, que eran fanáticos religiosos.

¿Eran turcos los árabes? Elizabeth no estaba segura de eso. Pero Rita le había dicho a Elizabeth que Ahmet pensaba que era guapa.

Rita le entregó el lápiz a Elizabeth. ¿Tocaba las palabras *Modo Escape?* Elizabeth hizo un rápido garabato en respuesta.

Sí.

—Bueno, ya sabes —dijo Rita, —cuando eres el líder del mundo libre, tienes mucho de qué preocuparte. Guerras en todas partes, dedos en un botón, el padre de Yuri cortando el suministro de gas natural a Europa...

Yuri era un chico idiota de catorce años de Moscú, que asistía aquí al instituto y que estaba encantado de decirle a cualquiera que escuchara que su padre controlaba el gasoducto que circulaba desde

Rusia hasta Alemania. Yuri todavía no había dado el estirón, ni siquiera medía metro y medio de altura.

Elizabeth le devolvió el lápiz.

—Eso es todo lo que tiene Yuri, gas natural —dijo.

El reloj sigue andando, escribió Rita. *El año escolar se acaba. ¿Viernes por la noche?*

—Y lo hace estallar en el culo de todos —dijo Rita.

Elizabeth cogió el lápiz y rodeó el *Sí* original.

¿Segura? escribió Rita.

Elizabeth rodeó la palabra otra vez. Ahora el *Sí* tenía dos grandes círculos negros alrededor.

Ambas se rieron del pobre pequeño Yuri, el chico tonto.

Bien, escribió Rita. *Será divertido.*

Elizabeth asintió. —Diversión —dijo ella. Era extraño decirlo, ya que no seguía exactamente lo que Rita había dicho, pero era todo en lo que Elizabeth podía pensar.

Diversión.

Y eso era todo lo que había para Rita, quien daba por sentada su vasta libertad. Sus noches en Ginebra, sus excursiones ocasionales a Londres, París y Milán. Pero para Elizabeth, era algo más. Era algo enorme, energizante, aterrador. Todo su cuerpo se estremeció cuando pensó en ello. La respiración se le quedó atascada en la garganta.

¿Podría ella seguir adelante con el plan?

¿Sería capaz de atravesar la ventana y descender por el canal de lluvia? ¿Y entonces qué? Un paseo por el campo hasta la ciudad. Un club lleno de gente con luces encendidas, música a todo volumen, cuerpos apretados. ¿Bebidas? Claro, ella se tomaría una copa, aunque técnicamente era demasiado joven. Sólo una larga y ansiada noche de aventura. La oportunidad de ser anónima, entre personas anónimas y tal vez divertirse un poco por una vez.

Bueno, su padre le había dicho que hiciera algo emocionante, ¿no?

¿A quién estaba engañando? Sus padres la matarían si se enteraban y, definitivamente, se iban a enterar. El Modo Escape sólo tenía una dirección. No había ningún plan para volver a entrar, no había forma de volver a subir por el canal. Tendría que volver a entrar en el campus y en el edificio, a la antigua usanza.

Para entonces, el hombre del Servicio Secreto que estaba por fuera de su puerta probablemente ya habría sospechado que la televisión había estado puesta toda la noche y habría entrado, activando la alarma. Incluso podría desatar un incidente internacional.

Elizabeth sintió que su ansiedad aumentaba y respiró hondo para intentar calmarse. Después de esto, la iban a castigar hasta los cuarenta años.

Rita escribió algo nuevo. Ella le dio la vuelta al papel para que Elizabeth pudiera verlo.

Ahmet estará allí.

CAPÍTULO DIEZ

18:15 Hora del Este

El cielo sobre el Océano Atlántico

El pequeño jet azul con el logotipo del Departamento de Estado de EEUU se desplazaba hacia el noreste a través del cielo, con aguas oscuras debajo de ellos.

Dentro del avión, Luke y su nuevo equipo se preparaban cautelosamente para trabajar juntos por primera vez; utilizaban los cuatro asientos delanteros de los pasajeros como su área de reunión. Habían guardado su equipaje y su equipo en los asientos de atrás.

Luke miró a su alrededor.

Este era el equipo de los jóvenes. Parecían una especie de grupo juvenil en busca de su primera noche de fiesta.

Trudy Wellington se sentó justo enfrente de Luke, de vez en cuando se apartaba el pelo castaño y rizado de la cara. Era delgada y atractiva, llevaba puesta una sudadera verde y vaqueros azules. Sus ojos azules se escondían detrás de sus grandes gafas de búho de montura roja.

Frente a Luke y hacia la izquierda, mirándole, estaba Mark Swann. Estiró sus largas y delgadas piernas en el pasillo, llevaba un viejo par de pantalones vaqueros rotos y un par de zapatillas Chuck Taylor rojas, con las que cualquiera podría tropezar. Sus gafas de aviador estaban teñidas de amarillo. Llevaba una camiseta negra de Ramones, cubierta por una camisa de franela roja.

En el asiento al lado de Luke estaba Ed Newsam. Se había quitado la chaqueta, mostrando la ondulada parte superior de su cuerpo. Tenía ojos de acero, era enorme, un oso. Llevaba una barba recortada con precisión, el pelo afeitado a ras de piel por los lados y alrededor de un dedo de ancho por arriba. Tanto su barba como su cabello eran negro azabache.

Estas tres personas miraban fijamente a Luke. Ninguno de ellos

parecía amigable. Trudy y Swann parecían nerviosos, casi asustados, como si su falta de confianza en Luke los pusiera irritables. Newsam no parecía estar alterado en absoluto. Se recostó en su asiento como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento.

—Entonces, ¿cuál es la historia, jefazo? —dijo.

Luke sonrió. Él y este niño grande se iban a enganchar. Podía verlo venir. —Jefazo, ¿eh?

—¿Prefieres que te llame Viejo? —dijo Newsam.

—¿Por qué no me llamas Luke? O también puedes probar con Señor Stone.

Newsam gruñó ante eso.

Luke miró por la ventana. Era un día brillante, pero el sol ya estaba detrás de ellos. Al poco rato, a medida que avanzaban hacia el este, el cielo comenzaría a oscurecerse. Irak estaba muy lejos, tanto que tendrían que detenerse en Alemania para repostar.

—¿Trudy?

Ella asintió, con los ojos más abiertos que antes. Luke la había empujado de repente al centro del escenario. —¿Sí?

—Eres la oficial de inteligencia, ¿verdad?

—Sí.

Luke se encogió de hombros. —Bueno, todos sabemos algo acerca de este caso, pero probablemente tú sabes más. Me imagino que tienes papeleo sobre todo esto, ¿no?

Ella asintió de nuevo. —Por supuesto, por supuesto.

—¿Por qué no nos informas?

Había una carpeta gruesa en el asiento contiguo a ella. La recogió y la abrió. Por un lado había una delgada carpeta de tres anillas. En el otro lado había una funda con documentos sueltos. Abrió la carpeta a varias páginas del principio.

—Está bien —dijo ella. —Voy a asumir que ninguno de vosotros tiene conocimiento previo de los eventos, las personas involucradas o las estrategias que planeamos tomar.

—Me parece bien —dijo Luke. —¿Muchachos?

—Bien —dijo Swann.

—Vamos a escucharlo —dijo Ed. Se acomodó de nuevo en su asiento.

—Es mucha información —dijo Trudy. —Puede que tardemos un poco.

Luke se encogió de hombros. —Va a ser un vuelo largo —dijo. —Tenemos todo el tiempo del mundo.

Escuchó distraído mientras ella revisaba el papeleo, describiendo para los demás y para Luke, el pasado y el presente de Edwin Lee Parr. Poco a poco, Luke empezó a despistarse. Pensaba en Rebecca sola en la casa de campo de su familia, esperando que él regresara.

Podía imaginársela de pie en el patio trasero, enmarcada por la puesta de sol, con la barriga grande y su hijo dentro. Quería, más que nada, que este viaje fuera rápido. Sabía que a partir del octavo mes, ese bebé podría llegar en cualquier momento. Las fechas de cumplimiento eran más unas sugerencias o pautas que un programa preciso y rápido.

Pensó en ella, cenando en la gran casa hecha de piedra de sus padres en los suburbios de Virginia, tal vez durmiendo. *Probablemente* durmiendo. Sus padres eran ricos y por lo que Luke sabía, nunca habían trabajado un solo día de sus vidas. No pensaban mucho en Luke, él lo sabía. Las unidades de operaciones especiales de élite no les impresionaban. Las personas que se alistaban en el ejército eran una clase de personas diferente a ellos, a su hija, a su nieto. No estaba seguro de qué era lo que más les preocupaba a ellos: que muriera durante un despliegue o que volviera a casa con vida.

—… ¿Luke? —había dicho Trudy.

—Sí, lo siento. ¿Qué decías?

Junto a él, Ed Newsam lanzó una especie de risa burlona.

—¿Quieres que revise el plan de operación? —dijo ella.

—Por supuesto, vamos a oírlo.

Ella hojeó algunos papeles. Le señaló. —Luke, tu nombre es Edward King. Hicieron tu identidad fácil de recordar. Tienes treinta y dos años, la misma edad que tienes ahora. Estabas en el Comando del Ejército número setenta y cinco, donde estabas, de hecho. Solías trabajar para la Corporación Blackstone y así es como llegaste a estar en Irak, pero te despidieron por insubordinación. Ahora estás solo, buscando dar un golpe.

Se volvió hacia Newsam. —Ed, tu nombre es David Dell. La gente te llama DD, también es fácil de recordar. Tienes veinticinco años y una vez estuviste en el Aerotransportado número ochenta y siete. También trabajaste para Blackstone, pero tu contrato no fue renovado. Tú y Ed King ahora sois socios.

—Está bien —dijo Newsam. —Eso está bien, pero, ¿cómo nos infiltramos el grandote y yo?

Grandote. Newsam estaba intentando hacerse el gracioso. A Luke no le gustaban los graciosos.

—Muy fácil —dijo Trudy. —Hay un informante. No tengo su identidad, porque es información clasificada. Fue detenido y arrestado por un escuadrón de Marines en un punto de control a las afueras de la ciudad de Fallujah. Viajaba en un *Range Rover* con tres muchachas iraquíes. No estaba claro cómo un estadounidense había llegado allí con tres mujeres iraquíes, pero aparentemente estaban en cierto peligro. La poca información que tengo de la situación es que las chicas eran adolescentes y él podría haberlas comprado, a sus familias o posiblemente a otra persona, por una cantidad de dinero.

—Es un chulo —dijo Newsam.

Trudy no se comprometió. —No tengo ninguna información sobre lo que estaba haciendo o lo que quería hacer. Todo lo que sabemos es que, quienquiera que fuera, estuvo con Parr hasta hace muy poco. Ahora está bajo la custodia de la CIA y ha sido interrogado por Bill Cronin.

Luke se estremeció por dentro ante la idea de que alguien fuera interrogado por Bill Cronin. El tipo al que cogieron probablemente había pasado una noche difícil con Bill. Bueno, bien por él. Las personas como Bill Cronin existían por una razón y no venían a verte a menos que te hubieras salido del camino.

—Ahora es un testigo colaborador —dijo Trudy, diciéndole a Luke algo que ya sabía. Los hombres bajo custodia de Papá Cronin se

convertían de forma invariable en testigos cooperantes. Si todavía estaban vivos, estarían ansiosos por cooperar. —Estaba en el equipo de Parr y el plan es que te lleve de vuelta al territorio controlado por los suníes y te guíe directamente hasta Parr.

—¿Cuánto tiempo ha estado bajo custodia? —dijo Luke.

Ella se remitió a una hoja de papel. —Uh, aproximadamente setenta y dos horas hasta este momento. En el momento en que te lleve de vuelta al escondite de Parr, serán más o menos como cuatro días.

—Así que van a sospechar de él —dijo Luke.

Ella asintió. —Probablemente. La historia dice que fue recogido por una patrulla, pasó unos días en la cárcel y luego fue puesto en libertad con vosotros dos.

Ed Newsam negó con la cabeza. —Esa historia va a durar exactamente...

—Sólo tiene que durar lo suficiente para llevarte a la puerta del escondite de Parr ¾dijo Trudy.

—¿Y entonces qué? —dijo Newsam.

—Entonces lo arrestas.

Newsam la miró fijamente, con un leve eco de una sonrisa en su rostro. Pero no dijo nada. Luke lo felicitó en silencio por eso. Cuando Trudy le propuso a Luke la idea de esta misión, no pudo mantenerse callado al respecto.

—Los tres llevaréis unidades de GPS —dijo Mark Swann. —El coche en el que viajéis tendrá un transpondedor estroboscópico incrustado en el techo; será visible desde el cielo por nuestros muchachos, pero no en el suelo por los de Parr.

—A menos que tenga el mando de un satélite o un dron —dijo Newsam.

Swann negó con la cabeza. —Lo dudo mucho, el chico lo ha hecho todo fuera de la ley. El ejército estadounidense controla esos cielos. Parr está tratando de permanecer invisible, no puede hacer volar nada.

—Dos Halcones Negros con escuadrones de soldados en cada uno te seguirán ¾continuó Trudy. —Además, si es necesario, habrá un helicóptero Apache de combate a la vista. Puedes solicitar refuerzos o un ataque aéreo en cualquier momento.

—Así que todo el asunto... —comenzó Luke.

Ella asintió. —Sí. Sigues al informante a través de la madriguera del conejo y confirmas que te ha llevado hasta Parr. Una vez en presencia de Parr, le haces una identificación positiva. En ese momento, Parr puede rendirse ante ti o puede morir. La elección será suya.

—Y estamos expuestos allí frente a él como carne fresca —dijo Newsam.

—Bueno, no en esas palabras —dijo Trudy. —Pero…

—Sí —dijo Mark Swann.

CAPÍTULO ONCE

6 de mayo

11:05 Hora Árabe (4:05 Hora del Este)

Embajada de los Estados Unidos en Irak (también conocida como el Palacio Republicano)

Zona Internacional (también conocida como la Zona Verde)

Distrito de Karkh

Bagdad, Irak

—¿Cómo ha ido el viaje desde el aeropuerto? —dijo Papá Cronin.

El hombre era un oso. Alto, con un cuerpo ancho, hombros y brazos grandes y una barba tupida y roja, tal vez ahora más suave y un poco gris. Luke había conocido a Papá Cronin hacía algunos años. Hace dos años, Papá Cronin había sido su controlador de la CIA cuando Luke se infiltró de forma clandestina aquí en Irak.

—Bien —dijo Luke.

Y había estado bien. Si bien significaba viajar a alta velocidad en un convoy de *Humvees* blindados, cada uno con pasajeros amontonados como sardinas, soldados fuertemente armados colgando por las ventanas, apuntando con sus armas a cualquier cosa, a cada centímetro del camino y gritando maldiciones en árabe a todos y cada uno de los seres humanos que pasaban.

El convoy no sufrió ningún ataque de fuego enemigo en todo el viaje y eso estuvo bien.

—¿Y el aterrizaje? ¿Cómo fue?

—Los pilotos lograron aterrizar, por así decirlo —dijo Luke. —Algunas personas vomitaron, pero llegamos sanos y salvos —la segunda etapa de su viaje había sido un vuelo desde Alemania, a bordo de un avión de pasajeros de tamaño mediano. El avión había bajado al aeropuerto de Bagdad en espiral, con una fuerte inclinación hacia la izquierda y cayendo rápidamente todo el camino, para

frustrar los ataques de cohetes desde el suelo. Cuando el avión llegó a la pista, los pilotos frenaron con fuerza y el avión se detuvo bruscamente.

—Muy bien —dijo Bill Cronin, mirando al resto de la tripulación de Luke.

—¿Habéis disfrutado de vuestra primera misión especial en Bagdad?

—Yo he sido una de las personas que ha vomitado —dijo Trudy.

—Yo también —dijo Swann.

Cronin sonrió. —Es un ritual de paso. A mí me ha pasado un par de veces —miró al gran Ed Newsam.

—¿Y tú?

Newsam negó con la cabeza y sonrió. —Yo no vomito, tío.

Cronin negó con la cabeza. —No sabes lo que te pierdes, amigo.

Bill Cronin llevaba pantalones de color caqui, zapatos negros brillantes y una camisa de vestir de cuello abierto, que a esta hora de la mañana comenzaba a empaparse de sudor. No había aire acondicionado en el antiguo Palacio Republicano de Saddam Hussein.

Caminó enérgicamente, guiándolos por una serie de amplios pasillos de mármol, todos ellos llenos de gente. Multitud de personas zigzagueaban, cortándose el paso unos a otros en todas direcciones. La gente se sentaba en sillas de oficina con ruedas, en escritorios improvisados empujados contra las paredes de piedra, escribiendo en teclados de ordenador o charlando a través de los teléfonos, sus voces resonaban en los techos redondeados y embaldosados a seis metros de altura. Los cables serpenteaban por el suelo, o corrían por las paredes, sujetos con una fuerte cinta adhesiva negra. Personas en varias etapas de desnudez sudorosa intentaban dormir unos minutos o unas horas en catres militares, cubriendo tramos del pasillo en una sola fila, como si fueran hormigas.

Aquí y allí, las áreas se seccionaban con madera contrachapada, algunas con cortinas de lona o tela, formando oficinas instantáneas o quizás dormitorios. Las tablas de madera contrachapada se habían pintado con una serie de letras y números. Luke estaba cansado del viaje, pero pensó que las designaciones tendrían sentido para él, si se

detenía un momento para pensar en ellas. Un par de paredes de contrachapado estaban adornadas con banderas americanas.

—Este viejo lugar parece estar bien —dijo Luke. —Como Calcuta.

Había pasado varios días aquí antes, poco después de que el edificio hubiera sido abandonado y luego saqueado. En aquellos días, casi no había nadie aquí, no había electricidad y un puñado de tropas internacionales cortaba el acceso a todos los que llegaban.

El área que se había unido a la Zona Verde había sido el barrio más rico de Bagdad. Saddam había vivido aquí, en el Palacio Republicano, por supuesto. Pero todo el distrito había estado lleno de mansiones de diferentes tamaños, edificios de apartamentos de lujo, restaurantes de moda y tiendas. Cuando llegó la invasión estadounidense y comenzaron los bombardeos, todos los residentes se fueron con todo lo que se pudieron llevar.

Cuando Luke llegó a Bagdad por primera vez en el 2003, pocas personas sabían que todos estos lugares estaban disponibles. Podías mudarte de inmediato, por orden de llegada, si tenías la mentalidad correcta y una potencia de fuego para protegerte. Las unidades de combate en patrulla se hicieron cargo de varias de las mansiones.

Un par de unidades incluso tomaron el Palacio. Como se encontraba entre los lugares más fáciles de fortificar y proteger, en poco tiempo se convirtió en el cuartel general más extraño y grandioso, pero rudimentario y rústico del Gobierno Provisional de la Coalición. Sin electricidad, sin aire acondicionado, sin agua, sólo luces portátiles y ataques casi constantes de fuego de mortero. Parecía que las cosas se habían calmado desde entonces.

Papá Cronin se encogió de hombros y sacudió la cabeza. —Se ha llenado, por supuesto. ¿Qué puedo decir? Es el lugar más seguro de la ciudad. Casi nadie puede entrar en la Zona Verde si no pertenece aquí. Los fanáticos pasan de contrabando una bomba o una granada de vez en cuando y la gente sigue inmolándose en los puntos de control de forma regular, pero si no estás de pie fuera de las puertas cuando esto sucede, todo va bien. Todavía nos llega fuego de mortero a veces, pero generalmente no acierta y las paredes tienen tres metros de espesor, de todos modos. Además, la piscina en la parte trasera ahora tiene agua y está abierta para su uso. Todo el mundo quiere estar aquí, no importa la multitud.

Pasaron frente a un grupo de personas que tomaban notas,

mientras un alto capitán militar les daba una conferencia sobre una cosa u otra.

—Tengo una sala de conferencias reservada aquí, así que deberíamos estar bien —dijo Bill. —Podemos escapar de todo este ruido.

Bajó por un pasillo corto y estrecho. Al final había una pesada puerta de madera que se abría sin llave. La habitación tenía una iluminación pobre mediante lámparas que funcionaban con baterías, puestas en una mesa hecha de una gruesa tabla de madera, sobre dos caballetes. No había ventanas. En su lugar, las paredes estaban cubiertas de un mosaico de azulejos que mostraba la escena de un oasis en el desierto, posiblemente de algún momento en los albores de la civilización.

Había dos hombres sentados a la mesa. Ambos se pusieron de pie cuando entraron Bill Cronin, Luke y el equipo. El primero, un hombre alto con el pelo gris muy corto, se puso firme como un clavo, metido en un uniforme de camuflaje del Ejército de los Estados Unidos, sin marcas de identificación. Luke supo de inmediato lo que eso significaba. El segundo hombre era más pequeño, más joven, con el cabello rubio, la cara demacrada, áspera y un poco de barriga. Su piel estaba pálida, a pesar de estar en medio de un desierto; parecía que no había salido mucho. Estaba fumando un cigarrillo y sudando profusamente. El ambiente no parecía favorecerle mucho.

—Agente Luke Stone, este es el Coronel Radis, del Comando Conjunto de Operaciones Especiales. Este es el Señor Montgomery, de la Embajada Británica. —Cronin hizo un gesto gracioso con los dedos imitando a un pájaro cuando dijo las palabras *Embajada Británica*. Luke también sabía lo que eso significaba. El hombre no trabajaba para la Embajada Británica.

Presentó a su joven equipo a los dos hombres.

—¿No os vais a sentar? —preguntó el Coronel Radis. —Tenemos agua para todos.

Luke y su grupo se sentaron, Bill Cronin se quedó de pie. Ocho o nueve botellas de agua, envasadas en plástico, de una marca genérica, estaban sobre la mesa frente a ellos. Trudy y Swann cogieron las botellas, Ed Newsam era aparentemente demasiado guay para eso. Luke se estiró y cogió una.

—Sabemos que acabáis de llegar y debéis estar ansiosos por llegar

a vuestras habitaciones, así que trataremos este tema lo más rápido que podamos —dijo Radis.

—Creo que sabemos la mayoría de los detalles de la operación —dijo Luke. —Trudy recibió una gran cantidad de información antes de que nos fuéramos y nos informó durante el vuelo.

Radis asintió. —Bueno, aquí tenemos algunos materiales clasificados que puede que no os transmitieran, debido a su naturaleza delicada. Cuantos menos ojos tengan la oportunidad de ver esta información, mejor. Y creo que aumentará vuestra comprensión de la situación.

—Está bien —dijo Luke. —Adelante.

Montgomery puso una serie de fotografías en fila sobre la mesa, una cada vez. Luke cogió una, la miró y se la dio a Trudy. Luego cogió otra. Eran fotos de palacios abandonados, similares en naturaleza al que estaban, pero en peores condiciones. Las paredes habían sido perforadas con agujeros de bala, o medio destruidas por fuego de mortero. Los aparatos habían sido arrancados y habían desaparecido. Los muebles y el equipo yacían apilados. Rocas en forma de pirámide yacían contra muros en ruinas. Los esqueletos quemados de camiones y automóviles estaban uno al lado de otro en la zona de estacionamiento. En una foto, un busto de Saddam Hussein llevaba un casco de combate ecuestre medieval en su cabeza, como si Saddam hubiera sido un guerrero a caballo durante la Edad de Oro del Islam.

Luke sonrió ante esa. Saddam parecía un niño jugando a ser otra persona.

—Como sabéis, Saddam estuvo en el poder aquí durante casi veinticuatro años —dijo Montgomery. Hablaba con un acento inglés refinado y entrecortado. Tenía una voz extrañamente aguda. Parecía un hombre extraño en muchos aspectos. Los espías a menudo lo eran.

—Y durante ese tiempo, construyó entre ochenta y cien palacios para su uso privado, así como para uso de su familia, los oficiales del partido Baaz, sus amigos y socios comerciales y sus muchas amantes. No era tímido a la hora de saquear el tesoro iraquí, de almacenar antiquísimas antigüedades, saqueadas de su propio país, de Irán durante la guerra a principios de la década de los 80 y de Kuwait durante su ocupación en 1990. Dinero en efectivo no marcado, gran parte en dólares estadounidenses, coches, oro,

diamantes, cualquier cosa que podáis imaginar.

—Movió gran parte de este tesoro a bancos fuera del país, sin embargo, parte de él todavía está aquí, escondido en sus palacios, en antiguos depósitos de armas, en búnkeres subterráneos y también en cuevas. Creemos que el valor de su fortuna secreta asciende a miles de millones de dólares. De hecho, Saddam era probablemente uno de los hombres más ricos de la Tierra.

—Y este hecho ampliamente conocido está clasificado, ¿por qué? —dijo Ed Newsam.

Montgomery levantó su dedo índice. —No es tan conocido como pudieras creer. Hay cientos de miles de soldados, estadounidenses y de la coalición, por no mencionar a reporteros, ayuda humanitaria y observadores internacionales que están atravesando este país en este momento. Hay millones de iraquíes, muchos de ellos en milicias no autorizadas. Si todos supieran el tamaño de esta fortuna, la guerra se convertiría en una batalla campal en busca del dinero.

—No querríamos eso —dijo Newsam. —¿No?

—Nuestros soldados tienen una misión aquí —dijo Radis. —Y no es la de saquear y apropiarse del oro.

Ed sonrió con su arrogante y joven sonrisa. Sus dientes blancos brillaban.

—¿No? Entonces, ¿cuál es?

—Muéstrales las otras fotos.

Montgomery salió con una nueva pila de fotografías. Las colocó en la mesa, una por una, formando una cuadrícula, como había hecho con las otras. Luke cogió la primera de estas y se estremeció.

Mostraba lo que parecía una niña de cinco años, destrozada por los disparos de una ametralladora.

—Estas son inquietantes —dijo el Coronel Radis.

La siguiente mostraba un montón de cuerpos, mujeres y niños, con sus ropas empapadas de sangre. La pared detrás de ellos estaba marcada con hoyos, como si hubiera sido utilizada por un pelotón de fusilamiento.

—Creemos que esto es obra de Parr y de su grupo —dijo Montgomery. —Todas estas fotos han sido tomadas en los últimos días.

—¿Por qué está haciendo esto? —dijo Luke.

—Edwin Lee Parr se ha vuelto loco —dijo Radis.

—Claramente loco —dijo Mark Swann. Estaba mirando las fotos desde detrás de su mano, sus dedos abiertos unos centímetros.

—Parr y su grupo han estado trabajando con informantes suníes, algunos de los cuales eran ex oficiales del régimen de Saddam y otros estaban en el ejército iraquí. Así es como ha tenido tanto éxito en descubrir el tesoro escondido de Saddam. Nuestra inteligencia sugiere que Parr y su actual grupo tienen en su poder cientos de millones de dólares americanos y posiblemente cientos de millones más en barras de oro y plata y en diamantes. La población local ahora es bien consciente de lo que está haciendo y de lo que tiene. Parr está atrapado en el Triángulo Suní, sin posibilidad de salir del país. Pero el país está inundado de armas y Parr ha obtenido su beneficio. Sin escapatoria, lo conserva y mantiene el control con medios cada vez más duros. Ha tomado como objetivos a mujeres y niños, especialmente a las mujeres y los niños de los ancianos locales que se enfrentan a él. Cada vez más, toma a las mujeres como rehenes y las usa como escudos humanos.

Luke sintió que su corazón se hundía. Se suponía que esto era un arresto. Él era la policía ahora. Pero su joven compañero no le mostraba respeto y el hombre al que se suponía que debía arrestar era un psicótico que cometía atrocidades contra la población civil.

Estupendo.

—Nos preocupa que Parr vaya a intentar una huida por la frontera con Siria.

—¿Qué beneficio le traerá eso? —dijo Luke.

—Si llega tan lejos, es posible que los guardias fronterizos corruptos y el ejército sirio acepten recompensas por su parte y que lo lleven a él y a sus hombres a la frontera con Turquía. Quizás puedan obtener nuevas identidades por el camino. Si llegan a Turquía con algunos de sus millones y con nuevas identidades, entonces podrían estar, asimismo, en Europa, llegados a ese punto.

Luke miró a Bill. —¿Cuáles son las probabilidades de que eso suceda?

Bill se encogió de hombros. —Le ha ido bastante bien hasta ahora. Supongo que podría conseguirlo, pero se necesitaría mucho derramamiento de sangre para lograrlo.

—¿Cuántos escudos humanos tiene? —dijo Ed Newsam. Parecía ser el primer comentario o pregunta seria que había hecho desde que Luke le había conocido.

—Creemos que probablemente al menos cincuenta —dijo Montgomery. —Y ciertamente los matará a todos si tiene que hacerlo. Está desesperado, no ha mostrado ningún reparo en asesinar y en todo caso, parece tener, digamos, un apetito creciente por ello.

—Entonces, ¿qué será lo siguiente? —dijo Luke.

—Vosotros descansad y meted algo de comida decente en vuestros estómagos —dijo Radis. —Haremos que nuestro informante despeje un poco las dudas, lo que probablemente le llevará algunas horas. Ha tenido un par de largas sesiones de preguntas y respuestas y está durmiendo.

Luke miró a Bill de nuevo. Papá Cronin hizo una mueca para indicar desaprobación, o posiblemente disgusto. Papá Cronin era conocido como un interrogador desagradable. Entre ese grupo, la mayoría eran indiferentes, casi como científicos que llevan a cabo experimentos con roedores. Por la experiencia de Luke, Bill parecía sentir una aversión activa por sus sujetos. Cuanto más los lastimaba, más comenzaba a odiarlos.

—El informante cree que sabe exactamente dónde está Parr —dijo Montgomery. —Ese era otro hecho que no queríamos transmitir. Mañana por la mañana, antes del primer rayo de luz, nos gustaría que vosotros, caballeros, entréis allí.

—¿Y arrestar a Parr? —dijo Luke.

Papá Cronin hizo un pequeño movimiento de cabeza.

—Si entra en razón —dijo Radis. —Claro, arrestadlo si queréis. Lo sacaremos de allí. —brevemente, Luke pensó en el centro clandestino de la CIA que existía en la base aérea de Bagram en Afganistán. Algo le decía que la justicia que Parr iba a ver no involucraba a un juez y un jurado en los Estados Unidos.

—Edwin Lee Parr va más allá de la razón —dijo Montgomery.

* * *

Trudy Wellington repasaba unos papeles que había sobre el escritorio.

—El hombre que estamos a punto de ver es Davis Cole, de treinta y seis años. Ex Marine con experiencia en combate en varios escenarios. Ex convicto que cumplió treinta meses por homicidio, en el sistema penitenciario del estado de Nueva York. El caso aparentemente involucraba una pelea a puñetazos que comenzó en un bar de Manhattan, consecuencia de una discusión sobre los resultados de un partido de hockey profesional.

—Supongo que ganó esa discusión —dijo Ed Newsam.

Los cuatro estaban sentados alrededor de una mesa en una pequeña habitación. Delante de ellos había una pared de vidrio, que Bill Cronin había dicho que era de espejo unidireccional. Al otro lado había otra mesa de madera, con una silla. Cuando Cole entrara, podrían verlo, pero él no podría verlos a ellos. Además, la sala de interrogatorios estaba llena de micrófonos: la voz de Cole llegaría a esta sala, pero él no podría escucharlos.

—Cole creció en Filadelfia —dijo Trudy. —Aparentemente, era un partido entre los *New York Rangers* y los *Philadelphia Flyers*.

—Eso lo explica todo —dijo Mark Swann.

Luke estaba en silencio. Este era el hombre que se suponía que los llevaría hasta Edwin Parr. A Luke no le importaban las bromas sobre él, pero también quería llegar a la parte más importante.

—¿Qué está haciendo aquí? —dijo.

Trudy miró el expediente. —Es un ex contratista militar con *Triple Canopy*. Cómo lo contrataron con sus antecedentes sigue siendo una cuestión sin resolver.

—Es una zona de guerra —dijo Newsam. —Siempre hay espacio para más asesinos.

—*Triple Canopy* lo dejó marchar en febrero de este año —dijo

Trudy. —Ha estado operando en Irak sin la supervisión de nadie durante los últimos meses. Es posible que lo hayan liberado porque descubrieron que estaba trabajando con Parr.

—¿Por qué no sabemos estas cosas? —dijo Luke. —¿No hablamos con las empresas contratistas? ¿No nos responden? Me parece que deberían responder a las preguntas del gobierno, si quieren mantener sus contratos.

—Cole no está arrestado —dijo Trudy. —Oficialmente, no está aquí. Nadie tiene ningún motivo para preguntar sobre su historial de empleo con *Triple Canopy*, porque nadie lo ha detenido.

Luke asintió. —Ah, eso tiene sentido.

Al otro lado de la pared de vidrio, una puerta lateral se abrió y entró un hombre grande. Estaba completamente calvo. Iba sin camisa y llevaba pantalones de camuflaje y botas de combate. La parte superior de su cuerpo era enorme, con un enorme pecho y hombros y un cuello como el tronco de un roble. Curiosamente, Cole tenía lo que parecía ser un collar de metal alrededor del cuello. También tenía un ojo morado: estaba medio cerrado y se había vuelto de varios tonos de púrpura y amarillo enfermizo. Su labio inferior estaba roto por el lado izquierdo, estaba hinchado como tres o cuatro veces su tamaño normal y alguien había tenido la amabilidad de darle unos puntos. Ese parecía ser el único daño que había sufrido.

Luke sabía que Papá Cronin prefería dejar las cicatrices en el interior.

El mismo Papá Cronin siguió al hombre hacia dentro. Cole no estaba cohibido de ninguna manera y era más grande que Cronin. Aunque tenían una diferencia de edad aproximada de cinco años, Cole también parecía mucho más joven que Papá Cronin. Cole era músculo por todas partes, los músculos se apilaban sobre otros músculos, sin apenas un rastro de grasa en su cuerpo. Papá Cronin no.

—Toma asiento —dijo Papá Cronin.

Cole se sentó en la silla al lado de la mesa. En su músculo pectoral izquierdo, cerca de su corazón, había un tatuaje de una bandera confederada. Casi desvanecida ahora, parecía que una vez había sido brillante a todo color. Luke también había vislumbrado un tatuaje presidiario, de una esvástica negra, en el hombro derecho del hombre.

Luke miró a Newsam, pero Newsam no dio señales de haber visto nada de eso.

—Di tu nombre —dijo Papá Cronin.

—Davis Michael Cole —dijo el hombre automáticamente en voz alta. —Primera Expedición de Marines…

Papá Cronin lo golpeó con fuerza en la parte posterior de su cabeza calva. Cole se estremeció ante la bofetada.

—Cállate —dijo Papá Cronin. —No estás en los Marines.

La boca de Cole se cerró con un chasquido.

Papá Cronin señaló el tatuaje de la bandera confederada. Luego giró el brazo de Cole hacia la ventana para mostrar el tatuaje de la esvástica. —¿Estáis viendo esto?

Sacudió la cabeza. Miró a Cole y respiró hondo.

—¿Sabes algo, Cole? Sabes lo que te voy a decir, ¿verdad? Odio los tatuajes así. Odio estas *cosas*. LAS ODIO. Me hacen odiarte. No, eso no es verdad, no te odio. Tengo una gran necesidad de ayudarte. Pensando correctamente, incluso si eso significa que tengo que matarte para hacerlo.

Papá Cronin respiró de manera profunda y lenta. —Permíteme hacerte una pregunta. ¿En el ejército de qué país estabas, supuestamente?

—En el Ejército estadounidense —dijo Cole, su voz era plana y automática.

—¿Y qué eran los Confederados para los Estados Unidos de América?

Cole no respondió.

De repente, Papá Cronin le dio un puñetazo en la nuca.

—Será mejor que lo digas.

Golpeó a Cole de nuevo.

Cole apretó los dientes.

Entonces Papá Cronin tenía una pistola en la mano; apareció allí, como si fuera un mago y hacer que apareciera una pistola fuera uno de sus trucos más fáciles. Era un revólver pequeño de calibre 38, como los que los oficiales de policía llevaban antiguamente. Abrió el arma y deslizó una sola bala en la recámara.

Luego la cerró y le dio un giro a la rueda.

Trudy se movió como para levantarse de su asiento, pero Luke le puso una mano en el hombro.

—Espera un minuto —dijo.

Papá Cronin puso el arma en la cabeza de Cole.

—Está bien, así que vamos a jugar a un pequeño juego —dijo. —Se llama el juego de la historia. Te haré una pregunta sobre la historia de los Estados Unidos y tú la respondes. ¿Listo? Ahí va. ¿Qué eran los Confederados?

Cole cerró los ojos.

Papá Cronin apretó el gatillo.

Clic.

El cuerpo entero de Cole se sacudió, casi como si una bala le hubiera atravesado la cabeza.

—¿Dónde estás ahora, Cole?

—En ninguna parte.

Papá Cronin asintió. —En ninguna parte, eso es correcto. No estás bajo custodia estadounidense, ¿verdad? ¿O bajo custodia de alguien?

Cole negó con la cabeza. —No.

—Podrías morir y nadie lo sabría nunca, ¿verdad?

Cole asintió. Su cuerpo entero ahora estaba temblando. —Sí.

Papá Cronin colocó el arma contra la cabeza de Cole de nuevo.

—Entonces, ¿qué eran los Confederados?

—¡Hijo de puta! —gritó Cole. Pero no hizo ningún movimiento

para levantarse o defenderse. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

Papá Cronin no parecía emocionado o siquiera interesado. Con calma apretó el gatillo de nuevo.

Clic.

Cole gimió.

—Se acerca, Cole, ya está aquí, ya he apretado ese gatillo dos veces. Las probabilidades van hacia abajo para ti. La siguiente cámara tiene la bala, puedo sentirla. Por última vez, ¿qué eran los Confederados?

Puso la boca de la pistola en la sien de Cole. —Ahí va. ¿Qué eran los...?

—¡Traidores! —gritó Cole. —¡Eran traidores!

—Traidores, ¿qué? —dijo Papá Cronin.

—Traidores, señor —dijo Cole. Cogió un profundo respiro.

—Bastardo estúpido, si pertenecieras al Cuerpo de Marines de los Estados Unidos como proclamas, en el nombre de Dios, ¿qué estás haciendo con la bandera de unos traidores en tu pecho?

Cole negó con la cabeza. —No lo sé... señor.

Los hombros de Papá Cronin se desplomaron, como si fuera un maestro que estaba tratando con un estudiante particularmente frustrante. Miró a los espectadores a través de la pared de cristal y suspiró. Se encogió de hombros.

—Es como tener que convencerte, a veces, ¿sabes? Ni siquiera vamos a entrar en lo que eran los nazis, hoy no hay tiempo para esa lección.

El arma desapareció por dondequiera que hubiera venido, un truco de magia a la inversa.

—Buen trabajo, Cole —dijo Papá Cronin. —Los Confederados fueron efectivamente traidores a América. Eran los defensores de la esclavitud. Lucharon contra los militares estadounidenses, e invadieron el territorio soberano estadounidense. Los militares estadounidenses los derrotaron, los humillaron y los mataron, en una

victoria para los Estados Unidos de América y para todo lo que es bueno, decente y correcto.

Volvió a golpear a Cole en la parte superior de la cabeza. Cole apenas se movió esta vez. Se *había resignado* a esto, se dio cuenta Luke. En sólo unos pocos días, Cronin había hecho que este gran y feroz asesino se resignara a este maltrato.

Papá Cronin se detuvo un momento. —Y tú, ¿qué eres? —dijo él.

—Una porquería de mercenario —dijo Cole. Ofreció esa respuesta sin vacilación alguna. A Davis Cole parecía importarle más lo que era la Confederación que lo que él mismo pudiera ser.

—Bien —dijo Papá Cronin. —¿Qué más?

Cole se encogió de hombros. —Un proxeneta y un violador.

—¿Y?

—Una vergüenza para la bandera estadounidense —dijo Cole.

Papá Cronin suspiró de nuevo y luego sonrió. —Está bien, ahora estamos llegando a alguna parte. ¿Qué vas a hacer mañana por la mañana?

Cole respiró hondo. —Voy a llevar a dos tipos al complejo de Edwin Parr.

—¿Dónde está el complejo de Parr, según lo que sabes?

—Cuando me fui, estaba dentro del Palacio Al-Arabi en Tikrit. El lugar está bien protegido, es cómodo y no tengo motivos para creer que se haya mudado durante los últimos días. Logísticamente, sería muy difícil hacerlo, porque los lugareños le son hostiles y allí no pueden llegar hasta él. Pero si se va... —Cole se encogió de hombros. —Estaría expuesto.

—Cuando metas a esos dos muchachos dentro, ¿qué vas a hacer entonces?

—Voy a ayudarlos a arrestar a Parr, o a matarlo, cualquiera que sea el caso. Después les ayudaré a salir otra vez.

—¿Y si no cooperas, o si dudas en realizar tus tareas asignadas, o si haces algo gracioso?

—Seré asesinado.

—Bueno, ¿y si intentas escapar?

—Seré asesinado.

—¿Qué es lo que tienes alrededor del cuello? —dijo Papá Cronin.

La gran mano de Cole se alzó y tocó el collar de metal. Sus dedos lo siguieron alrededor en un círculo.

—Es una unidad GPS, así que sabréis dónde estoy en todo momento.

—Muy bien, ¿qué más?

—Es una bomba.

Trudy jadeó de forma audible.

—Tu amigo es un psicópata —le dijo a Luke.

Luke asintió. —¿Papá Cronin? Sí, tal vez. Creo que sí.

Papá Cronin le dio unas palmaditas a Cole en la parte superior de la cabeza. —Buen perro. Es un pequeño artefacto incendiario, con un detonador remoto, ¿no? No hará una explosión muy grande, sólo lo suficiente para separarte la cabeza de los hombros. ¿Y quién decide si la bomba se detona o no?

—Tú lo haces.

Ahora la sonrisa de Papá Cronin era muy amplia. Miró de nuevo a la ventana espejo. Puso una mano de forma autoritaria sobre la cabeza de Cole.

—Predigo que este veterano de guerra tan capaz hará una gran guía cooperativa para vosotros mañana. Dará su propia vida para asegurar el éxito de la operación. Esto se debe a que sabe que si la operación falla y de algún modo sigue vivo después, lo voy a matar de todos modos.

Miró el rostro de Cole.

—Con gusto.

CAPÍTULO DOCE

20:45 Hora de Europa Central (14:45 Hora del Este)

Plaza de Bourg-de-Four

Casco Antiguo

Ginebra, Suiza

Está sucediendo, se leía en el mensaje de texto.

El mensaje era de su querida amiga Rita Chadwick, la oveja negra de una familia de la industria editorial muy antigua y muy rica.

Ahmet levantó la vista de la tapa de su teléfono móvil ante la acción que lo rodeaba. La noche había llegado al lugar más antiguo de Ginebra. La leyenda decía que los romanos fueron los primeros en construir este lugar y que había sido un mercado al aire libre para el comercio de ganado.

Se sentó en la terraza de una cafetería en la antigua plaza, a tomar una taza de café. La noche era fresca y las luces de la ciudad, combinadas con las salpicaduras de las fuentes medievales y el arrullo de los jóvenes amantes ricos, creaban un entorno encantador. Estaba solo, tal como le gustaba.

Su piso diminuto estaba a pocas manzanas de aquí, a lo largo de las estrechas calles empedradas del Casco Antiguo. A juego con el hijo de un banquero que vivía en uno de los barrios más caros, en una de las ciudades más caras del planeta.

Su nombre no era Ahmet, aunque durante el último año viviendo aquí, casi lo había olvidado. Él no era de Turquía, ni era el hijo de un banquero, ni nada remotamente parecido. No tenía veintiún años, como creían sus amigos. Tenía veinticinco años y su apariencia juvenil, su alto nivel de condición física (pero no la musculatura, no, la musculatura era amenazadora y Ahmet era cualquier cosa menos una amenaza) combinado con una cirugía estética fantásticamente sutil, daba la impresión de ser un hombre más joven.

Además, sus amigos no eran sus amigos. No tenía amigos aquí. O,

más exactamente, había gente aquí que lo consideraba un amigo. Ellos eran sus amigos, pero él no era amigo de ellos. Para Ahmet, los amigos eran un medio para un fin, una forma de ganar dinero. Eran también una herramienta de guerra.

Estaba aquí por trabajo, por ninguna otra razón. Pero era un actor convincente y la gente que lo rodeaba creía que era un joven turco rico, que se encontraba aquí en Ginebra, matando el tiempo y divirtiéndose con los hijos adultos de la élite mundial.

No, ese no era él.

Había sido colocado aquí cuando se supo, hace aproximadamente un año, que la hija del Presidente de los Estados Unidos asistiría al Instituto Le Rosey durante un año, a sólo veinte kilómetros de la ciudad.

Su trabajo era lograr lo imposible: debía conocer a la chica, Elizabeth Barrett, y, a pesar de las capas de seguridad que la rodeaban, tenía que hechizarla, seducirla, atraerla fuera del campus y alejarla de su equipo de seguridad. Ese era todo su trabajo, otros harían el resto.

Debía lograrlo sin despertar sospechas o arriesgar su tapadera. Mejor que la operación fuera un completo fracaso y que él desperdiciara un año entero en clubes y tiendas en Ginebra, antes que llamar la atención sobre sí mismo. Su trabajo consistía en ser un pescador, lanzar su caña y esperar a ver si el pez mordía el anzuelo.

Durante mucho tiempo, parecía que nunca iba a suceder. De hecho, todo el cuerpo estudiantil y la facultad se trasladaron a Gstaad durante tres meses en invierno. Pero Ahmet se quedó aquí. Los pescadores no eran partidarios de los campamentos.

Durante la ejecución de esta tarea, esa chica, Rita, había sido de gran ayuda. Estaba en una lista que le habían dado al principio de esta misión. Él la había fijado como objetivo, por supuesto, y había hecho aumentar su confianza con el tiempo. Era una chica fiestera rica, hedonista y se había acostado con dos de los amigos de Ahmet, que no eran sus amigos. Casi seguro que se habría acostado con Ahmet, pero Ahmet era un caballero y no pensaba en Rita de esa manera. Sin embargo, durante una visita al campus, vio a la amiga de Rita, Elizabeth.

—¡Es muy hermosa! Quiero conocerla, ¿quién es?

—Oh, —dijo Rita. —Me temo que está fuera de tu alcance, macho.

—Ella no puede estar fuera de mi alcance, ¿quién es?

—Ella es Elizabeth Barrett.

Ahmet hizo una mueca mostrando su confusión, el nombre no significaba nada para él.

—¿Una celebridad de algún tipo en tu país?

Rita asintió. —Podría decirse que sí, es la hija del Presidente.

—Aun así, si pudiera encontrarme con ella... en algún lugar tranquilo, donde pudiéramos hablar... tal vez le gustaría.

—Creo que ella perdería la cabeza por ti, pero tendrías que sacarla de las garras del Servicio Secreto.

—Podría tener algunas ideas para eso.

Con el tiempo, él y Rita prepararon un plan. Rita ayudaría a Elizabeth a escapar de las garras del instituto y su equipo de seguridad, sólo por una noche. Una noche de diversión, una noche de charla, baile y risas. Ahmet y Elizabeth tendrían esta oportunidad de encontrarse, lejos de los ojos curiosos del mundo.

Pero el tiempo pasaba y el año escolar estaba llegando a su fin. Pronto, todos los estudiantes se irían a sus próximas aventuras, cuidadosamente escritas y programadas. Parecía que la joven Elizabeth no era lo suficientemente valiente como para llevar a cabo el plan. Y ahí era donde estaba todo, en un patrón de espera, hasta este momento.

Respiró hondo y se mantuvo tranquilo.

¿Modo de escape? escribió en su teléfono y pulsó ENVIAR.

Tomó un sorbo de su café y miró a la gente con chaquetas ligeras que caminaban cogidos del brazo a través de la plaza.

Pasaron unos momentos, luego su teléfono sonó con la respuesta.

Sí.

Durante varios minutos, se quedó mirando esa palabra. Su aliento

parecía habérsele quedado atrapado en la garganta. ¿Era posible?

No me lo creo. ¿Cuándo?

Pasó una eternidad antes de que Rita le escribiera de nuevo.

Lo creas o no, mañana por la noche.

Ahmet sintió que su corazón se le salía del pecho. Mañana por la noche era muy pronto. Sus controladores se habían vuelto escépticos hacía mucho tiempo sobre su capacidad para llevar a cabo esta operación. Ahora tendrían que superar su escepticismo.

Necesitaban actuar rápido, había que traer hombres a la ciudad desde lugares remotos. Por supuesto, había un plan, siempre lo había habido, pero el plan tenía que ponerse en marcha de inmediato, prácticamente en este mismo instante.

Dio un último trago a su café y arrojó algo de dinero sobre la mesa. Luego se levantó y avanzó por la plaza hacia su piso. Tenía que enviar un mensaje codificado y esperar que pudieran actuar a tiempo. También tenía que esperar, contra toda esperanza, que Rita estuviera en lo cierto y la hermosa Elizabeth realmente estuviera planeando escapar.

Iba escribiendo en su teléfono mientras caminaba.

Estoy muy emocionado.

CAPÍTULO TRECE

7 de mayo

5:35 Hora Árabe

Palacio Al-Arabi

Tikrit

Gobernación de Saladino, Irak

—Tienes que quitarme a ese tipo de encima —dijo Davis Cole. —Quiere matarme.

—No te preocupes, hablaré con él —dijo Luke.

Era justo antes del amanecer. Conducían rápidamente a través de las polvorientas calles de Tikrit por la mañana temprano, pasando bloque tras bloque de edificios de muros de piedra, muchos de ellos dañados, incluso medio destruidos, por el combate.

Pocas personas estaban fuera. Aquí y allá, pasaban las siluetas de personas flacas, moviéndose a través de la oscuridad. Podrían ser fantasmas.

Este era el país de Saddam Hussein. Saddam había nacido y crecido aquí, la gente le era leal y muchos de sus oficiales de más alto rango habían sido tikritís. A principios de año, el propio Saddam había sido capturado y escondido en un agujero en el suelo en una granja no muy lejos de la ciudad. Los norteamericanos seguían considerando este territorio como hostil.

Cole conducía el coche, un Mercedes negro destartalado. La carrocería estaba recubierta de un blindaje de segunda mano y tenía cristales tintados a prueba de balas. No detendría un ataque con cohetes, pero los disparos comunes y corrientes rebotarían en él. Luke se montó en el asiento delantero del pasajero, con una ametralladora MP5 en su regazo. Ed Newsam se montó en la parte posterior, armado con otra MP5 y un lanzagranadas M-79.

Luke no se fiaba de ese lanzagranadas, pero el hombre había

insistido en llevarlo, así que...

La tapadera era que cuando arrestaron a Cole, los estadounidenses tomaron su *Humvee* y liberaron a sus chicas. Después de tres días de entorpecer a sus interrogadores, (durante los cuales le pusieron un ojo morado y le partieron el labio), fue liberado. Luego se encontró con Luke y Ed en un bar, dentro de la Zona Verde. Luke y Ed habían sido contratistas hasta que se dieron cuenta de que ser autónomo era más lucrativo. Habían robado este Mercedes hacía tres semanas a un hombre de negocios jordano y estaban trapicheando en él, buscando obtener algo de dinero.

—No, lo digo en serio, —dijo Cole. —Esta cosa alrededor de mi cuello... Podría hacerlo estallar en el momento que quisiera.

Luke notó que Cole llevaba una camisa abotonada, que casi le llegaba a la barbilla. El collar de metal que llevaba no estaba a la vista. Probablemente era lo mejor, podría ser difícil explicar una cosa así.

—Lo conozco desde hace algunos años —dijo Luke. —Puede que no lo creas, pero en realidad le gustas. Si realmente quisiera matarte, ya estarías muerto.

—Me está torturando, tío, ¿no lo entiendes? Esto es tortura, va contra las leyes de la guerra. Esta cosa en mi cuello...

Una voz profunda se entrometió en la conversación. Era Ed Newsam, tranquilo pero molesto. —Eh, tío, será mejor te termines con esa charla. No quiero oírlo, Stone no quiere oírlo, no nos importan tus problemas. Tienes un trabajo que hacer, así que hazlo y le mandaremos un buen informe sobre ti.

Cole negó con la cabeza. —Ese tipo tiene un problema conmigo. Quiere matarme, no sé si un buen informe...

—¿De quién es la culpa? ¿Mía? ¿De Stone? Cállate o llamaré a tu dueño ahora mismo para decirle que no estás cooperando.

—¿Mi dueño?

—Ese hombre es tu dueño, ¿no? —dijo Ed Newsam. Luke no se molestó en mirarlo. En cambio, observaba la ciudad que pasaba y el camino de delante. —Llamar a las cosas por su nombre, esa es mi filosofía.

Giraron hacia un ancho bulevar. Había sido una gran explanada una vez, flanqueada por árboles a ambos lados. La mayoría de los árboles habían sido cortados hasta los troncos. Coches quemados y camiones militares se alineaban en las aceras. El camino en sí estaba marcado y picado, como si hubiera sido bombardeado desde el aire.

En el otro extremo, tal vez a un kilómetro de distancia, un alto palacio parecía flotar en el cielo, con minaretes a cada lado. Cuando se acercaron, Luke pudo ver que estaba rodeado de altos muros de piedra y una puerta con un puesto de control. Era difícil decir en la oscuridad de la madrugada de qué estaba construido el punto de control.

—Ahora es cuando se pone serio —dijo Cole.

—Conoces a estos chicos, ¿verdad? —dijo Luke.

Cole se rio. —Oh, sí. *Cowboys* serios, cada uno de ellos.

—Bueno, simplemente convéncelos de que somos sinceros. —— dijo Ed.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Hazlo un poco mejor y quizás vivas después de este día.

Las paredes del palacio se alzaban justo delante. Todo estaba más claro ahora. El alto muro estaba cubierto con alambre de espinos, las torres de vigilancia estaban a seis metros por encima de la pared, cada cincuenta metros aproximadamente. Las ventanas habían desaparecido, reemplazadas por láminas de metal, con espacios de tiro recortados. Era imposible decir qué torres tenían hombres en ellas y cuáles no.

Más cerca del suelo, la puerta era más una pared que una puerta. Luke miró de cerca. Era un gran autobús de pasajeros, tal vez de la década de los 60, un lado colgado con más láminas de metal. Abrir la puerta significaba sacar el autobús de en medio. Por fuera de la puerta, flanqueando a ambos lados, había dos transportes de tropas armadas destrozados. Estos eran los puestos de guardia.

Cuando el Mercedes se detuvo, aparecieron hombres con armas automáticas detrás de los camiones calcinados. Al principio había dos hombres, luego cuatro, luego cinco. Dos hombres aparecieron por encima del autobús. Todos los hombres tenían sus armas apuntando hacia el Mercedes.

—Tranquilidad, —dijo Cole. —No hagáis ninguna tontería.

Bajó la ventanilla. Al instante, el hocico de un AK-47 asomó hacia dentro del coche. El hombre que lo manejaba llevaba un pasamontañas verde que cubría su rostro.

Cole negó con la cabeza. —Watts, será mejor que me quites ese fusil de la cara antes de que me enfade.

El chico alzó el pasamontañas, descubriéndose hasta la parte superior de su cabeza, revelando su cara. Tenía la mandíbula estrecha, cubierta con barba reciente. Sus ojos eran azules. —¿Cole? ¿Qué demonios estás haciendo, tío? Oímos que te habían arrestado. Nadie sabía si estabas vivo o muerto. ¿Cómo has sabido que era yo?

Cole lo miró. —Porque pareces un niño jugando a *Spider-Man*, Watts, por eso. Eres el niño de diez años más grande de Irak. Y sí, estoy vivo. Aguanté el tipo como un hombre y no dije una palabra.

Watts asintió a medias, luego sacudió la cabeza. Asimiló la cara de Cole, con el brillo negro y amarillo enfermizo y el labio roto. Luego una sonrisa iluminó su cara. —Sí, pareces, uh... te ves bien, Cole. Es un progreso.

Luke notó que todavía había dos pistolas apuntando al coche en el lado del pasajero. Él no bajó su ventanilla.

—Así que estoy vivo, he vuelto y estoy listo para la acción. ¿Vas a abrir la puerta o qué?

Watts hizo un gesto con la barbilla. —¿Quiénes son tus amigos?

—¿Estos tíos? Un par de peces gordos que recogí en Bagdad. Se han separado de Blackstone hace un tiempo. Estas son sus ruedas, las mías se quedaron incautadas. Están buscando trabajo y han oído hablar de Parr, se ha corrido la voz. Les dije que los llevaría a ver al hombre en persona. Él puede decidir aceptarlos, o no. Si no los quiere, se irán a casa, o montarán en camello.

Watts se rio. —Tú —dijo, mirando a Luke. —¿Llevas carné de identidad?

Luke asintió. —Sí.

—Baja la ventanilla y entrégaselo al hombre que está ahí de pie.

Luke bajó la ventanilla, metió la mano dentro de su camisa y sacó su tarjeta de identificación de contratista. Se la entregó al pistolero de pelo greñudo que había frente a su ventana.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento? —dijo Watts.

Luke no dudó. —23 de abril de 1974.

Watts miró al hombre que sostenía la tarjeta de identificación, el hombre asintió.

—¿Cuál es tu signo? —dijo Watts.

—¿Mi signo?

—Sí, tu signo del zodíaco.

—¿Por qué? ¿Estás buscando novio?

A su alrededor, los pistoleros se rieron.

—Qué gracioso —dijo Watts. —Todos se saben su signo, incluso si nunca han leído los horóscopos. Excepto tú, al parecer.

—Tauro —dijo Luke. —El toro.

Ed Newsam también había entregado su carné de identidad a los hombres que estaban por fuera de su ventana.

—Eh, tú —dijo Watts. —¿Dónde creciste?

—Eso no lo dice en mi DNI.

—Sígueme el juego, de todos modos. Sólo por diversión.

Ed se encogió de hombros. —Al este de Nueva York.

Watts se rio. —¿El este de Nueva York? ¿Qué es eso? ¿Cómo el este de Sant Louis?

—Es un barrio, Brooklyn.

—¿Sí? ¿Cómo es estar allí?

Ed dirigió su mirada hacia Watts. —Es lo peor. Como Tikrit, solo que la gente es más dura y hay más disparos.

—Debes sentirte como en casa, entonces.

Ed se encogió de hombros otra vez, no dijo nada.

—Muy bien, caballeros. La puerta se abrirá ahora para vosotros. Cole, tus dos amigos entregarán sus armas una vez dentro. Parr se está poniendo un poco paranoico a la vejez. No le gusta que las personas que no conoce lleven armas en la casa.

—Lo veo justo ——dijo Cole.

Tenía sentido, ciertamente. Luke podía ver la lógica en eso desde su punto de vista, y levantaría sospechas si intentaba argumentar algo en contra. Pero esto también iba a hacer este arresto un poco más complicado.

Justo delante de ellos, el motor del autobús cobró vida con un rugido. En medio de una nube de humo negro, la vieja bestia avanzó lentamente hacia la puerta abierta.

—Ahí vamos, muchachos —dijo Cole.

* * *

Dejaron sus armas a dos hombres en el patio que había más allá de la puerta. Uno de ellos llevaba una máscara de calavera blanca, el otro usaba una máscara negra que cubría todo menos sus ojos, como un guerrero ninja.

—Hey, McDonough —dijo Cole al hombre de la máscara de calavera. —¿Cómo estás?

—Cole —dijo el chico. —He oído que estabas muerto.

—Bueno, he vuelto de la muerte —dijo Cole.

Los chicos de este equipo se estaban volviendo locos. Para Luke, eso estaba muy claro. Ya no intentaban presentarse como soldados, ni siquiera como contratistas militares. A medida que su posición se volvía más arriesgada y la violencia necesaria para mantener esa posición se hacía más extrema, su modo de vestir se volvía más extraño. Empezaban a parecerse a una pandilla de una película de *Mad Max*.

Sin armas ahora, Luke y Ed siguieron a Cole a través de amplios pasillos de mármol, abiertos al aire. Luke echó un vistazo a través de

las altas aberturas de las ventanas en forma de minarete: el oscuro río Tigris fluía. El palacio fue construido justo encima del río.

—Daos prisa más allá de esas ventanas, señores —dijo Cole. Tenía un AK-47 colgado al hombro y una pistola atada a la cintura; sus amigos le habían dejado conservar sus armas. —Los francotiradores en el exterior a veces pegan tiros al azar a las cabezas que ven caminando. No me gustaría que alguno de vosotros saliera herido, por razones obvias.

Su voz hizo eco en la cantería.

—Cole —dijo Luke.

Cole le devolvió la mirada.

Luke habló muy bajo debido a los ecos. Su voz era apenas más fuerte que un siseo.

—Cuando te diga que mires tus cordones, quiero tu arma en mi mano. ¿Lo entiendes?

Cole se dio la vuelta de nuevo.

—Cole —dijo Luke de nuevo.

Cole levantó una mano. —Te he entendido.

—Rápido —dijo Luke. —Tu vida depende de ello, y la nuestra también.

—Hazme un favor —dijo Ed Newsam.

—¿Sí?

—Dame un toque antes de hacer eso. No quiero quedar atrapado en medio de tu fuego cruzado.

Luke asintió. —Vale.

—Lo digo en serio, no hagas lo que hacéis los blancos y me traiciones. He pasado por eso antes y no me gusta.

—Te he entendido, Ed. Te he oído la primera vez.

Pasaron por una cúpula con una araña gigante que colgaba. Las luces estaban apagadas, pero Luke pudo ver un colorido mosaico de azulejos en el techo. Parecían lunas y estrellas, pero no estaba muy seguro. Los pilares de la cúpula eran de mármol negro. Un destrozado piano de cola blanco estaba medio colocado en un rincón en el suelo.

Pasaron a otra habitación. El techo estaba tres pisos por encima de sus cabezas. A su derecha había una gran piscina llena de agua turquesa brillante. A su izquierda había un *Rolls Royce Silver Shadow* más viejo, que acababan de estacionar allí. Parecía que todavía estaba en buena forma, al menos estéticamente, la guerra no lo había tocado.

En el extremo más alejado de la piscina había una especie de trono: un amplio sofá en la parte superior de los tres escalones, con la forma de la lámpara de Aladdín. Cada reposabrazos tenía una cabeza de león que sobresalía. En el trono se podrían sentar cómodamente cuatro personas.

Cuando los ojos de Luke se acostumbraron a la tenue luz de la habitación, notó que había un hombre sentado en el trono, encorvado en él sería una descripción más precisa. Tenía una ametralladora sobre su regazo.

Edwin Lee Parr.

Parr era pelirrojo, había dejado crecer su pelo en una cola de caballo. También tenía una larga barba pelirroja, ya no se parecía en

nada a cuando estaba en el Cuerpo de Marines de EE.UU. o a sus fotos de contratista. Llevaba pantalones de camuflaje, botas pesadas y una camiseta gris claro. Era largo y delgado, como una tira de carne seca, no tenía el aspecto macizo y de músculos apretados tan popular entre los soldados y los mercenarios en estos días.

Bueno, no todos podían exhibir esa clase de músculos.

Había otros hombres, tendidos en varias sillas alrededor de la habitación. Y había un hombre flotando de espaldas en la piscina. Ninguno de ellos hizo un movimiento o una señal a los invitados que se acercaban. A ninguno de ellos parecía importarle.

Esta debía ser la sede, el salón del trono del rey. Y estos otros hombres eran sus varios cortesanos y bufones.

—Bueno, Cole. Has vuelto de entre los muertos, por lo que veo —dijo el hombre en el trono. Su voz revelaba una leve inclinación, casi como un caballero sureño.

—Eso es lo que me siguen diciendo —dijo Cole. —Pero no ha sido tan malo como se dice.

El hombre asintió, no respondió.

—He traído compañía —dijo Cole.

—Ya veo —dijo Parr. —La compañía que no es invitada no es una de mis cosas favoritas. Espabilados, solía llamarlos mi madre. Los espabilados nunca han sido bienvenidos en nuestra casa, te lo aseguro —sacudió la cabeza y sonrió. —No importa. ¿A quién tienes aquí?

—Amigos, este es el famoso Edwin Lee Parr ——dijo Cole, haciendo su trabajo e identificando al sujeto. Miró alrededor de la gran sala hacia los otros hombres. —Edwin Parr, estos son Ed King y David Dell. Un par de amigos que buscan ganar un poco de dinero mientras están aquí, en el país de Dios.

—Ganar un poco de dinero, ¿eh? —dijo Parr. —¿Eso es lo que esperáis hacer?

—Hemos oído que eres el hombre al que hay que acudir ——dijo Luke.

Parr negó con la cabeza suavemente. —No exactamente. Si todo lo que buscáis es ganar un poco de dinero, os sugiero que regreséis a

la Zona Verde y visitéis al Tío Sam en una estación de reclutamiento del Cuerpo de Marines. Aquí estamos ganando mucho dinero, más dinero del que habéis visto en todas vuestras jóvenes vidas y quizás más dinero del que jamás hayáis imaginado. Pero tendréis que arriesgar vuestras vidas para conseguirlo.

—Me parece bien —dijo Ed Newsam. —He estado arriesgando mi vida por calderilla.

Parr se puso de pie. ¿Estaba drogado, borracho, de resaca? Luke no podía decirlo.

—¿Por qué debería confiar en ti? —dijo.

Luke se encogió de hombros. —No deberías. Deberías preguntar por ahí y averiguar cosas sobre nosotros. No tenemos prisa, esperaremos. Descubrirás que somos el verdadero negocio.

Parr sonrió. —Me guío por instinto. Me ha funcionado todo este tiempo.

Uno de los hombres tendidos en las sillas se levantó y lo siguió, con un Uzi en sus brazos. El chico era bajo y grueso, con forma de pulgar. Sus brazos eran inmensos, su cuello era como el tronco de un roble. Un tatuaje lo rodeaba, parecía un collar de espinas. Llevaba una camiseta blanca, pantalones de camuflaje y botas. Era calvo, excepto por una franja al estilo Mohicano de siete centímetros de ancho en la parte superior de la cabeza. Una cicatriz se extendía por un lado de su cara.

—¿Este tipo forma parte de tu instinto? —preguntó Luke.

—Ese es Roger —dijo Parr. —Es el que os mantiene honestos. Yo confío en vosotros, soy un alma confiada, Roger no. Si hacéis alguna tontería, os matará. Y otra cosa. ¿Veis esa puerta de allí atrás?

Parr señaló una puerta redondeada en la parte posterior de la cámara.

—Sí.

—Estamos a punto de pasar a través de ella. Ese es el punto sin retorno. Podéis dar la vuelta ahora mismo y regresar a la calle. Iros a casa, o a dónde queráis ir. Si no hay daño, no hay falta. Pero una vez que paséis por esa puerta y seáis testigo de los secretos de este palacio, ya no hay vuelta atrás. O estáis dentro o salís, después de eso. Y si no

estáis dentro, estáis muertos.

Levantó las manos, con las palmas hacia arriba, como diciendo "¡Lo siento!"

Los miró durante un largo rato. Sus ojos estaban tan inyectados en sangre que parecían brillar en la tenue luz de la habitación.

—Entonces, ¿qué va a ser, muchachos? ¿Dentro o fuera?

Ed y Luke se miraron.

—Estoy dentro, tío. Estoy harto de que me echen a los lobos por unos pocos céntimos. Estando tan cerca de los millones, no voy a volver atrás.

Parr asintió. —Buen chico —miró a Luke.

—¿Y tú?

Luke asintió. —Estoy dentro.

Parr sonrió. —Seguid el camino de baldosas amarillas, muchachos y os mostraré de qué estoy hablando. Venid y aprended.

* * *

Parr los condujo a través de la puerta.

Ahora había un pequeño séquito moviéndose a través de los pasillos de mármol. Parr, su guardaespaldas Roger, Cole, Luke y Ed. Luke y Ed eran los únicos que no estaban armados.

—Estamos dirigiendo un negocio aquí —dijo Parr. —Y lo tratamos como un negocio, lo que significa que hay una estructura piramidal y una cadena de mando, conmigo en la parte superior y los novatos en la parte inferior. Hacemos tratos porcentuales, lo que significa que si queréis ganar, tenéis que poneros manos a la obra. ¿Qué voy a mostraros? Aún no habéis ganado nada, ¿entendido?

Se detuvo y los miró a ambos.

—Os ponéis manos a la obra, traéis el botín y luego obtenéis una parte, así es como va esto. Luego, si os veo trabajando y me gusta lo que estáis haciendo, tendré a bien daros una bonificación del alijo de

antes de que llegarais. ¿Pero por ahora? Nada. Eso es con lo que vais a empezar. Cero.

—Bien —dijo Luke. —Estoy de acuerdo.

—Por mí bien —dijo Ed. —Ya verás que soy un buscavidas, no quiero nada que no haya conseguido por mí mismo.

Parr levantó un dedo. Sus ojos estaban cansados. —Hijo, cuando veas lo que tenemos aquí, podrías cambiar de opinión al respecto. Pero ten cuidado, cada hombre de este edificio conoce su porcentaje y te matarán si intentas quitárselo.

Llegaron a una puerta de madera maciza. Era redonda y con intrincadas tallas pintadas incrustadas. El pomo parecía que podría ser de oro macizo.

—Esta es la puerta número uno —dijo Parr. —Vamos a ver qué hay detrás, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta y el grupo lo siguió a la habitación. Era una cámara de piedra alargada y baja, iluminada por luces empotradas en el techo. La característica más obvia de la sala eran los montones de dinero apilados en pallets de madera. Los montones eran casi tan altos como una persona, cuadrados de casi tres por tres metros. El dinero se dividía en fajos, cada uno de ellos envuelto en doble cinta con gomas.

Parr cogió un fajo de la primera pila.

—Dólares americanos —dijo. —Auténticos, creo. Cada fajo son cien mil dólares. Ahí está lo que... —miró al guardaespaldas con el pelo al estilo Mohicano —¿Cuántos fajos hay en esa pila, Roger?

El chico se encogió de hombros. Su voz era baja y suave. —Creo que dijeron cuatrocientos, o algo así.

Parr tiró el fajo de nuevo sobre la pila. —Podéis hacer los cálculos, eso nunca fue mi fuerte.

Pasaron otra pila de dólares, luego otra. Ambas eran aproximadamente del mismo tamaño que la primera. Luego llegaron a una cuarta pila, aproximadamente del mismo tamaño que las otras, pero esta vez de una moneda diferente. Parr cogió un fajo.

—Libras esterlinas —dijo. —Me han dicho que cada libra vale aproximadamente dos dólares en estos días, ¿no es así? Uno pensaría

que sería al revés, pero el mundo se ha puesto patas arriba últimamente.

Se movió a la siguiente pila.

—Euros —dijo, sin detenerse. —Me han dicho que el cambio es un dólar treinta y cinco por euro. Personalmente, creo que eso es una vergüenza.

Pasaron otro pallet de euros. Cálculos rápidos le dijeron a Luke que si lo que Parr estaba diciendo era cierto, sólo en esta sala había al menos un par de cientos de millones de dólares de dinero robado.

Siguió a Parr hasta el otro extremo de la cámara. Aquí había algo increíble que ver: pirámides de lingotes de oro, media decena de ellas, todas de más de metro y medio de altura.

—Los encontramos debajo de una finca rural —dijo Parr. —Emparedados detrás de un falso muro en la bodega. La mayor parte del vino estaba picado, pero una parte estaba bastante bueno. Lo siento, nos lo bebimos. Estas personas se supone que ni siquiera tienen vino, va en contra de su religión.

—¿Quién vivía allí? —preguntó Luke.

Parr se encogió de hombros. —Gente rica, supongo, tal vez amigos de Saddam. Debieron escaparse cuando empezaron a caer las bombas.

Roger se rió ante esa declaración. Los ojos de Parr le lanzaron una advertencia.

—Las cosas se están poniendo muy feas por ahí, niños.

—Lo hemos visto —dijo Ed.

Parr asintió. —Sí, me imagino que lo habéis visto. ¿Pero lo habéis hecho? ¿Habéis causado el ajetreo?

Se volvió hacia los lingotes de oro de nuevo. Agitó una mano hacia ellos.

—No sé qué decirte. Lingotes de dos kilos y cuarto, oro macizo... ¿a cuánto? ¿veintiocho, treinta y dos dólares el gramo? Aquí hay un par de miles de ellos.

—¿Cómo planeas sacar todo esto de aquí? —dijo Luke.

Parr suspiró. —Hijo, todavía no has visto nada. Tenemos alrededor de treinta y cinco coches de lujo color cereza estacionados dentro de este complejo. *Rolls Royce, Lambos*, viejos coches de carreras de los días de Mónaco, viejos coches como los que usaba *James Bond*... Nunca había visto algo así. Tenemos millones de dólares en viejas armas soviéticas, podríamos derribar aviones a reacción desde aquí. Tenemos habitaciones llenas de cerámica antigua y estatuas y me refiero a miles de años de antigüedad. ¿Quién sabe lo que valen esas cosas? Tenemos cuadros, un tipo me dijo que cree que tenemos un Picasso auténtico en una de estas habitaciones. Lo parece, pero yo no podría decirlo.

—Y estás totalmente rodeado de enemigos —dijo Luke.

—Sí —dijo Parr. —Lo estamos, pero tenemos un as en la manga.

Siguieron a Parr por otra puerta, bajaron por otro pasillo largo y estrecho. Al final había una puerta de metal.

—Saddam y su gente siempre tuvieron prisioneros en estos palacios —dijo Parr. —Supongo que para cuando se aburrían y decidían que querían divertirse un poco.

Abrió la puerta.

Inmediatamente se oyó un pequeño grito, el sonido de un animal sobresaltado, seguido de un llanto bajo y silencioso y un gemido.

Detrás de la puerta había una cámara. Estaba oscuro ahí dentro, no había ventanas y sólo se veía una luz amarilla pálida en el techo. A ambos lados de la cámara había varias celdas, con puertas redondeadas de barras de hierro verticales. Luke rápidamente las contó. Había siete en cada lado, catorce en total.

Luke miró dentro de una de las celdas. Tenía el techo bajo y había cuatro o cinco mujeres y niñas allí. Se encogieron de espaldas, las mujeres se agacharon frente a las chicas, evidentemente tratando de protegerlas. Miró hacia la fila, parecía haber personas en cada celda.

—¿Quiénes son? ——dijo Luke.

Parr se encogió de hombros. —Lugareñas, las esposas e hijas de imanes y peces gordos. No sé quiénes son todas, ni siquiera me importa. Todo lo que sé es que antes de que empezáramos a tomar rehenes, los chicos malos atacaban este lugar todos los días. Ahora saben que tenemos a sus mujeres y vienen a negociar. Nada ha dado

resultado hasta ahora, pero estos pequeños polluelos podrían ser nuestros billetes para salir de aquí.

—¿Qué les dices a los maridos? —dijo Ed Newsam. —¿Que vas a vender a sus mujeres a Al Qaeda?

Parr negó con la cabeza y sonrió. —Nah. Esto es un país suní. La mitad de estos tipos son como Al Qaeda, o están en Al Qaeda. Les decimos que vamos a vender a sus mujeres a los chiíes.

Luke miró a Cole. Cole había sido arrestado con un camión lleno de mujeres y niñas. Papá Cronin le había enseñado a decir que era un chulo y un violador.

—¿Ya les has hecho algo? —dijo Luke.

Parr se llevó un dedo a los labios. —Sshhhh, nunca hables así. Si los hombres que están fuera de estos muros pensaran por un momento que estas chicas estaban mancilladas, o lo que quiera que sean estos preceptos árabes bárbaros, nos destruirían a todos sin miramientos. A nosotros, a las niñas, a las esposas... todos estaríamos muertos y a ellos no les importaría. Por culpa de la vergüenza. Y ellos también podrían hacerlo. Estas paredes son gruesas, pero nuestros vecinos tienen armas antitanque. Lo único que nos mantiene vivos en este momento es que tenemos rehenes y los hombres de fuera creen que están seguras e intactas.

Salieron de la cárcel y Parr cerró la puerta detrás de él. Avanzó por el pasillo y pasaron a una amplia cámara con un techo de dos pisos.

—Estás atrapado aquí, Parr —dijo Luke.

Parr asintió, pero no se molestó en darse la vuelta. —Sí, se podría decir que sí.

Luke decidió que este era un momento tan bueno como cualquier otro. Él y Ed estaban aquí con Parr y otro hombre. Es posible que no volvieran a tener una oportunidad como esta. Por lo que Luke había visto, el pequeño ejército de Parr se había relajado. Su vulnerabilidad finalmente había llegado a ellos. Si Parr se rendía, el resto de ellos probablemente también lo harían.

—Aunque pudieras negociar de alguna manera para librarte de los suníes locales, nunca lograrás sacar todo esto del país. Guardias fronterizos, Al Qaeda, puestos de control militares estadounidenses,

satélites, drones, helicópteros... olvídalo.

Parr simplemente se puso de pie, sin darse la vuelta.

—¿Tienes alguna idea? —dijo. —Quiero decir, ahora que lo has visto, estás dentro, tal como te dije. No puedo dejarte salir de aquí.

Luke se volvió hacia Cole.

—Cole, echa un vistazo a tus cordones.

Sucedió rápido, pero no lo suficiente.

¿Hubo una mínima duda por parte de Cole? Tal vez.

Peor aún, se desenganchó el arma y le dio la vuelta a través del par de metros que lo separaban de Luke, pero su puntería fue lo suficientemente mala como para que Luke tuviera que dar un paso adelante y arrebatársela en el aire. La giró y la sostuvo con las dos manos, luego apuntó a Parr.

Pero el guardaespaldas de Parr, Roger, ya tenía su propia arma y la sacó. Ed Newsam se interponía entre Roger y Luke. Ahora el Uzi de Roger estaba apuntando directamente al amplio pecho de Ed. Este miró a Luke.

—¡Maldita sea! Se suponía que me ibas a avisar.

Luke suspiró, estaba en lo cierto. —Bueno, lo sé, fallo mío.

Ed negó con la cabeza. —¿Fallo *tuyo*? Este tío está apuntando un Uzi hacia mi pecho. Esto es exactamente lo que no quería que sucediera, te lo dije antes de entrar y lo has hecho de todos modos. No veo que nadie te esté apuntando a ti con un arma. Esto no es un programa de televisión, tío, el chico negro no es prescindible.

—Cometí un error, Ed.

—Sí, lo hiciste. Has cometido un gran error.

—Roger, si disparas a ese hombre —dijo Luke, —le volaré los sesos a Parr.

—Si él me dispara... eso suena fantástico, Stone.

Roger se encogió de hombros. —Ni siquiera estoy seguro de si Parr me importa tanto.

Parr se dio la vuelta.

—¿Qué está pasando aquí, amores?

—Edwin Lee Parr —dijo Luke —mi nombre es Agente Luke Stone y trabajo para el Equipo de Respuesta Especial del FBI. Estás arrestado por asesinato, secuestro, crímenes de lesa humanidad, saqueos, robo de antigüedades y muchos otros delitos graves. Tienes derecho a permanecer en silencio. Debes saber que si renuncias a este derecho, cualquier cosa que digas puede y será utilizada en tu contra ante un tribunal de justicia. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagar uno, te será...

En ese punto, Parr se echó a reír.

—Hijo, ¿te has dado cuenta de que vivo en un palacio? Soy un hombre rico. ¿Crees que no puedo pagarme un abogado?

Luke sacudió la cabeza. —Creo que vas a perder la mayor parte de tu riqueza.

La sonrisa de Parr se desvaneció y su rostro adoptó una mueca de dolor. —¿Me vas a arrestar por asesinato? ¿En un lugar como este? ¿No es el colmo?

Por el rabillo del ojo, Luke notó que Cole había bajado el AK-47 de su hombro. Lo tenía listo, pero no apuntaba a nadie en particular.

—Se acabó, Parr —dijo Luke. —No hay manera de salir de aquí. Somos tu única oportunidad: te entregas a nosotros y ellos te enviarán de regreso a los Estados Unidos, tendrás un juicio e irás a la cárcel.

Se encogió de hombros. —Tal vez haya algo de defensa: confusión de la guerra, locura temporal. Tal vez vuelvas a ver la luz algún día. Pero si te quedas aquí...

Luke sacudió la cabeza.

—Estas personas te van a arrancar el corazón.

Parr miró a Cole.

—¿Tú me has hecho esto, Cole? ¿Has traído estos tipos hasta aquí? ¿Tú lo sabías?

Cole se encogió de hombros. —La CIA me cogió. Me torturaron,

Parr. Me iban a matar, de hecho, todavía pueden.

Parr apretó los dientes y sacudió la cabeza. —Tú, maldito traidor, no tienes que esperar a que llegue la CIA. Roger, mata a ese hombre.

Roger tenía un ángulo perfecto hacia Cole. Giró su Uzi de 60 centímetros hacia la izquierda y disparó a una corta distancia. El horrible ruido del disparo automático fue ensordecedor en la cámara redondeada, haciendo eco en las paredes y los techos.

El cuerpo entero de Ed Newsam se sacudió, casi como si las balas le hubieran dado a él en su lugar.

Cole se volvió justo a tiempo para que los disparos impactaran en su pecho. Lo tiraron hacia atrás, llevaba un chaleco antibalas debajo de la ropa. Cole tropezó, pero se mantuvo en pie. Roger le volvió a disparar. Esta vez hizo estallar la cabeza de Cole por encima de sus cejas. Huesos, sangre y trozos de cerebro se arrojaron hacia atrás. Los disparos rebotaron por la habitación.

Ahora las orejas de Luke retumbaban.

Se volvió hacia Roger. La espalda del Gran Ed estaba en medio.

—¡Ed! —gritó —¡Agáchate!

Ed se dejó caer como si una trampilla se hubiera abierto debajo de él.

Luke disparó un solo tiro con su pistola. ¡BANG! Le dió a Roger directamente en la cara, hundiendo sus rasgos hacia adentro. Roger se dejó caer, su Uzi repiqueteó en el suelo.

Luke se volvió hacia Parr.

Parr tenía su propia arma levantada, señalando a Luke.

Luke apuntó a Parr con su propia pistola.

—¡Suéltala! —dijo Luke.

Parr negó con la cabeza. —La sueltas tú.

—Parr…

—Eres un estúpido, tío —dijo Parr —Todo esto es estúpido.

Las dos pistolas se acercaron. Ahora estaban a centímetros de distancia y el cañón al final de la pistola de Parr era como un túnel, como una cueva, como el mismo abismo. Luke había estado frente a un arma antes, muchas veces. Nunca resultaba ser más fácil.

—¡Suelta esa pistola! —gritó Luke.

Las manos de Parr temblaban. Luke vio el arma de Parr hacer el intento de bajarse en un primer plano, como si fuera un cartel gigante en una pared. El dedo de Parr hacía presión en el gatillo. La pistola se acercó unos centímetros y ahora las dos estaban tan cerca que casi podían tocarse. Eran como dos amantes nerviosos, acercándose para su primer beso.

¡BANG!

Luke apretó el gatillo y el sonido retumbó fuerte en sus oídos, ensordecedor. Sus orejas resonaron, era como si su cabeza estuviera dentro de un casco relleno de algodón. El único sonido que había era el pitido. Siguió y siguió, como si alguien hubiera golpeado una campana con un martillo y luego dejara que las vibraciones se desarrollaran, como ondas en un estanque.

El disparo había golpeado a Parr en el centro del pecho.

No había chaleco antibalas en el cuerpo de Parr. Él era el rey de este castillo y probablemente no tenía pensado salir hoy. Una mancha de sangre apareció en su camiseta, luego comenzó a extenderse. Pronto se convirtió en un charco.

Se miró el pecho, luego miró a Luke. Su mano izquierda se levantó y tocó la sangre de su camiseta. Sus dedos salieron rojos. Su mandíbula colgaba ya floja, sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa.

Su arma aún apuntaba a Luke.

—No te atrevas a apretar el gatillo —dijo Luke.

Parr miró la pistola en su mano.

Ed Newsam estaba de pie otra vez. De repente se acercó y le quitó el arma. Parr lo miró durante un segundo y luego cayó al suelo. Su cabeza hizo un ruido al entrar en contacto con las piedras. A Luke le pareció como si sintiera el impacto a través de sus pies.

Ed se volvió y apuntó a la cabeza de Luke con el arma de Parr. Era una pistola de gran calibre. El extremo del cañón era una boca abierta, un túnel por el que se podía conducir un camión.

Lo hizo tan rápido y sin dudarlo que, por una fracción de segundo, Luke realmente pensó que Ed iba a dispararle.

—¿Cómo se siente, tío? ¿Te gusta esto?

Ahora se apuntaban entre sí con sus armas, estando Parr en el suelo entre ellos.

Luke hizo un gesto con la cabeza hacia Parr. —Revisa el cuerpo.

—No puedo creer que hayas hecho esto —dijo Newsam. —¿Estás loco? Primero, no me has indicado de ninguna manera que ibas a hacer el arresto, aunque te lo pedí. Pusiste mi vida en peligro. Después, casi me disparas en la cabeza, sentí la brisa de la bala pasando por mi cuero cabelludo. No soy de piedra, ¿vale? Si quieres arriesgar la vida de alguien durante una operación, arriesga la tuya propia.

Luke lo miró al mismo tiempo que bajaba su propia pistola. Si Ed quería dispararle, que lo hiciera.

—Revisa al sujeto —dijo. —Dime si está muerto o no.

El arma vaciló.

—Haz *algo*. Hazle una comprobación o dispárame, no me importa.

Newsam se arrodilló y comprobó el pulso de Parr. Sacudió la cabeza.

—Ha muerto —miró a Luke —Pero tú y yo tenemos que hablar.

Luke ya estaba arrodillado, se quitó la bota derecha y arrancó el pequeño transmisor de radio del compartimiento lateral donde estaba cosido. Hizo clic en el botón, abrió el transmisor en toda su longitud y se llevó la delgada antena metálica a la boca.

—Swann, ¿me recibes?

La profunda voz de Swann llegó a través de las ondas. Sonaba floja, como si Swann le estuviera hablando desde el fondo de una lata de sopa.

—¿Stone? Maldición, esta cosa funciona. Estamos justo aquí, ¿estáis vivos?

Luke miró a Ed.

—Estamos vivos, bien y sin heridas, pero Parr está muerto y Cole también. Newsam y yo tenemos a los rehenes en lugar seguro y podemos protegerlos. Enviad los helicópteros. Si ponen en marcha el altavoz y dejan que todos sepan lo que está pasando, apuesto a que pueden ocupar este lugar en aproximadamente cinco minutos. Deben atravesar primero la puerta principal, que, en realidad, es un autobús. Una vez que pasen, estos chicos no podrán protegerse. Buscarán aliados a los que rendirse.

—Impresionante, Luke. Ya llega la caballería. Cambio.

—Gracias. Cambio y corto.

Luke plegó la antena hasta cerrarla. Miró a Newsam de nuevo.

Los ojos de Newsam eran duros. —Tú y yo vamos a hablar de esto. Vamos a volver a la base y vamos a hablar de verdad. Ya no estaremos de servicio, no tendremos que preocuparnos por el rango.

Luke casi sonrió, pero luego no lo hizo. Al principio pensó que el chico le estaba engañando, pero ahora podía ver que no. Estaba honestamente enfadado.

La operación había sido un éxito total. Parr estaba muerto. En poco tiempo, la 1ª Caballería iba a asaltar este palacio y las mujeres y las niñas serían devueltas a sus familias. El dinero y las antigüedades robadas serían recuperados.

Está bien, Luke había cometido un error. Puso a Ed en una situación peligrosa por un momento, pero había funcionado bien.

—¿Cuál es tu problema? —dijo Luke.

Ed lo señaló. —Tú eres mi problema, las "Estrellas del Rock" como tú. Podrías haberme matado, pero la misión hubiera sido un éxito de todos modos. He visto a muchos como tú en todo este tiempo. Hacemos lo que nos mandan, pero oh, vaya, el tercer figurante de la izquierda ha caído. Oh, bien. Trágico, de verdad, pero lo van a enterrar en Arlington y le van a dar la bandera a su madre.

Luke sacudió la cabeza. —¿Qué quieres que haga? ¿Pedirte

disculpas?

Los ojos feroces de Ed lo miraron fijamente. —No. He oído hablar de ti, tío. Y te voy a demostrar que no va a ser a mí a quien dejes caer en un agujero, en tu camino hacia la gloria.

—Amigo, sabes lo que dicen cuando tienes que elegir un compañero de baile, ¿verdad?

Ed negó con la cabeza. —No. ¿Por qué no me lo dices?

Luke asintió. —Dicen, *elige sabiamente.*

—¿Se supone que eso me tiene que asustar? ¿Por qué, porque técnicamente eres mi jefe? ¿Porque vas a ir a quejarte a mi superior y a meterme en problemas? ¿Porque vas a poner en peligro mi trabajo?

—No, —dijo Luke. —Porque te voy a patear el culo.

Ed sonrió a medias y sacudió la cabeza. —Estoy impaciente.

—Bueno, mientras disfrutas del anticipo, ¿te importa si terminamos la misión?

* * *

—Buen trabajo, muchachos. Vuestras madres estarán orgullosas.

El hombre estaba hablando a Ed y Luke.

—Este es exactamente el tipo de basura que necesita una limpieza. Están arruinando mi zona de guerra y eso no me gusta.

Era un coronel alto, firme como un clavo, de la 1ª Caballería. Había bajado de un Halcón Negro al amplio patio del palacio, con un sombrero de vaquero, botas de piel de serpiente y gafas de sol envolventes. Se encendió un puro de victoria y sonrió.

Luke tenía razón. Tan pronto como los helicópteros anunciaron a través de los altavoces que Parr estaba muerto, su pequeño ejército bajó la guardia. No dispararon ni un tiro. Eran menos de veinte y no querían tomar parte en una pelea contra los Halcones Negros y los Apaches, estaban cansados. Solo querían irse a casa y cumplir su condena. Tal vez podrían hacer frente a algún tipo de acuerdo de culpabilidad y ver la luz del día otra vez antes de ser viejos.

Y luego otra vez, o tal vez no.

Luke observó cómo un grupo de ellos se metía en un helicóptero. Estaban encadenados por los tobillos y las muñecas. Barbudos, musculosos, con el pelo largo o al estilo Mohicano, vestidos con ropa rara y con tatuajes por todas partes. Había sido un juego para ellos, eran las estrellas de una película que sólo ellos podían ver.

Ahora, se sometían a la derrota. Sus hombros estaban caídos, sus cabezas hacia abajo. Los chicos de la 1ª Caballería de aspecto elegante los movían, no muy gentilmente.

—Todo lo que sube tiene que bajar, —dijo Ed Newsam. Lo dijo lo suficientemente alto como para que los hombres encadenados lo escucharan. Uno de ellos, un tipo grande con una barba gruesa y cabello largo y rubio, se volvió y miró a Ed.

—Sí, tío, te estoy hablando a ti. Disfruta de esos treinta años encerrado. Pensaré en ti cuando me esté bebiendo un ron con Coca-Cola en Barbados.

En ese momento, el primer grupo de mujeres y niñas fueron sacadas. Entrecerraron los ojos por la luz brillante del sol. Fue un momento desafortunado, las chicas tenían miedo de los soldados de la 1ª Caballería, pero se encogieron más cuando vieron los restos de la milicia de Parr.

Todas menos una.

Una mujer mayor con una larga túnica negra y un pañuelo negro se separó del grupo.

—¿Señora? —dijo uno de los jóvenes soldados que las escoltaban. —¡Señora!

Se acercó al amigo rubio de Ed y le escupió en la cara. Ella le gritó algo en árabe y agitó la mano delante de su cara. Otras dos mujeres se acercaron y tiraron de ella suavemente por los hombros. Ella dejó que la llevaran de vuelta al grupo.

Las grandes manos del rubio estaban atrapadas en sus costados. No tenía forma de limpiarse el escupitajo de la mujer. El hombre encadenado detrás de él se inclinó y le susurró algo. El rubio negó con la cabeza.

Ed se rio y asintió. —Ese tipo está teniendo un mal día. —levantó la voz y se dirigió a él nuevamente. —¿Te diviertes, rubito?

El chico miró a Ed de nuevo y dijo algo en voz baja. Sonó a “Vete a la mierda”.

La sonrisa de Ed se puso más amplia que nunca. Levantó los brazos, volvió la cara hacia el sol y respiró hondo. —Luz del día, cariño. El aliento de la libertad. Pasará mucho tiempo antes de que veas o pruebes cualquiera de los dos otra vez.

El coronel de la 1ª Caballería miró a Luke y a Ed.

—Vosotros dos, ¿necesitáis que alguien os lleve a casa?

Luke miró a Ed. —¿Estás listo, grandote? ¿O quieres echarles piropos a estos tipos un poco más antes de irnos?

Ed se encogió de hombros. —Estaré listo cuando tú lo estés, jefe.

CAPÍTULO CATORCE

13:35, Hora Árabe (6:35 Hora del Este)

Embajada de los Estados Unidos en Irak (también conocida como Palacio Republicano)

Zona Internacional (también conocida como Zona Verde)

Distrito de Karkh

Bagdad, Irak

Hacía calor fuera.

El sol brillante y el calor, iban directamente a tu cabeza.

Luke se había puesto unos pantalones caqui, botas y una camiseta. Necesitaba la libertad en la parte superior del cuerpo que le daba la camiseta, pero también quería la fuerza que le darían las botas. Este tipo era grande y necesitaría mucho esfuerzo para terminar con él.

—Escucha, —dijo Mark Swann. —Esto es ridículo, no tenéis que hacerlo.

Luke hizo un gesto con la cabeza. —Habla con él.

Estaban de pie en un pequeño patio de piedra. Una vez hubo una fuente en este patio, pero en algún momento los estadounidenses la quitaron y lo pavimentaron con cemento. Esto parecía una vergüenza, pero ahora se había convertido en un ring perfecto.

Al otro lado del patio estaba Ed Newsam. Desde aquí, parecía casi increíblemente grande, formidable, tan invulnerable como una montaña. Sería difícil derribarlo. Iba vestido igual que Luke: pantalones caqui, botas y una camiseta.

—Esto se tiene que hacer, —dijo Newsam. —El tío casi me dispara y luego casi me arranca la cabeza. No lo sabes, porque no vives en ese mundo, pero tiene cierta reputación de hacer que las personas mueran, encogerse de hombros y seguir adelante. Un jefe es una cosa y eso está bien, pero todo el mundo merece respeto. No voy

a morir por el próximo ascenso de ese Viejo, vamos a dejarlo claro.

Luke escuchó las palabras que salían de la boca de Ed, pero tuvo problemas para identificarlas consigo mismo. Una imagen de Martínez, paralizado, faltándole partes del cuerpo y llorando pasó por la mente de Luke.

Éramos tus muchachos. Ahora estamos muertos. Todos menos tú.

Luke apartó ese pensamiento. Estaba en una pelea. Si no prestaba atención, este grandullón le iba a arrancar la cabeza.

—Voy a llamar a Don Morris, —dijo Trudy.

—Adelante, —dijo Newsam. —Él sabrá que tengo razón.

Luke y Ed comenzaron a dar vueltas uno alrededor del otro. Se acercaban cada vez más... De alguna manera, se había corrido la voz de que había una pelea en marcha. La gente, en su mayoría hombres, salieron del edificio de la embajada. Varios soldados uniformados comenzaron a reunirse alrededor de la plaza. Ya estaban acostumbrados, las peleas sucedían a menudo. Usaban sus cuerpos para entorpecer la visión de las personas más alejadas, especialmente las personas con autoridad que podrían detener la pelea de forma prematura.

Luke los miró. Un par de ellos eran Policías Militares.

—Vamos, hombrecito, —dijo Ed. —Dame un puñetazo y dale a esta gente un espectáculo.

—Es tu lucha, —dijo Luke. —No la mía.

Ed se encogió de hombros. —Vale.

Cargó, moviéndose como un rayo, muy rápido para un hombre tan grande. Su puño izquierdo fue a piñón, un golpe. Luke lo esquivó, volvió a arremeter y su golpe aterrizó directamente en la cara de Ed. Luego dio un bote hacia atrás otra vez, fuera del alcance de Ed e inmediatamente hizo un giro hacia su derecha.

Un pequeño grito salió de entre la multitud. David le había dado un golpe a Goliat.

Pero Luke vio los ojos de Ed. Eso no le había dolido ni un poco. ¿Le había sorprendido? Sí. ¿Le había frustrado? Por

supuesto. ¿Le había molestado? Apuesto a que sí ¿Pero hacerle daño? De ninguna manera.

—¿Eso es todo lo que tienes? —dijo Ed.

Esta iba a ser una guerra larga.

De repente, alguien estaba aplaudiendo. El sonido era RUIDOSO. Se escuchó una voz de hombre.

—Eh, ¿sois tontos?

La multitud se estaba volviendo hacia el hombre, pero Luke no apartaba sus ojos de Ed, ni por una fracción de segundo. Esa sería una forma segura de buscarse problemas. Probablemente se despertaría en el avión rumbo a casa.

—No, vosotros no. Ellos, esos dos tontos, los chicos duros. El resto de vosotros, idiotas, ¿no tenéis otro sitio donde estar?

Luke y Ed continuaban dando vueltas.

—¡Stone! —gritó el hombre y Luke supo quién era sin tener que mirarle.

Ed miró hacia ese lado y Luke aprovechó la oportunidad para retroceder. Miró a su derecha. Papá Cronin estaba allí de pie.

—No me hagáis entrar ahí porque os mataré a ambos.

Ellos lo miraron fijamente.

Ahora él sonreía.

—Buen trabajo esta mañana, muchachos. Precioso. Rápido, limpio, sin daños colaterales, nos hace parecer como los buenos de la película, para variar. Eso me gusta. Aún mejor, nos abrirá paso hacia una pista previamente desconocida.

Luke notó que no estaba mencionando a Davis Cole en absoluto.

Papá Cronin levantó un puño. Su dedo índice se extendió desde la parte superior y les hizo señas.

—Venid conmigo, tenemos visita.

* * *

Luke y Ed siguieron a Papá Cronin por los ruidosos pasillos. Luke estaba tan concentrado en vigilar a Ed, que se encontró que ya estaban entrando en una habitación antes de darse cuenta de que Swann y Trudy habían venido con ellos.

Papá Cronin miró sorprendido a Swann y a Trudy.

— Está bien, Bill, —dijo Luke. —Vienen conmigo.

Entraron en la habitación. Era una cámara muy pequeña, diferente de la anterior, con muros de piedra maciza.

El agente de inteligencia británico Montgomery estaba aquí, de pie en la esquina.

Había un hombre sentado en una mesa de madera. Llevaba una túnica blanca y un pañuelo de cuadros blancos y negros en la cabeza. Su barba era negra y gris, más bien blanca y llevaba gafas gruesas, lo que hacía que sus ojos parecieran peces nadando en dos pequeñas peceras. Se puso de pie cuando el grupo entró.

Miró a Papá Cronin.

—¿Estos son los hombres? —dijo en perfecto inglés.

Papá Cronin asintió. —Sí, estos son los hombres que salvaron a tus sobrinas esta mañana.

Se volvió hacia Luke y Ed y extendió una mano a cada uno de ellos. Las manos del hombre eran viejas y frágiles, pero tenían un agarre firme. Estuvieron en un triángulo incómodo por un momento, cogidos de la mano. El hombre no podía saber que Luke y Ed acababan de venir de pelearse en el patio, una pelea que había sido el resultado de la misma misión que había salvado a los miembros de su familia.

El hombre apretó sus manos con fuerza. Una lágrima apareció en una mejilla.

—Caballeros, este es el Imam Muhammad al-Barak. Es un anciano tribal y líder del consejo religioso en la ciudad de Tikrit y sus alrededores. Ha venido hoy hasta aquí bajo un gran riesgo para él y su familia.

—La situación es muy complicada, —dijo Muhammad. —Muchos en mi región son partidarios de Saddam y les gustaría ver a los estadounidenses expulsados y al gobierno restaurado. Muchos otros son extremistas del tipo que les gustaría ver a Saddam ejecutado, a los estadounidenses derrocados y un gobierno religioso suní instalado.

Luke se encogió de hombros. El hombre todavía estaba agarrando sus manos. —No hay muchos entusiastas de los estadounidenses por los alrededores.

El hombre sacudió la cabeza con total seriedad, perdiendo la ironía en la declaración de Luke. —Ninguno, —dijo simplemente. —Los perros rabiosos que mataste esta mañana no hicieron nada para ayudar a la causa estadounidense. Mi hermana…

El hombre cerró los ojos. Ahora las lágrimas corrían libremente.

Al cabo de un momento, se calmó y volvió a hablar.

—Mi hermana pensó que había perdido a sus amadas hijas. Se llevaron a muchas jóvenes. Muchos en la comunidad pensaron que esos animales... Y, sin embargo, parecía imposible actuar contra ellos. Y el gobierno estadounidense no haría nada.

Papá Cronin levantó una mano. —Bueno, hablemos claro un momento. Estos chicos trabajan para el gobierno estadounidense, y yo también.

El imán le lanzó una mirada torva a Papá Cronin.

—Se lo pedimos a su embajada y a sus líderes militares durante meses. Hicimos descripciones de los artículos de valor incalculable que habían sido robados, las personas que habían sido asesinadas a voluntad, la total indiferencia hacia la vida humana por parte de estos soldados estadounidenses: contratistas, los llaman ustedes. La embajada nos dijo que estaba fuera de su alcance. Pero estos hombres han venido, sólo ellos dos y han terminado con el desastre en una sola mañana. Y el líder de esta carnicería está muerto, alabado sea Allah.

El hombre finalmente soltó sus manos. Señaló un delgado sobre de papel manila que estaba sobre la mesa.

—En ese sobre está mi regalo para usted... y para usted. —señaló a Luke y a Ed a su vez. —Pido con toda franqueza que sólo ustedes lo abran y sólo ustedes hagan uso de lo que hay dentro. Lo considero un gesto de buena voluntad y créanme cuando les digo que sabré qué

pasa y quiénes están involucrados.

¿Qué les estaba ofreciendo el hombre, un cheque? ¿Dos billetes para un crucero? ¿Billetes de avión a un resort del Mar Rojo? Por un momento, Luke se imaginó a sí mismo y al enfadado Ed Newsam, recostados en las tumbonas uno al lado del otro, tomando bebidas y mirando el agua. Sería una reunión extraña.

—*Oh, no podemos aceptar regalos,* —casi dijo Luke, pero no lo hizo.

—¿Qué es? —dijo en su lugar.

—Es un mapa de una ubicación en el desierto occidental, —dijo el hombre. —Es un territorio sin ley y la gente es abiertamente hostil a su gobierno y sus planes. La ubicación es un campamento; allí entrenan a la gente para lo que podríamos llamar terrorismo.

—Hay muchos tipos de terrorismo, —dijo Ed Newsam.

El hombre asintió. —Sí.

—¿Quiere que bombardeemos el sitio? —dijo Luke.

—No, deben ir allí. Hay planes en marcha, he escuchado rumores de que algo va a suceder. Los organizadores están ahí, o lo estaban. Algunas de las personas involucradas han sido entrenadas allí en el pasado: entrenadas para soportar el dolor, el aburrimiento, temperaturas extremas de calor y frío, tortura física y psicológica.

Luke se quedó mirando al hombre. —¿Qué van a hacer?

El imán negó con la cabeza. —No lo sé. No puedo averiguarlo y si presionara para obtener más detalles, perdería la vida. Las cosas que ya les he dicho y el mapa que les he dado, ya son suficientes para verme colgado y desangrado en un lugar público.

—¿Y sólo nosotros podemos ir allí? —dijo Luke.

El hombre asintió. —Esa es mi petición. Este es mi regalo para ustedes, un regalo de agradecimiento y de fraternidad común. Les pido que lo honren de esa manera.

Los miró un largo momento.

—Sus compañeros son perros para mí, peor que los perros. Me gustaría ver todo este complejo bombardeado hasta convertirse en

polvo y a todos sus habitantes incendiados hasta morir en agonía, si Alá lo permitiera. Que suceda este mismo día. Pero ustedes son hombres de honor y tienen mi eterna gratitud y la de mi pueblo.

Miró a Papá Cronin de nuevo.

—Gracias, debo irme.

* * *

—Ya habéis oído al hombre, —dijo Montgomery con su refinado acento británico. Estaba recostado en una silla, fumando un cigarrillo de olor dulce.

Miró a Papá Cronin. —Esta información era para estos tipos y nadie más. Si vamos a enviar hombres a ese desierto, entonces digo que sean ellos. Barak dijo que sabría quién había ido allí y yo le creo. Es casi seguro que habrá videos o fotos que muestren quiénes se infiltraron en el campamento. Se lo tomará como un insulto si van los hombres equivocados.

Todos estaban sentados en otra habitación, que servía como oficina de inteligencia conjunta de Papá Cronin y Montgomery. Era un lugar improvisado, con gruesos tableros de madera contrachapada, revestidos con cartones de huevos para insonorizar. Había tres escritorios, todos cubiertos con papeles y carpetas y varios envoltorios de comida de máquinas expendedoras y latas de Coca Cola vacías. Había dos ordenadores portátiles *Toughbook* y cables serpenteando por todas partes.

—¿Es aquí realmente donde celebras tus reuniones secretas? —dijo Mark Swann. —Quiero decir, mira este lugar. Nada de esto dice "sólo para tus ojos". Puedo escuchar a la gente escribiendo en las viejas máquinas de escribir *IBM Selectric* dos puertas más allá. ¿Es seguro siquiera hablar aquí?

Papá Cronin se encogió de hombros. —Normalmente, mantenemos conversaciones secretas en un puente ventoso al sur de Bagdad, donde el Ejército Madhi vierte los cadáveres desmembrados de sus enemigos en el río Tigris. ¿Prefieres ir allí?

Swann se encogió de hombros. —Nah. Me estaba burlando de ti, esto estará bien.

Luke estaba recostado. Sacó las imágenes del sobre más cercano. Eran fotos de satélite tomadas desde una distancia que mostraba la ubicación del campamento, superpuesta en un mapa de Irak, luego se acercaban progresivamente para mostrar más detalles topográficos y, finalmente, más detalles del propio campamento.

No había mucho que ver en el campamento: un grupo de tiendas de campaña, un par de casas bajas de piedra y algunos edificios de aluminio corrugado, en un desierto árido al noroeste del Triángulo Suní. No parecía haber un campo de tiro. Había un helipuerto y una vieja pista de aterrizaje; la pista de aterrizaje era estrecha, corta y estaba en tan mal estado que sugería que sólo podían entrar aviones muy pequeños y livianos, manejados por personas que no eran muy exigentes con respecto a su integridad.

—El lugar parece abandonado, —dijo Luke. —No veo un solo coche o camión. No veo ningún movimiento, ninguna carretera activa, ni evidencia de quemas de basura, o actividad reciente en ese rango de tiro. No creo que haya nadie allí.

A Luke no le gustaba mirar las fotos. No le gustaban porque había llevado a cabo la misión que le habían asignado y lo había hecho rápidamente. Había matado a dos hombres esta mañana y no le gustaba matar. Habían estado allí poco más de veinticuatro horas y él quería irse a casa. Su esposa estaba embarazada de su primer hijo, quería volver con ella, abrazarla y asegurarle que la amaba y que quería estar con ella para siempre.

Tampoco le gustaba mirarlas porque sabía lo que iba a suceder a continuación. Él y Ed Newsam iban a viajar en helicóptero hacia el desierto, probablemente esa misma tarde y llegarían a ese campamento antes de la puesta de sol.

¿Qué iban a encontrar allí? Si Luke tenía que adivinarlo, diría que iban a encontrar cadáveres en esas tiendas, descomponiéndose al calor abrasador del desierto, con un enjambre de moscas.

Este era el regalo que el imán agradecido les había hecho, la oportunidad de encontrar un montón de cadáveres de militantes que se habían convertido en prescindibles y cualquier misterio que le resolviera o complicara las cosas a personas como Papá Cronin.

—¿Qué opináis, muchachos? —dijo Papá Cronin. —Podríais salir, revisar el lugar, echar mano de algo interesante y estar en casa para la cena. Mañana por la mañana podéis estar camino a casa, a los Estados

Unidos. Monty tiene razón, depende de vosotros. El hombre os lo ha ofrecido como regalo.

—He recibido mejores regalos, —dijo Newsam.

* * *

El teléfono estaba sonando a medio mundo de distancia.

Luke se sentó en un escritorio improvisado. Como todo aquí, había sido construido con contrachapado en bruto. Había una decena de bancos de esos barriles en fila, alineados en un pasillo de mármol. Había una persona sentada en cada uno de ellos.

Había una consola de teléfono de oficina en el escritorio frente a Luke y después de varios intentos, había logrado llamar a un operador internacional que había le había pasado la llamada. Apoyó el auricular en su oreja derecha, e insertó un dedo en su oreja izquierda para ahogar el ruido y el zumbido de la escritura, las conversaciones, las risas y el simple ruido a su alrededor.

Su corazón dio un vuelco.

Cógelo

El timbre se detuvo.

—¿Hola?

Era ella, Becca. Sorprendentemente, ella sonaba clara, como si estuviera sentada justo frente a él. Se la imaginó de pie, o en realidad, más probablemente sentada, en la cocina de la casa de campo, el viejo teléfono montado en la pared, con el auricular conectado a un cable negro largo y rizado.

—¿Cómo estás, cariño? —dijo.

—¿Luke?

—El mismísimo.

Ella respiró pesadamente. —Oh, Dios mío. He estado muy preocupada por ti.

—Está bien, —dijo. —Todo está bien. Esta es la primera

oportunidad que he tenido para llamar.

Había temor en su voz. —¿Ya has ido a tu misión?

—Sí. Está todo listo, la hicimos esta mañana. Se llevó a cabo sin ningún contratiempo. Estábamos de vuelta aquí a la hora del almuerzo, tuvimos que hacer un par de informes y... ya sabes.

El aire parecía escaparse de ella. —Eso es un alivio. ¿Cuándo vendrás a casa?

—Tan pronto como podamos, mañana tal vez. Con suerte, mañana.

—Bien. No puedo esperar a verte.

—Yo tampoco, —dijo. —No puedo esperar a verte. —decía en serio cada palabra. No podía esperar a ver a su esposa. No podía esperar a salir de aquí. No quería nada más que subir a un avión. Lo haría ahora mismo, si pudiera.

Una sombra cruzó por su mente: en una hora, él y Ed Newsam debían subirse a un helicóptero en dirección al desierto occidental e investigar ese campamento. Tenía un mal presentimiento sobre eso, todo parecía darle un mal presentimiento estos días. Se preguntó si alguna vez podría regresar a los tiempos de antes de la misión en Afganistán, un tiempo antes de este terrible sentimiento de temor que parecía seguirle a todas partes.

—¿Cómo te sientes? —le dijo a Becca.

—Cariño, ahora estoy muy, muy embarazada. Simplemente parece que me da golpes después de que te fuiste. Siento que he engordado cinco kilos en los últimos días. Estoy comiendo como una loca. Creo que este va a ser un niño muy grande.

—¿Pero no tienes contracciones?

La idea de que Becca se pusiera de parto mientras él estaba fuera era otro punto de temor para él. Quería estar allí cuando naciera su hijo. Quería estar con ella y apoyarla y él mismo quería presenciar el milagro.

Había visto mucha muerte en los últimos catorce años, sería un cambio muy agradable ver que una vida comienza.

—Uh, ya sabes... no lo creo.

—¿No *crees*?

—Estoy un poco incómoda, pero no es lo que yo llamaría contracciones.

Más miedo. La idea de que comenzara con las contracciones en casa, sola, en medio del campo de la costa este... eso no le atraía. Quería que el bebé naciera en un importante centro médico de la ciudad, con toda la tecnología y los mejores médicos de guardia. Un médico rural en un consultorio médico...

Sacudió la cabeza y respiró hondo. Está bien, está bien. La gente lleva viniendo a este mundo durante mucho tiempo. Los médicos rurales han traído a muchos bebés.

—Cariño, si crees que podrías empezar con las contracciones, o que podría suceder en un día o dos, ¿por qué no vas a casa de tus padres? Allí estarás cerca del hospital y yo puedo reunirme contigo allí.

—Está bien, Luke. Si me siento así, lo haré. Esperaba que estuvieras aquí.

—Vale. Bueno, no esperemos hasta que te sientas así. Vamos a anticiparnos y vamos a actuar antes de que suceda. Si esperas hasta ponerte de parto para hacer el traslado, entonces ya será demasiado tarde.

Odiaba el tono de su voz. Odiaba la planificación del peor de los casos a la que se dirigía su mente de forma natural y cómo se imponía a todos y a todo, incluida su vida personal. Eso lo había mantenido vivo todo este tiempo, pero...

—Luke...

—Sí, nena, sólo estoy tratando de...

—Te quiero cariño. Todo está bien, no tengo contracciones.

Él se detuvo.

—Vale, lo sé. Yo también te quiero. Me encanta escuchar el sonido de tu voz.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Miró detrás de él. Era

Mark Swann. Swann era como una gran cigüeña sonriente, un tonto con gafas de aviador de color amarillo y una cola de caballo, de pie allí.

Detrás de Swann, una fila de personas esperaba el teléfono.

—¿Cómo se está allí? dijo Luke.

—¿Cómo se está? —dijo.

—Sí. ¿Cómo se ve?

—Bueno —dijo ella. —Es realmente bello. La primavera está en plena floración. Estoy sentada a la mesa de la cocina, mirando la bahía de Chesapeake, que está algo bañada por el sol, supongo que dirías. Hay un gran velero de colores por ahí con mástiles gemelos.

Cerró los ojos y se lo imaginó.

Swann lo golpeó de nuevo. Si lo hacía por tercera vez, Luke iba a romperle la mano. Por el codo.

—Cariño, todavía tengo que ocuparme de un par de cosas relacionadas con la misión antes de que termine el día, —dijo. —Ya sabes, atar cabos sueltos. Tengo gente tocándome en el hombro ahora mismo.

Estaba a punto de volar a territorio en disputa, un posible combate y no le se lo estaba contando. Sacudió la cabeza, porque odiaba esta parte. Estaba mintiendo, no directamente, sino por omisión, de la misma manera que no le había dicho que había matado a dos hombres esta mañana.

Ella sabía muy poco acerca de lo que él hacía. ¿Le daría la bienvenida a un asesino con las manos manchadas de sangre a sus brazos?

—Está bien, cariño, —dijo ella. —Corre, me alegra que estés bien. Estoy tan feliz de escuchar tu voz. Espero que te dejen salir de allí mañana.

—Yo también, —dijo.

—Te quiero, —dijo ella.

—Te quiero.

Después de colgar, miró a Swann.

—¿Qué?

La sonrisa tonta de Swann vaciló por un segundo. ¿Estaba colocado? Podría imaginárselo fácilmente. Swann parecía exactamente alguien que probablemente hacía pausas para fumar y fumaba marihuana, en lugar de un cigarrillo.

—Me han enviado a buscarte, —dijo. —Están listos para abordar esta misión lo antes posible.

CAPÍTULO QUINCE

17:50 Hora Árabe (10:50 Hora del Este)

El Desierto de Hamad

Irak Occidental

Lo llamaban Little Bird. A veces lo llamaban el Huevo Volador.

Era el helicóptero MH-6: rápido y ligero, altamente maniobrable, el tipo de helicóptero que no necesitaba espacio para aterrizar. Podría dejarse caer en tejados pequeños y en calles estrechas de barrios abarrotados. Era el helicóptero más apreciado por las fuerzas de operaciones especiales. Luke y Ed se dirigían en uno de ellos hacia el desierto al oeste de Irak.

El surrealista paisaje ondulado del desierto bajo sus pies era de color amarillo anaranjado, con vastas regiones ennegrecidas y bronceadas. Partes del paisaje parecían como el asfalto de un aparcamiento. El cielo era azul pálido, con la gigantesca esfera naranja del sol moviéndose hacia el horizonte. Era un paisaje extraño. Los vientos cálidos soplaban a través de las puertas abiertas.

Luke sabía que les estaban siguiendo dos helicópteros de combate Apache: blindados y armados hasta los dientes, con armas de corto alcance de treinta milímetros y cohetes Hydra. Los Apaches volaban muy por encima de ellos y más hacia el sur. Pero estaban equipados con sistemas de radar y video terrestres de última generación. Podían ver lo suficientemente bien.

Luke y Ed no hablaban.

El bulto de Ed se acomodó a su lado en el pequeño compartimento. Ambos llevaban trajes de vuelo y cascos. Luke llevaba un chaleco táctico pesado, al igual que Ed. El peso se había posado sobre Luke, haciéndole sentir como si la gravedad se hubiera duplicado. Sus pantalones estaban forrados con una armadura ligera.

Luke estaba armado con su subfusil MP5 y una escopeta Remington. Sentía el gran peso de ambas armas. Era tranquilizador. El

MP5 estaba cargado con balas perforantes. Si hubiera chicos malos aquí, esas balas deberían perforar la mayor parte de la armadura corporal que pudieran estar usando. Luke tenía media docena de cargadores completamente repletos, en caso de que los necesitara.

En las Delta, te permiten llevar lo que quieras, lo que sientas que puede ser efectivo. Don mantuvo intacta esa tradición.

Los sonidos de las cuchillas del helicóptero y las ráfagas de viento eran casi ensordecedores, pero él y Ed podrían hablar si quisieran. Hasta ahora, no lo habían hecho, pero Luke sintió que debía tratar de hacer las paces un poco. Era difícil entrar en combate sentado junto a un hombre que lo odiaba.

—¡Ed! —gritó Luke.

Ed asintió, pero no dijo nada.

—¿Tienes un problema conmigo? ¡Está bien! ¡Pero no dejes que me maten ahí fuera! ¿Vale?

Ed lo miró con los ojos entrecerrados. —¿Por quién me tomas, tío?

—¡Por un niño enfadado!

—Soy un profesional, —dijo Ed. Levantó un gran puño enguantado. —Te haré daño con esto. Pero no voy a dejar que estos hombres te hieran. ¿Arruinar mi disfrute?

Sacudió la cabeza.

—Unh-uh.

Luke asintió.

—Eso me basta. Sólo recuerda quién está al mando.

La voz del piloto apareció dentro de los auriculares de Luke.

—¡Chicos! Destino a dos minutos. Dos minutos para el punto de entrega. Esta es una operación de tocar y marcharnos, tal como dijimos en la sesión informativa. Así que cuando os deje caer, haced vuestro trabajo, o estaréis colgando fuera de mi control. Dos minutos.

Luke y Ed agarraron sus armas y se sentaron en los bancos laterales, con las piernas colgando en el aire. El helicóptero ajustó la

redistribución del peso.

Llegaron a poca altura sobre el campamento, justo encima de un grupo de carpas, con sus lonas de entrada soplando en el viento. El campamento era más grande de lo que parecía en las fotos hechas por satélite; gran parte de él había sido camuflado deliberadamente por lonas de color arena. Aun así, el lugar parecía un pueblo fantasma. No había nadie fuera.

El piloto del Little Bird se posó en el viejo helipuerto directamente en el medio. Tocó y ambos hombres se deslizaron sobre la dura grava del desierto. Tres segundos después, el helicóptero estaba de vuelta en el aire.

Luke y Ed corrieron por el polvoriento campamento, escondiéndose a la sombra de un edificio bajo de bloques de hormigón. El helicóptero giró con fuerza hacia la derecha, desplazándose hacia el noreste, fuera de peligro. En segundos, era una pequeña mancha moviéndose hacia arriba que ahora giraba hacia el sur. Daría vueltas por los alrededores a una distancia segura hasta que lo llamaran.

—Está bien, —dijo Ed. —Tú eres el jefe. ¿Qué hacemos primero?

Luke hizo un gesto con la cabeza. —Esas grandes tiendas de campaña que están en el medio. Yo diría que es, o era, el cuartel general.

—¿Qué pasa con estos edificios? dijo Ed.

—El almacén de alimentos y el de armas, supongo.

Ed asintió, luego se encogió de hombros, como si no estuviera seguro.

—¿Qué crees que son? dijo Luke.

—No tengo ni idea, hombre blanco. A ti te pagan por pensar.

—Pues no pienses, en ese caso, —dijo Luke. —Adivina.

Ed miró por la esquina las carpas que ondeaban al viento. —Esas carpas están medio derrumbadas, parece que han estado expuestas aquí, solas en medio de este clima durante días, si no semanas. ¿Mi conjetura? Si no encontramos gente muerta dentro, deben ser señuelos. Desde el aire, hacen que este lugar parezca abandonado, o

como si alguien lo hubiera arrasado. Si el lugar todavía está activo, al menos uno de estos edificios es la entrada a un búnker o un complejo subterráneo. Si yo fuera un tipo malo en este momento, estaría jugando a hacerme el muerto y haciéndolo donde nadie pudiera verme. No puedes ocultar este campamento de los satélites, pero puedes hacer que parezca como si no hubiera nadie en casa.

Luke asintió. —Bien. Me gusta eso. ¿Qué dices si cruzamos hasta allí y vemos lo que encontramos en las tiendas? Tal vez lo que estamos buscando está ahí.

Ed miró a través del terreno abierto hacia las tiendas de campaña. —¿Vas a hacer que me maten ahí?

Luke sacudió la cabeza. —Tú me cubres. Yo iré primero.

Ed sonrió, sólo un poco. —¿Ves lo que quiero decir? Un poco de respeto, eso es todo lo que pido. Reconoce que yo también estoy vivo.

Luke no tocó ese tema. —A tu señal, —dijo.

Ed esperó un momento. Tomó aliento. —Vamos.

Luke salió. El cielo era enorme sobre él. Sus pies retumbaban y sus brazos bombeaban mientras corría por el espacio abierto, totalmente expuesto. La tienda principal parecía estar a kilómetros de distancia. Un segundo después, estaba allí. Irrumpió por la entrada y entró.

El interior era más oscuro y más fresco que el exterior.

Luke se tendió en el suelo, respirando con dificultad durante unos segundos. Miró a su alrededor, pero no había nada en la tienda, nada en absoluto.

Se dirigió a la entrada, sacó su arma y se preparó para un fuego de cobertura.

Ed corrió a través de la brecha de cincuenta metros. Nadie disparó, nada se movió.

Ed se agachó cerca de él. Su cara grande estaba roja y sudorosa. Hacía calor ahí fuera.

—Oh-oh, dijo Luke. —Parece que estás un poco...

De repente, una bala rasgó la gruesa tela de la tienda, unos pocos

centímetros por encima de sus cabezas. Hizo un agujero por el otro lado a medida que avanzaba.

—¡Maldita sea! —gritó Luke. —¡Al suelo! ¡Al suelo!

Ed se dio un golpe contra el suelo.

Un instante después, los disparos bombardeaban el aire justo por encima de sus cabezas. No tenía sentido siquiera intentar defenderse. Se quedaron tendidos en el lugar. Su única salvación era que los malos no pudieran verlos y que no supieran exactamente dónde estaban. Pero si se quedaran aquí mucho tiempo, serían hombres muertos. Luke sacó su radio.

—Víbora Uno, Víbora Uno, conteste, —dijo, diciendo el nombre del helicóptero líder Apache.

Un acento de Texas le respondió. —Víbora Uno, cambio.

—¡Tenemos problemas aquí abajo! —gritó Luke.

—Lo vemos, —dijo el acento de Texas. —Estamos en camino a su posición.

—¿Qué aspecto tiene? —dijo Luke.

—Uh, unos veinte... olvídalo. Treinta combatientes más o menos, saliendo de dos edificios de piedra y convergiendo hacia un grupo de tiendas de campaña.

—¡Estamos dentro de esas tiendas! —gritó Luke.

—Entendido. Mantened la cabeza baja, muchachos. La cosa está a punto de calentarse allí.

—¡Vigila las tiendas! —gritó Ed.

Unos segundos después, llegó un sonido. Era bajo al principio, amontonándose y haciéndose más fuerte, un silbido. Entonces se convirtió en un grito, acercándose increíblemente fuerte.

Seguía llegando. El sonido les partía la cabeza. Luke se arrancó el casco y se tapó los oídos.

Sonaba por encima de sus cabezas. En algún lugar cercano, una explosión cortó el aire.

BA-BUUUUM.

Una ráfaga de calor agitó el aire dentro de la tienda.

Luke se arrastró como un gusano hacia el borde de la tienda. Levantó una solapa de lona a una pulgada del suelo.

Fuera, los hombres corrían. Una de las dependencias bajas estaba en llamas. Los malos ya no estaban interesados en Luke y Ed. Sabían lo que había por encima de sus cabezas y sabían lo malo que era. No había a dónde correr, pero lo intentaron de todos modos.

El sonido de las cuchillas del rotor de un helicóptero golpeó el suelo al hacer un pase bajo. Un fiero golpe de disparos automáticos rasgó el cielo cuando su ametralladora abrió fuego. Luke vio a los hombres separarse mientras corrían, brazos, piernas y cabezas salieron volando en diferentes direcciones, los cimientos estaban rociados de sangre antes de caer al suelo.

Miró hacia otro lado.

Sonó otro cohete Hydra, el misil silbó y luego chilló.

Luke se apartó del borde de la tienda y se hizo un ovillo. Vio que Ed ya lo había hecho.

BA-BUUUUUM.

Ahora otra ametralladora había abierto fuego.

Los helicópteros estaban arriba, justo por encima de ellos, despejando este espacio. Rezó para que no limpiaran esta tienda por accidente.

Luke entró en un vago estado de ánimo, casi parecía que estaba soñando. En algún lugar, Becca yacía en una mesa de operaciones, dando a luz a su hijo. En algún lugar, Martínez yacía en una cama de hospital, rogándole a Luke que lo matara. En algún lugar, el barco del capitán Ahab se había hundido a causa una gigantesca ballena blanca.

En algún momento, los disparos y los bombardeos cesaron.

El silencio descendió y Luke pudo oír de nuevo el sonido del viento del desierto. Fuera, era de noche y el cielo estaba oscuro, a la vez que rojo, amarillo y naranja. Pudo oír el crepitar de las llamas.

—Marmota... —dijo la radio. —Adelante, Marmota. Aquí Víbora

Uno. Víbora Uno, llamando a Marmota. Stone, ¿estás vivo? ¡Stone!

Luke se arrastró hasta la radio.

Al otro lado, Ed todavía estaba acurrucado hecho una bola, mirándolo fijamente. Ed era inteligente, todavía tenía puesto su casco.

Luke recogió la radio.

—Víbora Uno, aquí Marmota. Estamos sanos y salvos.

—Marmota, aquí Víbora Uno, —dijo el acento. —Vuestra zona está despejada de enemigos. Estamos patrullando por encima de vuestra ubicación y no tenemos oposición. Tenemos un mensaje retransmitido del Rey. Si estáis operativos, empezad la búsqueda.

—Copia, —dijo Luke.

Miró a Ed.

—Te lo dije, tío, —dijo Ed. —Estas tiendas eran un señuelo.

Salieron al aire del desierto nocturno. Gran parte del campamento estaba en llamas. Cuerpos de combatientes enemigos yacían por todo el suelo, muchos de ellos destrozados. Por un momento, Luke recordó aquella mañana al este de Afganistán, pero aquello no fue como esto. La mayoría de aquellos talibanes habían muerto en combate en un espacio reducido y con armas de corto alcance. Sus cuerpos estaban en gran parte intactos. Estos hombres habían sido eviscerados por los Apaches.

Un par de las dependencias debían haber estado destinadas al almacenamiento de armas: habían quedado destrozadas al ser alcanzadas por los cohetes y ahora un humo negro y aceitoso ascendía hacia el cielo.

—No nos han dejado mucho que buscar, ¿verdad?

Luke y Ed caminaron hacia una choza de acero corrugado, que apenas había sido alcanzada durante el combate. Estaba perforada con agujeros del tamaño de un puño por las armas de corto alcance, pero más allá de eso, tenía buen aspecto. Un candado cerraba la puerta.

Ed rompió la cerradura con su rifle.

Deslizaron la puerta hacia atrás. Tanto Luke como Ed cogieron sus linternas. Hicieron brillar las luces alrededor del interior de la

habitación. Los ojos de Luke tardaron un momento en adaptarse a la iluminación. Entonces no pudo creer lo que estaba viendo.

—¿Qué está haciendo esto aquí?

CAPÍTULO DIECISÉIS

22:45 Hora de Verano de Europa Central (16:45 Hora del Este)

Instituto Le Rosey

Rolle, Suiza

—Buenas noches, nena, —dijo Rita, lo suficientemente fuerte como para que la escuchara.

—Buenas noches, nena, —replicó Elizabeth. —Que te diviertas.

—Tú también, —dijo Rita.

—Sí, —dijo Elizabeth. —Me divertiré como siempre.

Elizabeth casi no podía creer que estuviera pasando por eso.

Rita había pedido el servicio de taxi, que acababa de pasar por las puertas delanteras del instituto. Se vistió y salió por la puerta. Llevaba un apretado minivestido que abrazaba sus curvas. Su largo cabello colgaba hacia abajo. Llevaba un maquillaje denso con delineador negro, lápiz labial negro y purpurina brillante, medias desgarradas y tacones negros. Estaba sexy y vulgar, como si fuera a un baile de monstruos.

Levantó un pedazo de papel justo antes de abrir la puerta principal de su habitación.

PUEDES HACERLO

Luego dobló el papel y lo metió en su bolso pequeño y brillante.

—Buenas noches, —dijo y abrió la puerta.

Elizabeth pasó por el baño y entró en su propia habitación. Casi no podía respirar, estaba muy emocionada. Emocionada, nerviosa, aterrorizada. Las paredes de la suite parecían cerrarse, luego expandirse, casi como si el lugar en sí respirara.

Revisó sus preparativos. Por el momento, llevaba un pantalón de

chándal gris y una camiseta de manga larga. La camiseta estaba hecha de material tipo calzoncillos largos, las noches aún eran frías aquí en las montañas. Llevaba zapatillas de deporte en los pies.

Tenía una mochila con su propio minivestido, tacones altos, maquillaje y un teléfono. La televisión en su sala de estar estaba encendida, alta, como la había estado poniendo durante meses, lo suficientemente fuerte como para que el hombre que había en el pasillo la escuchara. Su ventana hacia el tejado ya estaba abierta.

Tenía la costumbre de ignorar a su hombre del Servicio Secreto por la noche y simplemente se iba a la cama sin decírselo. Por la forma en que lo había ensayado, apagaría las luces y dejaría el televisor encendido. Entonces echaría un vistazo en la oscuridad. Hacerlo era una cosa perfectamente normal.

Ahora lo estaba haciendo.

Se sentó un momento delante del brillo misterioso de la televisión y la noche. El canal de televisión por satélite mostraba un show americano, un programa sobre mafiosos de Nueva Jersey que ella había estado viendo durante mucho tiempo, pero no podía concentrarse en eso ahora.

Era ahora o nunca. Rita iba a esperar cinco minutos más y luego se iría.

Si iba a suceder, todo dependía de Elizabeth, como debería ser. Esto no era problema de Rita, no dependía de Rita. Ella había ayudado a Elizabeth a trazar el plan, pero Elizabeth tenía que coger la libertad por sí misma.

Una noche, una noche loca de diversión, chifladura, atrevimiento y rebelión y nunca más podría volver a hacerlo. A partir de entonces, su seguridad sería tan estricta que tendría suerte si podía moverse de una habitación a otra sin un hombre grande con traje y un auricular, vigilándola por encima del hombro.

Está bien. Vamos a hacerlo.

Se quedó en silencio y recogió su mochila.

Se movió hacia la ventana. No tenía por qué hacerlo, aún no se había comprometido, podría volver en cualquier momento. Si el hombre del Servicio Secreto irrumpiera repentinamente, todavía podría explicárselo. Sólo estaba... de pie junto a la ventana... respirando el aire de la noche... con una mochila en la mano.

Y en la mochila había ropa para salir de fiesta.

¡Para! ¡Sal de una vez!

Así lo hizo. Levantó una pierna y la sacó por la ventana. El tejado estaba debajo del nivel del suelo por esta parte, así que tuvo que sentarse en el alféizar de la ventana un segundo. Se dejó caer hacia el tejado con un ligero *golpe.*

¡Oh Dios! ¿Lo habrá escuchado?

Se agachó y miró por la ventana hacia la puerta principal de su habitación. Había luz debajo de la puerta, procedente del pasillo. Sentía que casi podía ver la sombra de su guardaespaldas allí de pie.

Nadie vino. El hombre no llamó ni hizo ningún movimiento para abrir la puerta.

Se encogió de hombros, se dio la vuelta y se movió rápida y silenciosamente por el tejado de pizarra. Estaba ligeramente inclinado hacia abajo. En un momento, llegó a la esquina. Se arrodilló y tanteó debajo. El canal de lluvia estaba allí, tal como Rita había dicho.

Elizabeth miró a través del césped y allí, a unos cien metros de distancia, había un coche negro aparcado a la vuelta de la esquina, con los faros encendidos, esperando. Por la noche, había un segundo hombre del Servicio Secreto haciendo guardia en la puerta principal del edificio de dormitorios y ella sabía que cada treinta minutos más o menos se pasearía por el edificio.

Esperemos que el paseo no lo haga ahora.

Ella deslizó la mochila sobre sus hombros. Ahora venía la parte difícil. Se enganchó con ambas manos por debajo del tejado, luego giró todo su cuerpo. Sus piernas siguieron a su torso y golpearon la pared de estuco con fuerza, raspando su rodilla.

Eso había dolido, pero siguió... todavía conservaba los remanentes de su entrenamiento de gimnasia cuando era niña. Ahora se movió hacia abajo, sosteniendo la tubería con las manos, mientras los pies bajaban por la pared. Fue fácil.

Cerca del suelo, se dejó caer y rodó hacia atrás sobre su trasero, sobre la hierba mojada. Se quedó allí un momento, respirando profundamente.

¡Santo Dios! Acababa de hacerlo. Había sido como lo que hacía James Bond.

Entonces se le ocurrió que Rita ya había hecho lo mismo, al menos, dos veces. Bueno. Saltó, dio media vuelta y corrió por el césped hacia el coche que esperaba.

Pareció tardar una eternidad en llegar hasta él.

La puerta trasera se abrió cuando se acercó, prácticamente se zambulló dentro.

Rita estaba allí, dentro del lujoso coche negro, sonriendo. Había un pedazo de papel en su regazo.

NO HABLES DE ESTO.

Elizabeth asintió, cerró la puerta y sonrió. Ahora estaban dentro del coche y detrás de los cristales tintados. Nadie podría verlas aquí.

—¿Estás lista? —dijo Rita.

Elizabeth se había quedado sin aliento, pero trató de hablar con

calma. —Al fin.

El coche empezó a pasar lentamente por el campus. Elizabeth miró al conductor detrás de la separación de vidrio. Estaba conduciendo el coche con extrema precaución, probablemente no quería atropellar al hijo de un gángster ruso. Era un chico rubio, de mediana edad y no parecía tener el menor interés en Elizabeth o Rita.

Se acercaron a la puerta y a la caseta de vigilancia. Elizabeth contuvo el aliento.

El vigilante de seguridad apenas las miró. Estaba dentro de la caseta de vigilancia iluminada, haciendo algo con el papeleo. Alzó la vista y levantó una mano. La verja de hierro forjado se abrió.

¡Estaban fuera!

Mientras se alejaban del campus, Rita apretó la mano de Elizabeth.

El conductor abrió un poco su ventanilla y encendió un cigarrillo.

—Próxima parada, Ginebra, —dijo por el intercomunicador del coche.

Rita miró a Elizabeth.

—Esta va a ser una noche divertida, —dijo.

CAPÍTULO DIECISIETE

23:55 Hora Árabe (16:55 Hora del Este)

Embajada de los Estados Unidos en Irak (también conocida como el Palacio Republicano)

Zona Internacional (también conocida como la Zona Verde)

Distrito de Karkh

Bagdad, Irak

—Es una cosa muy extraña.

Luke sacudió la cabeza. —Lo sé.

Estaba sentado frente a la mesa de conferencias de contrachapado de Trudy Wellington y Mark Swann. En el centro de la mesa había un pulpo de plástico negro que, hasta hacía unos momentos, hablaba como si fuera Don Morris. Era un altavoz y Don había conectado una llamada de los Estados Unidos.

La reunión acababa de terminar. Ed Newsam había estado aquí, pero después de la reunión, se había ido furioso. Él y Luke habían estado juntos en combate dos veces, habían completado dos misiones exitosas y todavía no estaban cerca de sus amigos. Papá Cronin y su alter ego británico, Montgomery, también habían estado aquí, pero se habían apartado para susurrar entre ellos sobre las posibilidades.

Eso dejó a Luke recostado en una vieja silla de oficina de madera, escuchando la opinión de los jóvenes agentes de inteligencia que todavía estaban en la habitación con él.

La choza corrugada en el campamento del desierto estaba llena de ropa. No era sólo ropa, sino ropa de estilo occidental, el tipo de ropa que los jóvenes usarían en las ricas democracias occidentales. Moda europea, vaqueros americanos y conjuntos de camisetas, chaquetas y botas de cuero, gafas de sol y joyas. La joyería podría ser bisutería de fantasía muy convincente, o podría ser real: todo estaba siendo investigado y Luke no había oído nada al respecto todavía. Conociendo Irak y por lo que había visto esta mañana, supuso

que las joyas eran de oro auténtico, verdaderos diamantes.

También había ordenadores portátiles en la cabaña, junto con teléfonos, reproductores de MP3, cámaras de video y asistentes personales digitales. Había montones de mapas, en particular mapas de los centros de las ciudades y distritos de los clubes nocturnos en lugares como Nueva York, San Francisco, Berlín, París, Madrid y Londres, junto con una serie de ciudades menores como Ginebra, Brujas, Liverpool, Dublín y Praga.

—No es tan extraño, —dijo Swann.

—Bien, me alegra oírlo, —dijo Luke. —¿Qué es?

Swann se encogió de hombros. —Es una infiltración, como he estado diciendo todo este tiempo. El ordenador portátil que tuve la oportunidad de ver estaba cargado con software de idiomas. Francés, holandés, alemán, inglés. Desde principiante hasta nivel cinco de competencia conversacional. Como dijeron Don y Papá Cronin, cuando el segundo equipo bajó, una de las habitaciones que aún estaba intacta en el bunker, estaba configurada como aula. Estaban entrenando a personas para asimilar información. Iban a enviar o ya habían enviado personas a Europa y a Estados Unidos, simulando ser estudiantes de intercambio, nativos, viajeros por el mundo, lo que quieras.

Luke creía que eso era verdad. —Creo que esa parte es obvia a primera vista. Pero, ¿qué pasa con los códigos?

Gran parte del papeleo y los archivos de ordenador estaban escritos en códigos complejos que, al menos en las últimas horas, nadie había podido descifrar. La preocupación era, por supuesto, que los espías hubieran sido enviados a países occidentales para prepararse para un ataque de algún tipo, o una serie de ataques.

Tal como estaba, el campamento había sido puesto en cuarentena poco después de que Luke y Ed aseguraran el lugar. Habían salido apresuradamente de allí y habían traído a un equipo forense. Casi todos los materiales del lugar habían sido confiscados y habían desaparecido. Luke asumió que la CIA o la Agencia de Seguridad Nacional (ASN) custodiaban ahora las cosas. Si Papá Cronin sabía algo al respecto, no lo estaba diciendo.

Por su parte, Don había elogiado a su equipo por el trabajo bien hecho y les había dicho que regresaran a casa en el primer avión.

Eso era lo suficientemente bueno para Luke. Lo de morir casi dos veces era suficiente para un día.

Swann se puso de pie, como para irse. Se encogió de hombros. —Los códigos explican la operación: proporcionan los alias y las ubicaciones de los infiltrados y las instrucciones sobre dónde y cuándo lanzar el ataque, tal vez. O tal vez son las recetas para un tabulé asesino, ¿quién sabe? Supongo que ese no es nuestro departamento. Y estoy feliz de dejar que los grandes cerebros de arriba intenten descifrarlo. Voy a acurrucarme en un catre en un rincón y dormiré un poco.

Se detuvo justo antes de irse. Miró a Trudy y sonrió.

—¿Quieres venirte conmigo?

Ella sonrió. —¿A tu catre?

—Encontraré uno bonito y cómodo para nosotros.

Ella sacudió su cabeza. —Lamentablemente, no creo que haya suficiente espacio para ti, para mí y para tus piernas.

Swann se encogió de hombros. Su sonrisa vaciló sólo un poco.

—Tú te lo pierdes, —dijo y salió.

Ahora Luke y Trudy estaban solos. Él la miró por un momento, parecía alguien que no tenía por qué estar aquí en Bagdad. Era muy bonita, delgada, con grandes ojos detrás de sus gafas tipo búho. Era joven, acababa de salir de su adolescencia, a pesar de que se había graduado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts unos años antes. Luke sabía que Don tenía muy buena opinión de ella. Don sentía que tenía el potencial para ser una de las mejores analistas de inteligencia del sector. En realidad, Don sentía que tenía el potencial de ser una de las mejores personas, independientemente de lo que decidiera que quería ser. Luke sospechó que Don estaba un poco enamorado de ella, más allá de un sentimiento paternal.

Luke podía percibirlo, si la mirabas el tiempo suficiente, comenzabas a caer en sus profundos ojos azules. Había un misterio ahí dentro.

—¿Qué hay de ti? —dijo.

—¿Qué hay de mí?

—¿Qué piensas del campamento? Extraño lugar para entrenar a jóvenes metrosexuales para pasar el rato en los clubes nocturnos de París. ¿No?

Se detuvo por un momento, como si estuviera reuniendo sus pensamientos. Apenas había hablado durante la reunión. Ella era la persona más joven en la habitación y la única mujer. Don la había alentado un poco, pero no había recibido mucho de ella. Papá Cronin y Montgomery no parecían interesados en su opinión.

—Bueno, sí y no, —dijo. —Supongamos que ese campamento existió durante el reinado de Saddam. Estaba bien construido, con un extenso sistema de túneles, aire acondicionado para proteger el equipo informático y alojamiento para los aprendices. Nadie construyó todo eso sobre la marcha desde que comenzó la guerra.

Bastante cierto. — asintió Luke. —Parece justo.

—Bien, entonces eso sugiere que fue el gobierno de Saddam el que organizó el campamento y que estaban entrenando a los espías, o tal vez células durmientes para llevar a cabo ataques terroristas o asesinatos en Europa o los Estados Unidos. Parece que han reclutado a jóvenes, por la ropa, en su mayoría hombres jóvenes. Tal vez los eligieron por su nivel de inteligencia, o su habilidad con los idiomas, o su capacidad atlética, o tal vez sólo por su apariencia o su sentido de la moda. Así que los llevan a un campamento bien alejado del resto de la sociedad, en el lejano e inhóspito desierto. ¿Por qué?

Luke se encogió de hombros y sonrió. —Dímelo tú.

—Entrenamiento combinado, en principio. Pueden pasar la mayor parte del tiempo aprendiendo a mirar, hablar y actuar como occidentales o niños ricos de familias árabes de clase alta. Pero también pueden entrenar con armas pesadas en el desierto, lejos de miradas indiscretas. Pueden practicar técnicas de supervivencia y entrenamientos climáticos extremos. El chico occidental al que le gusta la fiesta es una tapadera, de todos modos. Cuando llegue el momento de actuar, probablemente se les pedirá que maten a personas y que se suiciden, o que continúen funcionando mientras se sienten incómodos, heridos y con un dolor terrible. ¿Qué mejor lugar para sentirse incómodo o con dolor?

Luke levantó un dedo. —Bien, me gusta. Has dicho entrenamiento combinado en principio. ¿Qué más?

Ella se encogió de hombros y sonrió. —Fácil. Ese campamento

está bastante lejos de la civilización. Lo suficientemente lejos como para que los alumnos mantengan su concentración. Pero es un viaje de cuatro horas y media desde aquí, lo suficientemente cerca como para que los aprendices puedan ir a casa y ver a mamá y a papá durante los descansos.

Luke le devolvió la sonrisa. —Puedo ver lo que Don ve en ti.

Un rubor subió por la cara de Trudy. Ella sacudió la cabeza, luego levantó la vista y miró directamente a Luke.

—¿

Quieres mirar a ver si hay algún lugar aún abierto para tomar algo por aquí?

—¿Tienes edad suficiente para beber? —dijo.

Ahora su rubor se acentuó. —Puedes apostar a que sí, tío.

Por una fracción de segundo, Luke contempló la idea. Una bebida con una joven hermosa en un lugar lejano y peligroso. En otra vida, no le habría importado ver hasta dónde podría llevar esa bebida. Pero era medianoche aquí en Irak, eso significaba que era media tarde en la costa este de Maryland.

—Me encantaría tomar una copa contigo, —dijo. —Pero necesito llamar a mi esposa antes de irme a la cama. Ella va a dar a luz a nuestro hijo muy pronto y quiero recordarle que me espere hasta que vuelva.

Trudy se encogió de hombros y sonrió, tal como había hecho Swann.

—Tú te lo pierdes, —dijo ella.

CAPÍTULO DIECIOCHO

8 de mayo

12:30 Horario de Verano en Europa Central (18:30 Hora del Este, 7 de mayo)

Club Baroque

Rue du Rhone

Ginebra, Suiza

La noche brillaba.

El coche avanzó lentamente por las concurridas calles de Rue du Rhone: las tiendas a pie de calle, ahora cerradas, un paraíso de las marcas más famosas y deseables de la Tierra. Louis Vuitton estaba ahí, Prada, los relojes Omega y las joyas de Tiffany. Había chocolaterías y cafeterías y toda la gente atractiva, caminando, mezclándose y riendo con suéteres y bufandas envolviendo sus cuellos.

Por supuesto, Elizabeth había visitado esta calle antes, pero nunca de noche. Estaban a una manzana de donde el Lago Ginebra desembocaba en el río Ródano y ella seguía vislumbrándolo por callejones y calles laterales.

—Aquí me conocen, —dijo Rita. —Simplemente quédate cerca, cogiéndome del brazo. Actúa con naturalidad y sígueme. El mar se separará para nosotras y, si actúas como si fuera la cosa más normal del mundo, no tendremos ningún problema.

Elizabeth ya se había desnudado y se había cambiado de ropa delante del conductor, quien fingía que no estaba mirando, pero seguía echando vistazos a través del espejo retrovisor. Después de esa pequeña aventura, seguir a Rita hasta un club debería ser muy fácil.

—¿No les importa nuestra edad? —dijo Elizabeth. Ya sabía la respuesta, porque Rita se lo había explicado una decena de veces, pero quería escucharla por última vez. Podría ayudar a calmar sus nervios.

Supuestamente, la edad requerida para entrar en estos bares era

veintiuno.

Rita se encogió de hombros. —La edad es para los campesinos. Somos la élite, hacemos lo que queremos y vamos donde queremos. Las reglas normales no se nos aplican.

Elizabeth asintió ante esta verdad. La idea era inquietante y emocionante, preocupante y liberadora a la vez. Millones de personas, ¡miles de millones de personas! Llevaban sus vidas cotidianas, normales y mediocres. Pero Rita era la nieta de los multimillonarios de la industria publicitaria. Y Elizabeth era la hija del Presidente de los Estados Unidos. Nada en ellas era normal, o mediocre.

Eran como pájaros exóticos, volando por encima de las multitudes.

El coche se detuvo al otro lado de la calle del club. Elizabeth lo miró por la ventana. Debía haber un centenar de personas esperando para entrar, todas alineadas a lo largo de la pared, separadas de la calle por una cuerda de terciopelo rojo.

—Rita, hay un montón de...

Rita le puso un dedo en los labios. —Confía en mí, —dijo ella.

Lo que hacía de división entre ellas y el conductor se deslizó hacia abajo. El olor a humo de su cigarrillo entró en la sección trasera. Rita le entregó al hombre un montón de dinero en efectivo. No se molestó en contarlo, debía saber que era más que generoso.

—Te llamaré, —le dijo al hombre. —¿Tal vez a las cuatro de la mañana? Quizá más tarde.

Él se encogió de hombros y asintió. —Está bien, cuando quieras, estaré cerca.

—Vamos a dejarte esta bolsa, —dijo Rita, pasándole la mochila de Elizabeth por la abertura. El hombre la cogió con indiferencia.

—Estará segura conmigo.

—Mi identificación está ahí, —dijo Elizabeth. Su tarjeta de identificación escolar, su carné de conducir de Texas, su pasaporte, todo estaba en la bolsa.

—Mejor si no lo llevas contigo, —dijo Rita. —De esa manera habrá menos preguntas. ¡Venga!

—Divertíos, pequeñas, —dijo el conductor.

Cruzaron la calle, cogidas del brazo, tal como Rita había previsto.

—¡Ríete, como si ya estuviéramos borrachas! —gritó, como si estuviera borracha y se lo estuviera pasando muy bien.

Elizabeth hizo todo lo posible para igualar la exuberancia de Rita. Se acercaron a la cuerda de terciopelo. Un hombre grande junto a la puerta principal del club las vio venir y echó la cuerda a un lado. Justo antes de cruzar el umbral, Rita se dio la vuelta y sacó a tres chicos jóvenes de la fila. Mientras Elizabeth miraba, de repente se dio cuenta de que uno de los chicos era Ahmet.

Llevaba una chaqueta de cuero negra y unos vaqueros. Tenía una bufanda azul alrededor del cuello. Él la miró, luego apartó la vista rápidamente, como si fuera tímido. Luego la miró de nuevo y sonrió.

Elizabeth se rio.

De repente, habían cruzado la puerta y estaban dentro del club, un grupo de cinco jóvenes, tres hombres y dos chicas. La iluminación dentro del club era morada. Todo relucía: el bar, la pista de baile, las barandillas de metal. El suelo estaba abarrotado, la gente apenas bailaba, estaban casi pegados mejilla contra mejilla.

La música sonaba fuerte, los tonos bajos latían bajo sus pies, las luces parpadeaban.

Elizabeth empujaba a través de la multitud, siguiendo a Rita hacia la parte de atrás. Había una habitación ahí atrás, con mesas y sofás, una sección VIP, con luces púrpuras girando. Ahí es a donde se dirigían, a su propia mesa privada.

Ya estaba siendo una noche increíble. Todo era increíble, imposible, lo máximo... ella ni siquiera tenía palabras para describirlo. Se lo estaba pasando mejor que en toda su vida. Su madre y su padre la iban a matar, tendría suerte si esta pequeña aventura no llegaba a los periódicos.

Relájate... relájate... diviértete.

Intentó recordar cómo *respirar*.

* * *

Trajeron una botella de vodka y una botella de champán.

Rita siempre tiraba la casa por la ventana.

Ahmet sirvió bebidas para todos, incluido, sobre todo, él mismo. Ahmet necesitaba alcohol para calmar sus nervios. Tan pronto como tuvo el vaso de vodka y hielo en su mano, le dio un gran trago. El fuego rugió a través de su garganta hasta su vientre. Le dio otro trago. Al instante, se le subió a la cabeza, liberándole del engarrotamiento. Se mareó por un momento y luego se transformó en él mismo.

Iba en contra de la religión de sus padres y en contra de cada principio de cómo había sido criado, por supuesto. Pero esas cosas no importaban cuando te enviaban al extranjero. Los occidentales bebían alcohol y se iban de fiesta. Así que para encajar, eso es lo que hacías.

Y a Ahmet le gustaba el alcohol, le hacía sentirse relajado, más como Ahmet, si eso era posible. Era como si hubiera estado tratando de ser Ahmet toda su vida, pero nunca lo hubiera logrado. ¡Y luego, *voilà*! Así, un poco de alcohol le daba un golpe a su torrente sanguíneo y de repente:

¡Aquí está Ahmet! Al que habíamos estado echando de menos.

Ingenioso, confiado, guapo, convincente, muy buen conversador y excelente bailarín. Ahmet estaba en su salsa cuando bebía. Y sólo un poco era suficiente para desatar la transformación.

Esperando en la fila de fuera, se había encontrado jadeando en busca de aire, casi desesperado por una copa, debería haberse tomado una antes de abandonar el apartamento. Esta noche... era la culminación de un año de esfuerzo, un año de mentiras. Era la culminación de todo un año de entrenamiento previo. Era el momento para el que había nacido, todo su potencial se iba a llevar a cabo ahora, esta noche. No podía dejar que se le escapara entre los dedos.

La hija del Presidente de los Estados Unidos estaba sentada a un metro de distancia de él. Y casi nadie sabía que ella estaba aquí.

Era bonita, tal vez incluso hermosa, grande, bien alimentada y

con dientes perfectos, a la manera de los Estados Unidos. Pero su aspecto no le importaba, él no la quería. No quería casarse con ella ni tener una cita. Podría tratar de besarla, pero sólo para tranquilizarla y transportarla a una sensación de seguridad.

¡Pero tenía que actuar rápido! Ella y Rita se habían escapado de la seguridad que las protegía. ¿Cuánto tiempo podía durar? ¿Otra hora? ¿Otros cinco minutos?

Cuando la seguridad descubriera su desaparición, iban a venir con todo el peso de los imperialistas. Todo el país estaría bloqueado, la ciudad estaría cerrada, se cerrarían las fronteras. No habría salida y luego comenzarían las búsquedas casa por casa.

Si fuera necesario, comenzaría el baño de sangre.

Ahora, tenía que seguir adelante con esto ahora, todo dependía de ello.

Cuando le sirvió su copa de champán, le echó un extra en ella. Había practicado tal movimiento todo el tiempo que había pasado aquí en Ginebra y lo hizo sin esfuerzo. Era sólo una pequeña pastilla: cayó de su manga, en su mano y luego en la copa de champán. No la haría dormir, ni se desmayaría. Simplemente multiplicaría los efectos de la bebida, la haría sentir colocada y la ayudaría a disfrutar un poco más. Podría estar un poco confundida, podría volverse más confiada de lo que sería en otras circunstancias.

Le dio un golpecito en el hombro, muy ligeramente. Era la primera vez que la tocaba. Ella se volvió hacia él como si lo hubiera estado esperando todo este tiempo. Se inclinó hacia ella, pero no la tocó. Ella bebió un sorbo de la copa de champán.

—¿Quieres bailar? —dijo, sin alzar la voz, pero lo suficientemente fuerte como para que ella lo escuchara, por encima del ruido de la música y la charla de la multitud.

Ella asintió.

—Sí.

Él le tendió una mano y ella la tomó. Su piel era blanca y su mano suave sobre la de él. Se puso de pie y la llevó lejos de la mesa.

Se metió entre la multitud de extraños yendo hacia la pista de baile, con la hija del Presidente agarrándole la mano.

* * *

El champán se le subió a la cabeza.

Sólo habían sido unos pocos sorbos, medio vaso, pero ella no estaba acostumbrada a beber. La golpeó como un BUM. A ella le gustaba la sensación que le daba. Todavía tenía el vaso en la mano, le dio otro sorbo.

Salieron a la pista de baile, donde la multitud era más densa. La gente se agolpaba por todos lados, algunos bailaban con bebidas y botellas enteras de champán en las manos. Podría ser la víspera de año nuevo. El bajo bombeaba, haciendo temblar la reluciente pista de baile púrpura. Ella y Ahmet comenzaron a bailar, moviéndose sólo un poco, apenas a un palmo de distancia.

¡Ja! La sensación se estaba haciendo más fuerte. La sorprendió, estaba como volando, nunca se había sentido así antes.

Ahmet se movía con gracia para ser un hombre. Comenzó a bailar, moviendo los brazos y las piernas. ¡Él sabía bailar! ¡Era un presumido!

Ella se reía. Tal vez él la haría girar.

De repente, una luz negra comenzó a parpadear y la gente pareció detenerse en un cuadro congelado y luego desaparecer. Baile, baile, PARADA, luego desaparecían nuevamente.

Las mujeres entre la multitud gritaban y levantaban sus bebidas en el aire cada vez que sucedía.

Elizabeth estaba a punto de hacer lo mismo, pero luego miró a Ahmet.

Algo en él había cambiado.

La multitud se movía alrededor y detrás de él, PARABAN, luego desaparecían en la oscuridad. Se levantó otro grito y, un segundo después, las personas se materializaban de la nada otra vez.

Ahmet se sostenía la cabeza. Su hermoso rostro parecía angustiado, con dolor.

Se DETUVO, luego desapareció.

Los gritos eran más fuertes esta vez. La música se estaba volviendo más frenética.

Cuando Ahmet reapareció, se tambaleó hacia la parte posterior del club. Su bebida había desaparecido. Estaba inclinado y sostenía su cabeza. Bajó por un pasillo hacia los baños. Se volvió y la miró. Le hizo un gesto con la mano.

Elizabeth lo siguió. ¿Estaba mareado? ¿Estaba teniendo algún tipo de problema de salud? Parecía que estaba a punto de vomitar.

Ella acababa de conocerlo hacía un momento, apenas habían hablado. Acababan de empezar a bailar, todo iba bien y ahora esto.

¿Qué pasaba?

Delante de él, en el oscuro pasillo, había una señal de salida iluminada. Era roja, mostrando una figura masculina que pasaba por una puerta.

SORTIE D'URGENCE

Salida de emergencia.

¿Estaba teniendo una urgencia?

Elizabeth dejó su bebida en una barandilla de madera y fue tras él. Se movió por el estrecho pasillo y lo alcanzó.

Su rostro estaba afligido.

—¡Ahmet! ¿Qué está pasando?

—No me encuentro bien.

—¿Debería llamar a alguien?

Sacudió la cabeza. —Necesito aire fresco, eso es todo. Por favor, vente fuera conmigo, sólo un momento.

Se abrió paso por la salida de emergencia y se tambaleó hacia su derecha.

No sonó la alarma.

Elizabeth se volvió a mirar hacia la pista de baile. La gente flotaba y se movía, metida en el pequeño espacio. Todavía se sentía alta como una cometa. Ella quería bailar, pero una nueva sensación se estaba apoderando de ella. De repente se sintió segura y más grande que la vida, como si fuera la protectora de Ahmet. Él no debería estar fuera en el callejón, enfermo y solo.

Ella sería la fuerte, lo siguió hacia la noche.

Detrás de ella, la puerta de salida se cerró de golpe. No había pomo o maneta en el exterior. La puerta simplemente se cerró a ras de la pared del edificio. Tal vez podría abrirla de nuevo con las uñas, tal vez no. No había tiempo para preocuparse por eso, Ahmet estaba allí delante, tropezando en el callejón, sosteniéndose con las paredes que lo rodeaban.

Había contenedores de basura. Era un largo callejón sin ventanas entre los edificios y olía a comida podrida. Los ventiladores circulares expulsaban vapor por la parte trasera de los restaurantes.

—¿Ahmet? —gritó Elizabeth. —¿Estás bien?

Él levantó una mano hacia ella.

Ella se acercó.

—¿Ahmet?

Se puso de pie y se volvió para mirarla. Parecía estar llorando. Sus ojos estaban rojos. Su boca colgaba floja.

—Lo siento, —dijo. —Tengo migrañas. ¿Sabes lo que es eso?

Ella asintió, creía saber lo que era una migraña, pero no.

—¿Dolores de cabeza? —dijo ella.

Él asintió y respiró hondo. —Sí, es grave, pueden durar horas. Me mareo, a veces vomito. Las pastillas para el dolor no hacen nada. La luz negra... no lo esperaba. —negó con la cabeza. —Lo siento mucho.

—No pasa nada, —dijo ella. —Mientras estés bien.

—No puedo volver dentro. Te acompañaré a la puerta principal otra vez. Podemos enviarle un mensaje a Rita, ella se asegurará de que te dejen entrar otra vez.

Elizabeth asintió. —Está bien. —era un final extraño y decepcionante para su pequeña cita con Ahmet, debía admitir. Pero tal vez algo bueno podría suceder aún.

—Tal vez te sientas mejor en un rato, —dijo.

El asintió. Parecía debilitado y agotado de toda energía. —Tal vez, no lo sé. Por lo general, dura bastante rato. Ven, demos un paseo. Salgamos de este callejón y volvamos a la calle, es mejor.

—Vale. Pero creo que en unos minutos, empezarás a sentirte mejor.

Al menos, algo que Elizabeth había aprendido de su padre y de toda su familia, era el optimismo. Podía imaginarse a Ahmet restablecido en poco rato. Sintió una punzada momentánea cuando recordó a su familia. ¿Se habrían dado cuenta ya de que ella se había ido? Tío, habría un infierno que pagar.

—Creo que podemos empezar esta noche de nuevo, —dijo de todos modos.

Ahmet medio sonrió. —Espero que sí.

Él hizo un gesto hacia ella. —Por aquí.

Ella había dado varios pasos, antes de darse cuenta de que él se estaba adentrando en el callejón y no iba de vuelta a la calle. El callejón estaba oscuro allí atrás, varias de las luces parecían estar apagadas.

—¿Es este el camino correcto? —dijo. No podía decir dónde estaba la entrada del club. Habían pasado a través de todo el club hasta la sección VIP. Luego volvieron a la pista de baile y luego por un pasillo...

—Sí, la calle está ahí delante.

De repente, un hombre salió de un hueco a su derecha. Era un hombre alto y oscuro, parecía muy fuerte. Él la alcanzó. Ahmet estaba a varios pasos de distancia y no pareció notarlo. Todavía estaba un poco encorvado.

—¡Ahmet!

Ahmet se volvió con los ojos muy abiertos.

Ahora había otro hombre, este detrás de ella. Ella no podía verlo, pero sentía sus manos. Intentaba ponerle un pañuelo en la cara. Ella se agachó y se retorció fuera de su alcance. Un tercer hombre salió de una abertura a la izquierda. Estaba vestido con pantalones negros y una camisa negra de manga larga. Los tres hombres iban vestidos de negro.

Estaba enredada entre ellos, dándoles patadas.

—¡Ahmet! —gritó ella.

Lo vislumbró, mirándola fijamente, su rostro era una mueca, de dolor, de miedo, de enfermedad, no podría decirlo.

¿Por qué no la ayudaba?

Ahora ella golpeaba y pateaba, les arañaba y tiraba de ellos.

Le habían dado sesiones de defensa personal para mujeres durante un año entero. Su padre había insistido en ello. Ella era buena, una de las mejores de la clase. Buscó los puntos débiles de los hombres: sus ojos, sus gargantas, sus testículos.

Ella y sus tres atacantes avanzaron por el callejón como si fueran uno, con los brazos y las piernas agitándose como un pulpo gigante.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡AYUDA!

Se acordó de repente de lo que se suponía que debías gritar cuando realmente necesitaras ayuda. Los transeúntes a menudo ignoraban los gritos de ayuda, pero nunca ignoraban esta palabra. Esperaba que alguien estuviera cerca para oírlo.

—¡FUEGO!

El hombre trató de poner el trapo maloliente en su cara otra vez. Se agachó de nuevo, pero se estaba quedando sin fuerzas. ¿Dónde estaba Ahmet? Ahora ella no podía verlo en absoluto, tal vez él estaba detrás de ellos.

Intentó zafarse, en un último jadeo desesperado...

...y de alguna manera se separó.

Ahora estaba corriendo por el callejón, con los tres hombres grandes justo detrás de ella. Sus zapatos se habían desprendido en la lucha, eso era bueno. Ella corrió descalza sobre el terreno áspero, sólo

con las medias. Podía escuchar a los hombres, su respiración pesada prácticamente en su oído, también podía oír sus pisadas sobre el pavimento.

—¡FUEGO! —gritó de nuevo.

Más adelante, un coche oscuro cruzó la boca del callejón.

¡Oh, gracias a Dios!

Ella corrió para alcanzarlo. Los hombres corrieron tras ella, con las manos agarrándola.

La puerta del coche se abrió.

Venía rápido. Ahora los hombres estaban a su alrededor otra vez. Se apoderaron de sus brazos. Aprovecharon su inercia, dejándola llevar a todo el grupo. La estaban dirigiendo directamente hacia esa puerta abierta.

¡Espera!

Todos chocaron como uno solo contra el coche. Ella cayó sobre el asiento, y uno de los hombres con ella. Era el que tenía el trapo. Estaba tirado sobre ella, utilizando su tamaño para aprisionarla, asfixiarla, ejercer peso sobre ella. Aun así, ella luchaba contra él.

Un hombre en el asiento delantero gritaba algo en un lenguaje que ella no podía entender. Apenas se daba cuenta. Ella arañó y golpeó al hombre que estaba encima de ella.

El hombre presionó el trapo en su cara. Olía mal y dulce. Trató de alejarse, pero no pudo. Ahora el trapo cruzaba su rostro como una máscara. Ella lo respiró. La oscuridad se arrastró desde los rincones de su visión.

Estaba perdiendo la capacidad de luchar. Sentía sus extremidades pesadas.

El hombre que estaba encima de ella le susurró algo en esa extraña lengua, ahora con delicadeza, como si fuera una madre que estuviera durmiendo a un bebé.

Ella apenas podía seguir viéndolo.

Intentó alejarlo, pero él se estaba desvaneciendo. Presionó el trapo contra su cara de nuevo.

Todo se volvió negro.

* * *

—¡Ah, santo cielo!

—¡Vamos, hombre! ¿No puedes ir más rápido?

—Son las curvas, relájate.

Su nombre era Stephen Mostel y su carrera estaba pendiendo de un hilo. Dieciséis años en el Servicio Secreto, y todo se iba por el desagüe justo delante de sus ojos. Siete años asignado a la Primera Familia y nada tan remoto como esto había sucedido antes.

Golpeó el volante.

—¡Maldita sea!

Se había quedado dormido en este trabajo. Elizabeth Barrett era una chica que se quedaba en casa. Iba de su dormitorio a sus clases, al comedor, a veces al cine y luego de vuelta al dormitorio. A veces iba de compras a Ginebra los fines de semana. Él nunca hubiera soñado, ni en un millón de años, que lograría algo como esto.

—Está bien, —dijo su compañero, Glenn. —Todo está bien. Sabemos con quién está, sabemos a dónde han ido. El conductor dijo que la chica Chadwick siempre va al mismo lugar, casi todos los fines de semana. Los policías locales y los otros agentes están yendo hacia allí mientras hablamos. Esto no va a ser nada, todo va a ir bien.

Los agentes del Servicio Secreto trabajaban turnos de ocho horas, dos hombres por turno. Cuando no estaban de servicio, todos tenían apartamentos en Ginebra. Cada uno de ellos, otros ocho hombres, estarían en el Club Baroque en cuestión de minutos, si es que no estaban allí ya.

—No es tu cuello el que está en juego, —dijo Mostel.

—Sí es mi cuello, —dijo Glenn. —Estaba de servicio. Debería haber estado escuchando, y no oí nada.

—¡Yo estaba allí, tío! Me van a crucificar por esto. Se supone que debo ver todo lo que sucede por fuera de su ventana. De alguna

manera ella me sobrepasó.

—¿No puedes ir más rápido? —dijo Glenn.

Mostel negó con la cabeza.

—Es el coche.

El coche era un Volkswagen, fabricado por el mercado europeo. Abrazaba muy bien las curvas de los caminos de montaña y era muy rápido, pero no tenía zoom.

—Písale.

Mostel pisó el pedal del acelerador y el coche empezó a echar un poco de humo. Corrieron cuesta abajo y se saltaron un semáforo en rojo. Un coche que venía de la derecha les pitó. Estaban pasando por las afueras de la ciudad, tenían que tener cuidado. A pesar de que era tarde, aquí siempre había tráfico.

Su mandíbula estaba tensa. Estaba muy enfadado consigo mismo por ser lento y confiado, por haberse relajado y haber confiado en el sistema de seguridad de la escuela. Estaba enfadado con los otros agentes por tratar esta misión como unas vacaciones discretas.

Pero sobre todo estaba enfadado con Elizabeth. ¿Cómo le había hecho esto a él? Llevaba más de dos años asignado a ella. Parecía una buena niña, incluso se había mostrado algo amistoso con ella, tanto como el trabajo lo permitía.

Ahora esto.

Había decidido tener la Gran Aventura de Elizabeth estando a su cargo.

—Podría simplemente matarla, —dijo.

* * *

No importaba como se llamara el hombre, ni de dónde venía ni a dónde iba después.

Él no era nadie, de ninguna parte.

Se movió a través del club nocturno, con las luces alocadas de

color rosa y púrpura parpadeando a su alrededor. La música se aceleró y tronó. Detrás de él, en la pista de baile, la gente aplaudía y gritaba. Se dirigía hacia la sección VIP.

Era joven, vestía bien, era alto y rubio. Parecía un chico grande, saludable y rico del norte de Europa, un hombre al que le gustaba esquiar durante el invierno y pasar los veranos en la playa. Él no era así, pero no importaba lo que era.

Estaba aquí por una sola razón.

Se habían llevado a la chica llamada Elizabeth. Se había ido, la operación había sido un éxito. Ahora su trabajo era eliminar cualquier vínculo entre Elizabeth y el resto del mundo. Ese vínculo estaba delante de él.

Era una joven llamada Rita Chadwick, una niña muy rica y mimada. Ella cometió un terrible error enviando a su amiga a una muerte segura, pero ni siquiera lo sabía todavía. ¡Mírala! Estaba sentada en una mesa en el área VIP, sirviendo champán y riendo entre su grupo de admiradores.

Era bonita, con largo cabello negro, pero la forma en que abría la boca cuando se reía hacía que el hombre pensara en un tiburón.

Mientras caminaba, sacó de su bolsillo una jeringuilla de diez mililitros, llena con pentobarbital sódico en estado líquido. Era una dosis alta, la mataría en un momento, ya fuera por parálisis del diafragma o por arritmia cardíaca. Quitó la envoltura de papel de la jeringuilla.

Su intención era simplemente caminar hacia la barandilla detrás de ella, colocar la jeringa en su cuello y presionar el émbolo hasta el tope. Había administrado inyecciones muchas veces en el pasado y no necesitaba introducirle los diez mililitros completos para matarla. Era pequeña, diez mililitros le darían para matarla varias veces.

Después de la inyección, simplemente abandonaría el edificio por la salida de emergencia más cercana, a menos de veinte metros de ella. Sus amigos le verían, sí, lo harían, pero todos estaban borrachos y su trabajo habría terminado antes de que pudieran moverse.

Más tarde, le describirían a la policía. Pero para entonces, ya no tendría la misma apariencia que como ellos le habían descrito.

Ah, aquí estaba Rita. Ahora se estaba acercando a ella. La gente

estaba dando vueltas muy cerca, eso estaba bien.

Rita nunca hablaría con nadie sobre su amistad con Elizabeth Barrett.

Nunca hablaría con nadie sobre su amigo Ahmet y cómo se habían conocido.

Nunca hablaría con nadie sobre cómo Ahmet y ella idearon un plan para ayudar a Elizabeth Barrett a escapar de su confinamiento.

Ella nunca hablaría con nadie... de nuevo.

Miró la jeringuilla en su mano. La tenía a la vista. Tal era el ambiente en las discotecas, que un hombre podía pararse en medio de una multitud, blandiendo una inyección de veneno y probando el émbolo un poco.

Rita y su hermoso y bien formado cuello estaban justo delante de él. Él ya sólo veía el cuello de ella, como un ganso, o incluso un cisne. Una vena latía ahí.

La alcanzó.

¡BANG!

De repente, a su izquierda, la puerta de emergencia se abrió de golpe. Entraron hombres grandes. ¡La policía! Empujaron a la gente al suelo, gritando y maldiciendo. Más y más policías entraron: cinco, diez, quince. Unos pocos llevaban sus porras, empuñándolas pero sin golpear a nadie.

Al otro lado del club, otro grupo irrumpió a través de la entrada principal.

Rita se dio la vuelta para ver la conmoción. ¡Increíble! ¡La estaban buscando! Tres policías treparon la barrera y entraron en el área VIP.

Rita se había alejado de la barandilla, la policía le estaba gritando.

El hombre dejó caer su jeringuilla al suelo.

Misión abortada.

Le dio una patada hasta debajo de una mesa.

De repente, la policía estaba sobre él, pasando a su lado, empujándolo contra la pared y apartándolo de su camino.

La música se detuvo, las luces se encendieron.

El hombre se dejó empujar y apartar, sus manos en el aire para mostrar que estaban vacías. Era uno de muchos, un rostro entre la multitud, alguien que simplemente estaba aquí para pasar un buen rato por la noche, sin ser ninguna amenaza para nadie.

* * *

Ella no sabía dónde estaba.

Durante mucho rato, Elizabeth había ido a la deriva en la oscuridad, pero luego sus pensamientos comenzaron a surgir y salir del abismo.

Eran pensamientos confusos, un enredo de imágenes, ideas, sensaciones y voces incorpóreas, todas superpuestas unas sobre otras. Se estaba recuperando lentamente, sentía cómo sus pulmones se llenaban de aire y luego comenzó a hacerlo conscientemente y con placer. ¡Estaba respirando!

Con la mente un poco más clara, escuchó el motor del coche, que se mezclaba con el sonido de voces desconocidas. Varios hombres hablaban en un idioma que ella no entendía. Trató de abrir los ojos, pero sus párpados parecían pegados firmemente. Eran tan pesados que era casi antinatural levantarlos.

En un primer momento, su visión estaba desenfocada. Era como una fotografía echada de noche, a través de una ventana lluviosa y con niebla. Todo estaba manchado, brumoso y muy oscuro. Pero con cada momento sucesivo de conciencia, su cerebro herido comenzaba a juntar todas las piezas del puzle. Muy pronto, la imagen se volvió más clara, resolviéndose, lenta e inexorablemente, en algo que no quería ver.

Se encontraba en un coche lleno de extraños, conduciendo a través de la noche.

La negra oscuridad volaba a lo largo de su ventana, paisajes sombríos sin forma y vacíos. El automóvil se movía demasiado rápido por carreteras llenas de baches y hendiduras, vibrando y dando golpes

todo el tiempo. No podía distinguir dónde estaba. El coche parecía estar pasando por un campo despoblado, fuera no había ninguna luz. Estaba en el asiento trasero del coche. Todo el horror de esta situación comenzó a apoderarse de ella.

¿Qué ha pasado?

¿A dónde me llevan?

¿Quiénes son estos hombres?

Como si en el momento justo, esa pregunta fuera a ser respondida. Ahmet iba en el asiento del copiloto. Se volvió y la miró por un momento, como si fuera una especie de insecto, o un animal a punto de ser diseccionado.

Todo su cuerpo se había entumecido. Ahora notaba su lengua, la sentía espesa dentro de su boca. Hizo un sonido, como un grito, pero sonó como el horrible gemido de un animal.

Los hombres la ignoraron. Hablaban incesantemente, con entusiasmo, casi en pánico. Su idioma parecía el de una tribu de una selva perdida.

Un repentino ataque de pánico surgió dentro de ella.

¡No puedo hacer esto! ¡No quiero ir a ningún sitio con estas personas!

Quería irse a casa. ¡Quería volver! Su corazón latía a un ritmo furioso y la sangre palpitaba dentro sus sienes. Se imaginó a su madre y a su padre, el terror que sentirían. ¡Qué estúpida había sido!

Alguien dijo algo que ella no entendía. Tal vez estaban hablando en turco, Ahmet era turco.

¿Realmente es turco?

Se dio cuenta de que no sabía nada de él, sólo lo que Rita le había dicho. Él podría ser cualquiera, de cualquier parte. El terror de repente se apoderó de ella.

Él podría ser cualquiera.

Ella quería huir desesperadamente, huir y olvidar todo esto. Quería salir de allí.

—Tengo que ir al baño, —dijo ella.

Nadie parecía prestarle atención.

¿Y si no hablan inglés?

Pero no podía ser, sabía con certeza que Ahmet hablaba inglés.

—Tengo que ir al baño, —dijo de nuevo.

El hombre detrás del volante dijo algo en lengua extranjera. Ahmet sacó una botella de su chaqueta de cuero. Estaba llena de un líquido oscuro. Estiró el brazo para darle a Elizabeth la botella.

—Bébete esto.

Sus ojos brillaron hacia ella, parecía un demonio.

Ella sacudió su cabeza. —No, no lo haré.

El hombre grande que estaba sentado tranquilamente a su derecha todo este tiempo de repente se volvió hacia ella y sólo con su mano izquierda, presionó todo su cuerpo contra el asiento. El hombre sujetó su cuerpo con su fuerza terrible y al mismo tiempo, le abrió la boca con la otra mano, presionando sus mejillas juntas con sus dedos penetrando dolorosamente en su piel.

Ahmet se echó hacia atrás desde el asiento delantero, sostuvo la botella sobre su cabeza y le vertió el alcohol en la boca, que ardía como un incendio forestal.

El líquido en llamas cayó sobre su lengua y fluyó por su garganta. El líquido desagradable la calentó por dentro. Una oleada de calor la envolvió de repente como una manta acogedora.

Las voces se desvanecieron y comenzaron a vagar en algún lugar lejano. Se sentía mucho mejor. Extrañas olas de sensaciones ya la llevaban a la oscuridad.

Otra vez.

* * *

Para ella eran extraterrestres, hombres con caras borrosas,

enmarcados por cabello oscuro y barba. No entendía lo que decían, ni le importaba, no tenía fuerzas para que le importara. Sintió que flotaba en el aire como un globo, tan ligera e indiferente.

Ya no podía pensar, ni sentir. No pertenecía a sí misma. Su vida la decidiría esta gente extraña y aterradora. No podía resistirse a nada, no podía decir nada, ni hablar en absoluto.

Una de las caras borrosas le habló en inglés. Su voz parecía hacer eco desde muy lejos. —Vamos a salir al aire libre un momento, —dijo. —No grites ni digas una palabra, nadie te ayudará.

¿Estaba teniendo alucinaciones? Todos los hombres parecían tener los mismos rasgos faciales. Sólo eran caras en blanco, lavadas, pixeladas, sin ninguna característica específica, como si no tuvieran caras en absoluto. El marco oscuro de su cabello y sus barbas gruesas hacía que sus cabezas parecieran desproporcionadamente grandes. Eran hombres con cabezas gigantescas y rostros que parecían idénticos.

Ahora estaba fuera del coche.

De repente, la oscuridad la envolvió de nuevo. Pero esta nueva oscuridad era diferente. No era el tipo de oscuridad en la que caes instantáneamente, desapareciendo en un profundo abismo, que no te da la oportunidad de asustarte ni siquiera por una fracción de segundo. No era el mismo tipo de oscuridad que ella ya había experimentado.

Esta vez era una oscuridad en la que te das cuenta de que lo peor vendrá en unos minutos, o incluso segundos. Era la especie de oscuridad que el condenado experimenta cuando es llevado al cadalso para ser ejecutado.

Le habían cubierto la cabeza con una capucha negra.

Uno de los hombres la llevaba en brazos. Sintió que ella misma se convertía como en una criatura invertebrada de las profundidades del mar, una medusa, pero una medusa hecha de masa de pan, maleable y ligera. Su respiración se hizo más lenta, su corazón apenas latía, sus músculos se volvieron flácidos y sin forma, y su cuerpo iba colgado sobre el hombro de alguien, como un saco de arroz.

Ella sabía que era el principio del fin. Pronto sería asesinada; no habría ninguna explicación, sólo oscuridad, confusión y luego muerte.

Volvió a ver a su padre, buscándola, muy asustado.

Su padre…

El Presidente de los Estados Unidos.

Ella se lo diría, todo había sido un error. Habían cogido a la hija del Presidente, estarían metidos en un gran problema.

Por supuesto, ellos ya lo sabían, ese era el punto central de todo esto. El peso de saberlo cayó sobre ella con un golpe casi audible. Esto no era un error, era un secuestro y había sido planeado mucho antes.

Rita, Rita le había hecho esto.

¿Dónde estaba ella ahora? ¿Estaba metida en esto?

Hacía frío y los sintió cruzar un hueco, un espacio vacío, un umbral de algún tipo. Luego, la tendieron en un asiento acolchado y su cara quedó descubierta.

Se estaban moviendo una vez más. Miró hacia fuera y vio que estaban en una lancha que se movía, saltaba, sin luces encendidas, a través de aguas vastas y abiertas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

8 de mayo

3:15 Hora Árabe (2:15 Hora de Europa Central; 20:15 Hora del Este, 7 de mayo)

Al-Faluya

45 kilómetros al oeste de Bagdad

Irak

La calle donde se encontraron estaba destrozada.

Los estadounidenses habían tomado la ciudad mediante brutales ataques casa por casa seis meses antes. Después de todo este tiempo, nada había sido reconstruido. Los edificios eran meros escombros, o estaban llenos de agujeros de bala. La chatarra llenaba las calles y callejuelas. Habían traído agua potable en camiones. El sistema de alcantarillado había sido destruido. La mitad de la ciudad aún no tenía electricidad.

Los lugareños lo llamaban castigo. Los americanos lo llamaban justicia.

El hombre se hacía llamar a sí mismo Abu el Mártir. Tenía cuarenta y tres años y hacía mucho tiempo que había empezado a volverse viejo. Por su barba se extendían los colores gris y blanco. Su visión, una vez tan aguda, comenzaba a fallar. Al leer el Sagrado Corán por las noches, se veía obligado a sostenerlo tan lejos de su rostro como sus brazos se lo permitieran. Pronto, alguien tendría que sujetárselo desde el otro lado de la habitación.

Llevaba más de veinte años intentando inmolarse. Estaba dispuesto, pero Alá había elegido no llevárselo.

—Hágase su voluntad, no la mía, —susurró el Mártir.

En silencio, se estaba fumando un cigarrillo en la puerta de un edificio abandonado. La fachada frontal del edificio estaba intacta. La parte trasera del edificio estaba al aire libre, con una pila de ladrillos

destrozados. Un misil o un cohete había golpeado este lugar, un edificio residencial muy típico en lo que alguna vez había sido un barrio residencial pobre, lleno de gente, pero muy típico.

En la calle, apareció un coche, con las luces apagadas. Rodó lentamente por el asfalto arrancado que cubría el camino. Descendió a un cráter de misiles poco profundo, luego subió por el otro lado.

Ahora el Mártir podía verlo más claramente. Un viejo Mercedes negro blindado, cristales tintados, metal surcado, picado y golpeado por su uso en una zona de guerra. El hombre estaba aquí, tal como anunció que estaría. Cómo había logrado cruzar de un lado a otro a través de los puntos de control militares estadounidenses era un misterio, la respuesta sólo la conocía él.

Cómo había logrado cruzar abiertamente el territorio de las milicias suníes no era un misterio, el hombre era un intocable.

El coche se detuvo en la puerta. La ventanilla se bajó.

El hombre era blanco, con el pelo rubio rojizo y tenía acento inglés. Tenía un poco de sobrepeso, pero no demasiado. El peso extra que lucía probablemente provenía de sus escarceos con la bebida, no por la comida y ciertamente no por un comportamiento sedentario. Era un hombre que estaba en movimiento continuamente. Se rumoreaba que era un espía británico. ¿Qué otra cosa podría ser? Tenía acceso al tipo de información al que nadie más parecía tener.

Sus ojos azules eran penetrantes, incluso en la oscuridad de la noche.

El Mártir no se movió de la puerta, no de inmediato. En su lugar, escaneó la calle de arriba abajo. Siempre era posible que hubieran seguido al británico. Más que posible, probablemente estaba garantizado. El hombre sobresalía en estas partes como una planta verde en la superficie de la luna.

—Dios es grandioso, ¿eh? —dijo el Mártir.

De hecho, la noticia del secuestro ahora circulaba por todo el mundo. Fue un golpe enorme para el Gran Satanás, que daría esperanza a las personas de fe en todas partes.

—No es mi dios, —dijo el hombre en su acento inglés culto. —Y de todos modos, supongo que yo no lo celebraría demasiado pronto si

fuera tú.

El Mártir casi sonrió. —¿No? ¿Por qué no? Ya está hecho.

El británico escudriñó la carretera un momento.

—Podría haber un problema, —dijo.

—¿Eh? —dijo el Mártir. —¿Qué problema es ese?

—¿Tienes el dinero? —dijo el británico.

—Por supuesto.

—Entonces dámelo y te haré una descripción del problema.

El Mártir se recostó en las oscuras sombras de la puerta. Escondido justo al final del pasillo, dentro de una alcoba, había una bolsa de cuero. La bolsa contenía dinero en efectivo no rastreable en varios valores y tres monedas diferentes: dólares americanos, euros y libras esterlinas. Había aproximadamente medio millón de dólares en total.

El hombre era caro, pero con el tiempo había demostrado que valía la pena el alto precio. El Mártir se lanzó a través de un espacio abierto, llevando la bolsa entre la puerta y el automóvil. No le gustaba estar expuesto en la calle de esta manera.

—La puerta de atrás está abierta, —dijo el británico. —Pon la bolsa en el suelo.

El Mártir abrió la puerta trasera y deslizó la bolsa en el suelo, detrás del lado del conductor. Cerró de golpe la puerta del coche y regresó al refugio de su puerta.

—¿No quieres contarlo?

El británico negó con la cabeza. —No, confío en ti. ¿Cómo pueden los hombres trabajar juntos sin un poco de confianza?

—Además, me matarán si la cantidad está mal, —dijo el Mártir.

El británico asintió. —Sí.

—Y bien, ¿cuál es el problema?

—Un pequeño grupo de agentes estadounidenses se encuentra

siguiendo una pista caliente y puede que pronto se vuelva más caliente. Me temo que un anciano tribal suní de fuera de Tikrit les ha proporcionado información.

—¿El campamento que fue arrasado?

El británico asintió de nuevo. —Sí.

—¿El nombre del anciano?

Hubo una larga pausa mientras el británico se quedaba sentado en silencio. Por supuesto, tenía dudas porque los hermanos no mostrarían piedad con el susodicho anciano. Y buscarían borrar cualquier información que el anciano pudiera haber compartido con otros, incluyendo su familia y su clan.

—No sirve de ayuda a menos que tengamos el nombre, —dijo el Mártir.

—El imán Muhammad al-Barak, —dijo el británico. —Dios tenga misericordia de él.

—Gracias, señor Montgomery, —dijo el Mártir

El británico lo miró, sus ojos más duros que nunca. Había algo en esos ojos que hizo que el Mártir se detuviera. Era una frialdad, como si el británico pudiera matar al Mártir lentamente y sin emoción. Una frialdad como la del espacio profundo. O tal vez era sólo un vacío. Tal vez era más por algo que faltaba, que por algo que estuviera allí.

Pero en unos segundos, el Mártir se había recuperado.

—Oh, sí, —dijo. —Sé más de lo que parece.

La mirada fría del británico nunca vaciló. —Hay cosas en este mundo que es mejor que no sepas. Si yo fuera tú, olvidaría algunas de las cosas que crees que sabes. De hecho, empezaría a trabajar en ese cometido ahora mismo.

La ventana se subió y el coche se alejó lentamente.

El Mártir dio una larga y temblorosa calada al cigarrillo. El británico no le había asustado, ningún hombre lo hacía. Se había entregado a Alá hacía más de veinte años. Él estaba tratando de martirizarse y Alá simplemente no lo había reclamado todavía. Era bueno recordarlo de vez en cuando.

—Tu dios puede tener piedad de al-Barak, —le dijo a la nada. —Pero nosotros, no.

CAPÍTULO VEINTE

7 de mayo

22:05 Hora del Este (4:05 Hora de Europa Central, 8 de mayo)

Gabinete de Crisis

La Casa Blanca, Washington, DC

Su peor pesadilla se había hecho realidad.

David Barrett, el Presidente de los Estados Unidos, recorrió los pasillos del ala oeste hacia el ascensor que lo llevaría hacia el Gabinete de Crisis.

Un batallón de personas caminaba con él, delante de él, detrás de él, a su alrededor: ayudantes, internos, hombres del Servicio Secreto, personal de diversos tipos. No tenía ni idea de quiénes eran la mitad de estas personas. Todo el mundo era mucho más bajo que él, muchos eran una cabeza más bajos, o más. Su Jefe del Estado Mayor, Lawrence Keller, caminaba a su lado.

Miró a Keller, era un hombre bajo, delgado, casi totalmente calvo. David sabía que Lawrence era un corredor de fondo. Estaba cerca de los sesenta años, divorciado, tenía un par de hijos. Había estado siempre cerca de Washington y era un actor político consumado. Era el cuchillo caliente proverbial cortando mantequilla. Lawrence Keller era el único hecho reconfortante de todo este desastre: había alguien cerca en quien David Barrett podía confiar.

Todos estaban hablando a la vez.

—El Primer Ministro turco envía sus más sentidas condolencias y quiere que sepa que si un ciudadano turco estaba involucrado en este crimen, la pena será la muerte.

—Los comandos franceses están a la espera, esperando nuestras órdenes. Todo el país está bloqueado.

—Se han iniciado registros casa por casa en Ginebra, Zurich y Berna, así como en ciudades y pueblos suizos más pequeños.

¿Los registros casa por casa habían *comenzado*? En el nombre de Dios, ¿por qué habían tardado tanto? Se dio cuenta de que debía estar en shock. Las voces a su alrededor se estaban convirtiendo en una Torre de Babel cada vez más extraña, imposible de entender. Pedazos y piezas de información sin sentido fluían más allá de él.

—El Primer Ministro británico ha salido por televisión para decir...

—China ha ofrecido el uso de satélites espías y vigilancia...

—Vladimir Putin está siendo informado mientras nosotros...

—La CIA, la NSA y todas las estaciones de vigilancia inteligente...

—¡Callaos! —gritó, antes de saber que iba a hacerlo. —Que se calle todo el mundo, dejad de hablar. No puedo soportarlo más.

Se volvió hacia Lawrence Keller. —Lawrence, ¿quién nos va a informar ahora?

—El general Richard Stark del Pentágono, —dijo Keller. —Me han dicho que tiene información actualizada y que toda la inteligencia está siendo canalizada y revisada en su oficina.

Barrett asintió. —Te necesito, Lawrence, estoy perdido ahora mismo. Necesito que supervises a estas personas. Necesito que esto vaya al doble de velocidad que está yendo ahora. Necesito machacar cada objetivo en la Tierra. No me importa lo que haya que hacer o qué dedos son pisoteados, o francamente, quién es asesinado. No me importa si países enteros se convierten en aparcamientos. Quiero a mi hija de vuelta.

Keller asintió. —Voy a mover cielo y tierra por ti, David, te lo prometo.

—Gracias.

Todo el batallón de personas se trasladó al ascensor. Barrett estaba de pie en medio de la multitud. Cerró los ojos y vio a Elizabeth cuando era pequeña, en una barbacoa en la antigua casa familiar de Newport, corriendo hacia él, con el mar de fondo. Podía

ver cada detalle en ella: el vestido de flores que llevaba, su sombrero verde, sus sandalias que se abrochaban en el tobillo, su cabello rubio, su enorme sonrisa, le faltaba un diente delantero.

No sabía si iba a gritar o a desmayarse.

Respiró profundamente en su lugar. Sería indecoroso desmayarse frente a tantos extraños. Un Barrett no mostraba debilidad.

Había hablado por teléfono con su padre hacía solo unos minutos. Su padre, Sylvester Barrett, de ochenta y nueve años, había pasado su vida gestionando el negocio familiar del petróleo que su propio padre había fundado. Era un hombre duro.

—Entiérralos, —dijo su padre. —Haz que lo paguen. Cada uno de esos apestosos.

Ella es mi hija, papá.

Eso es lo que quería decir. ¿No podía entenderlo? Su hija había sido secuestrada. La amaba tanto, era como si le hubieran quitado un pedazo de sí mismo. Si pudiera cambiarse por ella, lo haría. En un instante, sin duda alguna.

La quiero. Me estoy muriendo por dentro.

Pero no le decías esas cosas a Sylvester Barrett.

Si acaso, la conversación con su esposa había ido aún peor. Ella simplemente empezó a llorar a través de la línea telefónica y él no pudo pensar en una sola cosa que decirle que pudiera consolarla. Se quedó allí con un nudo en la garganta, su cara se puso roja cuando la mujer que amaba comenzó a gritarle.

—Voy a recuperarla, —gruñó, antes de colgar el teléfono. Era lo único en lo que podía pensar.

El ascensor se abrió en el Gabinete de Crisis, una sala con forma oval. Era súper moderna, configurada para aprovechar al máximo el espacio, con pantallas grandes incrustadas en las paredes cada dos metros y una pantalla de proyección gigante en la pared opuesta al final de la mesa.

Excepto por el asiento de David, todos los asientos de cuero de la mesa estaban ocupados: hombres con sobrepeso y trajes, hombres delgados y hombres con uniforme militar. Un hombre que llevaba un

uniforme de gala estaba de pie en el otro extremo de la mesa. Richard Stark.

A David no le importaba Richard Stark. En este momento, nadie le importaba mucho. Tal vez Stark le lanzaría un salvavidas en este momento desesperado: cosas más extrañas se habían visto.

Se sentó en la silla reservada para el Presidente.

De repente, la habitación se quedó en silencio. David sabía que era famoso por su enfado y sus burlas, a muchos de sus ayudantes más cercanos no les gustaba. Sabía eso de sí mismo y era otra cosa que nunca le había importado. Era un Barrett, después de todo. Si todos se callaban ahora, era porque temían lo que diría si no lo hicieran. Una crisis estaba en marcha y él estaba a punto de un ataque de rabia que lo consumiría todo.

—Está bien, Richard, —dijo. —Ahórrame las presentaciones, las sutilezas y los preliminares. Sólo dame una buena noticia.

Stark deslizó un par de gafas negras por su cara. Miró las hojas de papel que tenía en la mano.

—Estamos investigando sobre varias líneas. La compañera de cuarto, Rita Chadwick, todavía está bajo custodia de la CIA y está cooperando. Su familia insiste en que sea liberada, a la espera de la llegada de un equipo legal de Nueva York. Les hemos dicho que no. El líder secuestrador ha sido identificado como Ahmet Kaya, de Estambul, tiene veintiún años. Está claro que esto es un alias y estamos rastreando...

—¡Richard!

No se escuchaba ningún sonido en la habitación. El Presidente de los Estados Unidos empezó a gritar. En un momento, podría tener uno de sus berrinches característicos.

No. Respiró hondo. Él no iba a hacer eso.

Hablaba en un tono uniforme y equilibrado.

—Dime lo que tienes, —dijo. —No lo que estás investigando.

Stark asintió. Se quitó las gafas. No necesitaba mirar los papeles en su mano. —Está bien, David. Tu hija fue secuestrada, como sabes. Nuestra inteligencia sugiere que fue sacada de Ginebra en

automóvil y luego cargada en un bote que cruzó el lago Ginebra hacia Francia, sin pasar por ningún control fronterizo. Estamos buscando imágenes vía satélite para confirmarlo, aunque puede ser difícil de confirmar, si el barco era lo suficientemente pequeño o si operaba sin luces. Después de que el barco atracara, creemos que se la llevaron a algún lugar alejado, en Francia.

David de repente se sintió muy sumiso.

—¿Y luego? —dijo él.

El general Stark negó con la cabeza. —No tenemos ni idea.

—¿No sabéis dónde está mi hija?

—Voy a ser honesto contigo, David. Esto sucedió hace horas. Se planificó claramente con mucho margen de tiempo y nos llevan una ventaja considerable. Si llegaron a Francia, cosa que creemos que hicieron, y luego llegaron a uno de los muchos aeródromos pequeños en esa región...

El Presidente Barrett quería taparse los oídos contra las palabras que sabía que iban a aparecer a continuación.

—Podrían habérsela llevado a cualquier parte.

CAPÍTULO VEINTIUNO

8 de mayo

6:35 Hora Árabe (22:35 Hora del Este, 7 de mayo)

Embajada de los Estados Unidos en Irak (también conocida como el Palacio Republicano)

Zona Internacional (también conocida como Zona Verde)

Distrito de Karkh

Bagdad, Irak

Durante la noche, había esperado un ataque.

Estaba acostado en un catre, con una camiseta gris de *Go Army* y unos boxers, en una oficina sofocante, rodeado de otras personas que hacían más o menos lo mismo. No había aire acondicionado, no había aire en absoluto. Tenía tapones de espuma que amortiguaban el ruido en sus oídos y un antifaz atado que cubría su rostro. El antifaz era bueno, no estaba demasiado apretado y no le dejaba ninguna visión periférica. Estaba en un mundo de oscuridad total, exactamente donde quería estar.

Durante las primeras horas, hubo una repentina ráfaga de movimiento, la gente iba y venía y hablaba en voz baja.

A Luke no le importaba. Había completado su misión, dos misiones, de hecho y se iba a casa mañana. Su cuerpo estaba dolorido y su cerebro estaba cansado. Estaba destrozado. Si la embajada fuera bombardeada, o invadida por combatientes suicidas, asumió que alguien lo despertaría para avisarle.

—¡Luke! ¡Luke Stone! ¡Despierta!

Se quitó el antifaz de la cara y la luz entró. Era de día.

Trudy Wellington estaba sobre él. Su pelo estaba revuelto. Llevaba una camiseta azul claro y unos pantalones cortos de algodón. Su ropa estaba prácticamente toda sudada. Parecía que se acababa de despertar. Parecía el desayuno.

Menos mal que él había rechazado esa bebida.

Luke se sacó los tapones de los oídos y parpadeó. Los catres a su alrededor estaban vacíos.

—Trudy, buenos días.

—Te he estado buscando por todas partes, —dijo ella. —Necesitamos encontrar un sistema mejor para saber dónde duerme nuestra gente. Es ridículo caminar por todo este palacio buscando a todo el mundo.

Parecía un poco tarde para idear un sistema. Iban a salir de aquí. En el mejor de los casos, un sistema de asignación de catres sería innecesario. De acuerdo, Trudy estaba un poco molesta, eso es todo lo que pasaba. Ella podría diseñar un sistema durante el vuelo a casa, si quería.

—¿Nos vamos ya? —dijo Luke.

Ella sacudió su cabeza. Su cabello se movió al mismo tiempo. —No, tenemos una reunión. Tú, yo, Ed, Mark Swann, Papá Cronin y Don al teléfono. Tan pronto como puedas desengancharte de la cama.

—¿Una reunión? Pensé que habíamos terminado. Hoy nos vamos a casa.

Sus grandes ojos parpadearon hacia él. Ella lo miraba con curiosidad.

—¿No me has oído?

Sacudió la cabeza. —¿Oído el qué? No, supongo que no.

—No nos vamos a casa.

—Yo me voy a casa, —dijo Luke. —Tengo un bebé en camino. Vosotros podéis quedaros aquí, si queréis. —miró a su alrededor hacia todos los catres de madera plegables en la habitación yerma con paredes de contrachapado desnudas. —Quiero decir, se está bien aquí, así que no te culpo por querer quedarte, pero...

—Luke, —dijo ella, su voz de repente severa. —Nadie se va. Todos los activos militares y de inteligencia tienen la orden de permanecer en el lugar y de guardia hasta nuevo aviso.

—¿Por qué? ¿Estamos en guerra? —dijo Luke, dándose cuenta al instante de lo tonta que sonaba la pregunta. ¿Estaban en guerra? Sí, obviamente estaban en guerra. Lo que quería decir era que...

—Hay un problema, —dijo Trudy. —Y tenemos una reunión ahora mismo. Tan pronto como estés listo.

* * *

La joven llevaba un mono naranja brillante.

Se arrodilló frente al inquietante video, con las manos detrás de la espalda, probablemente atadas. Su cabello estaba recogido bajo un simple pañuelo negro.

Detrás de ella, se levantaban cinco hombres, todos ellos con máscaras negras sobre sus caras. Estaban vestidos como un ejército guerrillero, con chalecos antibalas pesados, cinturones de munición en el pecho, pantalones militares con muchos bolsillos y botas de combate. Cuatro de ellos portaban rifles AK-47. Estaban de pie frente a una pancarta negra con letras blancas en árabe.

El quinto, un hombre que llevaba la capucha negra de un verdugo, llevaba un cuchillo largo y pesado, como un machete. Lo sostenía en alto y, a veces, hacía gestos con él.

Las imágenes hicieron que Luke palideciera, se pusiera enfermo de ira, de rabia, con un sentimiento de impotencia. Dentro de él, había un animal atrapado en una jaula, uno bruto, con muchas ganas de dar patadas en busca de una salida. Si salía, que Dios ayudara a todos los hombres en ese video y a cualquiera que hubiera trabajado con ellos o los hubiera ayudado de alguna manera. Que Dios ayudara a regiones enteras y a toda una religión.

Miró a Ed Newsam. El enorme puño derecho del hombre estaba apretado, como su mandíbula. Estaba de pie junto a la mesa, en lo que podía confundirse con una postura relajada, excepto que todo su cuerpo estaba siendo recorrido por electricidad.

Luke respiró hondo.

—Mi padre es un imperialista y un cruzado, —decía la niña. Sus ojos se desviaron, mirando algo fuera de la pantalla. Claramente, era

el guión que le estaban obligando a leer.

—Él es... es un imbécil y un incauto de las clases dominantes occidentales... que... usan y degradan a las mujeres y que... que corrompen deliberadamente la moral de los jóvenes en todo el mundo. Están aliados con Satán y mi padre...

Aquí ella volvió la cabeza y se echó a llorar. En unos segundos, ella estaba llorando amargamente, completamente incapaz de continuar. El video dio un salto y se cortó. Ahora ella estaba mirando hacia adelante de nuevo.

—Lo han cortado para darle tiempo para que se calmara, —dijo Mark Swann.

—Y mi padre es su sirviente voluntario, —dijo la niña. —Es un cobarde y un lacayo que ha usado el poder de Occidente para hacer la guerra contra los fieles de Alá, incluso cuando en su juventud utilizó su riqueza para escapar de sus propias responsabilidades militares y las sucias guerras de su país.

—Jesús, —dijo Luke.

—No lloréis por mí, —dijo ella ahora. —Soy joven, pero no he sido ingenua. Ignoré voluntariamente el sufrimiento que mi padre y su familia han infligido a las masas de fieles de todo el mundo. Soy el engendro del mal y no soy...

Ella comenzó a llorar de nuevo.

—No soy inocente.

Perdió la compostura de nuevo. No podía hablar. Se arrodilló allí, con la cabeza colgando, la cara tapada, todo su cuerpo temblando de sollozos.

La pantalla volvió a dar un salto, revelando otro corte ingenioso. Ella estaba arrodillada de nuevo, erguida. Ya no estaba llorando.

—Mi captura y mi castigo son una gloria para el profeta y una confirmación para el pueblo de Alá de que su fe es recompensada. Voy a mi...

Se detuvo y respiró hondo.

—Voy a mi muerte sabiendo que soy tan culpable de estos terribles crímenes como cualquier cruzado en Irak, Afganistán, África o Tierra Santa. Que la gente se regocije con este acto de justicia y que, con el tiempo, Alá le dé un reconocimiento aún mayor a mi padre, a mi familia y a mi pueblo.

El video dio un salto de nuevo. La niña todavía estaba de rodillas, pero ahora le habían vendado los ojos. El hombre de la capucha se movió al frente y al centro. Apuntó su cuchillo a la pantalla y su boca se movió, mientras la música sonaba sobre él. Se subió la manga derecha y le mostró a la cámara un tatuaje en su hombro: era un tatuaje negro de una luna creciente y una estrella, un símbolo del antiguo Imperio Otomano y, por extensión, del mundo islámico.

Aparecieron letras árabes en la pantalla, superpuestas sobre él mientras hablaba. Luego él y todos los demás hombres se fueron. Ahora sólo estaba la chica, arrodillada, con los ojos vendados, con la cabeza hacia abajo, el letrero en árabe todavía colgando detrás de ella.

El video terminó.

Durante unos segundos, nadie habló.

—Voy a matar a ese tipo, —dijo Ed Newsam. —No quiero decir que quiero matarlo, quiero decir que voy a hacerlo. No importa cuánto tiempo me lleve ni dónde esté. No importa quién más esté allí.

—¿Qué decía la pancarta en la parte de atrás? —dijo Luke.

—Dice *Jama'at al-Tawhid wal-Jihad,* —dijo Trudy. —Eso significa la Organización de la Unidad de Dios y la Guerra Santa. Es un grupo fundado por Abu Musab Al-Zarqawi y ha prometido su lealtad a Al Qaeda.

—Genial, —dijo Luke. —¿Y que era todo ese conjunto de palabras al final?

Trudy se encogió de hombros. —Eso era una demanda. Tienen una larga lista de personas que quieren que sean liberadas de prisión. La lista es exhaustiva, por no decir más, y hace que sea difícil tener una idea de quién está detrás del secuestro. Incluye a palestinos detenidos en prisiones israelíes, numerosas personas detenidas en la Bahía de Guantánamo y presuntos sitios negros en Afganistán y otros países; aún no tenemos la confirmación del Pentágono o de la CIA de que algunas de estas personas están detenidas, o siquiera que

existan. También hay líderes terroristas detenidos en Pakistán, Filipinas, Malasia y Tailandia, por no hablar de Rusia, Arabia Saudí y Egipto, así como aquí en Irak.

—¿Cuántas personas, en total? —dijo Luke.

Trudy miró unos papeles delante de ella. —Doscientas cuarenta y ocho, todos hombres, retenidos en doce países diferentes.

—¿Y si no son liberados? —dijo Luke, aunque se imaginó la respuesta.

—Los primeros treinta prisioneros deben ser liberados mañana por la mañana, —dijo Trudy. —Como muestra de buena voluntad y aceptación de los términos. Sin preparación, simplemente abrir las puertas y dejarlos libres. Y tienen razón, en ciertos lugares esto podría llevarse a cabo. Después de eso, al menos otros diez deben ser liberados o llevados a su país de origen todos los días, hasta que todos estén en libertad. Toda la operación puede durar hasta tres semanas.

—¿Y si no sucede?

—Si los primeros treinta prisioneros no son liberados mañana a las nueve de la mañana, hora de Bagdad, entonces Elizabeth Barrett será decapitada y el video se publicará en los medios de Internet y en las emisoras de noticias. Si hay algún retraso en el calendario después de eso, entonces ocurrirá lo mismo. La mayoría de medios no mostrarán el video, pero, por supuesto, dentro de poco tiempo algunos lo harán, luego se harán copias y después estará en todas partes.

—Así que…

Trudy asintió. —Sí. Dentro de veintiséis horas a partir de ahora, más o menos. La hija del Presidente estará muerta y el último video de reclutamiento yihadista se emitirá para todo el mundo.

* * *

—Trudy, danos tus impresiones, —dijo la voz de Don.

Se sentaron alrededor de la mesa de conferencias improvisada, una tabla de madera contrachapada apoyada en dos caballetes. La voz de Don venía del pulpo negro en el centro. Trudy, Swann, Ed Newsam y Luke formaban un cuadrado irregular.

Papá Cronin y el espía británico Montgomery estaban en los lados de la sala redondeada de piedra. Luke difícilmente podía imaginarse por qué estaban aquí; debía haber otros mil equipos de inteligencia que estuvieran más cerca de la acción.

—Bueno, Elizabeth Barrett es una niña, —dijo Trudy, comenzando con algo que no podía ser más obvio. —Hasta cierto punto, debido a su posición, estaría más vigilada que cualquier persona normal de dieciocho años. Por lo que tenemos, su amiga, la joven de la familia Chadwick, la conectó con una cita a ciegas y le enseñó cómo escabullirse de su equipo de seguridad. Pero la niña Chadwick no era, por lo que sabemos, cómplice del secuestro. Para ella era una broma, una aventura inofensiva.

—Está bien... —dijo la voz incorpórea de Don.

A Luke le pareció que Trudy sólo estaba hablando por hablar, que se estaba preparando para el meollo de todo el asunto, como si estuviera preparando la bomba para que el agua fluyera. Trudy continuó.

—El turco, sin embargo, no estaba de broma. Ahmet Kaya, su alias, es una persona que no existe. En este momento, no tenemos ni idea de si realmente es turco. Sabemos que hablaba turco con fluidez, como lo haría un hablante nativo, o lo suficientemente parecido como para que los de fuera lo pensaran. También sabemos que hablaba inglés y francés, ambos a nivel conversacional. Así que tiene, o tenía, muchas habilidades lingüísticas de alto nivel.

—¿Tenía? —dijo Luke.

Trudy asintió. —Hay muchas probabilidades de que Ahmet ahora esté muerto. Fue plantado en Ginebra, cerca de la hija del Presidente, al menos durante todo el año pasado. Fue puesto allí para llevar a cabo una tarea y, una vez que la llevó a cabo con éxito, instantáneamente se convirtió en una carga. A menos que tenga otro conjunto de habilidades que no conozcamos, o que sea un líder en el mundo islámico, mantenerlo vivo conllevaría un riesgo. La mitad de los recursos de inteligencia en la Tierra lo están buscando en este momento.

—Está bien, —dijo Luke.

—Pero volvamos a sus habilidades con los idiomas, —dijo Trudy. —Excelentes habilidades lingüísticas, un niño guapo, que, según todos los testimonios, vestía con mucha elegancia. ¿Qué os

sugiere esto?

—No lo sé, —dijo Ed Newsam. —¿El campamento?

—Podría ser, —dijo Trudy. El campamento que arrasasteis, o uno muy parecido. Es una posibilidad remota, seguro, pero es todo lo que tenemos. Hay una gran cantidad de imágenes de seguridad de Ahmet, entrando al club, dentro del club y en el callejón fuera del club. Hay imágenes de seguridad de él deambulando por Ginebra y los alrededores durante todo un año. Tendría sentido comparar esas imágenes con las imágenes que se tomaron del campamento y ver si surge algo.

Papá Cronin se aclaró la garganta. Por supuesto, Papá Cronin no se limitaba a holgazanear en las reuniones.

—Hola, Bill, —dijo Luke sin darse la vuelta.

—Hola a todos, —dijo Papá Cronin. —Gracias por invitarnos a Monty y a mí a vuestra pequeña reunión. Por supuesto, ya hemos comparado las imágenes de Ahmet con las imágenes de los estudiantes en el campamento.

—¿Qué habéis obtenido, Bill? —dijo Don.

—Tenemos catorce posibles coincidencias. Siete de esas catorce son mejores que las otras, pero ninguna es perfecta.

—Hay que tener en cuenta que el hombre llamado Ahmet puede haberse hecho una cirugía estética, —dijo Trudy.

Papá Cronin asintió. —Lo tenemos en cuenta. Pero hemos llegado a un callejón sin salida. Los individuos en esas fotos están identificados por códigos, series de letras y números, no por nombres.

—¿Habéis pasado esta información más arriba? —dijo Don.

Papá Cronin no respondió la pregunta.

—¿Bill?

—Creo que ya sabes la respuesta, Don.

—Bill, no creo que este sea el momento de retener información, para que puedas construir tu pequeño feudo de inteligencia. Hay problemas más grandes en juego aquí.

—Don, no estoy construyendo un feudo, estoy a punto de obtener resultados. Demasiadas veces he pasado información obtenida con mucho esfuerzo a los superiores, a costa de la vida de los informadores, sólo para ver cómo se pierde, se pisotea o se aplasta porque no es políticamente conveniente. La información sobre ese campamento nos la proporcionó un anciano tribal suní, en confianza y bajo pena de muerte. Es una fuente y lo estoy protegiendo. Si pasamos la información a los de arriba, te garantizo que estará expuesto dentro de veinticuatro horas. Yo no hago eso, aquí no. Susúrrale la palabra equivocada a la persona equivocada y grupos enteros de personas serán eliminados.

Papá Cronin dejó que la idea flotara en la habitación.

Era un hombre extraño y voluble. Estaba metido en una inteligencia que podría, o no, salvar a la hija del Presidente. No iba a revelar la información porque estaba protegiendo a algunas tribus suníes.

—Ni siquiera sabemos si lo que tenemos es relevante en absoluto. Sí, las personas que retienen a Elizabeth Barrett afirman estar alineadas con el grupo de Zarqawi, pero poner una pancarta en la pared realmente no significa nada. No tenemos elementos de identificación en este video, ni voces más allá de la de Elizabeth, ni características de paisajes identificables, ni siquiera un estilo arquitectónico interno. No hay rostros de los terroristas. Tenemos un tatuaje, pero nada más. Cualquiera de los cien líderes terroristas y grupos escindidos podría haber cogido a esa niña. No hay absolutamente ninguna razón para creer que tengamos una pista interna en esto. Podríamos hacer que maten a personas por una pista que es un callejón sin salida.

—Si no hay razón para creer, entonces ¿por qué hacerlo? —dijo Mark Swann.

Papá Cronin se encogió de hombros. —Tenemos que hacer algo, no podemos simplemente sentarnos aquí. Hay un millón de investigaciones en curso y muchas de ellas tienen mayor prioridad que esta, pero la gran mayoría no dará fruto. Esta probablemente tampoco lo hará, pero si no lo intentamos y matan a la hija del Presidente, me va a costar mucho vivir con eso.

—¿Qué sugieres? —dijo Don.

—Sugiero que tomemos la iniciativa. Sondear un poco los

alrededores. Ya sabes mi lema: agarra un cabo suelto y tira. Vamos a ver si realmente tenemos algo. Nos movemos rápido y en secreto. Si encontramos algo, entonces lo transmitimos. Pero sólo entonces.

—¿Monty? —dijo Don.

Montgomery se encogió de hombros. Llevaba una camisa de vestir empapada en sudor. Parecía alterado, como si hubiera dormido con ella puesta. Era un hombre de aspecto muy descuidado. Incluso su cara parecía haber pasado por un contenedor de ropa usada.

Estaba bebiendo café y fumándose un cigarrillo.

—Tengo acceso a un pelotón de hombres del Servicio Aéreo Especial. Si vuestros muchachos y los míos estuvieran dispuestos a salir de nuevo, yo diría que vayamos y veamos a nuestro anciano tribal, Muhammad al-Barak, en su complejo familiar fuera de Tikrit. Nos advirtió sobre el campamento, lo que para mí significa que sabe más de lo que ha estado dispuesto a decir. Mi sensación es que estará dispuesto a cooperar, si eso significa poder salvar a Elizabeth. Naturalmente, esperará algo a cambio.

—Naturalmente, —dijo Luke.

Monty continuó:

—Tenemos que hacer un simulacro de arresto con él y su gente y luego hacerlos desaparecer, por así decirlo. Nos da un nombre, alguien que sepa más y sobre quien podamos ejercer cierta presión. Luego nos dejamos caer y capturamos a esa persona. Traemos a esa persona de vuelta aquí, no aquí a la Embajada, claro, sino a algún lugar cercano, y tenemos una pequeña charla con él. Una charla bastante expeditiva, me imagino. No habrá mucho tiempo para andarse por las ramas, si entendéis lo que quiero decir. Obtenemos un nombre, o un lugar, de esa persona. Seguimos haciendo eso hasta que desarrollemos una pista real. Es un poco tedioso, pero no veo ninguna otra opción.

—¿Y el anciano? —dijo Don. —¿Al-Barak? ¿Qué pasa con él?

—Desaparecido, —dijo Montgomery. —Por su propia protección, lo cogemos, a él y a todo su grupo y aceleramos su inmigración a Gran Bretaña o América. De la noche a la mañana, si sabes lo que te quiero decir.

—Lo sé, —dijo Don. —¿Luke?

Luke se quedó mirando el pulpo. Pensó en Becca en casa. Nueve meses de embarazo. Ya le había dicho que se iba a ir hoy.

—Don, Becca va a dar a luz en cualquier momento.

—Lo sé.

—Necesito salir de aquí. ¿Podemos ir a ver al anciano hoy?

—Mis hombres pueden ir tan pronto como estéis listos, —dijo Montgomery. —Llevan despiertos desde las cuatro de la mañana.

—Si lo hacemos, ¿puedes meterme hoy en un avión? —dijo Luke. —Imagina que soy un periodista, dame un pase de evacuación, ¿algo?

Hubo una pausa sobre la línea.

—¿Don?

—Sí. Ve y trae al anciano y te llevaré a casa.

Hubo silencio por otro momento.

—¿Ed? —dijo Don. —¿Cómo te sientes acerca de esta misión?

Ed se encogió de hombros. —Tengo una cita con el hombre de ese video. Aparte de eso, no tengo dónde estar.

Un chirrido estático sonó en la línea de Don. —Bill, ¿tienes algo más que decir sobre esto?

Bill asintió. —Sí. Advierto a todos en esta sala que, dadas las circunstancias actuales y el peligro para las personas involucradas, la misión que hemos discutido aquí no existe y nunca existirá.

CAPÍTULO VEINTIDOS

8 de mayo

0:20 Hora del Este (7:20 Hora Árabe)

Despacho Oval

La Casa Blanca

Washington, DC

—David, creo que deberías irte a la cama.

David Barrett, el Presidente de Estados Unidos, se sentó en la mesa del despacho. Aunque era bastante alto, bien esculpido y casi como una atractiva estrella de cine, de alguna manera parecía un niño pequeño detrás de la mesa.

—Quiero matarlos a todos, —dijo.

—Lo sé, —dijo su jefe de gabinete, Lawrence Keller.

Keller se sentó frente a él, observando atentamente a su jefe, analizándolo y evaluándolo. El escritorio, que había sido un regalo de los británicos, era demasiado grande para David.

Físicamente, no, pero Franklin Delano Roosevelt se había sentado en ese escritorio para lidiar con las consecuencias de la Gran Depresión, el ataque a Pearl Harbor, los días más oscuros de la Segunda Guerra Mundial. John F. Kennedy se había sentado en ese escritorio durante la crisis de los misiles en Cuba y también durante el fiasco de la Bahía de Cochinos. Ronald Reagan se había sentado en ese escritorio durante los enfrentamientos nucleares con los rusos de los años ochenta.

David Barrett era demasiado pequeño para el escritorio. Era demasiado pequeño para el trabajo, demasiado pequeño para el momento. Keller siempre lo había sabido. Su relación era un matrimonio de conveniencia: David había entrado en la presidencia a través de una confluencia de contactos familiares, dinero, buenas

apariencias, cuidado personal y algunas meteduras de pata deslumbrantes, cometidas por el partido rival. Su propio partido había instalado a Keller como Jefe de Estado Mayor de David, con la esperanza de que Keller pudiera guiar al hombre a través del campo de minas que era su propia mente perezosa y sus instintos horribles.

—Es una crisis, Lawrence, —dijo Barrett. Se sostenía la cabeza entre las manos y se apoyaba en los codos. Las mangas de su camisa estaban enrolladas hasta el antebrazo. Hacía unos momentos, había estado llorando.

Keller asintió. —Sí, lo es. Y estamos haciendo todo lo posible para gestionarla y llevarla a una conclusión positiva.

Barrett miró hacia arriba. Sus ojos estaban rojos.

—Me están matando, ¿sabes? La prensa me está matando Mi hija no está, los terroristas la han exhibido en la televisión como un animal capturado, haciendo que diga cosas terribles y odiosas sobre mí. La van a matar, lo sé. Tú lo sabes. Si le han...

Sacudió la cabeza, incapaz de hablar por un momento. —Si le han hecho daño de alguna manera, no sé qué voy a hacer.

Keller estaba tranquilo. —Señor… David… puedes estar seguro de que cuando termine esta crisis, tendrán que pagar un infierno. Ya estoy en contacto con todos los que toman las decisiones importantes en el Pentágono, en la CIA, en la ASN y en muchas otras organizaciones que salvaguardan nuestra seguridad. No tienes que preocuparte por la venganza, voy a llevarla a cabo.

Barrett asintió y comenzó a llorar de nuevo. —Lo sé, lo sé. Eres un buen hombre, confío en ti. Si le hacen daño, quiero que el mundo entero arda.

—Arderá, —dijo Keller.

Barrett apretó los dientes. —Y estos medios de comunicación. ¡Dios mío, Lawrence! ¿No podemos detenerlos? Mi hija, mi hermosa hija, está bajo amenaza de muerte y en todo lo que estos bastardos pueden concentrarse es en mis antecedentes militares. Me están convirtiendo en un maldito payaso. Les odio mucho, también los bombardearía.

Keller negó con la cabeza. Nadie podía hacer nada con los medios de comunicación, ni con el historial militar de David Barrett. Al

hombre le pareció conveniente coger cinco propuestas de aplazamiento consecutivas, en pleno apogeo de la Guerra de Vietnam. En un momento dado, durante un período en el que su estado de reclutamiento no estaba resuelto, el Ejército ordenó que debía presentarse al servicio, y su padre y su abuelo tiraron frenéticamente de los hilos para que el Ejército cambiara de opinión: David pasó cuatro meses en la Riviera francesa.

El propio Keller no sentía ninguna compasión por él, o por el trato que algunos de los periódicos le estaban dando. Keller había realizado dos viajes a Vietnam como infante de marina de los Estados Unidos, le habían herido en tres ocasiones y había visto morir a muchas, muchas personas. Había luchado calle por calle durante la batalla de Hué. Después, su recompensa, su tiempo de inactividad, por así decirlo, consistió en pasar un año patrullando la zona desmilitarizada entre Corea del Norte y Corea del Sur.

No, no sentía mucha simpatía por David y su historial militar.

La pérdida de su hija era profunda y terrible. Keller lo resolvería, si pudiera. Pero, ¿David estaba siendo molestado por un puñado de reporteros resentidos? Que así sea.

—David, deberías irte arriba a la cama. ¿Vale?

—Lo que dicen de mí, Lawrence... no es justo.

—¡David! —dijo Keller, de forma severa ahora. —Como tu amigo, no como tu Jefe de Estado Mayor, te lo digo. Te lo ordeno, ¿vale?, acuéstate. Sí, Elizabeth ha sido raptada. Sí, es una noticia terrible, terrible. Pero miles de personas llevan trabajando todo el día, las mejores personas de la Tierra, para salvar su vida. Mientras tanto, Caitlynn no ha sido secuestrada y sigue contigo. Y Marilynn está arriba en la cama, llorando en vela por la pérdida de su hija. Sé un hombre, sé su marido y sé fuerte por ella, vete arriba, consuélala y dile que todo va a estar bien.

Barrett estaba sacudiendo la cabeza.

—Pero, ¿qué pasa si no sale bien?

Keller se encogió de hombros. —Si eso es lo que crees, entonces miéntele.

Barrett se lo quedó mirando fijamente.

—Así es, —dijo Keller. —Es momento de mentiras reconfortantes.

Finalmente, Barrett asintió con la cabeza. —Bueno, puedo hacerlo. Miento todo el tiempo. Tengo que hacerlo, es parte del trabajo.

Keller asintió, pero no respondió directamente.

—Hazlo por ella, —dijo. —Hazle saber que vas a ser un hombre para ella. Intenta dormir un poco y por la mañana... te lo prometo. Esto no parecerá tan negro como ahora.

—Me puedo tomar una pastilla, —dijo Barrett. —Puedo dormir un poco.

Keller asintió de nuevo. Se puso de pie y ahora Barrett se levantó también. Barrett era mucho más alto que Keller. Los dos hombres se dieron la mano.

—Prométeme que te irás ahora mismo, —dijo Keller. —Conozco la salida.

Barrett asintió. —Lo prometo. Y gracias, Lawrence. Tú eres mi apoyo, no sé cómo podría superar esto sin ti.

—Es un honor para mí servir en esta oficina, —dijo Keller.

* * *

Era justo después de la 1 de la mañana.

Lawrence Keller estaba sentado en su coche, un BMW 325i sedán negro, que había comprado nuevo el año pasado. Era un buen coche y estaba orgulloso de él. También estaba orgulloso de lo que decía de él. Muchas personas con empleos de alto nivel en Washington, y Keller tenía uno de los puestos de trabajo con más alto nivel, eran llevadas en coche por todas partes.

Pero no Lawrence Keller. No quería oir hablar de ello, en parte porque era autosuficiente hasta ese extremo y en parte porque los conductores presenciaban cosas. Veían cosas y oían cosas. Washington, DC, no era una ciudad donde quisieras que la gente supiera lo que estabas haciendo. Cuanta más gente lo supiera, más gente podría (y, casi seguro, lo haría, si el precio fuera correcto)

hundirte.

Keller estaba estacionado en el extremo sur de Georgetown. De vez en cuando, un automóvil pasaba lentamente por las calles tranquilas. A Keller le gustaba Georgetown. Los desastres iban y venían, los escándalos iban y venían, hombres y mujeres famosos caían del cielo como velas romanas y luego se apagaban, gobiernos enteros habían dirigido la ciudad y el país durante años, sólo para ver deshecho todo lo por lo que habían trabajado por el siguiente grupo en el poder... todo eso sucedía, sí. Pero Georgetown era eterno.

En su mano, Keller sostenía una pequeña grabadora digital *Radio Shack*. Había estado escuchando la reproducción durante los últimos veinte minutos aproximadamente, avanzando rápidamente y retrocediendo hasta ciertas partes que quería escuchar una y otra vez.

Escuchó al Presidente de los Estados Unidos llorando amargamente en el Despacho Oval.

Escuchó al Presidente decir ciertas frases, frases que eran de oro:

—Quiero matarlos a todos.

Keller había marcado los puntos que más le gustaban. Podría ir directamente a ellos, con sólo presionar un botón. Ahora se fue a otro.

—Me están matando, ¿sabes? La prensa me está matando.

Y luego otro:

—En todo lo que estos bastardos pueden centrarse es en mi registro militar. Me están convirtiendo en un payaso. Les odio mucho, también los bombardearía.

Eran todos buenos. Juntos, pintaban el cuadro de un hombre de pocas luces que se estaba desmoronando. Aquí estaba la persona al mando de las fuerzas armadas más poderosas que el mundo había visto, con su dedo en el botón nuclear, sentado llorando en el Despacho Oval, expresando el impulso de matar a muchas personas.

También estaba casi ridículamente absorto en sí mismo durante una gran crisis, preocupado por su reputación y por las cosas que la prensa decía sobre él. Y las cosas auto-incriminatorias que decía sólo lo empeoraban. El agujero que estaba cavando se hacía más profundo.

Por ejemplo, estaba esto:

—Si le han hecho daño de alguna manera, no sé qué voy a hacer. Si le hacen daño, quiero que el mundo entero arda.

Keller asintió y sonrió. David Barrett parecía desquiciado, un hombre atravesando por una tragedia personal, que se estaba convirtiendo rápidamente en una amenaza para todos los habitantes de la Tierra. Además estaba esto:

—Yo miento todo el tiempo. Tengo que hacerlo, es parte del trabajo.

El hombre parecía creer que parte de su trabajo era mentir. Por supuesto, esto era cierto, pero no era algo que a los estadounidenses les gustaría escuchar. Y luego estaba esto, una pequeña declaración sutil que quizás era la más condenatoria de todas:

—Puedo tomarme una pastilla. Puedo dormir un poco.

El Presidente, que estaba llorando, furioso con los medios de comunicación y amenazando con incendiar el mundo, algo que estaba dentro de sus posibilidades, también dependía de los medicamentos para dormir.

Lawrence Keller respiró hondo. Era increíble. Él y sus aliados habían querido que David saliera de la oficina casi desde el momento en el que este imbécil había entrado. Era un presidente débil e incierto. Se dejaba llevar por conversaciones al azar: Keller a menudo se reunía con él por la mañana, adoptaba una postura sobre un tema en particular y no podía estar seguro de que seguiría opinando lo mismo por la tarde.

Sería bueno sacar a David de allí y reemplazarlo por alguien más fuerte, alguien como su actual Vicepresidente, Mark Baylor, por ejemplo. Sería bueno para el país y también lo sería para Lawrence Keller, ¿no es así? Sí, lo sería. Ser Jefe del Estado Mayor de un Presidente débil era un buen trabajo. Mucha gente mataría por un trabajo así. Pero no era el mejor de todos los trabajos posibles, ¿verdad?

No, no lo era. ¿Cuál era un trabajo mejor? Ser Jefe de Estado Mayor bajo el mando de un Presidente fuerte, sin duda. Pero también, digamos, Secretario de Estado, o Director de Seguridad Nacional. La gente ascendía así a veces.

Lawrence Keller era el tipo de hombre que podía ascender así.

Es cierto que era un conjunto desafortunado de circunstancias lo que iba a sacar a David del cargo. Keller nunca le desearía algo como esto a Elizabeth Barrett; la había visto varias veces y la consideraba una buena joven. Atractiva, pero probablemente no hermosa. Bastante inteligente, pero ciertamente no era un genio. Sólo una buena chica de una familia muy rica, cuyo padre era el Presidente.

Elizabeth había hecho una cosa muy tonta. Y el Servicio Secreto probablemente había sido negligente en su protección. Habían confiado demasiado en la seguridad de la escuela y habían subestimado lo que una adolescente aburrida podría hacer para experimentar un poco de emoción y un poco de romance.

Keller esperaba poder recuperar a Elizabeth sana y salva. Pero sus travesuras habían causado algo así como un desastre, que por cierto, probablemente provocaría una cadena de violencia catastrófica, que impactaría sobre miles de personas inocentes, personas a las que la joven e irresponsable Elizabeth nunca se encontraría o ni siquiera imaginaría.

Sus travesuras habían proporcionado la oportunidad de echar de la oficina más alta de la Tierra a un hombre que no era apto para ocuparla. Al final, esto era algo bueno, sin importar lo que le había sucedido a Elizabeth. No era una oportunidad que debiera ser desaprovechada.

De acuerdo, eso lo resolvía.

Keller salió del coche y se puso a caminar a paso ligero. En unos instantes, estaba en la parte inferior de la colina, cruzando el puente Francis Scott Key por la acera peatonal, pasando el río Potomac hacia el vecindario de Rosslyn, en Arlington.

En el puente, los seis carriles estaban en silencio. De vez en cuando, un coche pasaba. Más adelante, al sur, se alzaban las altas torres de oficinas de Rosslyn. Incluso a esta hora de la noche, había luces, muchas luces encendidas.

A mitad del puente, Keller se detuvo. Sacó un pequeño teléfono móvil y lo abrió. Era un teléfono desechable: lo había comprado anónimamente con dinero en efectivo y una tarjeta prepago cargada en él.

Hacía viento en el puente. Alguien con una cámara y un teleobjetivo de alta potencia podría observarlo, pero sería muy difícil que alguien lo escuchara hablar. También sería difícil interceptar una

llamada telefónica que nadie esperaba, desde un teléfono que nunca antes se había utilizado. Y, naturalmente, sería imposible rastrear desde dónde había llegado la llamada.

Marcó un número, uno que muy pocas personas tenían.

Después de un par de timbres, se escuchó una voz.

—¿Hola?

—Hola, —dijo Keller. —¿Sabes quién soy?

—Por supuesto, —dijo la voz. —Me quedé despierto, mirando las noticias de la televisión y esperando tu llamada. Estaba empezando a pensar que no ibas a llamar.

Keller negó con la cabeza y sonrió. —Aquí estoy.

—Bien. ¿Qué tienes?

—Tengo todo lo que necesitamos. Todo está en la cinta, está destrozado. Esto le ha destrozado.

—Está bien, —dijo la voz. —Ya sabes lo que tienes que hacer con eso.

Keller asintió. —Sí. Pero nada de esto me salpicará, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Haremos que alguien le muestre las partes más importantes, pero él pensará que había un micro oculto. No tendrás nada que ver con esto.

—Bien, —dijo Keller. —Te sugiero que se lo pongas cuando haya dormido un poco, cuando esté un poco más lúcido. Cuando lo dejé, ya casi nada de lo que decía tenía sentido.

—Muy bonito, —dijo la voz.

Keller sonrió. —Sí, así es.

Después de colgar, Keller dejó caer el teléfono al suelo. Lo pisoteó, tres, cuatro, cinco veces, hasta que se rompió. Cogió la cubierta de plástico destrozada y la arrojó a través de la valla protectora hacia el río. Luego hizo lo mismo con el interior metálico, donde podrían estar los datos confidenciales.

Vio cómo el metal plateado golpeaba el agua oscura y luego

desaparecía debajo de ella. Luego pateó los últimos trozos y piezas de plástico negro que aún estaban en la acera.

El teléfono había desaparecido. La conversación nunca había sucedido.

Y muy pronto, tal vez tan pronto como esta mañana, David Barrett renunciaría a sus deberes como Presidente.

CAPÍTULO VEINTITRES

9:25 Hora Árabe (1:25 Hora del Este)

Al Alam

Cerca de Tikrit, Iraq

—Ahí está el río, —dijo uno de los jóvenes soldados británicos.

Para los oídos de Luke, sonaba como —*Ahí 'ta e' ríah.*

Cuatro Halcones Negros avanzaban por el pálido paisaje desértico hacia una línea ondulada verde. El verde marcaba un área fértil a ambos lados del río Tigris. En algunos lugares era una banda estrecha. En otros, parecía tener un kilómetro de ancho. Se deslizaba en la lejana distancia.

Luke, Ed y cuatro muchachos del Servicio Aéreo Especial Británico, o SAS, iban montados en el helicóptero principal. En el segundo helicóptero, había otros seis británicos. Una docena de hombres en total estaban asignados a esta misión. Los británicos llevaban pasamontañas negros en la cara y gafas en los ojos. Era difícil ver quiénes eran. Los dos últimos helicópteros estaban vacíos, destinados a transportar a los arrestados. Parecía un poco excesivo para detener a un hombre y su familia.

En la distancia cercana, un humo negro y aceitoso se elevaba en el aire. Una estrecha franja de carretera parecía conducir directamente hacia donde venía el humo.

—Algo está pasando, —dijo Ed Newsam.

Estaba en lo cierto. Cuando el helicóptero se acercó, Luke pudo ver que las llamas rojas y naranjas aún ardían, aparentemente fuera de control. Las llamas alcanzaban el cielo en varios lugares.

—Atención, —dijo el piloto del helicóptero. —El tiempo estimado de llegada al objetivo es de un minuto. Preparaos para el desembarco.

—Genial, —dijo Luke. —El recinto está en llamas.

—Parece que alguien se nos ha adelantado, —dijo Ed.

Los dos primeros helicópteros aterrizaron en el extremo más alejado del complejo, lejos del río. Las hélices del rotor levantaron leves remolinos de polvo. Luke, Ed y los soldados del SAS salieron.

Caminaron hacia el centro del recinto, sacando los rifles.

Detrás de ellos, los helicópteros se alejaron.

La escena era apocalíptica. La casa principal, una enorme monstruosidad de veinte habitaciones y dos dependencias más pequeñas, se estaban quemando. Un grupo de grandes árboles plantados cerca del río estaba en llamas, sus ramas ardiendo alcanzaban el cielo.

Un edificio alto y corrugado, que debía haber sido un garaje y que tenía varios coches estacionados fuera, también se había incendiado. De ahí era de donde provenía el denso humo negro. En el extremo derecho, los campos estaban en llamas. Los edificios y los árboles podrían haber sido alcanzados por granadas de mortero, pero los campos debían haberse quemado deliberadamente, posiblemente con lanzallamas.

Cerca de la entrada que daba a la carretera, un par de caballos grandes, corceles árabes marrón y blanco, estaban ahí juntos. Pisoteaban con sus cascos y agitaban sus colas ansiosas. Al menos los caballos se habían salvado.

Alrededor de cien pollos corrían de un lado a otro de los terrenos. El cielo sobre el complejo se estaba llenando de buitres y aves de presa. Cada pocos momentos, un halcón caía a tierra, agarraba a un pollo frenético y se iba volando con él.

Allí delante, el cadáver de una mujer yacía en el suelo en un charco de sangre, con su túnica blanca teñida de rojo.

Varios cuerpos humanos más estaban dispersos alrededor, aparentemente les dispararon mientras corrían.

Una torre de agua se había derrumbado de lado, el tanque se había roto.

Un almacén de grano había quedado intacto. Además, un largo gallinero todavía estaba en pie, junto con un establo. Luke miró dentro del establo. Unas cuantas reses yacían de costado, muertas a tiros. A quien le gustaban los caballos no sentía lo mismo por las vacas.

—Alguien va un paso por delante de nosotros, —dijo Ed Newsam.

Luke captó un destello de movimiento por el rabillo del ojo izquierdo. Se volvió en esa dirección, con el MP5 ya cargado. Él no fue el único. Dos de los muchachos del SAS habían hecho lo mismo. A gran velocidad, Luke repitió el momento en su mente: alguien con ropa oscura y pelo oscuro acababa de entrar corriendo al gallinero.

Él y los hombres se movieron rápidamente hacia el largo edificio, con las armas preparadas.

Se precipitaron dentro. Estaba oscuro en el interior del edificio, motas de polvo espeso y plumas flotaban en el aire. Una débil luz descendía desde las altas y estrechas ventanas en la parte superior del edificio. Alguien o algo se deslizó a través de un agujero en el suelo justo cuando entraron. Unas pequeñas manos se levantaron y deslizaron una tabla de madera sobre el agujero. El tablero era un recorte del suelo de madera, en un área donde los pollos normalmente serían alimentados con su grano. Pilas dispersas de grano todavía yacían en el suelo.

Cuando el tablero estuvo de nuevo en su lugar, era difícil ver dónde acababa de estar el agujero.

Luke, Ed y dos hombres del SAS se movieron hacia el lugar.

Ed se agachó, levantó el tablero y se echó hacia atrás con él.

Los muchachos del SAS se acercaron, los rifles pasaron por el agujero, las miras láser encendidas, las linternas brillando intensamente.

Luke se acercó con ellos, con la mano levantada.

—¡Esperad! —gritó. —¡Situación estable! ¡Situación estable!

En la oscuridad, al fondo del agujero, dos niños pequeños, un niño y una niña, estaban agazapados, acurrucados juntos.

—No disparéis.

* * *

—¿Qué está diciendo? —dijo Luke.

Un chico joven del SAS estaba traduciendo el árabe del niño. El chico del SAS se había quitado el pasamontañas, el casco y las gafas protectoras, revelando a un niño de aspecto saludable, de cabello rubio, ojos azul pálido y mejillas gordas. Casi nada que ver con el temible soldado de asalto que le hacía parecer el casco y la máscara.

El niño, quizás de doce años, estaba siendo fuerte. La niña, tal vez la mitad de esa edad, se había rendido por completo. Ella iba en brazos de otro tipo del SAS con el casco quitado, abrazándolo con fuerza, presionando la cara contra su pecho.

—Dice que un grupo de hombres llegó justo antes del amanecer. Inmediatamente se dispusieron a matarlos a todos. Lanzaron cohetes contra las casas y derribaban a cualquiera que salía. Hay más cuerpos río abajo, de personas que intentaron escapar por la parte de atrás. El imán mayor, Muhammad al-Barak, fue sacado de la casa principal, obligado a arrodillarse y recibió un disparo en la cabeza. El niño y su hermana pequeña habían sido entrenados para esconderse debajo del gallinero si alguna vez sucedía algo así y eso es lo que hicieron, sin que nadie los viera. Cuando escuchó los helicópteros, salió para ver qué estaba pasando y fue entonces cuando lo encontramos.

Luke estaba transmitiendo la noticia a Trudy y Swann a través de un teléfono por satélite. Hizo una mueca ante las noticias de al-Barak. El anciano que había venido para darle las gracias a él y a Ed personalmente, había tenido un mal final. Cosas de ese tipo eran las que sucedían con demasiada frecuencia por aquí.

—¿Tiene alguna idea de quiénes eran los hombres?

El chico del SAS le dijo algo al niño en árabe.

El niño asintió, sus ojos oscuros huecos y vacíos. Dijo algo y señaló hacia el norte. Continuó hablando durante varios segundos.

—Sí, sabe exactamente quiénes eran. Pertenecen a una escuela religiosa y un campo de entrenamiento de la yihad, a unos veinte kilómetros al norte de aquí, siguiendo el río. Su abuelo, el imán, conocía bien la escuela y a los maestros de allí. El propio niño ha estado allí con sus familiares. Su abuelo y su padre le dijeron que nunca lo llevarían, pero se imaginaba a sí mismo yendo a entrenar algún día, cuando fuera mayor. Ahora dice que nunca se uniría a ellos, su traición es demasiado terrible.

—¿Trudy? —Luke dijo al teléfono.

Su voz estaba allí. —Sí.

—Necesitamos otra reunión rápida con Don, Papá Cronin y Monty. Quiero permiso para entrar allí. Tenemos una docena de muchachos, aunque vamos a enviar a dos con los niños. El chico cree que el campamento de donde vinieron los asesinos está justo en lo alto del río. Si vamos a entrar en conflicto con ellos y conseguir a un prisionero que nos pueda dar alguna información, deberíamos hacerlo antes de que el rastro se enfríe. Creo que probablemente podremos hacerlo bien con diez muchachos.

—¿Cuándo quieres hacerlo? —dijo Trudy.

Luke casi no podía creer lo que iba a decir. Don ya le había dado luz verde para volver a casa. Quería ir a casa, sobre todas las cosas. Quería ver a Becca y quería estar allí cuando naciera su hijo.

Pero también quería terminar lo que habían comenzado aquí. No le gustaba que estos milicianos hubieran venido y matado a Al-Barak y a todo su clan. No estaba bien, no importaba lo que hubiera hecho al-Barak. Si has tenido un problema con el hombre, mata al hombre. No a la familia.

—Ahora, —dijo Luke.

* * *

Luz verde.

Tres Halcones Negros atravesaban el cielo azul pálido de la mañana.

Papá Cronin y Don Morris habían estado de acuerdo en avanzar con un asalto al campamento. Montgomery se había retirado por algún otro asunto y no había estado disponible para la reunión. Pero Luke había mantenido a sus muchachos del SAS de todos modos.

Luke tenía a Mark Swann conectado a través de su radio del casco. Swann había estudiado detenidamente las imágenes del satélite disponibles y parecía haber localizado un campo de milicias, cuya ubicación coincidía con lo que el niño había descrito.

—¿Qué aspecto tiene? —dijo Luke.

—Parece un gran pedazo de nada, —dijo Swann.

—Dime algo más, Swann.

—Hay un camino, —dijo Swann. —Está marcado como Carretera Sin Nombre. Abraza el río Tigris durante varios kilómetros, en el lado oeste. Justo después de un pequeño pedazo de nada llamado Salman Village, hay un puente que cruza el Tigris. Hay una llanura polvorienta muy abierta y puedo contar por lo menos treinta tiendas. Puede que haya una estructura permanente allí, pero si la hay, no la veo. Parece que hay un campo de artillería al este de allí, con algunos cañones alineados. En las imágenes que tengo, que es cierto que son viejas, hay alrededor de una docena de vehículos estacionados en la propiedad. Algunos de ellos parecen ser camionetas con armas pesadas montadas en la parte trasera. Si yo fuera vosotros, primero sacaría esas cosas y luego dispararía a los cañones.

—¿Puedes obtener algunas imágenes más recientes? —dijo Luke.

—No es probable. No puedo controlar un satélite en los próximos diez minutos y dudo que haya algo mejor que lo que tengo. Nadie ha pedido nunca una alta prioridad de visión en ese lugar. Realmente es un pedazo de nada en medio de la nada. Esto parece una pandilla local. Lo que te he descrito es de lo que he sacado de las imágenes genéricas de esa región y que luego he enfocado.

—¿Algún lugar para aterrizar?

—Todo el lugar es plano como una tortita. Yo te diría que aterrices donde quieras.

Luke sacudió la cabeza y sonrió. —¿Algo parecido a un helipuerto?

—No, nada parecido. Estas personas parecen estar conectadas a la tierra. Cuando van a algún lugar, van conduciendo.

—¿Cómo de recientes son las imágenes que tienes?

—Uh... de hace tres meses.

—¡Swann!

—Es todo lo que hay. Es lo mejor que vas a conseguir.

Luke miró por la compuerta por un momento. Los helicópteros se

movían rápidamente por encima del paisaje plano y seco. Estaban a punto de asaltar un complejo de la milicia, pero no tenían ni idea de qué apariencia tendría.

—¿Ed? ¿Estás escuchando esto?

Ed volaba en el segundo helicóptero. Él y Luke se habían separado para tomar el mando de un pequeño escuadrón de operadores del SAS. Esto era un espectáculo de los estadounidenses, después de todo.

—Sí.

—¿Qué piensas?

—Tenemos tres helicópteros, tío. Estos pájaros van cargados con misiles Hellfire y ametralladoras M60. Yo digo que entremos y destrocemos el lugar. Dudo que haya cambiado tanto. Sigue las prioridades de Swann. Destroza los vehículos, luego los cañones fijos. Después de eso, si a alguien todavía le apetece una pelea, nosotros se la damos. Dispara primero, pregunta después.

Luke asintió. Tenía sentido.

—Vale, suena bien. Pero vamos a dejar a un par a los que *podamos* hacer preguntas más tarde.

Pasaron unos momentos.

Luke miró a los jóvenes del SAS en su helicóptero.

—¡Chicos! —gritó. —América os agradece vuestro servicio en nuestro nombre. Sabemos que sois lo mejor de lo mejor. La misión de hoy es aplastar y capturar. Queremos llevarnos a uno o dos de los líderes de esta milicia. Si los soldados de infantería se rinden, bien, los dejamos vivir. Si quieren pelear, les damos pelea. Nadie nos detiene, nadie nos desafía. Pero queremos que los líderes queden vivos e intactos.

—¿Qué vas a hacer con ellos, yanqui?

Luke se encogió de hombros. —Vamos a hablar con ellos, firmemente.

Los jóvenes se rieron de eso.

—Adelante, —dijo el piloto. —Preparaos para la acción evasiva.

¿Adelante? Eso ha sido rápido.

—Uh-oh, —dijo Luke. —Empieza el juego.

Los hombres se sentaron y se amarraron mientras el helicóptero giraba a la derecha y ganaba altura. Unos segundos más tarde, un cohete pasó volando.

Entonces el armamento pesado se abrió.

Luke podía oírlo, aunque todavía no podía verlo, el ruido metálico del fuego de cañones automático que venía desde el suelo hacia adelante.

Duh-duh-duh-duh-duh.

—¡Stone! —dijo Ed en su oído. —¿Cómo sabían que veníamos?

—No lo sé, yo no se lo he dicho.

Luke se levantó y asomó la cabeza por la cabina del piloto.

—¿Qué estáis viendo por ahí?

—Adelante y a la derecha, —dijo uno de los pilotos. —Vehículos que se mueven a través del desierto abierto, en su mayoría camionetas rápidas, tal vez SUV modificados. Armamento pesado en las traseras de los camiones. Adelante y a la izquierda, lo mismo. Cuento al menos una docena de vehículos. Veo al menos un camión pesado, tal vez un lanzacohetes móvil. Se han dispersado para ponernos las cosas más difíciles. Pero están saliendo a pelear.

—Matadlos, —dijo Luke. —Fuego cuando estéis listos. Coged el lanzacohetes. Decídselo a los otros helicópteros.

Los helicópteros recorrieron el desierto, cuatro pisos más arriba. Luke asomó la cabeza por la compuerta de la derecha. Delante, a su derecha, los camiones se movían por terreno abierto. Luke podía oír el traqueteo de sus armas.

Miró el arma montada en la abertura de la puerta, una ametralladora M134. Tenía seis cañones giratorios accionados por un motor eléctrico. Y tenía un alto índice de disparos, generalmente miles de disparos por minuto. Apenas la había mirado antes, no esperaba tener que usarla. Un largo cinturón de munición de 7,62 milímetros colgaba de ella.

Miró al tipo del SAS más cercano. La etiqueta cosida en el mono del hombre ponía GILMOUR.

—Tú, Gilmour. ¿Sabes cómo funciona ese arma?

El chico la miró y miró de nuevo a Luke. —Naturalmente.

—Ve hasta ella. Eres mi artillero de puerta. Estamos en una pelea, vamos, hazla pedazos.

El chico se soltó el cinturón y se acercó al arma. Luke se fue al otro lado. Una camioneta corría directamente hacia ellos, a un lado del helicóptero, con la puerta de carga abierta. Un hombre estaba en el suelo del camión, montando el arma pesada.

—¡Cuidado! ¡Fuego entrante!

Los disparos estallaron a su alrededor, como un enjambre de avispas enfurecidas. Luke se tiró al suelo. Algo le hizo un corte en la trayectoria de su hombro derecho. Hubo un tajo, luego un dolor punzante. Metal triturado. Cristales rotos en alguna parte.

Luke se arrastró por el suelo. Le habían pegado un tiro en el hombro. Apenas podía echarle un vistazo. Miró a los tres muchachos del SAS que aún estaban en sus puestos.

—¿Cómo se ve?

Uno de ellos se encogió de hombros. —Herida superficial, yanqui.

El repentino rugido de la ametralladora fue devastador, justo por encima de la cabeza de Luke. Se deslizó, las orejas le retumbaron al instante. El chico del SAS, Gilmour, dio un culatazo, rebotándole los brazos, con la cara en blanco dentro de la máscara. Una ráfaga de fuego salió del cañón.

Luke miró por la compuerta de carga.

Gilmour era un experto. La camioneta había pasado por debajo del helicóptero. Una línea de balas azotó la parte posterior de la misma. El hombre que estaba con el arma en el camión hizo una danza mortal y se deshizo como un muñeco de paja. Los neumáticos traseros explotaron y el metal soldado sobre el parabrisas trasero dio un golpe. La camioneta rodó hasta que se detuvo.

—Buen disparo, Gilmour.

Gilmour levantó una mano en respuesta.

De repente, otro estallido de fuego de ametralladora golpeó el helicóptero. Parecía venir de todas partes a la vez. THUNK, THUNK, THUNK. El cuerpo de Gilmour se sacudió y se cayó de donde estaba el arma montada. Más vidrio estalló en pedazos por delante.

Luke golpeó el suelo de nuevo.

Gilmour estaba con él, gritando. Luke se arrastró hacia él.

El resto del SAS ya se estaba soltando los cinturones.

—¡Un médico! —gritó Luke. —¡Un médico!

Al instante, el médico estaba allí.

Los dientes de Gilmour estaban apretados de dolor. Sus ojos eran salvajes y maniáticos. Su respiración era rápida. —Me han dado, —dijo. —Me han dado. ¡Maldita sea, tío!

—¿Dónde?

—No lo sé. Por todas partes.

El médico cortó el mono de Gilmour. Palpó debajo del chaleco de Gilmour.

Gilmour gritó de dolor.

—Tenemos que quitarle esta mierda de encima, —dijo el médico.

Luke miró a los dos chicos restantes del SAS. Señaló a uno de ellos. —¡Tú! ¡Eres el siguiente! ¡Al arma! ¡Que no te den!

Otro estallido de disparos golpeó el helicóptero. Más balas arrancaron el metal.

—¡Stone! —gritó el piloto por el intercomunicador. —Tenemos fallo en el tablero de mandos. No podemos seguir recibiendo impactos como este. Vamos a perder este pájaro.

—Inicia una acción evasiva, —gritó Luke.

El helicóptero se detuvo bruscamente. Hizo una fuerte subida y se inclinó con fuerza hacia la izquierda. El médico casi se cae de lado. Luke se aferró al suelo, sus dedos agarrando listones de

metal. Otro estallido de disparos llegó.

Una alarma en la cabina comenzó a sonar.

BIIP, BIIP, BIIP...

La voz incorpórea del piloto dijo: —Demasiado tarde, estamos en estado de *mayday*. Un rotor ha sido golpeado, se está tambaleando, no va a aguantar. O aterrizamos o nos estrellamos, pero estamos cayendo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Uh... nada.

Gilmour estaba gritando.

—Está bien, —dijo el médico. —Te han dado, pero estás bien.

El chico que estaba con él le arrancó el chaleco a Gilmour. Había sangre por todas partes. Algo se había hecho trizas.

—¡Oh, Jesús! —dijo el médico.

El helicóptero comenzó a girar de forma alocada. El piloto estaba tratando de recuperar el control: el helicóptero giraba con fuerza hacia la izquierda y luego giró completamente hacia la derecha nuevamente. El desierto venía hacia ellos a una velocidad espantosa. El helicóptero estaba girando, pero aparentemente bajo el control del piloto.

—Mi timón se está descontrolando. Está vibrando, estoy a punto de perderlo.

Todo parecía un mal sueño. El helicóptero se movía horizontalmente a una velocidad fantástica, tal vez a quince metros sobre el suelo.

—¡Stone! —dijo Ed Newsam en el oído de Luke. —Os han alcanzado.

Luke sacudió la cabeza. —Ya lo sé.

—¡Bájalo! —gritó uno de los pilotos. —¡Sólo déjalo caer!

Cayó con una sacudida enfermiza, tres pisos en un segundo.

La voz del piloto se resignó. —*Mayday*, *mayday*. Tomad

posiciones de aterrizaje de emergencia.

Luke miró las correas de seguridad que colgaban. No había manera de que ninguno de ellos pudiera llegar allí y atarse a tiempo. Se agachó y abrazó el suelo tan fuerte como pudo. Sus dedos se clavaron en los listones de metal. Esta fue su posición de aterrizaje de emergencia.

El mundo se acercaba a una velocidad vertiginosa. Estaban a seis metros del suelo.

La voz del piloto: —Preparáos para el impacto.

—Sé bueno, —dijo la profunda voz de Ed. —Todo va bien.

Una ráfaga de disparos golpeó la cola del helicóptero. Thunk , thunk, thunk, thunk, thunk. Las balas arrancaban el metal.

Ahora estaban más cerca del suelo, mucho más cerca.

El helicóptero cayó del cielo.

Cayó como un ladrillo. PUM. El impacto fue duro, la sacudida subió por la columna vertebral de Luke y atravesó su cuerpo. Su cara rebotó en el suelo.

Todo se detuvo.

Otra ráfaga de disparos golpeó el helicóptero en alguna parte.

Eso no fue tan malo.

—Está muerto, —dijo el médico, sacudiendo la cabeza. —¡Maldita sea!

* * *

La pelea se había invertido.

La milicia había atacado con el elemento sorpresa y toda la iniciativa. Pero en el desierto, no eran rivales para la abrumadora potencia de fuego de los dos Halcones Negros restantes. El gran Ed Newsam era el tirador en la compuerta de su helicóptero, de pie allí como una montaña, haciendo pedazos las camionetas y los jeeps.

Luke y los hombres del SAS saltaron del helicóptero derribado. Corrieron desde un vehículo destrozado que echaba humo hacia otro, eliminando cualquier oposición que encontraban. La mayoría de los milicianos de a pie corrían por el desierto hacia el norte y el oeste. No llegarían lejos.

El traqueteo metálico de las grandes armas de los helicópteros venía desde allí.

Duh-duh-duh-duh.

El pequeño escuadrón de Luke caminaba ahora, con las armas desenfundadas. El grupo de tiendas de campaña estaba justo delante, con las telas ondeando al viento del desierto. Un hombre alto con túnica marrón que se ondulaba y un turbante en la cabeza estaba en la entrada de la tienda más grande.

—No lo matéis, —dijo Luke. —Lo necesitamos.

La barba del hombre era oscura, con ráfagas grises en ella. Sus ojos eran penetrantes. Parecía enfadado, confiado y nada asustado.

Dijo algo en árabe.

Uno de los muchachos del SAS giró su rifle y golpeó al hombre en la cara. Al instante, el hombre cayó al suelo. Su mano fue hacia su mandíbula. La mirada de enfado en el rostro del hombre sólo se enfureció más.

Los hombres del SAS lo miraron.

—Eso es por Gilmour, —dijo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

13:30 Hora Árabe (5:30 Hora del Este)

Una Casa Segura

Bagdad, Irak

Luke observaba al líder de la milicia desde la esquina de la habitación.

—En un momento, —dijo Papá Cronin, —si no me das las respuestas que estoy buscando, voy a poner tus pies en la línea de fuego. ¿Conoces este dicho?

El líder de la milicia estaba sentado en una silla de hierro forjado. Parecía que el asiento podría haber tenido un cojín alguna vez, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora sólo quedaba el metal oxidado que formaba la silla.

El hombre tenía el pelo negro, a juego con su larga barba negra. Ambos estaban veteados de gris. Su camisa y sus pantalones ya no estaban, lo habían dejado en ropa interior. Era delgado y atlético, como un hombre que combinaba mucho ejercicio con raciones pequeñas de comida. Sus botas y calcetines tampoco estaban, sus pies estaban descalzos. El lado derecho de su cara estaba hinchado por el golpe con la culata del rifle.

Las manos del hombre estaban atadas tras el respaldo de la silla, una cadena pasaba por las aberturas de la silla y apretaba con fuerza. Estaba atado al asiento con una correa de cuero. Sus piernas estaban estiradas. Sus pies estaban atados con una cinta gruesa alrededor de los tobillos a unos mangos de madera, haciendo imposible moverlos. Por otra parte, la forma en que estaba atado a la silla y con las piernas bloqueadas en la pieza de madera, no tenía ninguna ventaja.

Papá Cronin esperó a que el traductor iraquí terminara de hablar. El traductor era un hombre delgado, calvo, de mediana edad, con un uniforme verde de manga corta y sin marcas de ningún tipo. Tenía un bigote delgado como un lápiz. Llevaba sandalias pesadas en los pies. Casi podría ser un enfermero, o un médico, si los

médicos llevaran sandalias.

Había cinco hombres en la habitación. Papá Cronin, el traductor, el barbudo muyahidín que recientemente había comandado una milicia, Ed y Luke. Luke pensó que era mejor que Trudy y Swann se perdieran a Papá Cronin en acción.

Montgomery tampoco estaba aquí. Aparentemente, se había metido en problemas debido a la muerte del hombre del SAS, Gilmour. Monty los había autorizado a ir al complejo de al-Barak, pero no al complejo de la milicia. Papá Cronin y Don Morris habían dado la orden de todos modos. En lo que respecta a Papá Cronin, los hombres del SAS estaban a disposición de la CIA.

Papá Cronin y Monty ya no estaban en la misma onda sobre esto. Se hablaba de que Monty había sido llamado a Londres. En lo que respecta a sus superiores, la muerte de Gilmour recaía sobre sus hombros.

Luke lamentaba que Gilmour hubiera muerto. Odiaba que estas cosas sucedieran, pero la política que rodeaba a esa muerte no era la mayor preocupación de Luke.

El líder de la milicia comenzó a hablar.

—Sí, conozco la frase, —dijo el traductor. —Pero te recuerdo que cualquier forma de tortura o coacción va en contra de las leyes de la guerra.

—¿Asesinar a un anciano y a toda su familia va acorde con tus leyes de guerra? —dijo Papá Cronin.

El traductor habló durante unos segundos, luego escuchó la respuesta del hombre barbudo antes de hablar.

—Me temo que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Cómo supiste que venían los helicópteros?

El hombre se encogió de hombros. —La gente me cuenta cosas. Cómo saben estas cosas, es algo que no puedo decir. Espías, supongo.

Echó un vistazo alrededor de la habitación. —Las paredes oyen.

Papá Cronin asintió. Miró alrededor de la habitación. Era un lugar

pequeño, estéril, vacío. La casa era fea, una estructura achaparrada hecha de bloques de cemento. Esta habitación era un microcosmos perfecto del resto de la casa. Las paredes estaban agrietadas y se habían vuelto de un verde enfermizo. Había cables pelados extendidos por las paredes, sin estar unidos a nada. Aquí no había electricidad. Los suelos habían sido arrancados hasta llegar al cemento desnudo. La habitación en sí no tenía ventanas al mundo exterior.

La casa estaba casi solitaria en un barrio que era en su mayoría escombros. Había sido bombardeado y ametrallado con fuego automático. Casi todas las casas habían sido destruidas. Los insurgentes habían resistido en este área por un tiempo. Ahora aquí no había nadie en absoluto.

—¿Dónde crees que estamos? —dijo Papá Cronin.

El traductor habló. El líder de la milicia se encogió de hombros. Era uno de los pocos movimientos que aún podía hacer. Luke se sorprendió de lo confiado que parecía. El hombre había visto mucha muerte. Cualquier iraquí que hubiera sobrevivido hasta el final de la guerra, estaría íntimamente relacionado con el asesinato. Él había dedicado su vida a su dios y probablemente había hecho muchas cosas horribles en el nombre de ese dios. Quizás quedaba poco que pudiera asustarle. Quizás ya se consideraba un mártir.

El hombre sonrió. —Estaba encapuchado cuando me trajeron aquí, no podía ver. No tengo ni idea de dónde estoy.

—Bueno, déjame ponerte al día entonces, —dijo Papá Cronin. —No estás en ninguna parte. No estás bajo arresto, nadie te ha registrado en ningún sistema. Por lo que respecta a todos, moriste en la batalla de esta mañana con el resto de tus hombres, sacrificados como cerdos. Date cuenta que ni siquiera he intentado averiguar tu nombre. Eso es porque no me importa. ¿Por qué me iba a importar el nombre de un hombre muerto?

Esperó a que la traducción llegara al hombre. Cuando el traductor terminó, el hombre asintió. Luke creyó ver un cambio sutil detrás de los ojos del hombre.

—¿Todos murieron?

Papá Cronin miró a Luke. Luke asintió.

—Sí.

El hombre miraba al frente ahora.

—Mi nombre es Abu Ayyub Kamal. Me hirieron durante la batalla. Exijo ver a un médico.

—No pareces herido, —dijo Papá Cronin.

—Tengo lesiones internas. Me han maltratado durante el cautiverio. Quiero ver a representantes de la Cruz Roja Internacional o de la Media Luna Roja. Quiero que sepan que soy un prisionero de guerra bajo la custodia de los Estados Unidos.

—No estás bajo custodia estadounidense.

—Sí lo estoy.

Papá Cronin negó con la cabeza. —No me estás escuchando.

Se dirigió a una pequeña mesa en el rincón. Había varios artículos en la mesa. Luke no lo había mirado de cerca antes.

Papá Cronin regresó con un pequeño recipiente de metal con un pitón.

—Esto es gasolina, —dijo.

Dio la vuelta al recipiente y el líquido verde ámbar comenzó a fluir hacia los pies del hombre. El hombre trató de mover sus pies, pero los palos de madera no se movieron. Eran pesados y estaban atornillados al suelo. Papá Cronin también derramó algo sobre las piernas del hombre.

El hedor a gasolina cruda llenó la habitación.

El hombre dio un grito. Entonces comenzó a chillar.

—¡No! ¡No puedes hacer esto!

—Grita todo lo que quieras, —dijo Papá Cronin. —Nadie te va a escuchar.

De manera dubitativa, el traductor iraquí repitió las palabras de Papá Cronin en árabe. El traductor, un chií que trabajaba para el gobierno provisional, con toda probabilidad no sentía amor por los sunníes, pero aun así... el trabajo de Papá Cronin y la manera práctica y objetiva en la que lo llevaba a cabo, haría que cualquiera se sobresaltara.

La mirada inexpresiva en su rostro hacía que las cosas parecieran aún peor. Papá Cronin ni siquiera estaba enfadado todavía.

Sacó de su bolsillo un mechero grande, de marca Zippo, y lo encendió. Apareció una llama de diez centímetros, amarilla, naranja y azul en su base.

—Esto es a lo que me refería cuando dije que te pondría en la línea de fuego. ¿A qué crees que me refería?

—¡No! —dijo el hombre. —¡Para! ¡Por favor, para! Te lo diré. Te diré cualquier cosa.

Papá Cronin miró a Luke y le guiñó un ojo.

—Casi siempre funciona, —dijo.

Luke levantó una ceja. —¿Casi?

Papá Cronin se encogió de hombros. Miró al líder de la milicia. —De vez en cuando, tienes que seguir adelante.

* * *

—Conocía al niño, sí. El que tú conoces como Ahmet el turco.

El líder de la milicia Abu Kamal se sentaba en una mesa en otra habitación.

Luke miraba desde la esquina. Había participado en muchos interrogatorios y eso lo había convertido en un escéptico. Estos chicos *siempre* conocían el tema en cuestión.

Ellos *siempre* sabían la ubicación de un escondite secreto. Tenían una imaginación increíble. Podrían contar historias fantásticas con el cuándo y el dónde y el por qué. Podrían describir reuniones de alto nivel que se habían llevado a cabo en complejos de cuevas bajo montañas inaccesibles, o en casas de varios millones de dólares en Londres. Y cuando seguías las pistas que te habían dado, resultaban ser artificios.

Las manos de Kamal aún estaban esposadas, pero la cadena se había aflojado. Estaba enroscada debajo de la mesa y la mesa, al mismo tiempo, estaba atornillada al suelo de cemento. El efecto era

que le daba a sus manos mucha más libertad de movimiento que antes. Usó esta libertad para fumar tabaco de liar.

Sus piernas estaban completamente libres y le habían devuelto la ropa. Sus piernas estaban dobladas. Parecía completamente tranquilo ahora. Hablaba en tono de conversación.

—Piensas que es un niño, probablemente, pero es mayor de lo que parece. Es de la ciudad de Hajin, en Siria, justo por encima de la frontera occidental de Irak. No es un luchador, no es fuerte ni valiente. Cuando estaba en el campamento, no superaba la mayoría de las pruebas físicas que se le exigían. Era un inútil con las armas. Ni siquiera estoy seguro de que hubiera sido llamado por Alá.

—Entonces, ¿para qué servía? —dijo Papá Cronin.

Luke también había visto antes trabajar a Papá Cronin. Todavía estaba tratando de descifrar el enfoque del hombre. A veces rechazaba al instante lo que decía el entrevistado, a veces jugaba como si lo creyera y de repente daba un salto a una inconsistencia. Otras veces sólo escuchaba y le daba coba al entrevistado, confiando completamente, como si no tuviera ninguna estrategia.

Había un método dentro de la locura de Papá Cronin, pero Luke no tenía ni idea de cuál era.

Kamal se encogió de hombros y dio una profunda calada a su cigarrillo.

—Cada uno ofrece sus propios dones. Ahmet es delgado y guapo, casi femenino a su manera; es una tentación para las mujeres. Es muy inteligente, es ingeniero y científico y es muy bueno en idiomas. Aprendió turco y francés como pasatiempo cuando era adolescente. Creo que un día esperaba mudarse a Europa, aunque la guerra echó a perder esas esperanzas.

A los oídos de Luke, sonaba como una historia romántica. *La guerra destrozó las esperanzas del hombre.*

—¿Por qué la guerra echaría a perder sus esperanzas, si él es sirio? —dijo Papá Cronin. —Siria no está en guerra.

Kamal miró a Papá Cronin. Su rostro estaba tranquilo pero sus ojos eran duros. —Estoy seguro de que sabes muy bien que tu guerra es un asunto turbio. No se reconocen las fronteras. Hace dos años, justo después de que comenzara la guerra, tus fuerzas especiales

llevaron a cabo una redada en Haditha, en el oeste de Irak. Los documentos incautados en la redada sugerían que las redes de contrabando sirias habían dirigido su atención hacia el petróleo, los metales preciosos y la gente común que se iba a Europa. Estaban moviendo combatientes de Egipto, Túnez, Argelia y Arabia Saudí a lo largo de Siria hacia Irak. Puedo atestiguar que esto es verdad, en la medida de lo posible.

Papá Cronin asintió. —Continúa.

—Tus fuerzas creían que los contrabandistas sirios habían establecido una base de operaciones en Hajin, que albergaba a docenas de muyahidines antes de cruzar a Irak. Esa parte no era cierta. Era, ¿cómo la describirías?, información falsa. Un grupo de soldados en helicópteros realizó una incursión transfronteriza en Hajin. No encontraron combatientes allí, pero mataron al menos a una docena de civiles. Este fue uno de tus accidentes. Cuando tu hombre, Ahmet, se unió a los muyahidines, acababa de enterrar a su hermano y hermana menores, quienes habían muerto en la redada. Estaba enfadado y roto por dentro, quería venganza y ofreció las habilidades que tenía. Se podría decir que estas habilidades han demostrado ser muy valiosas.

—¿Dónde está la niña? —dijo Papá Cronin.

Kamal negó con la cabeza. —De eso no tengo ni idea. Simplemente me encontré con Ahmet en los campamentos. Su nombre era Hashan en aquel momento. Se esforzaba mucho, pero era un poco el hazmerreír. Yo no sabía nada sobre la operación a la que fue enviado. Como no podía pelear, asumí que harían de él un terrorista suicida. Puedes torturarme hasta morir, pero te ahorraré la molestia siendo honesto. Me alegro de que los hermanos se hayan llevado a la hija de tu Presidente, pero no sé a dónde se la han llevado y no sé cuáles son sus planes.

—¿Sabes dónde está Ahmet o Hashan?

Kamal negó con la cabeza. —No. Muerto, supongo. Pero supongo que podrías preguntárselo a sus padres.

Luke se animó con eso. —¿Sus padres?

—Cuando lo conocí, estaba preocupado por sus padres en Hajin. Habían perdido a dos de sus tres hijos a manos de los estadounidenses y pronto perderían a su último hijo. Estaban de luto en aquel momento y supongo que la situación habrá cambiado poco

para ellos.

—¿Crees que los padres de Ahmet todavía están en Hajin?

Kamal asintió. —Sí, creo que sí. ¿Dónde más podrían estar?

Papá Cronin miró al hombre de cerca.

—¿No se los llevaría alguien de allí? El más importante de todos los muyahidines en la Tierra es su hijo. Parece arriesgado dejarlos allí.

Kamal dio otra calada al cigarrillo. —Haces muchas suposiciones, ¿no crees? ¿Quién ha dicho que Hashan es el muyahidín más importante? Tú lo dices, porque estás ciego. La hija de tu Presidente es importante para *ti*. Que se la hayan llevado es sensacional, sí. Dará esperanza a algunos de los que estaban vacilantes. Reclutará nuevos soldados, pero los verdaderos creyentes no necesitan la sensación de sacrificar sus vidas por Alá y tenemos objetivos más importantes que matar a esta joven vaca.

Se detuvo por un momento, para permitir que esa palabra calara. *Vaca.*

Papá Cronin se miró las manos. Sus dedos hicieron un extraño movimiento de onda. Parecían los tentáculos de un pulpo. Estaba mostrando una notable moderación. Una vez más, Luke se preguntó acerca de su estrategia de interrogatorio. Había visto a Papá Cronin romperles los dientes a hombres, por menos de lo que Kamal acaba de decir.

Kamal continuó hablando. —De todos modos, ¿quién iba a pensar que Hashan alguna vez completaría esta misión? Te dije que era un incompetente. Pensé que moriría en una explosión en un mercado chií. ¿Lo enviaron a Ginebra, para secuestrar a la hija del Presidente de los Estados Unidos? ¿Quién soñaría que algo así funcionaría? Sólo puedo adivinar que lo hicieron por lástima. Hashan es un joven brillante, muy amable, no tiene sentido que esté en una zona de guerra.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Papá Cronin.

Kamal se encogió de hombros. —El secuestro tuvo lugar anoche. Es una sorpresa para todos.

—Sí, ¿y?

—Sus padres todavía están en Hajin, estoy seguro de ello. Pero si esperas mucho más, tal vez no estarán.

Papá Cronin miró a Luke. Él levantó una ceja.

—Echar un vistazo no puede hacer daño.

Luke miró a Ed Newsam.

—Vamos, —dijo Ed.

CAPÍTULO VEINTICINCO

7:05 Hora del Este (15:05 Hora Árabe)

Despacho Oval

La Casa Blanca

Washington, DC

—Es un desastre.

David Barrett, el Presidente de los Estados Unidos, estaba detrás del escritorio Resolute. En todo caso, parecía aún menos decidido y más pequeño que la noche anterior. Sus ojos estaban oscuros y vacíos, parecía que no había dormido nada.

Lawrence Keller asintió. Estaba una vez más parado frente al escritorio. —Lo sé. Estas personas son tiburones, no tienen piedad.

Una hora antes, David había recibido una cinta de audio de sí mismo, desquiciado la noche anterior. Dijo que no estaba seguro de dónde venía. Un joven mensajero interno, que ya estaba trabajando a las 6 de la mañana, le había llevado la cinta en un sobre de papel manila.

—¿Qué quieres hacer? —dijo Lawrence.

Barrett negó con la cabeza. —No quiero dimitir.

Lawrence asintió. —No, por supuesto no.

—Pero creo que debería apartarme por ahora. —apretó los puños. —No tenía ni idea de que Mark era tan... ambicioso, que iba a hacer todo lo posible para desbancarme. —volvió a negar con la cabeza. —Tal vez sea lo mejor. Mark es un hombre duro. Nadie le ha quitado a su hija. Tal vez él pueda... ayudarme... a recuperarla.

—Creo que Mark Baylor será un Presidente Provisional excepcional, —dijo Lawrence, alimentando a David con el término.

Por un segundo, los ojos de David mostraron confusión. —

Provisional…

Lawrence asintió. —Por supuesto. David, eres mi amigo, nunca te he visto así, tan indeciso. No puedes simplemente tomarte un permiso cuando eres el Presidente de los Estados Unidos. Si vas a irte, aunque sólo sea una semana, incluso un par de días, tienes que nombrar a Mark como Presidente Provisional. Mark necesitará el poder inherente al cargo. ¿Crees que el Conjunto de Jefes del Estado Mayor van a obedecer a un maestro sustituto? Además, el pueblo estadounidense necesita tener confianza en su liderazgo. Necesitan saber que tienen un Presidente, que alguien está a cargo. Cuando recuperemos a Elizabeth y hayas pasado un tiempo con tu familia para recuperarte, entonces tal vez...

Ahora David estaba mirando a Lawrence. Lo miró durante lo que pareció un tiempo muy largo. Lawrence no apartó la mirada. Había un destello de reconocimiento en los ojos de David.

—¿Tú... me has hecho algo, Lawrence? ¿Estás metido en esto con ellos? Quiero decir, pensé que ellos habían puesto un micro en el Despacho Oval. Eso tendría sentido, pero...

Esos ojos se lo quedaron mirando, implorándole.

Keller negó con la cabeza. Ahora que el secreto se había descubierto, no tenía sentido andarse por las ramas. Aun así, era mejor no confirmar o negar nada. Nunca se podía decir quién podría estar escuchando.

—David, todo lo que hice o dejé de hacer, todas mis acciones han sido en beneficio de los Estados Unidos de América. Por favor, confía en mí en esto. Vamos a recuperar a tu hija, luego vamos a demostrar a algunas personas quién es el jefe aquí. Va a haber una demostración de poder.

Barrett estaba agachando la cabeza ahora. —Por favor, Lawrence, por favor, recupérala. Eso es todo lo que realmente me importa.

Keller asintió. —Lo sé, David. Vamos a hacer todo lo posible para que eso suceda. Esto es lo mejor, no estás pensando con claridad en este momento. No habrías sido capaz de manejarlo, nadie podría. No hay manera de ser objetivo en una situación como esta. No hay manera de tomar decisiones. Mark está fresco y alerta, él puede coger al toro por los cuernos en tu lugar.

Los hombros de Barrett se desplomaron. Parecía estar

marchitándose justo frente a los ojos de Keller. Suspiró pesadamente.

—Estoy muy cansado.

—Lo entiendo, David. Sólo te queda una cosa por hacer, luego podrás volver a la cama durante unas horas. Cuando te despiertes, quizás te sientas un poco aliviado y puedas estar con la familia. Puedes ir a Camp David y permanecer aislado mientras esto dure. Sin miradas indiscretas, sin preguntas, sin decisiones que tomar.

Barrett miró hacia arriba. —¿Qué tengo que hacer?

Keller deslizó un pedazo de papel en el escritorio frente a él. —He redactado algunos comentarios muy breves por ti. Lo que dicen es todo lo que hemos discutido. Por el bien del país, te estás apartando indefinidamente. Designas al Vicepresidente Mark Baylor para el cargo de Presidente Provisional en tu nombre. Se debe considerar que el Presidente Baylor tiene todos los poderes de la Presidencia, hasta nuevo aviso.

Barrett recogió el papel. Lo miró fijamente, pero no pareció leerlo. Bien podría haber estado al revés, por lo que le importaba.

—Podemos grabar la declaración aquí mismo, en la oficina. Sin periodistas, sin preguntas. Una simple declaración tuya y veinte minutos más tarde, Mark hace el Juramento de Cargo.

Barrett volvió a deslizar el papel en el escritorio. Miró alrededor del Despacho Oval un largo momento.

—Está bien, —dijo.

* * *

El aumento de la confianza era palpable. Incluso una mano vieja y cansada como la de Lawrence Keller, un hombre que había pasado por décadas de luchas internas en Washington, podía sentir la diferencia.

Un nuevo grupo se movía a través de los pasillos del ala oeste. Al frente de la manada, con los ayudantes y asistentes a paso ligero para mantener el ritmo, iba el Presidente Provisional de los Estados Unidos, Mark Baylor. Keller, el corredor de fondo, avanzaba fluidamente a su lado.

Baylor era alto, como todos ellos. Era ancho, un poco más ancho ahora de lo que probablemente era sano. Su pelo era blanco. Era de una familia rica, como David Barrett, pero de alguna manera era un tipo diferente de riqueza.

Ocho generaciones antes, un antepasado de Baylor había bajado de un barco velero procedente de Inglaterra, e inmediatamente comenzó a adquirir vastas áreas de terreno salvaje del norte, independientemente de cómo se sintieran las personas que ya vivían allí. La familia Baylor eran barones de la madera y lo había sido durante dos siglos.

Mark Baylor había asistido a las escuelas preparatorias de la costa este, como cualquier otro miembro de la clase dominante. Pero no tomó aplazamientos militares, su familia no quería oír hablar de ello. En cambio, postergó su entrada a Yale y se unió al Cuerpo de Marines, como soldado raso, en la isla de Parris. Tomó responsabilidad, sirvió en Vietnam y regresó con dos Corazones Púrpura por las molestias. Luego se fue a Yale.

A Keller siempre le había parecido que Mark Baylor no era el Vicepresidente. Él era el Presidente en espera, el Presidente en la sombra.

Las circunstancias le habían dado la razón. Keller no era técnicamente el Jefe del Estado Mayor de Baylor, todavía no, pero había sido su confidente durante mucho tiempo y estaba muy a favor del equipo de este hombre.

—Lawrence, después de esta reunión informativa, voy a querer una reunión privada más íntima en el Despacho Oval, donde podamos hablar con franqueza con las partes relevantes, sobre lo que debe suceder y quién debe hacerlo. Sabes mejor que yo quiénes son esas partes.

Keller asintió. —Considérelo hecho.

El grupo se amontonó en el ascensor. Se apretaban hombro con hombro cuando el ascensor descendió dentro de la Tierra.

—Le debemos a David Barrett llevar a su hija a casa sana y salva, —dijo Baylor. —Quiero centrarme como un láser en ese resultado.

Las puertas se abrieron y todo el séquito de Mark Baylor entró en el Gabinete de Crisis con forma oval.

Lawrence Keller miró alrededor de la habitación.

Las lujosas sillas de cuero alrededor de la mesa parecían todas como la silla del capitán en el módulo de mando de una nave espacial que cruza la galaxia. Brazos grandes, cuero profundo, respaldos altos, ergonómicamente correctas con soporte lumbar. Casi todas las sillas estaban ocupadas por cuerpos gruesos.

Los asientos a lo largo de las paredes (sillas más pequeñas de lino rojo con respaldos más bajos) estaban ocupadas por ayudantes jóvenes e incluso asistentes más jóvenes, la mayoría de ellos bebiendo sorbos de las tazas desechables de café o murmurando a sus teléfonos.

Mark Baylor se sentó en una silla de cuero en el extremo más cercano de la mesa alargada. Keller se quedó a su lado y un poco detrás de él. La gente seguía hablando entre ellos, como si el Presidente de los Estados Unidos no hubiera entrado en la sala.

—General Stark, —dijo Baylor.

La charla continuaba.

—¡General Stark!

Al frente de la sala, Richard Stark, del Conjunto de Jefes de Estado Mayor, miró en su dirección. Su rostro duro y con una mueca. Sonrió cuando vio a Baylor.

—Señor Presidente, —dijo.

Baylor asintió. —Hice el Juramento hace quince minutos. ¿Puede, por favor, poner orden en esta habitación? Tenemos mucho que repasar y me siento como si estuviera jugando al escondite.

Stark se puso de pie. Dio un par de palmadas con las manos. —¡Orden, a todos! Poneos en orden, por favor.

El lugar quedó en silencio. Casi. Un par de hombres jóvenes con trajes a lo largo de la pared continuaban susurrándose el uno al otro, con las cabezas inclinadas cerca.

Stark los miró. —¡Ustedes dos! Cállense o márchense.

Sorprendidos, los dos hombres miraron hacia arriba. Sus ojos estaban muy abiertos.

Ahora la habitación se quedó en silencio.

Stark asintió. —Bien. Bienvenido, Presidente Baylor. Estamos muy contentos de tenerle aquí.

A los oídos de Lawrence Keller, el general se recreó en la palabra *muy*. La gente del Pentágono no era fanática de David Barrett. Baylor, por otro lado, era un visitante frecuente del Pentágono. Como senador, había sido un defensor constante del aumento del gasto militar, el aumento de personal y la creación de nuevos sistemas de armas.

Baylor asintió. —Gracias, General. Póngame al día. ¿Dónde estamos en la búsqueda de Elizabeth?

Stark se puso de pie. Consultó algunos papeles que tenía en el escritorio frente a él.

—Nos estamos moviendo a un ritmo muy rápido, descubriendo y siguiendo las pistas. En las últimas ocho horas, las unidades de operaciones especiales han allanado decenas de complejos militantes conocidos y presuntos en todo Irak, tanto en las zonas controladas por suníes, como las áreas chiíes, en las montañas del norte de Siria y el oeste de Irán, en Libia, Egipto, el Líbano, Túnez, Argelia y Yemen, así como Afganistán y Pakistán. Turquía, Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos nos aseguran que están haciendo lo mismo dentro de sus propias fronteras; por razones políticas obvias, no podemos hacer incursiones en su territorio.

—Hasta ahora, hemos infligido cientos de bajas enemigas, posiblemente miles. Lamento que también hayamos perdido a más de treinta de nuestros hombres en estas redadas, con al menos otros noventa heridos. Hemos logrado mantener estos recuentos de víctimas fuera de los periódicos por ahora, pero de forma eventual esa información se irá filtrando.

—¿Cuál es el resultado de todo esto? —dijo Baylor.

Stark se encogió de hombros. Fue un movimiento extrañamente ineficaz. —Es una aguja en un pajar, Señor Presidente. Innumerables agentes de inteligencia están estudiando minuciosamente los datos, buscando encontrar una pista sobre dónde puede estar retenida. Hay cientos de sitios militantes sospechosos. Por razones obvias, cada uno debe ser abordado de manera repentina, inesperada y quirúrgica. Entonces, mientras nos movemos rápido, también tenemos que movernos con cuidado. Quien tenga a Elizabeth, si los ponemos sobre aviso, la matarán.

—Es probable que la maten de todos modos, —dijo Baylor.

El general asintió. —Sí, es verdad. Mientras tanto, procedemos lo mejor y lo más rápido que podemos. En toda Europa, la policía y las agencias de inteligencia están haciendo lo mismo: están asaltando casas seguras de conocidos y presuntos terroristas, ante la posibilidad de que los secuestradores nunca hubieran salido de Europa. En particular, las unidades francesas de Armas y Tácticas Especiales han asaltado al menos ochenta hogares desde el secuestro.

—¿Y no estamos recopilando la información sobre esto? —dijo Baylor. —Me parece difícil de creer.

—No es que no estemos recabando información. Es que nos estamos moviendo muy rápido y estamos generando una gran cantidad de información. Estamos inundados de datos. Podría llevar semanas o meses dar sentido a todo esto. Tenemos cientos de personas detenidas, muchas de las cuales han sido entrenadas para resistir interrogatorios, o han memorizado narraciones falsas, diseñadas para hacer que nos persigamos la cola.

—Mientras tanto, se están eliminando o destruyendo redes enteras, incluidas las que han estado bajo vigilancia durante años. Un quién es quién de delincuentes y malos han sido asesinados o capturados. Si hay algo positivo en esta desafortunada situación, es que ha encendido un fuego debajo de todos ellos y ahora se está haciendo una limpieza profunda de la casa, que se debería haber hecho hace mucho tiempo. Pero no sin coste, como ya he indicado.

—¿Cuánto falta para que maten a Elizabeth? —dijo Baylor.

El general miró su reloj. —Algo más de diecisiete horas. Pero le advierto, Señor Presidente, que no se tome la palabra de los terroristas como un trato. Elizabeth podría estar ya muerta.

—¿Y en qué punto estamos con la liberación de prisioneros?

Un ayudante susurró en el oído de Stark.

Stark negó con la cabeza. —Por razones que no puedo dar aquí, hay muchas personas en esa lista de prisioneros que ni siquiera podemos considerar liberar. Algunos de ellos están entre los hombres más peligrosos de la Tierra. Hay otros sobre los que no podemos controlar si se liberarán o no, porque no somos nosotros quienes los retienen. El trueque involucrado, por ejemplo, para lograr que los terroristas sean liberados de la prisión en Egipto, Túnez o Malasia

sería largo, prolongado y probablemente no valga la pena, en términos de lo que tendríamos que dar. Lamento decir que, en lo que respecta a la comunidad de inteligencia y al Pentágono, el intercambio de liberaciones de prisioneros por la vida de Elizabeth es una idea imposible.

Hubo unos cuantos jadeos silenciosos alrededor de la sala ante ese pronunciamiento.

Baylor sólo asintió.

—¿Está diciendo que vamos a dejar perder la vida de Elizabeth?

El general negó con la cabeza. —Estoy diciendo que estamos en una posición muy difícil y nuestra política desde hace mucho tiempo es la de no negociar con terroristas.

Baylor respiró hondo y luego suspiró.

—Esto es lo que quiero, —dijo. —Quiero una lista de los cinco o seis países o territorios donde sea más probable que Elizabeth pudiera estar retenida. Entonces quiero saber cómo podemos aplicar la mayor cantidad de presión a las poblaciones que podrían albergar a los terroristas.

—¿Presión, señor? —dijo el General Stark. —¿Sobre la población civil?

—General, parece creer que la hija de David Barrett, Elizabeth, va a morir y no hay mucho que podamos hacer al respecto, —dijo Baylor. —¿Diría usted que esta es una evaluación precisa de su posición?

—No necesariamente lo expresaría de esa manera, señor.

—¿Cómo lo expresaría, General?

—Yo diría que es muy probable que Elizabeth muera y estamos haciendo todo lo posible en nuestra...

—No me interesa la semántica, General. Lo que quiero después de esta reunión es una lista de opciones disponibles para nosotros. Si Elizabeth muere, quiero que las personas que albergan a terroristas, sus madres y padres, sus vecinos, sus hijos y seres queridos, sus comunidades enteras, sientan nuestro dolor colectivo.

* * *

—¿Cuáles son sus ideas, General Stark? —dijo Mark Baylor.

Los hombres estaban de pie en el Despacho Oval. Lawrence Keller estaba allí, junto con algunos otros. Habían corrido las altas cortinas azules, no dejando entrar la luz natural. Dos grandes hombres del Servicio Secreto estaban de pie junto a la puerta. David Barrett no estaba por ninguna parte, no había rastro de él. Era casi como si nunca hubiera existido.

Esta no era una reunión para "tranquilizarnos, que todos nos sintamos cómodos". Baylor no le había ofrecido a nadie una silla. No había sándwiches ni café proveniente del servicio de comida. Estaba claro que Baylor iba a ser sensato.

El general consultó las tres hojas de papel que su ayudante le había entregado. —Señor Presidente, tenemos una serie de opciones disponibles para nosotros.

A Keller le gustaba que el general ya se estuviera refiriendo a Mark por su nuevo título. Los generales en el Pentágono no eran más que animales políticos: Stark había olido claramente en qué dirección soplaba el viento.

Baylor asintió. —Vamos a escucharlas.

—Hay bastantes, —dijo Stark.

—El viaje es de mil kilómetros, —dijo Baylor.

El general asintió. —Por supuesto.

Miró los papeles de nuevo. —En general, asumimos que ninguna de estas opciones hará que Elizabeth Barrett vuelva con vida. Ese es un efecto colateral desafortunado de la situación. Como indiqué en la sesión informativa abajo, unidades de fuerzas especiales de todo tipo están realizando redadas en todo el mundo islámico mientras hablamos. Ninguna ha dado fruto hasta ahora. No tenemos idea de si Elizabeth sigue viva y, a medida que se entra más y más en contacto con células terroristas, milicias y enemigos de todo tipo, las probabilidades de su supervivencia disminuyen, en lugar de aumentar. Disminuyen dramáticamente, de hecho.

—¿Eso a qué se debe, General? —dijo Baylor.

Stark se encogió de hombros. —Buena pregunta, señor. Sobre todo, es porque estamos dando vueltas como un toro herido en una tienda de porcelana. Trabajando a esta velocidad, no tenemos forma de examinar la información que estamos obteniendo. Mucha de ella es mala y la mayor parte está incompleta. Quienquiera que tenga a Elizabeth ve lo que estamos haciendo y, si les parece que nos estamos acercando, es probable que se asusten y simplemente la maten. O puede que la maten porque en este momento los ojos del mundo entero están mirando. Para los terroristas, un video de la decapitación de Elizabeth Barrett es una poderosa herramienta de reclutamiento.

—Maravilloso, —dijo Baylor. —Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Si puedo ser franco... —comenzó Stark.

Baylor asintió. —Por supuesto.

—Nos deja una oportunidad. Somos el toro furioso y con razón. Si Elizabeth muere, e incluso antes de que lo haga, seremos libres de atacar y destruir a muchos de nuestros enemigos con total impunidad. ¿Tiene Hezbolá a Elizabeth? No lo sabemos, podrían tenerla. Somos libres de castigar a Hezbolá por cualquier papel que hayan jugado en este fiasco. ¿Qué pasa con el régimen de Assad en Siria? ¿Y los talibanes? Muammar El Gadafi en Libia y la Hermandad Musulmana en Egipto. Podríamos decidir apaciguar el Triángulo Suní desde el aire, en lugar de hacerlo en tierra. Sabemos que los iraníes han permitido previamente a los agentes de Al Qaeda cruzar su territorio sin impedimentos.

Baylor escuchaba, pero no dijo nada.

—La belleza de esto, si quiere, es que podemos lanzar un ultimátum a todos nuestros enemigos en el mundo musulmán. O están con nosotros o contra nosotros. Los grupos y lugares que nombré anteriormente deben mover todos y cada uno de los contactos que tienen para obtener la liberación segura de Elizabeth, o comenzaremos una campaña de guerra abierta como nunca se ha visto.

Hizo una pausa. —Quien haya hecho esto tiene patrocinadores. Y podemos hacer que cualquier persona que sospechemos que sea un patrocinador lo pague caro.

Baylor respiró hondo. —Corríjame si me equivoco, —dijo. —¿Pero no es Arabia Saudita el patrocinador más probable de quien haya llevado a cabo este secuestro?

Stark se encogió de hombros. —No lo sé. Nadie puede saberlo a ciencia cierta. ¿El estado de Arabia Saudita y los individuos ricos, tanto en Arabia Saudita como en otros estados suníes del Golfo Pérsico, patrocinan a Al Qaeda y otros grupos terroristas suníes? Casi con seguridad. Tú lo sabes, yo lo sé. Pero la gente normal no lo sabe. Y lo que es más, no les importa. Sólo quieren que alguien pague por esto y nosotros podemos decidir quién. Obviamente, no vamos a atacar a los saudíes, son aliados nuestros. Pero, ¿Irán? ¿Siria? ¿Hezbolá? ¿Libia? Se ha abierto la veda. O se puede abrir, si queremos.

—Y entonces, —dijo Baylor. —¿Las opciones?

—Muchas, —dijo Stark. —Como sabe, tenemos una gran cantidad de activos militares en la región. Decenas de miles de tropas de tierra en Irak. Decenas de miles de tropas destacadas en Doha. Cazas a reacción y bombarderos que pueden partir de Irak, de Doha y de Arabia Saudita. La Quinta Flota controla el Golfo Pérsico y la Sexta Flota tiene destructores y cruceros en estado de espera en el Mar Mediterráneo oriental. El Mando Central tiene drones en el aire las veinticuatro horas del día. Yo sugeriría que concedamos públicamente a quien tenga a Elizabeth un plazo de doce horas para liberarla ilesa. Al mismo tiempo, le indicamos a los malhechores de la región que también son responsables de su bienestar.

Hizo una pausa. —Al final de las doce horas, si Elizabeth no ha sido liberada, o si ha aparecido muerta para entonces, desatamos un asalto a gran escala desde el aire. Destruimos, en la medida de lo posible, las fortificaciones de Hezbolá en el sur del Líbano. Destruimos los campos de entrenamiento chiíes que los iraníes han establecido en las montañas del noroeste de Irán. También aniquilamos la marina iraní de barcos rápidos en el Golfo Pérsico, a todos ellos. Los borramos del mapa, fortificamos todo con misiles armados en la fuerza aérea y en las bases navales en el sur de Irán, a lo largo de la costa. Si intentan siquiera contraatacar, destruimos esos activos, con impunidad. Podemos hacer lo mismo en el norte, a sus activos en el Mar Negro.

Stark pasó la página y miró la siguiente.

—Por último, pero no menos importante, bombardeamos el palacio presidencial de Bashar al-Assad en Damasco y otros complejos que tiene por toda Siria. Los bombardeamos hasta convertirlos en polvo. Podemos hacer lo mismo con Gadafi en Libia, si queremos.

La habitación se quedó en silencio. Lawrence Keller consideró que, lejos de eliminar los problemas que habían estado acosando a Estados Unidos durante algún tiempo, lo que el General Stark estaba describiendo era el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

Keller había echado apresuradamente a David Barrett. Estaba empezando a tener un extraño sentimiento acerca de esa decisión. Stark nunca había hablado así frente a Barrett.

—¿Qué pasa con los rusos? —dijo Mark Baylor.

Stark negó con la cabeza. —Los rusos son una sombra de lo que eran. Son débiles, están enfocados en reconstruir su economía y su ejército. Sí, son aliados de los iraníes, de los sirios y de Hezbolá, pero la información que tenemos indica que no se arriesgarán a una guerra a tiros para proteger a esos aliados. Ahora no, aún no. Dentro de diez años, puede ser. Razón de más para dar estos pasos ahora.

Para Keller, estaba claro que el general no estaba hablando sin pensar. Había acudido a la reunión con estas ideas en la mente. Y no estaba hablando por sí mismo. El Conjunto de Jefes del Estado Mayor probablemente había preparado este plan hacía años. Keller tenía que admitir que tenía una cierta lógica sombría. Excepto…

—Los rusos tienen armas nucleares, —casi dijo Keller. Pero no lo hizo.

Mark Baylor, el nuevo Presidente, estaba asintiendo. Todos los ojos estaban sobre él. El fantasma de una sonrisa apareció en su rostro. No dudó.

—Me gusta, —dijo. —Vamos a hacerlo. Comenzad por tomar posiciones, comenzad a bloquear los objetivos y que sea obvio lo que estamos haciendo.

Baylor miró alrededor de la habitación. Sus ojos se posaron en Lawrence Keller.

—Vamos a traer un equipo de video aquí y avisaremos a los medios de que vamos a necesitar tiempo en antena. Tenemos una declaración que hacer.

—¿Qué pasa con nuestros aliados y los socios estratégicos? —dijo Lawrence Keller. —Inglaterra, Francia, la OTAN, Japón, Australia... estas personas podrían querer un poco de...

Mark Baylor desvió la conversación.

—No quiero escuchar mucho debate sobre esto, no importa lo bien intencionado que sea. Que todos lo vean por televisión.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

16:30 Hora Árabe (8:30 Hora del Este)

Hajin

Siria Oriental

Cerca de la Frontera Iraquí

—Mi lugar ideal, —dijo Ed Newsam.

El pueblo era polvoriento y remoto, un grupo de chozas y casas de una sola planta hechas de bloques de cemento, construidas a lo largo de un estrecho afluente del río Éufrates. El agua fluía de color marrón oscuro aquí y las cañas verdes y los matorrales crecían a lo largo del borde del arroyo. El suelo era de un naranja profundo y apagado, que se desvanecía en marrón tostado. Los pollos se perseguían a través de los caminos de tierra. Huertas ordenadas habían sido plantadas en filas detrás de las casas de la gente.

Al norte, en la distancia, se alzaban picos montañosos escarpados. Más cerca del pueblo, el área circundante era tan plana y tan calurosa como una sartén.

—Puedes mudarte aquí cuando hayamos terminado, —dijo Luke.

Luke y Ed caminaron por el pueblo, atrayendo las miradas de los lugareños. Estaban acompañados de un traductor árabe, un joven alegre de los suburbios de Chicago llamado Greg Welch. Greg trabajaba para el "Departamento de Estado".

Hizo un gesto de comillas con sus dedos cuando dijo las palabras *Departamento de Estado*. Pensó que era gracioso.

Según la experiencia de Luke, las personas de las oficinas de la CIA que rara vez o nunca presenciaban un combate parecían pensar que muchas cosas eran divertidas, especialmente su propio estatus y sus tapaderas. Los agentes encubiertos de la CIA, los agentes especiales y las personas que ocupaban las prisiones de los sitios negros, tendían a pensar que nada era gracioso.

—¿Cómo va tu árabe, Greg? —dijo Luke.

Greg sonrió. —Es increíble. Hablo de forma fluida el dialecto mesopotámico, como si hubiera crecido aquí. Puedo hablar levantino, pero algunas de las frases hechas son un poco arriesgadas. Tengo sangre del Medio Oriente y me pongo moreno enseguida. Se habla de enviarme de forma encubierta a alguna parte.

Luke pensó en su propio tiempo de agente encubierto como un yihadista occidental en Irak. Las imágenes manchadas de sangre pasaron por su mente en un instante. Miró a Greg de nuevo.

—No sé si te lo recomendaría.

Los tres hombres llevaban ropa casual de reportero de televisión en zona de guerra cuando entraron en el pueblo: chalecos, botas gruesas, pantalones militares y camisetas. Greg Welch llevaba un sombrero flexible. Todos llevaban pistolas, incluso Greg Welch, aunque sólo era un "empleado de la embajada".

El helicóptero los había dejado en una llanura arenosa y plana a medio kilómetro fuera de la ciudad. Lo que no querían hacer era dejarse caer repentinamente, completamente armados y posiblemente revivir el trauma de la incursión original. Querían que esto fuera lo más suave posible.

Estaban en Siria ahora y Siria no era parte de la guerra. Entraron, moviéndose lenta y deliberadamente, sin tratar de esconderse o defenderse. No estaban invadiendo o infiltrándose en una nación soberana.

Sólo eran visitantes, policías en realidad, que estaban aquí para hacer algunas preguntas.

Ya lo sabía todo el mundo.

La gente estaba parada frente a sus pequeñas casas, inmóviles como estatuas, observándolos pasar. En la mejor de las situaciones, el tamaño de Ed Newsam atraería miradas fijas, pero esto era más que eso. Era como si la gente del pueblo hubiera estado esperando que alguien viniera.

Era como si fueran fantasmas, los fantasmas de como eran antes, las personas que eran antes de la redada. Esa gente se había ido y estos fantasmas estaban aquí y los fantasmas sabían lo que había hecho el joven de su aldea y estaban esperando que el martillo cayera

de nuevo.

Llegaron a la casa. Era una pequeña casa de bloques de hormigón, pintada de azul pálido. La pintura estaba descolorida y desconchada. Las plantas en el patio delantero estaban secas y muertas. Gran parte de la casa parecía destartalada y deteriorada, como si la gente que había dentro se hubiera dado por vencida. Una silla de metal oxidado estaba colocada cerca de la puerta principal. Un anciano acababa de levantarse de ella.

El hombre era pequeño y calvo. Estaba delgado y probablemente tendría unos cincuenta años, pero algo en él parecía antiguo y pesado. Su piel era oscura, llevaba una chaqueta gris clara sobre lo que parecía una camiseta y una especie de vendaje grueso. Movió la parte superior del cuerpo con cautela, como si le hubieran lastimado la espalda y sufriera un dolor terrible.

Abajo, la pierna derecha de su pantalón estaba cortada por encima de la rodilla. Un dispositivo de prótesis de metal muy básico se había ajustado con correas de cuero a la rodilla y el muslo. Se apoyaba en una muleta de madera. Su pierna derecha había desaparecido de rodilla para abajo.

Esperó a que subieran por el sendero.

—¿Abbas Antar? —dijo Greg Welch.

El hombre asintió y agitó la mano hacia la puerta abierta.

—Entrad, —dijo. —Adelante.

* * *

—La bebida es té dulce y caliente, —dijo Greg Welch. —Los pasteles tienen almendras y miel. Muy buenos, hospitalidad tradicional siria.

Luke y Ed se sentaron en la pequeña sala de estar de la modesta casa donde Hashan Antar, el hombre que ahora se conocía en todo el mundo como Ahmet, había crecido. Los muebles incluían un sofá tapizado con dos sillas a juego. En una pared colgaba una intrincada alfombra roja y dorada. En las otras paredes había fotografías familiares. Luke notó una punzada al ver las fotos enmarcadas de dos jóvenes adolescentes, un niño y una niña, que destacaban.

Justo antes de que Luke se sentara, sus ojos escudriñaron un estante con porcelana y figuritas de cerámica, tazas y joyeros. Era un estante alto, uno de dos. El de abajo tenía numerosos libros de tapa dura y de bolsillo, todos con títulos en alfabeto árabe. El estante superior era mejor. Entre las diversas tonterías de ahí arriba, cosas que normalmente no atraerían el interés de Luke, había algo inusual. De espaldas, con la pantalla hacia arriba, había un teléfono móvil plano y azul oscuro, con una carcasa de plástico.

Si Luke tuviera que adivinar, diría que era un teléfono por satélite. Le gustaría mucho levantar ese teléfono y ver las últimas llamadas entrantes y salientes.

La esposa de Abbas Antar, una mujer corpulenta con un pañuelo negro, que sabían que se llamaba Eva Antar, pero que Abbas no había presentado por su nombre, había sacado una mesa plegable y había puesto una tetera de cerámica y pequeñas tazas de té sobre ella. Un momento después, había regresado con un plato de pasteles pequeños de hojaldre. Luego volvió a salir. No sonrió, no hizo contacto visual, ni habló en ningún momento.

Abbas se sentó en una de las sillas.

Greg Welch estaba de pie cerca de la esquina de la habitación.

—Por favor, —dijo Abbas, indicando la comida y la bebida.

Luke sorbió su té. Estaba caliente y muy, muy dulce.

—Estamos aquí porque queremos hacerle algunas preguntas, —dijo Luke. Esperó a que Welch tradujera.

El anciano asintió. —Lo sé. ¿Sois estadounidenses?

Luke asintió. —Sí.

Abbas Antar habló durante varios segundos. Habló sin pausa, pero su voz era tranquila y su rostro impasible.

—Me perdonarán, —dijo Greg Welch en inglés. —Los estadounidenses llegaron un día en medio de la oscuridad, antes del amanecer. Hombres grandes, como ustedes. Llegaron en helicópteros de batalla, con armas pesadas, gritando y echando puertas abajo. Me quitaron a mi hijo y a mi hija y se los quitaron a su madre. También se llevaron mi pierna. Nos quitaron nuestra esperanza y nuestro futuro. Nos rompieron y destrozaron nuestra aldea y luego se fueron

tan rápido como habían llegado. Nunca hubo una explicación o una disculpa. Y ahora ellos, ustedes, vuelven. Y quieren hacerme preguntas. Lo que es bueno, porque yo también deseo hacerles preguntas a ustedes.

—Lamento su pérdida y su dolor, —dijo Luke. —Responderé a sus preguntas lo mejor que pueda. Pero primero, tengo mucha prisa y debo hablarle sobre su hijo Hashan.

Abbas Antar asintió. —Sí, lo sé. Parece que mi hijo, a quien amo mucho, es el hombre más buscado de la Tierra. Me sorprende un poco que le haya llevado tanto tiempo llegar hasta mí.

—¿Ha venido alguien más?

Abbas negó con la cabeza. —No, creo que nadie lo había identificado hasta este momento.

—¿Cómo supo que era él? ¿Ha hablado con él?

Abbas hizo una mueca de exagerada sorpresa. —No, no he hablado con Hashan desde hace más de dieciocho meses. Tampoco su madre. Debe entender que, después del ataque estadounidense, se fue de aquí hacia una misión suicida. Obtendría su venganza, no por Alá, sino por sí mismo. Nunca fue un niño religioso. ¡Creía en la ciencia! ¡Creía en el pensamiento ilustrado! Los filósofos griegos, los astrónomos y matemáticos árabes y europeos. Nunca los sabios religiosos, no tenía paciencia para ello. Pero cuando su amada hermana y su hermano murieron, él también fue a morir.

La voz de Antar se ahogó y se apagó por un momento. Miró al suelo entre su pie izquierdo y la sencilla plataforma de metal que hacía las veces de su pie derecho.

—Su madre y yo no estábamos de acuerdo con lo que Hashan quería hacer. No creemos en la guerra, creemos en la paz. Queríamos lo mejor para todos nuestros hijos, pero con sólo una opción, claro, no queríamos perderlo. Esperábamos que él fuera a Jordania y luego a Inglaterra. Le dijimos esto y él se enfureció mucho. Se separó de nosotros y cortó todo contacto.

Los ojos de Luke casi se desvían al teléfono en el estante superior, pero se controló. En su lugar, se centró en Antar. El hombre estaba contando una historia convincente. Era desgarrador. Era hermoso, a su manera.

El hijo rebelde, una figura trágica, que se fue a morir en la guerra.

Cuando Antar levantó la vista de nuevo, había lágrimas en sus ojos.

—Pensamos que estaba muerto, hasta hoy.

—¿Cómo se enteró? —dijo Luke. —¿Cómo supo que era él?

El viejo se encogió de hombros. —Nuestros vecinos tienen televisión por satélite. Su rostro está en todas las noticias de la televisión. Las cámaras en Suiza capturaron su imagen. Ellos vinieron y nos lo dijeron. ¡Hashan está vivo! ¡Ha hecho algo enorme! Cuando vimos el asunto tan grande que había hecho, su madre lloró durante dos horas. Esa pobre niña, ahora ella será asesinada por fanáticos y saldrá en televisión. Porque la escritura lo manda. Debe tomarse ojo por ojo, diente por diente.

Hizo otra pausa y miró directamente a Luke.

—Una vida por una vida. Una vida importante por muchas sin importancia. La vida de la hija de su Presidente, por la vida de mi hijo y de mi hija y muchos otros que no se pueden contar. ¿No está de acuerdo en que esto es muy sabio? Usted, de todas las personas, un soldado, debe estar de acuerdo.

Luke no sabía cómo responder. Sí, él había sido un soldado, pero siempre había pensado de sí mismo que estaba metido en el negocio de salvar vidas. Matar a estos ahora, para salvar a todos estos otros más tarde.

¿Cómo podría expresar esto para hacérselo entender a este hombre?

—Estamos tristes de que Hashan haya hecho esto, —dijo Antar. —Estamos avergonzados de nuestro único hijo.

Luke asintió. —Entiendo. —hizo un gesto con la cabeza hacia el estante.

—Lamento preguntar esto. Ha sido ya muy hospitalario, pero, ¿puedo tomar prestado su teléfono por satélite para llamar a mi base? Tengo una cuenta que hará la llamada de forma gratuita para usted. Yo sólo…

Levantó las manos para mostrar lo tonto que era todo. Sonrió

torpemente.

—Me dejé mi teléfono en la base por accidente.

—¿Teléfono por satélite? —dijo Antar.

—Sí, —dijo Luke. —Hay un teléfono por satélite en su estante superior.

Antar miró a Luke. Siguió la mirada de Luke.

—¡Oh, vaya! Hashan se dejó esa cosa. ¿Eso es lo que es, un teléfono? Pensé que debía ser un juego de ordenador, nunca lo he mirado, no tengo ni idea de si funciona. Me imagino que la batería murió hace mucho tiempo.

Antar sonrió. Era una sonrisa que parecía frágil, como si pudiera partirse por la mitad.

—¿Le importa si echo un vistazo? La batería todavía podría funcionar. Realmente necesito hacer una llamada.

Luke miró a Greg Welch. Welch tradujo lo que Luke acababa de decir. Se quedó allí, mirando a Luke. Era casi como si la temperatura en la habitación hubiera bajado veinte grados.

Welch miró el teléfono en el estante.

Una larga pausa se prolongó. El comportamiento de Antar había cambiado, tenía el ceño fruncido, como si estuviera pensando. Después parecía enfadado. Agitó una mano y escupió algo en árabe. Sonaba vicioso, como una maldición.

—Haz lo que quieras, —dijo Greg.

Luke lo miró.

Detrás de Welch, Eva Antar apareció en la puerta. De repente, había una pequeña pistola negra en su mano. Apuntaba hacia la parte posterior de la cabeza de Welch.

—¡No! —gritó Luke. —¡Greg!

BANG.

El ruido fue fuerte, pero no ensordecedor. Era una pistola pequeña, después de todo.

Hubo un momento, un instante, cuando Welch hizo una mueca, con los ojos entornados, probablemente no con dolor, pero anticipando lo que iba a suceder. Luego su cara pareció *hincharse* por una fracción de segundo, antes de esparcirse una lluvia de sangre, huesos, carne y sangre.

Luke volvió a mirar al anciano. Se había rasgado la chaqueta. Lo que antes parecían ser vendas era un chaleco suicida. Sus manos temblorosas se esforzaron en tirar del cable que encendería los explosivos. Luke vio una cadena de ellos que se abría paso alrededor del torso del hombre, suficientes para destruir la casa.

Luke se sintió extrañamente congelado. Parecía imposible que este hombre, que había estado aireando sus quejas, su angustia y su tragedia un momento antes, fuera a...

Entonces Luke sacó su arma. Sucedió automáticamente, por instinto animal, sin ninguna intervención consciente suya. Disparó, sin apuntar.

¡BUUUM!

La cabeza de Antar se abrió, la mayor parte se esparció hacia su derecha. El ruido fue fuerte. El rostro del hombre se quedó en blanco, sus manos flojas y se derrumbó sin huesos al suelo.

Entonces Ed Newsam se puso de pie. Ahora tenía un arma en la mano.

Se volvió y se enfrentó a la esposa.

Apuntó su pequeña pistola hacia Ed.

¡BUUUM!

Ed disparó, el disparo golpeó el pecho de la mujer. Sus brazos volaron hacia arriba, el arma se le cayó de la mano. Cayó al suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Su boca colgaba abierta. Por un momento, ella se quedó allí sentada, con la cara en blanco. Luego, la parte superior de su cuerpo se deslizó de lado hacia el suelo, dejando un rastro de color rojo en la pared, como el rastro de baba que deja un caracol.

Luke se puso de pie, observando la carnicería en la pequeña sala de estar. El olor a pólvora flotaba en el aire. Tres personas muertas y fácilmente podrían haber sido cinco.

—Oh, Dios mío, —dijo.

Ed lo miró. —Mejor nos vamos.

Luke se acercó a la estantería y cogió el teléfono. Lo miró. Por supuesto, era un teléfono satelital y estaba encendido. La carga de la batería estaba llena, la conexión por satélite era buena.

Respiró profundamente. Su corazón acelerado estaba dando saltos, luego desaceleró un poco. —Será mejor que llamemos al helicóptero para que aterrice aquí, —dijo. —Esto ha hecho mucho ruido. Dudo que pudiéramos caminar hasta el punto de encuentro y llegar allí con vida.

—¿No deberíamos registrar la casa? —dijo Ed.

Luke miró a su alrededor. Las habitaciones eran austeras. No había mucho que buscar. Lo más preocupante era que la casa fuese pequeña. Un ataque con cohetes probablemente la volaría y haría que todo se derrumbara encima de ellos.

—Me preocupan los vecinos. Dentro de un minuto, estaremos en una guerra de disparos, simplemente aferrándonos a este lugar.

Ed se había apretado contra una pared de hormigón, lejos de las ventanas.

—¿Te has dado cuenta? —dijo. —Todo el mundo parecía saber cuándo íbamos a venir.

Luke miró por la ventana. Ya había una docena de personas reunidas fuera. Los niños corrían por los callejones entre las casas, gritando. Luke no estaba seguro, pero pensó que podría haber visto un AK-47 en las manos de alguien, que desapareció rápidamente. Luke también se apretó contra una pared. Se estaba poniendo feo ahí fuera.

Se puso en contacto por radio con los pilotos del helicóptero.

Había conocido a los pilotos hoy por primera vez, pero había oído hablar de ellos antes. Eran una extraña pareja, una mujer y un hombre, Rachel y Jacob. Eran el 160º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales del Ejército de los Estados Unidos y aparentemente habían volado juntos durante años. A Luke le gustaba eso de ellos. Los 160º SOAR eran las Fuerzas Delta de pilotos de helicópteros.

Rachel era ancha y musculosa y tan dura como parecía. Parecía un póster de Rosie la Remachadora. No te unes a un grupo de élite de pilotos de operaciones especiales del Ejército siendo mujer, te peleas para entrar. Mientras tanto, Jacob era delgado y aflautado, pero tan firme como una roca. Su calma bajo el fuego era legendaria, casi surrealista.

—Chicos, vamos a necesitar una extracción aquí —dijo Luke.

La voz de Rachel: —¿Cómo ha ido la entrevista?

—Uh, no como habíamos planeado. El traductor está muerto, los sujetos están muertos y los nativos están cada vez más inquietos.

—Está bien, tenemos contacto visual en vuestra ubicación. Parece que una multitud se está reuniendo.

—Sí.

—No pinta bien.

Luke asintió. —Exactamente como había pensado.

La voz de Jacob se escuchó, tranquila como siempre.

—Luke, estaremos allí en treinta segundos. Yo sugeriría que hiciéramos esto en el tiempo justo. Tocar tierra e irnos. Descenderemos al patio delantero, con las armas de fuego hacia el grueso de la multitud, saldréis, saltaréis a bordo y nos iremos en cinco segundos. ¿Os parece bien?

—Tenemos que sacar un cuerpo, —dijo Luke.

—Está bien, —dijo Jacob. —Entonces lo haremos en seis segundos.

Ya podían oír el helicóptero.

—Me parece bien.

Ed Newsam se arrodilló y se echó el cuerpo de Greg Welch sobre el hombro. La cabeza de Welch goteaba sangre. No importaba. La regla era que no se dejaba a un compañero atrás. Era una regla que no siempre se podía seguir, pero en este caso...

—¿Lo tienes? —dijo Luke.

Ed asintió. —Vámonos.

Justo antes de que el helicóptero aterrizara, Luke salió de la casa primero, con su propia pistola en la mano derecha y la pistola de Ed en la izquierda. Apuntaba directamente a la multitud. Nadie se movió ni se estremeció. Ojos duros lo miraban fijamente.

Detrás de él, Ed Newsam salió con su trágica carga.

El helicóptero apenas tocó tierra antes de volver a estar en el aire. Luke se volvió a mirar a la multitud. Las caras levantadas miraron al helicóptero volar lejos.

Luke ya estaba en la radio otra vez.

—¿Swann? Swann, ¿puedes oírme?

El helicóptero Little Bird se inclinó hacia la izquierda y se dirigió hacia el sureste, lejos del pueblo y de regreso hacia el territorio iraquí. Si tenían suerte, cruzarían la frontera antes de que alguien del gobierno sirio supiera que estaban aquí.

—Tres minutos hasta la frontera, —dijo Jacob. —Tres minutos. Agarraos fuerte y enviad una pequeña oración a quien queráis o en lo que creáis.

Los restos de Greg Welch yacían tendidos en la diminuta cabina de pasajeros. Ed Newsam estaba trabajando para meter el cuerpo de Welch en una bolsa para cadáveres. La cabeza de Welch estaba destrozada. Su rostro parecía como si un puño gigante hubiera perforado un sangriento agujero en él.

La voz profunda de Swann se oyó: —¿Luke? Estoy aquí.

Luke se quedó sin aliento, como si acabara de correr diez kilómetros. —Swann.

—Sí. ¿Cómo ha ido? ¿Recibiste alguna información de los padres?

—Hubo un problema con los padres, —dijo Luke.

La radio crepitaba. —¿Un problema? ¿Cómo es eso?

—No te preocupes por eso ahora. No quiero adelantarme, pero parece que estos realmente podrían haber sido los padres del secuestrador. Si es así, es una gran oportunidad, amigo. Y hay una manera de que podamos confirmarlo. Llevo conmigo un teléfono por

satélite que confisqué. ¿Hay alguna forma de tener acceso a él, sin que tenga que regresar a Bagdad? Tiene en su registro un número al que llamó repetidamente durante varios meses y necesito saber dónde estaba ubicado ese número y dónde está ahora.

Hubo una pausa en la línea. Luke miró a Ed, este tiró de la cremallera, cerrando la bolsa negra sobre la cabeza de Greg Welch.

—Sí, puedo hacerlo, no hay problema. Necesitaré que uses el teléfono para llamar al número que te voy a dar. Llamarás a mi portátil; una vez que estamos conectados, puedo ver el registro de llamadas y rastrear a dónde fueron hechas esas llamadas. No debería llevarme mucho tiempo.

—Está bien, —dijo Luke. —Dame el número.

Luke tecleó los dígitos cuando Swann se los leyó. El teléfono estuvo en silencio un largo momento, luego hizo un zumbido cuando se conectó al ordenador.

—Luke, te voy a colgar un momento.

—No hagas que te tenga que llamar otra vez, —dijo Luke.

—No lo haré. Sólo sé paciente durante cinco minutos, ¿de acuerdo?

Luke miró su reloj. Eran las 17:35. Quizás quedaban dos horas de luz. —Cinco minutos, tío.

Ed Newsam estaba en una compuerta abierta, explorando los cielos en busca de actividad enemiga.

—¿Algo? —dijo Luke.

Ed asintió. —Sí. Manchas negras en el horizonte, bajo y fuerte. Tres de ellos, por lo que cuento.

—Caballeros, —dijo Rachel por el intercomunicador, para confirmar sus peores temores. —Les sugiero que se aten. Los aviones de combate sirios se aproximan desde el oeste. Deberían alcanzarnos en menos de un minuto.

Luke asomó la cabeza hacia la cabina del piloto.

—¿Qué queda para que crucemos la frontera hacia Irak?

—Lo mismo, —dijo Rachel. —Un minuto o menos.

—Si pasamos la frontera...

Jacob se encogió de hombros. —No garantiza nada, hemos invadido su espacio aéreo. Y de todos modos, tienen misiles que podrían abatirnos ahora mismo, si quisieran. Podrían disparar contra nosotros y abatirnos cuando estemos a veinte kilómetros de Irak. Nos estamos moviendo como un abejorro en comparación con ellos.

—Maldita sea, —dijo Luke. Miró a través del parabrisas de la cabina. Había desierto abierto delante de ellos.

—Yo que tú me ataría, Stone. Esto podría ponerse interesante.

Luke volvió, se sentó junto a Ed y se ató. Ed estaba estirando el cuello hacia atrás mirando por la compuerta.

—¿Algo?

—Puedo ver uno. Nos tiene en sus narices. Viene con fuerza, como un misil.

Luke respiró hondo. Esto iba a suceder más rápido que la velocidad del sonido.

Ed se dio la vuelta y miró de frente. —Ahí viene.

Luke miró a su derecha. A través de la compuerta, detrás de él, vio el avión sirio. Era una sombra oscura, un borrón, que venía casi demasiado rápido para verlo. La imagen de un pterodáctilo apareció en su mente.

Su corazón saltaba en el pecho.

—Oh, tío.

El avión pasó rápidamente, justo sobre sus cabezas, demasiado cerca. El chillido de sus motores a reacción fue ESTREPITOSO. Por un momento, lo envolvió todo. Tanto Luke como Ed se taparon los oídos con los dedos.

Un instante después, la turbulencia los golpeó y el diminuto helicóptero se estremeció. El Little Bird se precipitó por el aire agitado, luego se calmó. Pasó un segundo, luego otro jet pasó chirriando. Otro segundo, otro jet.

—¡Aaaahhh! —gritó Luke. Odiaba a esos pilotos de combate.

El helicóptero rebotó a través del turbulento campo aéreo. Era como estar atrapado en un remolino después de que se rompiera una ola monstruosa en el océano.

Por fuera de la compuerta, Luke vio que los tres aviones giraban con fuerza en fila india, retrocediendo por donde habían venido.

Luke dejó escapar un largo suspiro. Sintió su corazón ahora, latiendo constantemente, golpeando fuerte, pero ya casi normal. Sus orejas retumbaban.

—Felicidades, caballeros, —dijo Jacob. —Acabamos de cruzar la frontera hacia los queridos brazos de Irak.

Pasó un largo momento. Ed y Luke se quedaron quietos, las correas todavía los sujetaban.

—Ha sido un día complicado, —dijo Ed. Se quedó mirando la bolsa de cadáveres con el ex traductor de la CIA.

—Amén, —dijo Luke. —Ayer fue malo, pero esto...

—Brutal, —dijo Ed.

Un estallido de estática vino de la radio de Luke. La recogió. Swann estaba de vuelta.

—¿Luke?

—Sí, Swann. ¿Qué pasa?

La voz de Swann temblaba. Sólo era un tipo haciendo extracción de datos y, sin embargo, estaba nervioso. Tuvo suerte de no estar allí. Los aviones de combate sirios no habían zumbado sobre su cabeza.

—He encontrado las ubicaciones de ese número de teléfono. También es un teléfono por satélite y durante la mayor parte del año pasado apenas se movió, estacionado en Ginebra, Suiza, todo el tiempo. Parece que los padres probablemente estaban llamando a su hijo. Esto podría ser el hecho real.

Luke se dio cuenta de qué estaba haciendo temblar la voz de Swann. Miró a Ed.

Los ojos de Ed se iluminaron. —Un negocio redondo, —dijo.

—¿Dónde está el teléfono ahora? —dijo Luke a la radio.

—Durante las últimas doce horas, ha estado ubicado en las Montañas Sinjar, en el lado de Irak en la frontera. El teléfono que cogiste de los padres llamó a esa ubicación dos veces.

Una sensación comenzó a hincharse en el pecho de Luke. De repente había una oportunidad. Eso era todo lo que siempre había querido, una oportunidad para pelear.

— ¿Montañas de Sinjar? —dijo Luke. —¿Podrías ser un poco más específico? Las Montañas de Sinjar no me dicen nada…

—Como a unos ciento veinte kilómetros al norte de vuestra posición actual, —dijo Swann. —unos pocos kilómetros, arriba o abajo.

Luke hizo los cálculos en su cabeza. El Little Bird alcanzaba los 175 kilómetros por hora, pero quemaría mucho combustible a esa velocidad.

—¿Qué pasa ahí?

Se oía una voz detrás de Swann. Trudy Wellington estaba diciendo algo. De repente ella estaba en la radio.

—Luke, soy Trudy.

Luke sonrió y negó con la cabeza. —Sí, lo sé.

—Las Montañas Sinjar son empinadas y escarpadas, de difícil acceso. Hay un conflicto de intereses allí. Las milicias kurdas controlan gran parte de la región, pero algunas áreas de las montañas son salvajes y están a disposición de cualquiera. Se cree que las partes más inaccesibles son lugares donde se esconden los terroristas y las milicias suníes. También hay grupos minoritarios que viven allí, como los yazidíes, que intentan mantenerse al margen de todo esto.

Un nuevo chirrido de estática interrumpió su voz.

—En pocas palabras, diría que esas montañas son frías, duras y están muy armadas.

Luke miró a Ed Newsam. Ed se encogió de hombros.

—Sabes qué hacer, —dijo Ed.

Luke se desabrochó las correas y se levantó de un salto. Asomó de nuevo la cabeza por la cabina.

—Tenemos que ir al norte, —dijo. —A las Montañas Sinjar.

—¿Al norte? —dijo Rachel. Miró los indicadores frente a ella. —Lo siento, Stone, no tenemos ese tiempo de vuelo restante. Tenemos que volver a la base para repostar. No podemos ir a las Montañas Sinjar y esperar poder regresar. Estaremos casi sin combustible cuando lleguemos allí.

Luke sacudió la cabeza. —Chicos, lo siento, tenemos nuevas órdenes. Tenemos que ir al norte. Encontraremos combustible por el camino, o no. Si tenemos que hacerlo, dejaremos este pájaro y caminaremos.

Jacob estaba inusualmente preocupado. —Este es un país indomable, —dijo. —No tenemos muchos amigos aquí.

—Supongo que tendremos que hacer nuevos amigos.

Luke volvió a su radio.

—Trudy, necesito que hables con Papá Cronin y que él atraiga a tantas personas como pueda para esto. Podría ser un gran avance, pero nos llevará unos cuarenta y cinco minutos llegar hasta allí. Vamos a tener que deshacernos de este helicóptero en algún momento. Estoy seguro de que Papá Cronin podría tener un dron sobre esas montañas dentro de veinte minutos a partir de ahora. Podríamos hacer saltar a un equipo desde un avión, si es necesario. Si comienzan a despegar ahora, pueden llegar antes que nosotros.

—Hay un pequeño problema aquí, Luke.

Luke puso los ojos en blanco. —Siempre hay un problema. ¿Qué problema hay?

—El problema viene cuando nos hemos apoderado de las tropas del Servicio Aéreo Especial Británico esta mañana sin permiso y uno de ellos vuelve a casa en una bolsa. Aparentemente, Montgomery es un vaquero, es temerario y manipulador y esto ha sido un punto de inflexión para sus jefes. Lo llamaron de vuelta a Londres. Papá Cronin tiene una reputación similar a la de Monty. Ha habido lo que los

británicos llamarían una disputa diplomática, con algunos dedos apuntando. Puede haber un problema para obtener acceso a más...

—Trudy, no anticipes que tendremos un problema, ¿de acuerdo? Dile a Papá Cronin que tenemos un teléfono por satélite que ha estado llamando a otro teléfono por satélite, que estuvo ubicado en Ginebra durante meses. La persona al otro lado del teléfono podría ser Ahmet, el hombre que secuestró a la hija del Presidente. Si podemos llegar a él antes de que alguien más lo haga, podría saber algo sobre dónde está ella ahora.

—Luke, ¿tienes alguna idea de lo vaga que suena esa ventaja? Los terroristas probablemente colocaron una docena de teléfonos satelitales en Ginebra como callejones sin salida. ¿Sabes lo fácil que podría ser? Aunque fuera el hombre adecuado, bien podría estar muerto. Si no lo está, debería estarlo. Alguien más probablemente cogió su teléfono. Las ubicaciones de los teléfonos satelitales son notoriamente malas. Siempre que hacemos ataques con aviones no tripulados a los teléfonos satelitales, matamos a las personas equivocadas. Si por algún capricho del destino, Ahmet, de alguna manera, todavía está vivo y poseía ese teléfono, probablemente entregó a Elizabeth a los otros e inmediatamente se fue en otra dirección. Las probabilidades de que sepa dónde está ella son escasas, por decirlo suavemente.

—¿Estás jugando a ser el abogado del diablo? —dijo Luke.

—No, te digo lo que probablemente será la respuesta oficial. Especialmente después de lo que sucedió esta mañana y la grieta que causó entre Papá Cronin...

—Trudy, esto es una ventaja. Un hombre murió para conseguirla. ¿Tienes algo mejor?

—No.

—Entonces dile a Papá Cronin que necesito algunas tropas en las Montañas Sinjar. Una fuerza de ataque, preferiblemente operadores especiales, rápidos, ligeros y silenciosos. No envíes a un batallón. También necesito un dron espía, al menos uno. Tráeme estas cosas, por favor. Si es un problema conseguirlas, entonces ponle más empeño.

—Entendido, —dijo Trudy.

—Bien, gracias. ¿Swann sigue ahí?

—Estoy aquí, —llegó la voz profunda del hombre flaco.

—Swann, necesito que identifiques esa ubicación tan exactamente como...

—Ya estoy trabajando en ello, —dijo Swann.

CAPÍTULO VEINTISIETE

10:05 Hora del Este (18:05 Hora Árabe)

Gabinete de Crisis

La Casa Blanca, Washington, DC

Lawrence Keller estaba empezando a lamentar su decisión.

Había conocido al Presidente interino Mark Baylor durante dos décadas, o creía que lo había hecho. Ahora empezaba a preguntarse a quién y qué había conocido.

Para Keller todo se resumía en un ejército fuerte. Sentía que debería haber una feroz respuesta estadounidense al secuestro de la chica Barrett y lo que parecía ser su inevitable muerte. Incluso podía ver la lógica en aprovechar la situación para mover algunas piezas hacia adelante en el tablero.

Mark Baylor, por otro lado, estaba preparado para hacer estallar el Apocalipsis. Y no estaba claro que nadie de esta sala estuviera preparado para detenerlo. En todo caso, el General Stark estaba aún más ansioso por ello que Baylor.

Keller miró alrededor de la mesa de conferencias en el centro de la sala. La gente parecía nerviosa. Pero eran arribistas que no iban a armar más problemas, o eran consejeros subalternos que sólo hablarían cuando se les preguntara. En algunos casos, eran personas que no tenían un pensamiento original en sus cabezas. Nunca se les ocurriría que el consejo proveniente de alguien del Pentágono pudiera estar equivocado. No habían llegado a esta mesa cuestionando las cosas.

Keller miró a los jóvenes ayudantes y asistentes que cubrían las paredes. No ofrecían ninguna esperanza, estaban aquí para hacer exactamente lo que se les decía. Ninguno de ellos podía detener este choque de trenes, aunque quisieran.

No. Si esto se paraba, caería sobre el mismo Keller. El último animal político, el astuto operario, tendría que poner su propia cabeza

en la guillotina. No le gustaba ese pensamiento.

En la pantalla de la parte delantera de la sala, había un gran mapa de Oriente Medio. El General Stark se paró frente a él con un puntero láser. Marcó varios puntos de interés con el puntero.

—Tenemos salidas de bombarderos B-2, junto con escoltas de caza, volando en los límites del espacio aéreo iraní sobre Irak, Turquía y Afganistán. Están preparados para hacer profundas incursiones en Irán en cualquier momento. También estamos haciendo volar patrullas de combate en el borde del espacio aéreo iraní en el Golfo Pérsico. Estamos entrando en contacto con aviones de combate iraníes, pero hasta el momento no se han producido provocaciones.

El punto rojo de su puntero hizo un garabato en el Golfo Pérsico y luego se asentó en el angosto Estrecho de Ormuz.

—Los destructores y portaaviones estadounidenses en el Golfo se encuentran en un estado de alta disponibilidad. Estamos preparados para enfrentarnos a Irán con un ataque masivo y abrumador, que degradará significativamente su capacidad de respuesta y hará que su infraestructura retroceda décadas. También podemos pedir un ataque de decapitación dirigido a su liderazgo en Teherán.

—¿Qué recomienda, General? —dijo Mark Baylor.

—Personalmente, me gustaría emprender el ataque de decapitación, para empezar. Tenemos una red de topos, agitadores y, si es necesario, células de guerrilla, salpicados entre la sociedad iraní. Parte de esa red se ha cerrado en los últimos años, pero parte de ella todavía está operativa. Una vez que alcancemos el liderazgo, el Consejo Supremo, yo pediría actos de sabotaje y la organización de manifestaciones callejeras. A través de un ataque a corta distancia, combinado con el apoyo a la resistencia en el país, podemos desestabilizar la sociedad iraní hacia un grado sorprendente.

Hizo una pausa.

—¿Cuál es la respuesta iraní a nuestros preparativos? —dijo Baylor.

El general se encogió de hombros. Un ayudante se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. — Bueno, tenemos vulnerabilidades. Como saben, Irán ha lanzado amenazas contra la base aérea estadounidense fuera de Doha, en Qatar, así como contra nuestra embajada

en Bagdad. Tenemos a diez mil soldados retenidos en la base aérea de Doha, junto con otros veinte mil familiares que viven en la base y en las cercanías.

—Para ser justos, los misiles iraníes podrían llegar a Doha en minutos. Y las estaciones de escucha de la CIA y la NSA están informando sobre los estados avanzados de operatividad en todo el ejército iraní, incluida su rápida embarcación en el Golfo Pérsico, su fuerza aérea, el mando de misiles y la Guardia Revolucionaria. Los silos de misiles se están preparando para el lanzamiento y cada vez se informa de más estados de disponibilidad para el combate. Están a un paso de un gatillo sensible. Eso es lo que se escucha.

—¿Le preocupa eso, General?

Stark negó con la cabeza. —Realmente, no. La fuerza aérea iraní es más bien lo que yo llamaría una farsa aérea. Y por mucho que tenga un arsenal robusto de misiles convencionales, a pesar del ruido de sables en el pasado, nunca los han usado. Mi corazonada es que su renuencia se debe a la clase de respuesta bíblica abrumadora que obtendrían de nosotros, si se atrevieran a lanzar. Estoy seguro de que podemos emprender un ataque preciso contra ellos y casi no recibiremos respuesta.

Agitó su mano con actitud de despido. —Aparte de, ya sabes, un llamamiento a las Naciones Unidas y algunos apretones de manos y condenas de los sospechosos habituales. China, Cuba, Venezuela y algunos otros.

Keller se quedó sin respiración por la confianza displicente del hombre en sus propias evaluaciones. Estaba sugiriendo un ataque masivo contra un gran poder regional bien armado y no esperaba nada a cambio. Mientras tanto, despreocupadamente pondría en riesgo más de 30.000 vidas estadounidenses.

—De hecho, —dijo el general, —Me siento tan bien por esto que recomiendo exactamente el mismo enfoque en Siria y digo que lancemos los ataques simultáneamente. Bashar el-Assad tiene carácter de ardilla, por decirlo suavemente. Es bueno en ser esquivo, pero podríamos tener suerte y la sociedad siria es especialmente frágil. Assad es parte de la minoría chiíta alauí en un país que está compuesto predominantemente de suníes y controla su poder a través de la violencia y la intimidación.

—En este momento estamos realizando vuelos sobre el

Mediterráneo cerca del Líbano, sobre Israel y Cisjordania, sobre el sur de Turquía y sobre el oeste de Irak. Disfrutamos de una vasta superioridad aérea y tenemos a Siria completamente rodeada. Nuestros barcos en el Mediterráneo están a la espera de lanzar misiles sobre el Palacio Presidencial en Damasco, así como media docena de otros escondites conocidos que utiliza Assad. Si golpeamos a Assad, proporcionamos un poco de estímulo a los extremistas suníes en el terreno durante la confusión subsiguiente, existe la posibilidad de que Siria se convierta en un caos.

—Me gusta, —dijo el Presidente Provisional.

Lawrence Keller se resistía a esto, lo odiaba. Sintió que una marea de ira crecía dentro de él. Iban a obligarlo a arriesgar su carrera al declarar hechos que deberían ser dolorosamente obvios para cada persona en esta sala.

—General, —dijo.

—¿Sí? Señor…

—Lawrence Keller. Soy el Jefe del Estado Mayor del Presidente Barrett.

—Bueno, señor Keller, creo que su equipo podría haber salido del vestuario.

Mark Baylor habló. Gracias a Dios por eso. —Lawrence es un veterano de Washington, General. Es valioso en cualquier administración. Se está quedando para facilitar la transición del poder, si llegamos a eso. Mientras tanto, actualmente es el representante del Presidente Barrett en estas reuniones.

El general asintió. —Ya veo.

—General, —comenzó de nuevo Keller, —¿no fueron los extremistas suníes los que nos atacaron el 11 de septiembre?

—Creo que sí, sí. Pero no eran sirios, por lo que sabemos.

—¿No fueron los extremistas suníes también los que bombardearon el USS Cole? ¿No son una amenaza existencial para el futuro de la sociedad iraquí? Y teniendo en cuenta que el video que hemos visto de Elizabeth Barrett, tiene todas las características distintivas de los videos realizados anteriormente por Abu Musab al-Zarqawi, el legendario terrorista suní, ¿no es probable que los

extremistas suníes sean los que retienen a Elizabeth?

El General Stark se encogió de hombros. —No sé si describiría a Zarqawi como legendario. Infame, tal vez. Despreciable, desde luego.

Todos en la habitación parecían estar mirando a Keller ahora. Con sólo una corta frase, él mismo se había superado. Uno de estos asuntos no pertenecía aquí y él era ese asunto. Era casi como si estuviera emitiendo un mal olor, el olor de alguien que acababa de manchar sus pantalones.

Sin embargo, siguió adelante.

—Independientemente de cómo pueda describir a Zarqawi, si los extremistas suníes son los que han secuestrado a Elizabeth, los que han destruido el *World Trade Center*, los que han bombardeado el Cole y están haciendo ingobernable a la sociedad iraquí, entonces, en el nombre de Dios, ¿por qué los apoyaríais en Siria?

La respuesta del general no era en absoluto lo que Keller esperaba. Stark lo señaló y sonrió. —Esa es una buena pregunta, Sr. Keller. Y es una pregunta con la respuesta ya incorporada. La razón por la que apoyaríamos a los extremistas suníes en Siria es porque hacen un buen trabajo al hacer que Irak sea ingobernable. Queremos a Assad fuera, queremos a Siria ingobernable. Si eso significa apoyar a los extremistas suníes, que así sea.

—Los extremistas suníes son nuestros enemigos, —dijo Keller.

Stark asintió. —Assad también es nuestro enemigo. Y él es el enemigo de los extremistas suníes. Y el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—¿Nuestros amigos son las mismas personas que nos atacaron el 11 de septiembre?

El general negó con la cabeza. —Esos eran saudíes, en su mayor parte. Estoy hablando de sirios. Está comparando manzanas con naranjas.

—Y usted, General, está sugiriendo que ataquemos dos sociedades dominadas por los chiíes, aunque los ataques contra nosotros provengan casi exclusivamente de los suníes, siendo muy probable que las personas que secuestraron a Elizabeth Barrett sean suníes.

Se detuvo y cogió aire. No se había dado cuenta de que iba a

tener un arrebato como este. Y se dio cuenta de que estaba a medio camino.

—Durante su planificación, ¿ha considerado por un momento qué efecto tendrán todos estos ataques en la vida de Elizabeth Barrett? Ni siquiera sabemos si está viva o muerta. Lo que sí sabemos es que una respuesta con mano dura va a poner en riesgo su vida.

De repente se le ocurrió que antes, con las prisas por alejar a David Barrett, había sido insensible con Elizabeth y sus posibilidades de supervivencia. Pero ahora, el sentido de su humanidad parecía inundar su sistema. Era una persona real, joven y ciertamente ingenua, pero no era un peón en un juego.

El general Stark miró a Lawrence Keller durante un largo momento. Parecía confundido, como si no supiera qué hacer con todo lo que Keller había dicho. ¿Ahora dejaban entrar a los traidores en el Gabinete de Crisis? El general miró al Presidente Provisional, como si Mark Baylor fuera un árbitro y Stark estuviera esperando una decisión objetiva.

Baylor, a su vez, miró a Lawrence Keller. Frunció un poco las cejas.

—¿Estás bien? —dijo.

—No lo sé, —dijo Keller. Pensó en ello por un momento. —No, supongo que no estoy bien. En lugar de hablar de todas las formas en que podemos atacar a Irán y Siria, sugiero que hablemos de todas las formas en que podemos encontrar a Elizabeth Barrett.

El general Stark levantó una pila de papeles sobre la mesa cerca de su codo. —¿Sabe qué es esto? —dijo.

Keller negó con la cabeza. —No, ¿por qué no nos ilumina?

—Estas son páginas y páginas de pistas sobre la posible ubicación de Elizabeth. Estas son listas de más de doscientos detenidos de alto nivel, con vínculos con extremistas islámicos, que actualmente están siendo interrogados. Se trata de siete docenas de operaciones encubiertas que han tenido lugar hoy mismo, en un intento de encontrarla. Se trata de cuentas bancarias congeladas y redadas policiales en Suiza, Bruselas, París, Madrid, toda Alemania y en Londres y Manchester, por no mencionar en Brooklyn, Baltimore y Minneapolis. Estos datos tienen una hora de antigüedad. Hay más, entrando a raudales todo el tiempo.

—¿Qué está diciendo, General?

—Estoy diciendo que Elizabeth Barrett es una persona. Sí, es una persona importante, pero una persona, no obstante. Y muchas, muchas personas competentes están trabajando para encontrarla, ya sea viva o muerta. Mientras tanto, tenemos asuntos más importantes que atender.

—¿Así que nosotros, las personas de esta sala, no tenemos ninguna responsabilidad con ella? —dijo Keller.

—Señor, tenemos una responsabilidad con ella, —dijo Stark. —Con toda probabilidad, ya estará muerta. Y cuando aparezca el video de salvajes terroristas decapitándola para que el mundo lo vea, nuestro trabajo es vengar su muerte con una tormenta de fuego que nadie olvidará jamás. Necesitamos tener un plan para llevar eso a cabo.

Stark hizo una pausa y asintió ante la verdad de lo que acababa de decir.

—Esa es nuestra responsabilidad.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

18:25 Hora Árabe (10:25 Hora del Este)

Montañas de Sinjar

Provincia de Nínive

Noroeste de Irak

Ambos se estaban quedando sin tiempo.

Ahmet se sentó en el suelo frente a Elizabeth. Estaban dentro de un viejo edificio de piedra, muy deteriorado, vestigio de un pasado lejano que hacía mucho que había desaparecido de la memoria. Ya no había puerta y la mayor parte del techo se había derrumbado. Había grandes trozos de rocas partidas por todo el suelo.

Estaban en lo alto del borde occidental de la cordillera. Por la conjetura de Ahmet, quedaba menos de media hora de luz diurna. Una vez que el sol se pusiera, aquí iba a hacer frío. La noche sería helada, probablemente con un viento penetrante.

Los muyahidines habían planeado ejecutar a la niña por la mañana, después de las oraciones. Ahmet pensaba que no podría sobrevivir tanto tiempo.

—Tienes que sacarme de aquí, —dijo ella en voz baja.

Todavía llevaba puesto el mono naranja con el que la habían vestido para el video. Llevaba una bufanda negra sobre su cabeza. La ropa no estaba caliente. No tenía guantes, ni gorro y llevaba sandalias con los pies descubiertos.

Sus muñecas estaban atadas con correas de cuero a una cadena corta. Una cadena robusta estaba envuelta alrededor de su cintura, sujeta por los extremos, que habían sido clavados en la pared de piedra a cada lado de ella.

Era un arreglo improvisado, lo que le daba cierta libertad de movimientos. De hecho, casi parecía que podía escurrirse de allí, pero, ¿y entonces qué? Estaba en lo alto de las montañas, lejos de cualquier

civilización, con docenas de combatientes suníes fuera de esa puerta, tomando esta cordillera. No había ningún lugar donde correr.

Los militantes no la habían alimentado desde que llegó. No le habían dado más que unos pocos sorbos de agua. No era por crueldad o por rencor: tenían muy poca comida y casi nada de agua, ni siquiera para ellos mismos. Y con las unidades de combate kurdas recorriendo gran parte de las zonas más bajas de las montañas, protegiendo las aldeas del norte, el este y el sur, era poco probable que los muyahidines obtuvieran pronto más comida. Tenían libertad para dirigirse hacia el oeste, excepto que no había nada más que terrenos baldíos en esa dirección: no había aldeas ni granjas que asaltar.

Ahmet tampoco había comido nada, pero como los guerreros santos y a diferencia de la chica, estaba acostumbrado a ese sentimiento. En los campamentos, a menudo te hacían pasar días sin comer. Lo hacían para volverte más duro y se suponía que funcionaba. Había pasado un año comiendo bien en Ginebra, lo que quería y siempre que quería. Ahora no había comido desde el día anterior y no tenía hambre en absoluto. Estaba un poco mareado, pero pensó que era más por el agotamiento, por el estrés y por la altitud, que por la falta de comida.

Se dio cuenta de que podría ser que nunca volviera a comer. El pensamiento no le molestó.

—Me van a matar, —dijo la chica ahora.

Ahmet asintió. —Sí. No hay nada que yo pueda hacer al respecto, me temo.

¿Era eso realmente cierto? ¿No había nada que él pudiera hacer por ella?

Algo extraño había comenzado a suceder. Antes de conocerla en persona, había pensado en ella principalmente como un objeto, un premio, una meta a alcanzar. Ella era la hija de un imperialista, alguien a quien apuntar, capturar y matar. Debía ser sacrificada, como un animal es sacrificado para la mesa.

Pero sus sentimientos habían empezado a cambiar. Ella era una persona, una persona adaptada a la comodidad y las cosas finas, que de repente se encontraba en un ambiente extraño, rodeada de personas que la odiaban y planeaban matarla para que lo viera todo el mundo. Y pese a todo, ella estaba intentando ser valiente. Estaba tratando de adaptarse, no se había derrumbado por completo ante

estas cosas.

Ahora se daba cuenta de que su muerte no vengaría de ninguna manera la muerte de su hermana y su hermano. Había sido una tragedia, un crimen, pero otra tragedia nunca lo arreglaría.

Tal vez hubiera algo que él pudiera hacer por ella.

—Probablemente también me van a matar a mí, —dijo.

Esa parte era cierta. Estaba un poco sorprendido de que no lo hubieran hecho ya. Los hombres de esta unidad de la milicia eran salvajes, no tenían educación, eran ignorantes, viciosos y estaban traumatizados por el combate. Eran fanáticos religiosos, sí, pero también eran como perros a los que habían golpeado demasiado. Cualquier afecto o amistad que una vez hubieran sentido, se había ido. Ahora, sólo sabían ladrar y morder.

Lejos de ser un héroe, veían a Ahmet como un extraño y, además, como una carga. Tenía una buena formación en ciencias y hablaba cuatro idiomas. Había pasado tiempo en Europa, no era un guerrillero. Su cuerpo no estaba preparado para este terreno escabroso. Si tuviera que luchar contra los estadounidenses en estas laderas, o contra los kurdos, sería un inútil, posiblemente peor que un inútil.

—Sólo me mantienen vivo para comunicarme contigo. Después de esto…

Se encogió de hombros.

—No me importa lo que te pase, —dijo la chica. —Tú me has hecho esto, así que sólo servirá si mueres.

Lo dijo con calma y sin rencor. Era una simple declaración de los hechos, tal como ella los entendía. La chica, que había crecido rodeada de opulencia, de riqueza y poder en el mundo occidental, no podía conocer las circunstancias de la vida de Ahmet. No podía imaginar las fuerzas que los habían llevado a ambos a este lugar. Él no sentía una fuerte necesidad de tratar de explicárselo.

Sin embargo:

—Las fuerzas especiales estadounidenses asaltaron mi pueblo al amanecer hace dos años. Mataron a mi hermano y a mi hermana, de catorce y once años. Mataron a muchas otras personas y luego se fueron. No hubo explicación de sus acciones.

Ella sacudió la cabeza y comenzó a llorar de nuevo. Había llorado mucho hoy. Estaba sorprendido por su capacidad para ello. Pensaba que a estas alturas ella se habría quedado dormida, sin lágrimas.

—No te creo, —dijo ella. —No creo una palabra de lo que dices. Se suponía que eras un chico agradable y normal de Turquía. Tenías migrañas, ¿recuerdas? Todo de ti era una mentira.

El asintió. —Vale.

Echó un vistazo alrededor de la habitación. La tarde se estaba desvaneciendo, la noche se avecinaba. La última luz amarillenta del día se movía contra las paredes de hormigón. Era hermoso. Por un instante, tuvo un pensamiento, un deseo...

Pero era esquivo y se fue antes de que se formara.

—Ahmet, —dijo una voz áspera.

Un muyahidín estaba de pie en la puerta. Era un hombre grande y fuerte. Tenía una barba negra gruesa y ojos penetrantes. Llevaba un rifle AK-47 y tenía tres o cuatro granadas colgando de su chaleco.

Se lo habían presentado a Ahmet como Siddiq Jara'a, su *nombre*

de guerra, si alguna vez había tenido uno. Siddiq significaba veraz. Jara'a quería decir atrevido. Pero Siddiq no debía usarse como un nombre real. Era un mensaje honorífico, transmitido por primera vez a los hombres de alta integridad por el propio Mahoma.

Este hombre, que se hacía llamar Siddiq, era un idiota.

—¿Sí? —dijo Ahmet.

—¿Tienes un teléfono por satélite? —dijo el hombre en árabe.

Ahmet lo miró fijamente. Siddiq era sobre todo una silueta que se avecinaba desde la puerta, ya que el día se iba convertiendo lentamente en noche. Ahmet no estaba seguro de cómo responder a esa pregunta, dudó si decir algo. Nadie le había preguntado esto antes y él no había ofrecido ninguna información voluntariamente.

—¿Lo tienes? —dijo Siddiq.

—Sí. ¿Quieres que te lo preste?

Siddiq negó con la cabeza. —Estúpido.

Sin previo aviso, entró en la habitación. Cogió el rifle de su espalda, le dio la vuelta hacia Ahmet y le golpeó con fuerza en las costillas.

La niña gritó.

Ahmet levantó una mano. —¡Espera!

Siddiq tiró del rifle y lo golpeó de nuevo, y otra vez más.

Ahmet se hizo un ovillo y Siddiq lo golpeó en la espalda. El golpe fue más duro que los otros y Ahmet sintió un dolor abrasador. El hombre le había roto algo, tal vez una costilla. Ahmet se puso de costado, respirando pesadamente.

Siddiq lo golpeó de nuevo.

—Unnhh.

—¡Para! —dijo la niña. —¡Para! Lo vas a matar.

Una vez más Siddiq lo golpeó, en el lateral esta vez, rompiendo algo más. El dolor era insoportable. Siddiq lo golpeó una vez más.

Se inclinó para acercarse.

—Debería romperte el cráneo, idiota. ¿No oyes el helicóptero zumbando en las laderas? Por supuesto que no, tú no eres un guerrero. No oyes nada, no ves nada, no sabes nada.

Agarró la mandíbula de Ahmet con una sola mano.

—Mírame.

Ahmet volvió su rostro hacia el de Siddiq. Los ojos duros e inyectados de sangre del hombre lo miraron. Casi parecían despedir su propia luz, eran como láseres.

—Un mensajero subió la montaña con noticias de nuestros espías en Bagdad. Arriesgó su vida para venir hasta aquí. Los estadounidenses están desplegando comandos en las laderas más bajas. ¿Por qué? Porque saben que estamos aquí. Rastrearon una llamada satelital desde la casa de tus padres hasta este mismo lugar. Tus padres están muertos. ¿Estás contento? Fueron asesinados por los estadounidenses. Has destruido a tu familia y lo has puesto todo en peligro por tu propia estupidez.

Ahmet no respondió, simplemente se quedó mirando al hombre. ¿Era verdad? Por supuesto que lo era. Ahora veía cómo esta misión, esta aventura que él había vivido, nunca podría haber resultado de otra manera.

Sus amados padres...

—Dame el teléfono.

Ahmet buscó en su bolsillo. Le dolía moverse. Sacó la mano con el teléfono satelital envuelto en una carcasa de plástico negro.

Siddiq lo agarró, lo tiró al suelo y lo hizo pedazos con la culata del AK-47. Miró a Ahmet.

—Nunca debiste haberlo tenido.

Se apartó de Ahmet y se enfrentó a la chica. Giró el rifle y colocó el cañón contra su sien. Ella cerró los ojos, temblando.

—Eres una chica bonita, —le dijo Siddiq en árabe.

Ahmet negó con la cabeza. Por supuesto, ella no entendía una palabra de lo que el hombre estaba diciendo. A Siddiq probablemente

ni siquiera le importaba.

—Deberíamos haberte conservado, utilizarte para nuestro disfrute y luego venderte como esclava.

Tragedia sobre tragedia. La familia entera de Ahmet estaba muerta. Ahora Siddiq iba a matar a la chica. Una vez que los estadounidenses supieran que la niña estaba muerta, matarían a todos los muyahidines de esta montaña. Algunos de los americanos morirían y los juramentos de venganza serían tomados por ambos lados, comenzando el ciclo de nuevo.

La chica.

La chica. Su muerte llevaría a la muerte de miles de personas. Llovería fuego sobre inocentes por todas partes.

Más juramentos, más venganza, más chicas muertas.

Donde Ahmet había caído, había un gran trozo de roca partida. Extendió su mano hacia ella. Apenas podía conseguir que sus dedos la agarraran. Era sólida, con los bordes afilados. Sí, la recogió.

En silencio, se puso de pie. Sintió una quemazón a causa del dolor. Siddiq le había roto los huesos, debía tener una hemorragia interna.

Siddiq aún sostenía el arma, apuntando hacia la cabeza de Elizabeth. Todavía se estaba burlando de ella en un idioma que ella no podía entender, de espaldas a Ahmet.

—Adiós, perra americana, —dijo Siddiq.

Ahmet levantó el trozo de piedra y dio un golpe en la nuca de Siddiq. Un solo golpe le abrió la cabeza al hombre. Siddiq se dio la vuelta lentamente. Sus ojos grandes ya estaban vacíos, su boca colgaba abierta.

Ahmet lo golpeó en la cara. Los dientes salieron volando.

Siddiq cayó al suelo, sin intentar frenar su caída. Su cabeza rebotó en el duro suelo.

Ahmet fue hacia donde estaba enganchada la cadena de la chica en la pared. Reunió toda la fuerza que le quedaba, sabiendo que le iba a doler. Aun así, lo haría. Se forzaría a sí mismo.

Tiró de la pesada cadena, un tirón de prueba.

La espiga se deslizó fácilmente de la pared y cayó al suelo. Un niño podría haberla sacado fácilmente.

Miró a la chica y negó con la cabeza. Luego se echó a reír.

* * *

Elizabeth apenas podía entender lo que estaba sucediendo.

—Corre —dijo Ahmet. —Ve al oeste, hacia los últimos rayos de sol.

Elizabeth asintió. —Oeste, está bien.

Su cabeza daba vueltas. Tenía hambre, tenía sed y estaba cansada. Había tenido miedo de morir, pero ahora tenía mucho menos. Le habían hecho decir cosas terribles sobre su padre, cosas que no quería decir, cosas que ni siquiera recordaba. Sabía que eran horribles y eso era todo, los odiaba por haberlo hecho.

Intentó concentrarse en lo que Ahmet estaba diciendo, en lo que significaba, pero era difícil.

Un combatiente había entrado repentinamente, había hablado con Ahmet en su idioma y luego había comenzado a golpearlo. Entonces el combatiente le dio la espalda a Ahmet y Ahmet lo había matado. Ahmet era un tipo escurridizo. ¿Quién podría confiar en él?

Pero también le había salvado la vida.

—Si voy hacia el oeste, ¿hay un camino para bajar?

Ahmet negó con la cabeza. —No, no lo creo. Pero el oeste te alejará de los muyahidines, que en su mayoría están desplegados hacia el este. Intentarán mantener la línea contra el enemigo que se aproxima. El terreno aquí es escarpado, no hay ningún lugar para que los estadounidenses aterricen.

—Entonces, ¿qué hay hacia el oeste?

—Los acantilados.

Ella lo miró fijamente.

—Llevas puesta ropa naranja brillante, —dijo Ahmet. —Si tienes suerte, tus amigos te verán desde el cielo. Si no la tienes, podrás elegir tu propia muerte y no la que los milicianos elegirían por ti.

Esa idea tardó unos segundos en entrar en ella.

—¿Saltar? —dijo Elizabeth. —¿Desde los acantilados?

Ahmet asintió. —Sí.

A Elizabeth no le gustaba cómo sonaba eso. Tal vez había otra opción, una en la que Ahmet no hubiera pensado. Se lo enseñaron en una clase de negocios una vez: busca la tercera opción, la que se está pasando por alto.

—¿Qué vas a hacer? —dijo.

Había recogido el arma del otro hombre y estaba revisando la munición. Ahora estaba cogiendo lo que parecían granadas de mano del chaleco del hombre.

—Voy a morir protegiéndote, —dijo.

Ella hizo un gesto hacia la pistola. —¿Sabes cómo usar esa cosa?

Él acarició el cañón. El fantasma de una sonrisa apareció en su rostro. —Por supuesto, fui entrenado en los campos de la yihad.

Bajó la pistola y comenzó a palpar los bolsillos del muerto. Había sangre empapando la tierra, cerca de la cabeza del hombre. Fue un shock para ella, la forma profesional en que Ahmet había matado a una persona y luego había procedido a saquear el cadáver. Ahmet era un desalmado. Todas estas personas... simplemente...

Ella no tenía palabras para definirlo.

Ahmet sacó del bolsillo del hombre una navaja plegable. Abrió la hoja y la deslizó por debajo de la correa de cuero que sostenía la mano izquierda de ella. Presionó y, al cabo de unos segundos, el cuchillo se abrió paso y dejando escapar su mano. Luego hizo lo mismo con la muñeca derecha.

Ella se llevó las manos a sus muñecas, obteniendo la sensación de libertad en ellas. La sensación fantasmal de las tiras de cuero apretadas todavía estaba allí, de alguna manera.

Ahmet la miró. Él cogió su cara entre sus manos.

—Corre, —dijo. —Corre hacia el oeste.

* * *

—El tiroteo ha comenzado.

Ed Newsam había hablado. Estaba agachado cerca de la compuerta abierta del Little Bird, mirando hacia la penumbra, con un par de binoculares de alta potencia. El helicóptero se inclinó hacia la derecha, volando hacia el este por encima de la cresta de las montañas Sinjar. Detrás de él, el cuerpo de Greg Welch yacía en la bolsa donde lo había metido, sujeto a unos robustos ganchos de metal en el suelo.

Luke estaba con la radio.

—¿Swann? Swann, ¡vamos!

La radio crepitaba.

—La señal se ha cortado, Luke. Así es, no creo que vaya a volver. Deben haber descubierto que el teléfono satelital nos ha atraído y lo han destruido.

Luke levantó la vista y sacudió la cabeza. Habían llegado hacía cinco minutos, habían ido directamente al área donde parecía estar el teléfono y de inmediato habían visto la actividad de la milicia. La milicia también los había visto, estaban asentados en los tramos más altos de las montañas. Su ubicación estaba a lo largo de una cresta afilada, una espina de dragón de rocas entremezcladas. No había ningún lugar donde siquiera considerar aterrizar. Y si bajaban la altitud, iban a recibir una reprimenda de las armas de la milicia.

Era un Little Bird. Era rápido y tan maniobrable como podía ser un helicóptero. Podía aterrizar en los lugares más estrechos, pero no podía aterrizar en el filo de una navaja mientras soportaba fuego enemigo.

—¿De dónde venía la señal cuando se cortó? —dijo Luke.

—Ya te lo dije. Tracé la ubicación en un mapa por satélite de la zona, también la puse en un mapa topográfico. Estaba cerca del pico más alto de la cordillera, a treinta kilómetros de donde las montañas se cruzan en Siria. Hay algún tipo de antiguo asentamiento allá arriba,

con algún tipo de pequeño edificio, del mismo color que el resto y que probablemente se haya construido con piedra local. Se funde con el fondo muy fácilmente, parece que alguien intentó hacer un cultivo en terrazas allí en el pasado, pero las terrazas son demasiado estrechas como para aterrizar. Parece que podría haber un pozo viejo y un pequeño manantial de agua dulce. Todo esto está aproximadamente a medio kilómetro al este de algunos acantilados escarpados. Encuentra ese edificio, la señal venía de dentro, o de cerca de ese edificio, cuando se cortó.

Luke miró a Ed. —¿Estás escuchando esto?

Ed se encogió de hombros. —No lo sé, tío. Hemos dado una vuelta. Me parece que estamos volviendo, acercándonos a unos acantilados desde el este. Habla con los pilotos, ellos tienen las coordenadas de Swann. Alguien acaba de comenzar a disparar más adelante y parece que se está calentando.

—Chicos, —dijo Rachel por el intercomunicador. Ella y Jacob debieron haberlos oído casualmente. —Ya no podemos jugar más a este juego, no hay ningún lugar para aterrizar y estamos casi sin combustible. Ese tiroteo que has mencionado está directamente frente a nosotros, prácticamente sobre las coordenadas que me dio Swann. Necesitamos llevar este pájaro a territorio kurdo o vamos a estrellarnos. No sé tú, pero yo no estoy de humor para un accidente de helicóptero en medio de un escondite de Al Qaeda.

Luke levantó una mano. —Está bien, Rachel, está bien. Swann, ¿quién está disparando a quién?

—Dos pelotones de Marines llegaron desde Hueys, cerca de algunas posiciones kurdas amigas en las laderas más bajas, hace unos diez o quince minutos. Supongo que se ubicaron, se prepararon y están empezando a luchar cuesta arriba.

—¿Papá Cronin envió a esos Marines?

—Sí. Está intentando conseguir algunos miembros de los SEAL, pero aún no los tiene.

Luke sacudió la cabeza.

Esto no sonaba bien. Les iba a costar toda la noche a esos Marines presionar cuesta arriba, contra las posiciones ocupadas por un puñado de fanáticos religiosos.

Luke tuvo una idea. Metió la cabeza en la cabina del piloto.

—Hagamos un trato.

—Habla, —dijo Jacob. Tanto él como Rachel miraban a través del parabrisas y observaban los controles al mismo tiempo.

—Ponedme justo sobre las coordenadas de Swann, aunque haya disparos. Mantened esa posición durante diez segundos y dejadme echar un vistazo. Después iremos a donde queráis, ¿os parece bien?

Jacob miró a Rachel. Ella se encogió de hombros.

—Suena bien, —dijo Jacob. —Pero no nos culpes si nos arrancan la piel.

Luke miró por el parabrisas de la cabina. Había destellos de luz delante de ellos.

—No os culparé, —dijo Luke. Una imagen de la desastrosa misión de Afganistán pasó por su mente. —Me culparé a mí mismo.

—Lo veo justo, —dijo Jacob. —Estaremos sobre esas coordenadas en treinta segundos. Hagámoslo rápido.

Luke se metió de nuevo en la cabina. —Ojo avizor, Ed. Estaremos allí en medio minuto.

—Ya estamos allí, hombre blanco. Pasando por los acantilados... ahora.

Luke sacó una larga caja de metal de debajo del banco. Apartó el cuerpo de Greg Welch. Giró un botón plateado a la izquierda, luego a la derecha y abrió la caja. Había más armas: un MP5 con tres cargadores llenos de munición, un lanzagranadas M-79 y media docena de granadas.

No era suficiente, ni de lejos.

—¿Cuál es la configuración de armamento de este pájaro? —gritó a la cabina del piloto.

—Una ametralladora M230, dos cohetes Hydra, —fue la respuesta.

—¿Qué pasa con los misiles Hellfire? —dijo Luke.

—No se cargaron, —dijo Rachel. —Sólo ibas a entrevistar a alguien, ¿recuerdas? No íbamos a necesitar todo ese músculo.

Luke gruñó. Lección aprendida: carga siempre las armas, aunque no hagan falta. Demasiado es mejor que insuficiente.

—Eh, tío, —dijo Ed. —Stone, será mejor que veas esto.

Luke fue hacia la compuerta. Ed apuntó al suelo hacia su derecha. En los últimos rayos de sol del día, Luke vio una pequeña figura de color naranja brillante corriendo hacia los acantilados. Justo detrás de esa figura era donde había comenzado el tiroteo.

Otra figura estaba contraatacando por donde había venido la figura naranja. Desde esa dirección, al menos otras dos docenas se acercaban. Algunos corrían rápido, otros se paraban y disparaban. Los brillantes cañones de las armas automáticas iluminaban la noche como luciérnagas. El lejano disparo de ametralladora llegó hasta Luke a través del viento.

—Oh, Dios mío, —dijo.

—La niña, —dijo Ed. —Elizabeth.

Era ella, era una chica con un mono naranja, igual que Elizabeth en el vídeo.

Luke tardó un segundo en procesar la información. Una ola de irrealidad se apoderó de él. Todo este tiempo, se había centrado en el teléfono. Pensaba encontrarlo, capturar a la persona que lo tenía y hacerle unas preguntas. Las preguntas correctas, dirigidas a la persona correcta, podrían acercarlos a Elizabeth. Nunca pensó, ni por un segundo, que Elizabeth estaría en el mismo lugar que el teléfono.

Luke se levantó de un salto y asomó la cabeza hacia la cabina del piloto.

—Tenéis que soltarnos allí abajo. ¿Habéis visto eso? La hija del Presidente está allí abajo, corriendo hacia los acantilados. Están justo detrás de ella. Tenéis que soltarnos ahí. De alguna manera, tenéis que ponernos en el suelo.

Los dos pilotos se giraron y lo miraron.

—¿Qué?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

11:05 Hora del Este (19:05 Hora Árabe)

Gabinete de Crisis

La Casa Blanca, Washington, DC

La locura continuaba. Lawrence Keller la vio desplegarse, cada vez más alarmado.

—Los rusos están exagerando, —dijo el General Stark. —Y se están sobrepasando.

Stark era un loco y Mark Baylor estaba sólo un paso por detrás de él. ¿Cómo había pasado esto? ¿Cómo se había equivocado el propio Keller?

Estaban mejor con la decisión de David Barrett de no hacer nada.

Las estaciones de escucha de la NSA y la CIA habían comenzado a captar las conversaciones desde el interior del mando estratégico ruso. Rusia, en lugar de simplemente permitir que Estados Unidos atacara a sus aliados en Siria e Irán con impunidad, estaba lista para darles apoyo. Habían emergido de la desastrosa década de los 90 en un estado debilitado geopolítica, militar y económicamente, pero tenían un último as en la manga.

Tenían las armas nucleares de la Unión Soviética.

Keller señaló a un auxiliar militar sentado a la izquierda de Stark. —¿Podemos escuchar esa evaluación de nuevo, por favor?

Stark negó con la cabeza y se burló. —Señor Keller, usted no tiene autoridad aquí y no tiene experiencia militar. No creo que necesitemos...

—Incorrecto, General, —dijo Keller. —Haga los deberes. Soy el representante autorizado en esta sala del Presidente electo legalmente de los Estados Unidos, David Barrett. Serví en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, Segundo Batallón, Quinta de Marines, de 1967 a 1971, con dos expediciones a Vietnam. Pasé el mes de febrero de 1968

en la ciudad de Hué, recuperándola del ejército norvietnamita. Probablemente tenga tanta experiencia en combate como usted, General, si no más.

Lawrence Keller se estaba yendo por las ramas ahora. La situación era una locura y como resultado, había perdido la cabeza. Mark Baylor lo observaba atentamente. Todos lo miraban, era imposible dar marcha atrás y hacer desaparecer las cosas.

—Ahora escuchemos esa evaluación de nuevo, —dijo.

El ayudante miró el papel que tenía en la mano. Un tipo que había bajado las escaleras corriendo le había pasado el papel con las últimas impresiones.

El ayudante se aclaró la garganta.

—Uh... a partir de las once horas, Hora del Este, 8 de mayo, el Mando Estratégico Ruso parece haber movilizado activos militares de gran alcance, en respuesta a las actividades estadounidenses en Oriente Medio. Bombarderos y aviones de combate rusos están patrullando en el borde del espacio aéreo estadounidense en el estrecho de Bering y han penetrado a través del Océano Ártico, probando la respuesta de la RAF británica en el Mar del Norte y zumbando en el espacio aéreo canadiense sobre Terranova y Labrador.

—Los bombarderos y aviones de combate rusos han sido avistados sobre el mar de Japón y se están moviendo hacia el este, a través del mar Mediterráneo, hacia la costa levantina, abrazando los contornos del norte de África. Los MIG-21 rusos han entrado en el espacio aéreo iraní, por invitación del Consejo Islámico Supremo de Irán y en una provocación sin precedentes, están patrullando las fronteras entre Irán e Irak, así como entre Irán y Afganistán. Los aviones de combate estadounidenses han hecho contacto visual, repito, contacto visual, con combatientes rusos en ambas regiones.

El ayudante pasó la página y hojeó la siguiente antes de leer en voz alta. Parecía ser un hombre de unos treinta y cinco años. Su rostro se había sonrojado al leer la primera página del informe de inteligencia. Se aclaró la garganta de nuevo y respiró profundamente.

—Quizás lo más preocupante, más de doscientos silos de misiles en el corazón de Rusia y Siberia están informando estados de disponibilidad para el combate. Esto incluye silos de lanzamiento de misiles balísticos intercontinentales, equipados con armas nucleares, dirigidos hacia Estados Unidos. El Mando Estratégico ruso ha emitido

un comunicado en el que declara que cualquier ataque estadounidense o de la OTAN contra Siria o Irán constituirá un acto de guerra contra la Federación Rusa y será tratado en consecuencia.

Levantó la vista del papel y miró a Lawrence Keller. Arqueó las cejas como diciendo: *¿Satisfecho?*

—Gracias, —dijo Keller.

—Van de farol, —dijo el General Stark.

—¿Qué le hace pensar eso, General?

Stark levantó un taco de papel encuadernado de la mesa que tenía delante. Stark era un hombre al que le gustaba el papeleo.

—He traído una evaluación de inteligencia del Pentágono, sobre la fortaleza rusa en relación con la nuestra, que se ha llevado a cabo durante los últimos dieciocho meses. La he traído porque anticipé la posibilidad de que hicieran este tipo de travesuras, en un intento de desviarnos del camino. Me gustaría resumir sus hallazgos, si me lo permiten.

Mark Baylor asintió. —Por favor, hágalo.

Stark asintió. —Gracias, Señor Presidente.

A Keller le irritaba escuchar que Stark llamara a Baylor por ese título. Debería llamarlo *Señor Presidente Provisional*, por muy absurdo que pudiera sonar. David Barrett era el verdadero Presidente de los Estados Unidos y, tan pronto como terminara esta reunión, Keller emprendería un plan para restituirlo.

—Hecho número uno, —dijo Stark, levantando un dedo. —Las capacidades de la Fuerza Aérea de Rusia, su fuerza naval y sus misiles balísticos se han degradado significativamente desde el colapso de la Unión Soviética. A fecha de diciembre de 2003, más del cincuenta por ciento de los cazas MIG de su arsenal eran reliquias de antes del colapso. Su mantenimiento es sospechoso y creemos que al menos el cinco por ciento y posiblemente hasta el diez por ciento, ni siquiera son capaces de volar en este momento. En cualquier caso, los MIG, nuevos o viejos, no son rival para nuestros modernos aviones de combate F/A-18. Sus pilotos no son rival para nuestros pilotos. Los jets rusos que patrullan los cielos son sólo un escaparate.

Stark apenas se detuvo para respirar. Levantó un segundo dedo.

—Hecho número dos, —dijo. —La Armada rusa está en peor forma que su Fuerza Aérea, si eso es posible. Muchos barcos y submarinos rusos son armatostes oxidados que apenas pueden salir del puerto. En agosto del año 2000, hace menos de cinco años, caballeros, el submarino nuclear ruso *Kursk* explotó y se hundió durante unas maniobras navales en el Mar de Barents, las primeras maniobras importantes que los rusos habían intentado en diez años. Todos, los ciento dieciocho tripulantes, murieron. Los sistemas de comunicaciones rusos, así como los de mando y control, eran tan pobres que durante seis horas la Armada rusa ni siquiera se dio cuenta de que el submarino se había hundido. Una evaluación interna realizada por la Armada rusa, que interceptamos, sugiere que la moral de los marineros es tan baja como nunca antes en cualquier momento de la era moderna.

Levantó un tercer dedo. —Hecho número tres. Las unidades de infantería rusas actuaron tan mal y tan caóticamente, durante las dos recientes Guerras de Chechenia, que no anticipamos que se desplieguen contra nosotros en ningún escenario en el momento actual. Lo agradeceríamos si lo hicieran. Sus líderes son algunas de las mismas personas responsables de la humillante debacle en Afganistán durante los años ochenta. La gran mayoría de sus soldados de infantería son jóvenes, inexpertos y están mal entrenados, o han pasado por experiencias adversas en Chechenia, con el daño psicológico que esto implica.

Dejó de hablar. La habitación estaba en silencio.

—Gracias, General, —dijo Mark Baylor. Miró a su alrededor, hacia las caras reunidas allí. La última cara que alcanzó a ver fue la de Lawrence Keller. —Me gusta, —dijo Baylor. —Creo que tenemos que golpear mientras el hierro está caliente. Sigamos adelante con los ataques.

Lawrence Keller suspiró.

—Señor Presidente Provisional, —dijo, tratando de ponerle un título. Sonaba bien a sus oídos, casi fascinante, como si Baylor se encargara de una pequeña organización infantil sin ánimo de lucro, mientras que el director ejecutivo se estaba recuperando de una cirugía de cadera.

—Señor Presidente Provisional, —dijo de nuevo, con más fuerza esta vez. —Eso está muy bien, y estoy seguro de que podemos derrotar a los rusos en cualquier escenario de combate convencional. Pero no

hemos escuchado decir nada al general sobre sus capacidades nucleares y de misiles balísticos. ¿General?

—Ya sabe lo que voy a decir sobre sus capacidades de misiles balísticos, —dijo Stark.

—Bueno, hace unos momentos, este caballero a su izquierda nos dijo que más de doscientos silos de misiles rusos están informando sobre su preparación para el combate. Me gustaría saber más sobre eso, si es posible, antes de empezar una guerra contra la otra gran potencia nuclear del mundo.

La voz del General Stark se levantó de repente, enfurecida. —¿Con qué capacidad está actuando? ¿qué piensa que...?

Keller señaló a Stark. —Ya le he dicho con qué capacidad. Soy el representante del Presidente debidamente elegido...

Stark miró a Baylor. —¿Señor Presidente?

Baylor se encogió de hombros y asintió. —Dale la valoración, —dijo. —Que todos podamos salir de aquí.

—Está bien, —dijo Stark y suspiró. Pasó a una nueva página.

—Dénoslo todo, —dijo Keller. —No se deje nada.

Stark lo miró fijamente.

—La capacidad de misiles balísticos rusos es una sombra de lo que era antes, —dijo. —Muchos de los sistemas de armamento no se han mantenido ni mejorado desde finales de los años ochenta. El mando y el control se han degradado, al igual que las comunicaciones generales en todo el sistema. Creemos que algunos silos se reducen a tener contacto telefónico con el Mando Estratégico ruso. Sus sistemas de defensa de misiles y sistemas de alerta remota son restos de la era de la Guerra Fría y pueden no ser funcionales bajo cualquier estándar moderno. Sin embargo, el tamaño total del arsenal soviético original es motivo de preocupación. Aunque sólo el cincuenta por ciento de ese arsenal estuviera todavía operativo, y creemos que sí lo está, entonces, está claro que un simple intercambio nuclear mano a mano sería un desastre para ellos y para nosotros.

Keller negó con la cabeza. —¿Y le gustaría instigar una guerra contra ellos, General?

La cara de Stark se puso roja. Levantó un solo dedo. —Los rusos no se van a arriesgar a una guerra nuclear en Irán y Siria.

—¿Eso es un hecho, o es su opinión?

Los ojos de Stark echaban fuego.

—Señor, si llegamos a eso, podemos ganar una guerra nuclear contra los rusos. Mi información muestra que un primer ataque masivo preventivo en el continente ruso, con lanzamientos simultáneos desde nuestros silos de misiles balísticos, así como nuestros submarinos y destructores equipados con energía nuclear, abrumarían...

—General, ¿está usted loco? ¿Deberíamos realmente arriesgarnos a una guerra nuclear, sólo porque quiere atacar Irán? Les recuerdo que la hija del Presidente ha sido secuestrada. Deberíamos estar revisando los datos de inteligencia sobre su paradero, en lugar de...

La voz de Stark se elevó casi a un grito. —Superamos completamente sus capacidades de defensa de misiles, lo que resultaría en la pérdida de más del noventa por ciento de sus...

Keller no sabía qué decir. Se puso de pie y señaló al general de nuevo.

—¡He aquí un caballo pálido! —gritó, citando el Libro de la Revelación. —¡Y el que lo montaba tenía por nombre Muerte y Hades lo seguía de cerca! Y a los dos se les dio dominio sobre la Tierra, para matar con espada y hambre y plaga y por las bestias salvajes.

Stark se detuvo. Se quedó boquiabierto ante Keller.

—¿Acaba de preguntarme si estoy loco? Escuche lo que dice.

Un hombre en la mesa de conferencias se puso de pie. Era un hombre alto con gafas de montura de alambre, llevaba una camisa azul claro y pantalones caqui. Había una chaqueta azul oscuro sobre su asiento. Un cable colgaba de su oreja derecha, sugiriendo que estaba escuchando información proveniente de otro lugar. Claramente no era militar, pero también iba vestido de forma un poco casual para el trabajo normal del gobierno. Había estado sentado allí tranquilamente todo este tiempo, su aparición era completamente anodina, no era un hombre que se destacara o fuera fácil de recordar. Podría ser cualquiera.

—Caballeros, —dijo. —Si me permiten interrumpir, soy el Agente Especial Smith de la Agencia Central de Inteligencia. Me enviaron aquí para participar en estas discusiones, pero hasta ahora no sentía que tuviera nada que ofrecer. Recibo actualizaciones a tiempo real que indican que, en los últimos minutos, la hija del Presidente puede haber sido localizada. Nadie está seguro todavía, pero si es realmente ella, está en las montañas del noroeste de Irak, está viva y los intentos de rescate *ad hoc* ya están en marcha.

Se detuvo y miró a Mark Baylor.

—Señor, me gustaría sugerir que nos retiremos de la posibilidad de una guerra nuclear por el momento, y centremos nuestras deliberaciones en...

Baylor asintió, sin perder ni un segundo. Hacía un minuto estaba listo para provocar el Armagedón y, al siguiente, estaba listo para hablar de una operación de rescate. Era un camaleón, todos ellos lo eran. Eso hacía que Lawrence Keller se pusiera enfermo.

—Sí, por supuesto, —dijo Baylor. —Esas son muy buenas noticias, vamos a sacar a Elizabeth de allí.

Se hizo el silencio. Pareció durar un largo momento. Keller todavía estaba de pie, congelado en el lugar, apuntando con el dedo como un arma al General Stark. La boca de Stark estaba abierta como si estuviera a punto de hablar.

—¿Están de acuerdo, caballeros? —dijo el agente de la CIA.

—Estoy de acuerdo, —dijo Keller. —Por supuesto, bienvenido sea.

—¿General Stark? —dijo el agente. —Necesitamos actuar con rapidez y ayudar al intento de rescate en todo lo que podamos. Por lo menos, debemos poner nuestros activos en el lugar para asegurar la región donde creemos que podría estar. Tenemos que hacerlo ahora.

Stark se encogió de hombros y le dio la vuelta al papel que había frente a él.

—Está bien, —dijo. —Pero creo que estamos perdiendo una oportunidad.

CAPÍTULO TREINTA

19:12 Hora Árabe (11:12 Hora del Este)

Montañas de Sinjar

Gobernación de Nínive

Noroeste de Irak

¡Corre!

El pensamiento se repetía como un mantra.

¡Corre!

Una y otra vez. Era todo lo que podía pensar.

Había perdido las sandalias, eran demasiado grandes y se le habían caído. Corrió lo más rápido que pudo con los pies descalzos, tropezando con las rocas afiladas. Sus piernas se golpeaban, sus brazos se agitaban, sus pulmones gritaban pidiendo aire.

¡CORRE!

Hacía frío, pero ella tenía calor. Estaban justo detrás de ella. Sus pies gritaban de dolor, con brechas sobre piedras irregulares. Estaba oscuro fuera, el acantilado estaba hacia arriba en alguna parte. Se tiraría directamente desde el borde, antes de dejar que esos hombres la atraparan de nuevo.

Ahmet estaba muerto, ella estaba segura de ello. Había visto cómo sucedía. Después de que él la liberara, ella salió corriendo del edificio de piedra e inmediatamente se dirigió hacia el oeste, pero los hombres la vieron enseguida. Había un grupo de ellos en la colina, la persiguieron, pero luego Ahmet salió y comenzó a dispararles.

Ella se volvió y miró hacia atrás, justo cuando los hombres comenzaban a dispararle. En el último resquicio de la luz moribunda, vio...

No importaba.

Ahmet no importaba. No tenía sentido, él los había ayudado a capturarla y luego había muerto ayudándola a escapar.

No podía pensar en eso, tenía que correr.

Eso era todo lo que ella podía hacer.

De repente, un estallido de luz se deslizó a su lado desde atrás. Lo oyó silbar mientras pasaba. Tropezó con algo afilado y cayó al suelo.

—¡Ahhh!

Dolía. Se había rasgado las manos, los antebrazos, las rodillas.

¡BUUUUM!

Una explosión hizo una abertura en la noche quizá a unos cien metros delante de ella. ¡Le estaban disparando misiles! Oh, Dios mío. La harían explotar en lugar de dejar que se suicidara. Ahora había un sonido sobre ella, en el cielo, fuerte y cada vez más alto.

—¡Levántate! —se dijo a sí misma con los dientes apretados. —Levántate y corre.

Una ráfaga de ametralladora disparó sobre su cabeza.

Era demasiado tarde, ahora estaban disparando. Ella no podía pararse o le volarían la cabeza, así que comenzó a gatear. Se deslizó sobre las rocas como una serpiente. Iba demasiado lenta, nunca lo iba a lograr.

Una mano fuerte la agarró por el cuello de su mono. Tenía el cuello apretado por el agarre, ahogándola. El hombre la tumbó sobre su espalda. Ella golpeó la cabeza en el suelo duro cuando aterrizó. Era un hombre con una barba espesa. Sus ojos parecían brillar.

Él dijo algo, pero ella no podía entenderle.

Levantó una pistola sobre su cara.

—¡No! —gritó ella y le dio una patada.

De repente, una brillante luz cegadora los envolvió a ambos.

* * *

—¡Matad a ese tipo! —gritó Ed Newsam. —¡Matad a ese tipo!

El hombre estaba iluminado por la brillante luz delantera del helicóptero. Estaba de pie sobre Elizabeth Barrett, apuntándola con su

arma.

Luke se asomó por la compuerta hacia el banco exterior. Lo desgarró con el MP5.

Cortó al hombre por la mitad justo por encima de la cintura. Las dos partes, superior e inferior, se separaron y se deshicieron.

—Bien, —dijo Ed.

—Tenemos que bajar allí, —dijo Luke.

—¡Adelante! —gritó Ed.

No era la respuesta que Luke habría esperado. Volvió a meterse en el helicóptero, mientras se alejaba, con una dura inclinación, tomando medidas evasivas. Un cohete salió de la oscuridad, golpeó el helicóptero con un "GONG" metálico y rebotó.

Luke estaba en el suelo de la cabina, al lado del que una vez fue Greg Welch.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—No lo sé, —dijo Ed. —Debe ser casero.

—Caballeros, no podemos quedarnos aquí más, —dijo Jacob. Sonaba casi tranquilo, pero no del todo. —El siguiente va a hacer un agujero justo a través de nosotros. Queréis echar un vistazo y lo habéis hecho. Espero que estéis satisfechos.

—¡Negativo! —gritó Luke. Se puso de pie, a pesar del ángulo agudo que estaba tomando el helicóptero. Tropezó con la cabina del piloto.

—Tenemos que bajar allí. Ella está allí, Elizabeth Barrett, sé que es ella. El lugar está lleno de gente de Al Qaeda.

—Dime algo que no sepa, —dijo Rachel.

El helicóptero se movía rápido, muy cerca del suelo.

—Está bien, Stone, —dijo Jacob. —Vale. Vamos a dejarte en tierra, pero tienes que saltar a medio camino. Estamos casi sin combustible y no me gusta este terreno.

—Está bien. Acércanos, saltaremos. Después, sal de aquí. Pero

hazme un favor: lanza esos Hydras y rocía a esos tipos con tu cañón antes de irte.

Jacob asintió. —Vale, buena suerte. Diez segundos.

Luke cruzó la cabina hacia Ed, que estaba agachado en la compuerta con el lanzagranadas M-79, buscando un objetivo.

Luke le dio una palmada en la espalda. —Vamos, tío, abajo.

—Fabuloso, —dijo Ed. Salió por la compuerta y trepó sobre el patín exterior. El helicóptero ya estaba flotando. Un instante después, Ed se había ido.

Luke lo siguió. Todavía tenía su MP5 en la mano. Se deslizó sobre el patín. El helicóptero estaba flotando justo en el borde del acantilado, el suelo estaba a un metro y medio o dos, debajo de él. Justo delante, Ed Newsam corría agachado, hacia la acción.

Un cohete se acercó con un chirrido en la noche, dirigiéndose directamente hacia el helicóptero.

El helicóptero se apartó y se giró con fuerza, justo cuando Luke estaba a punto de saltar. Su pie resbaló y se cayó de la plataforma. El cohete se acercaba, su arma se le resbaló lejos. Hizo el intento de agarrarse a cualquier cosa; se estaba cayendo. El helicóptero estaba fuera de control. Del revés, atrapó el patín de aterrizaje del helicóptero con una mano y empezó a girar salvajemente. La cara del acantilado estaba *ahí*. Debajo de él, el cielo cayó en la oscuridad.

—¡Todavía estoy aquí! —gritó. —¡Jacob! ¡Rachel!

Un golpe de ametralladora golpeó el lado del helicóptero, resquebrajando el metal.

—¡Jacob!

El helicóptero se inclinó de nuevo y avanzó hacia la montaña. Luke estaba colgando, enganchado de una mano. Su cuerpo se balanceaba alocadamente. Alcanzó a poner su otra mano en el patín de aterrizaje. El helicóptero se acercó a tierra.

De repente, pasaron el acantilado y estaban de nuevo sobre la tierra dura.

Otro cohete llegó chisporroteando hacia el helicóptero.

Luke se dejó caer. Sus piernas golpearon con fuerza y rebotó en el aire, el impulso lo hizo rodar. Volvió a golpearse, se presionó el cuerpo y rodó por el suelo pedregoso. Se quedó allí tumbado, respirando con dificultad. Intentó hacer una exploración corporal, pero todo le dolía en este momento.

¿Se había golpeado la cabeza? No.

¿Podía sentir las piernas? ¿Los brazos? ¿Sí?

Bien, estaba operativo. Todo lo que le quedaba era su arma al cinto. Se levantó y corrió, dirigiéndose hacia donde creía que podría estar la niña, al norte a lo largo del acantilado.

Detrás de él, el Little Bird lanzó sus cohetes Hydra hacia Al Qaeda. ¡Whoooosh! Tronaron a través de la noche, justo por encima del suelo, arrojando sombras espectrales.

¡BUM-BUUUUM! Doble explosión cuando ambos colisionaron. Luke, sin embargo, vio los restos de un cuerpo volando por los aires.

Un instante después, el helicóptero se abrió paso con su ametralladora eléctrica M230. El feo y metálico traqueteo del cañón automático era música para sus oídos. La cosa disparaba perforadores de armadura, proyectiles explosivos de treinta milímetros, diseñados para arrollar con el impacto, trescientos de ellos por minuto.

Duh-duh-duh-duh-duh. Duh-duh-duh-duh-duh.

Luke corrió, pistola en mano.

En algún lugar de delante, a su derecha, escuchó el revelador hueco del lanzagranadas M-79. Ed Newsam.

¡Doonk!

El arma hizo un sonido de lanzamiento, desproporcionado a su poder destructivo. Sonaba como si acabara de lanzar el servicio de una pelota de tenis. La granada se deslizó sobre la oscuridad en una trayectoria casi plana.

¡BUUUM!

Otra brillante explosión. El suelo se sacudió.

Pero los chicos malos no se hartaban. Un misil fue disparado,

silbando en su dirección.

¡BANG!

Golpeó en algún lugar detrás de él. Se dio la vuelta, el helicóptero fue alcanzado.

—No, —dijo.

Le vino una imagen, lo malo, todos esos tipos en Afganistán: Wayne, Martínez. Luke había convencido a Jacob y Rachel para que se quedaran. Siempre, siempre convencía a la gente para quedarse. Esa era la idea de Ed, ¿no?

Jesús.

El cañón automático dejó de disparar. El helicóptero giraba. Cayó con un crujido metálico pesado en la oscuridad, en algún lugar detrás de una colina baja.

Luke se dio la vuelta y siguió corriendo. No había nada que pudiera hacer por el helicóptero o los pilotos. Más adelante, a su izquierda, había un punto de color naranja brillante en el suelo. Se dirigió hacia él, saltando sobre rocas sueltas y bordes irregulares.

Ahí estaba ella. Era ella, estaba tumbada, con el cuerpo en una posición extraña, el tipo de posición antinatural que Luke había visto demasiadas veces en zonas de guerra.

—Elizabeth! ¿Estás viva?

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Eres americano? —dijo ella.

Luke asintió. —Sí.

—Me estoy haciendo la muerta.

Los hombros de Luke se desplomaron. Todo el aire salió de él, casi se ríe.

—Buena idea, —dijo.

Escuchó un sonido detrás de él, respirando, con los pies corriendo sobre la grava. Se volvió y era un hombre, flaco, barbudo, corriendo con un rifle. Luke disparó a quemarropa y le dio al hombre en el

pecho. El hombre siguió viniendo, se estrelló contra Luke y cayeron al suelo. Por un momento, lucharon por el arma, pero la fuerza del hombre se fue esfumando.

Se cayó de espaldas, con la boca abierta. Podía tener veinte años. Esa barba espesa era probablemente su posesión más orgullosa. Se llevó una mano al pecho y se la miró, ensangrentada. Miró a Luke, articuló algo y luego murió.

Luke recogió el rifle del hombre, un viejo AK-47. Revisó la munición, comprobando que estaba cargado. Eso fue un pequeño regalo. El niño debería haber disparado, en lugar de arremeter de esa manera. Luke sacudió la cabeza, él se lo perdió.

De todos modos, Luke volvió a centrarse en el asunto.

—Elizabeth, tengo que moverte, te voy a esconder en alguna parte.

Ella sacudió su cabeza. —No, no me voy a ninguna parte, debería quedarme aquí contigo.

—Va a haber un tiroteo aquí en cualquier momento y, si eso sucede, te van a disparar. No una vez, sino muchas veces. Necesito trasladarte a un lugar seguro, para poder luchar para protegerte. Será más fácil para mí hacerlo y mucho más seguro para ti, si no estás cerca de mí.

Ella lo miró con ojos como platos. —¿A dónde iré?

Sacudió la cabeza. —No lo sé, encontraremos un lugar.

En algún lugar a su izquierda, Ed lanzó otra granada con el M-79.

¡Doonk!

Luke miró su reloj. 19:35.

Había sido un largo día. Iba a ser una noche larga.

¡BUUUM!

La granada de Ed golpeó en algún lugar detrás de Luke.

Un hombre comenzó a chillar. Sonaba casi como una sirena.

Había un incendio a la izquierda de Luke, donde el helicóptero

debió haberse estrellado, pero no quería pensar en eso ahora.

Le tendió una mano a Elizabeth. Ella la cogió y él la ayudó a levantarse.

Luke tenía una idea y llevó a Elizabeth hasta los acantilados, que sólo estaban otros cincuenta metros más adelante. A veces los acantilados eran totalmente escarpados, a veces no lo eran. Miró por encima del borde, había una larga caída.

Pero justo debajo, tal vez doce metros más abajo y hacia la izquierda, había una cornisa estrecha, de varios metros de largo. Un árbol atrofiado sobresalía de la pared allí. Su sistema radicular estaba expuesto, grueso y nudoso.

—Elizabeth, voy a necesitar que seas valiente. Has sido muy valiente hasta ahora, pero tendrás que serlo aún más, tanto como siempre lo has sido. ¿Puedes hacer esto por mí?

—No lo sé, —dijo ella. —¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que deslizarte hacia esa cornisa, agarrar con fuerza el tronco del árbol y esperar. Yo te ayudaré a bajar hasta allí.

Elizabeth miró hacia la cornisa. Luke pudo ver lo que estaba mirando. Justo detrás de la cornisa, los acantilados caían desde una altura vertiginosa. Estaba oscuro ahora, pero la verdad era lo suficientemente clara. La caída desde aquí sería interminable.

—Oh, Dios mío—, dijo Elizabeth.

* * *

Luke se agachó y se acercó a una colina de piedra a treinta metros de la cara del acantilado. Se cubrió y apuntó con su arma hacia los malos.

Dos hombres se movían lentamente a través de las rocas, empuñando sus armas, dando pasos cuidadosos. Sus cabezas de movían de un lado a otro, buscando a la niña, buscando al enemigo.

Luke les disparó, los mató a los dos.

Un instante después, un cohete salió chillando de la noche.

Luke se agachó y se alejó justo antes de que el cohete golpeara su colina.

¡BAM!

El sonido fue más que ensordecedor. Sus orejas retumbaron. Se quedó sordo por un largo momento. Fragmentos de piedra volaron en el aire y cayeron sobre él.

¡Doonk!

Desde algún lugar a la izquierda, Ed les había disparado.

¡BUUUM!

El fuego de las ametralladoras azotó el lugar donde había estado el cañón del arma de Ed. Por suerte, Ed ya no estaba allí.

Y así iba, ojo por ojo.

Luke se arrastró hacia adelante, como un gusano y le disparó a otro miembro de Al Qaeda en la cabeza.

Desde algún lugar delante de él, se lanzó una bengala. Luke estaba en silencio. La milicia iba a sondear con esa bengala y ver si podían localizar la ubicación de Ed o la de Luke. En el breve resplandor del lanzamiento, Luke creyó ver tal vez a una docena de hombres agazapados junto a un bajo muro de piedra.

La bengala comenzó su lento ascenso, iluminando la noche.

Un instante después, una línea de bombas cayó de algún lugar en el cielo. Llegaron haciendo ruido, una lluvia violenta, invisible, golpeando el lugar donde acababa de subir la bengala.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Cien metros de fuego y furia, un campo de muerte, convirtieron brevemente la noche en día. Las explosiones hicieron eco a través de las montañas y de vuelta. Como consecuencia, se produjo un crepitar de llamas cuando algo se incendió, posiblemente un pequeño edificio y posiblemente los cuerpos de quienquiera que acababa de posicionarse allí.

Ataque con drones. Fantástico.

Pasaron las horas.

En la primera luz sombría, justo antes del amanecer, un escuadrón de Marines de los Estados Unidos apareció como fantasmas saliendo de la niebla. Se movían con cuidado a través del terreno rocoso.

Luke se agachó detrás de la colina de nuevo. Así era como la gente recibía un disparo por accidente.

—¡Americanos! —gritó él. —¡Hay americanos por aquí!

Luke tiró el rifle. Los escuchó correr hacia él. Mantuvo sus manos vacías en el aire, donde todos pudieran verlas. Dos marines con cascos rodearon la colina, con los rifles apuntando a Luke.

—¡Soy americano! —gritó de nuevo.

—¡No te muevas!

Los marines le apuntaron, le hicieron darse la vuelta sobre su estómago y comenzaron a cachearlo. Le plantaron un pie pesado en su espalda. El cañón de una pistola estaba en su cuello. Unas manos ásperas vagaban por su cuerpo.

—Agente Luke Stone, —dijo. —Equipo de Respuesta Especial del FBI. La hija del Presidente está a treinta o cuarenta metros de aquí, en una cornisa que cuelga del acantilado, lleva un mono naranja brillante, no le disparéis.

Por el rabillo del ojo, vio pasar a más Marines.

—Tío, me alegro de veros, chicos.

* * *

Ed Newsam se abrió paso a través de las rocas irregulares.

Estaba cansado, sucio y lleno de arañazos.

Si alzaba la vista, el paisaje del amanecer a través de la cordillera era asombroso. Si miraba hacia abajo, la vista también era asombrosa, a su manera. Decenas de combatientes terroristas estaban esparcidos por el suelo. Eran delgados, con barbas espesas, llevaban turbantes en la cabeza. Unos pocos estaban vivos y se movían, pero la mayoría estaban muertos.

Muchos ojos estaban abiertos, mirando sin ver nada.

No le importaban estos hombres. Tenían una mirada inconfundible, eran soldados de a pie. Ed tenía una cita con alguien más.

Más adelante, un hombre estaba sentado en el suelo duro y polvoriento. Era uno de los pocos que no tenía lesiones graves. Se sentaba con las piernas cruzadas. Los Marines le habían atado las muñecas a la espalda.

—Tú, —dijo Ed.

El chico miró hacia arriba. Sus ojos estaban agotados, no le quedaban fuerzas para pelear.

—¿Dónde está tu líder? —dijo Ed.

El chico lo miró fijamente, sus ojos redondos y preocupados. Sacudió la cabeza.

—*¿Ayn hu zaeim?* —ladró Ed.

Ed sabía un poco de árabe. Las palabras eran correctas, la gramática y la sintaxis podrían irse al infierno. El hombre en el suelo lo entendió bastante bien. La luz surgió en sus ojos. Tuvo cuidado de no decir en alto la respuesta. En silencio, hizo un gesto hacia su izquierda con la cabeza, un movimiento tan sutil que casi no se podía calificar como movimiento.

Allá, quizá a unos veinte metros, había otro hombre en el suelo. Este hombre también había sido esposado y estaba recostado contra algunas rocas. Tenía una lesión en la pierna, que los Marines habían tenido la amabilidad de curarle. La pernera derecha del pantalón estaba cortada por debajo del muslo y la pierna estaba envuelta en un vendaje ensangrentado.

Ed se acercó a él.

El hombre miró a Ed. Tenía el pelo negro azabache y una cara bonita. Sus ojos eran duros y no mostraban miedo. Oh, bueno, había muchos tipos duros en una zona de guerra.

—¿Hablas inglés? —dijo Ed.

El hombre asintió. —Un poco.

—¿Quién eres tú?

El hombre sonrió. —¿Quién eres tú?

Ed se agachó y rasgó la manga derecha de la camisa del hombre. Allí, en el hombro, había un tatuaje de una luna creciente y una estrella, el símbolo del mundo musulmán. El hombre lo miró como si lo viera por primera vez.

¿Cómo había llegado eso ahí?

Al instante, se dio cuenta de su error. La única característica que se identificaba en el video era ese tatuaje.

Ed sacó su arma. Apuntó a la cabeza del hombre. Aun así, el hombre no mostró miedo. En todo caso, su sonrisa se ensanchó.

—Debería haberla destripado como a un cerdo, —dijo.

¡BANG!

El disparo resonó, haciendo eco en las escarpadas laderas.

El cuerpo del hombre se desplomó en el suelo pedregoso. Un halo de sangre comenzó a extenderse alrededor de su cabeza, atravesada por una bala.

—Sí, —dijo Ed. —Lo que tú digas.

* * *

Un Halcón Negro se cernía sobre sus cabezas, con su cesta bajada hasta el suelo.

En la distancia cercana, tres helicópteros de combate Apache patrullaban los cielos, moviéndose en círculos lentamente. Más lejos había más de ellos. De hecho, el cielo estaba negro de helicópteros americanos. Luke comenzó a contarlos, pero se detuvo a los quince, porque había muchos más.

Si todavía había militantes de Al Qaeda vivos en esta montaña, o en algún lugar cercano, no iban a desafiar a esos helicópteros.

—Gracias por salvarme la vida, —dijo Elizabeth Barrett.

Ella estaba de pie frente a Luke. Era una cabeza más baja que él.

—Está bien, sólo estaba haciendo mi trabajo. Eso es todo lo que cualquiera de estas personas estaba haciendo.

Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Luke Stone, —dijo. Pensó en quién era y cómo expresarlo. Ya no era un soldado, un comando, un operador especial.

—Soy un agente del FBI.

Ella asintió. —Stone. Voy a hablarle a mi padre sobre ti.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la cesta del helicóptero, dos Marines la ayudaron. La habrían llevado en brazos, pero ella insistió en caminar. Sus pies ensangrentados estaban envueltos en gruesas vendas. Sus manos estaban desgarradas, con bastante mal aspecto, pero caminaba con la espalda recta y la cabeza levantada.

Era una guerrera.

Desde la colina baja donde estaba, Luke también podía ver los restos del Little Bird. Parecía una especie de escultura de arte moderno. El equipo de aterrizaje se había doblado en el impacto, dejando que el helicóptero cayera hacia un lado. Una hélice del rotor se había incrustado en el suelo, su opuesta sobresalía, apuntando hacia el cielo. Y todo el helicóptero se había quemado. Su estructura quemada daba la impresión de un cráneo humano.

Jacob y Rachel estaban de pie no muy lejos, mirando los restos. De alguna manera habían salido. Ese había sido un muy buen desempeño, aunque él no lo llamaría una sorpresa. Esos dos habían sobrevivido juntos al combate durante mucho tiempo.

Ed Newsam cruzó la colina, la M-79 sobre su hombro. Había ido a su cita con el hombre del video.

—¿Lo has encontrado? —dijo Luke.

Ed se encogió de hombros. —Creo que sí.

—Bueno, todavía puedes intentar golpearme, si quieres.

Una luz se encendió en los ojos de Ed. Era como si se hubiera

olvidado de eso y se alegrara de que alguien se lo hubiera recordado. Miró a Luke, entrecerró los ojos y sonrió.

—Nah, —dijo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

9 de mayo

8:35 Hora Árabe (0:35 Hora del Este)

Embajada de los Estados Unidos en Irak (también conocida como el Palacio Republicano)

Zona Internacional (también conocida como la Zona Verde)

Distrito de Karkh

Bagdad, Irak

—Cada una de las veces, —dijo Ed Newsam.

Cuatro hombres estaban en una habitación redondeada de piedra pulida. Por mucho que hablaran un poco por encima de un susurro, sus voces parecían hacer eco en las paredes. Papá Bill Cronin estaba allí, con pantalones de traje, tirantes y una camisa con las mangas enrolladas hasta los antebrazos. Mark Swann estaba allí, con vaqueros y una camiseta, con una cola de caballo apretada en la cabeza. Ed y Luke estaban allí, todavía sucios, con la ropa arrugada y desgastada por el combate.

Tanto Ed como Luke eran como el personaje de *Pig Pen* de los viejos dibujos animados de *Snoopy*. Habían estado revolcándose por colinas de tierra.

Papá Cronin miró a Luke.

—¿Sí? —dijo.

Luke asintió. —Así me lo pareció. Cada vez que íbamos a algún lugar, sabían que veníamos. A ese tipo del SAS, lo hicieron picadillo... Pero esos eran sus propios muchachos, no creo que él...

Sacudió la cabeza.

Papá Cronin asintió. —Sí, ha estado actuando un poco raro los últimos meses. No pondría la mano en el fuego por nadie. Hay una tentación continua por aquí, hay mucho dinero flotando en el aire, tú

lo has visto.

Nadie dijo una palabra, pero todos hablaban del mismo hombre: Montgomery.

—Ahora le han enviado de regreso a casa, —dijo Ed. —Está fuera de nuestro alcance y no hay evidencia de que haya hecho nada. ¿Qué se supone que debemos hacer?

De repente, la puerta se abrió con un golpe. La persona detrás de la puerta ni siquiera se molestó en llamar.

Era Trudy.

—Luke, te he estado buscando por todas partes. Acabo de hablar por teléfono con Don Morris. Tu mujer rompió aguas hace treinta minutos. Don ha enviado el helicóptero SRT a tu casa para recogerla y llevarla a Fairfax. Pueden aterrizar en el hospital. Dice que deberías volver a casa ahora mismo, a lo mejor tienes suerte. A veces el primer parto lleva...

Luke ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

—Oh, tío, son quince horas en el aire y hay una parada en Alemania. No voy a...

—Hay un avión del Departamento de Estado en el aeropuerto de Bagdad que te está esperando. Vuelo directo a Washington DC.

Luke casi había traspasado ya la puerta. Miró de nuevo a Papá Cronin.

—¿Qué pasa con…?

Papá Cronin negó con la cabeza y le hizo un gesto a Luke para que siguiera caminando. —¿Monty? No te preocupes por eso, yo hablaré con él.

Luke miró a Ed y a Swann.

—Nos vemos, chicos.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

6:05 Hora del Este

Camp David

Parque Catoctin Mountain

Thurmont, Maryland

—Es un día precioso.

Lawrence Keller caminaba por el sendero silencioso y boscoso con David Barrett a la primera luz del día. El cielo era azul pálido, con tonos rosa y amarillo por donde el sol estaba saliendo. Había una ligera sensación de frío en el aire, que pronto se volvería cálida. El día estaba tomando forma para ser muy agradable. En algún lugar, un cuervo graznó y más lejos, otro respondió.

Desde los días de Franklin Delano Roosevelt, los presidentes habían usado esto como un refugio en el campo y como un lugar para albergar dignatarios extranjeros en un ambiente relajado, y Keller podía ver por qué.

Pensó que sería como un poema de Robert Frost, si no fuera por los seis grandes hombres del Servicio Secreto desplegados detrás de ellos, frente a ellos y a los lados. Los hombres murmuraban por sus micrófonos en el cuello mientras avanzaban. Sus voces podrían haber sido el sonido de una pequeña corriente.

David Barrett caminaba lenta y pensativamente.

—Nunca olvidaré lo que has hecho, Lawrence.

Lo dijo con bastante amabilidad. Pero dejó ahí el comentario y a Keller preguntándose sobre qué significaba eso. Era extraño caminar en la naturaleza de esta manera y hacer que el Presidente dejara caer un misterioso *koan* zen sobre él.

¿Qué había hecho, a ojos de David Barrett? ¿Había tomado el control durante una situación difícil, cuando Barrett estaba claramente fuera de control? ¿Había dejado a Barrett al margen hasta que su hija estuviera a salvo y él pudiera recuperarse? ¿Había disuadido un intento claramente erróneo de comenzar la Tercera Guerra Mundial?

¿O era que había traicionado a David, grabándolo en el Despacho Oval durante sus momentos más vulnerables y luego había usado esa cinta contra él?

Keller había hecho todas esas cosas. Pero, ¿qué pensaba Barrett que había hecho?

—¿Cuáles son tus planes, David? —dijo Keller.

Barrett respiró hondo. —Este es el día más feliz de mi vida, así que, en primer lugar, lo voy a disfrutar. Voy a dar gracias a Dios por mis muchas bendiciones y hacer un balance de lo que depara el futuro. Han llevado a Elizabeth a un hospital en Alemania y todavía está de camino hacia allí, pero todos me aseguran que se está recuperando bien. Más tarde, esta mañana, Marilynn, Caitlynn y yo cogeremos un vuelo para estar con ella. Será una reunión familiar de narices.

Se detuvo y miró a Keller. —¿Es eso a lo que te referías?

Keller se encogió de hombros. —Por supuesto. Eso, ¿y cuándo crees que volverás al trabajo? Eres el Presidente de los Estados Unidos, después de todo. El país te necesita, no estoy realmente seguro de que Mark Baylor esté hecho para este trabajo.

Había un brillo malicioso en los ojos de Barrett cuando empezó a caminar de nuevo. —Algunas personas están destinadas a ser el Presidente y otras a ser el Vicepresidente, —dijo.

—Yo no podría haberlo expresado mejor, —dijo Keller.

—Creo que me quedaré unos días en Alemania, hasta que Elizabeth esté lista para volver a casa. Luego pasaré un par de días más aquí, en Camp David, con toda la familia. Es probable que mi madre y mi padre también vengan y se queden.

—Eso es estupendo.

—Así que estaré fuera de servicio una semana, más o menos. Hablé con Mark ayer bien pasada la noche y está dispuesto a llevar las riendas un poco más.

—Bien, —dijo Keller. —Y yo estaré allí para supervisarlo.

Barrett se encogió de hombros. —Bueno, por eso lo menciono. A Mark le gustaría que te trasladaras a Asuntos Legislativos, de momento. Piensa que eres un poco impetuoso y tiene su propio Jefe del Estado Mayor, como sabes. Le preocupa que tenerte cerca interfiera en la relación con su hombre y le di mi aprobación.

Keller asintió. —Ya veo. De acuerdo.

—Sí, seré sincero contigo, Lawrence. He estado viendo un movimiento parecido desde hace algún tiempo. ¿Cómo estás tú? Quiero decir, pareces un poco quemado de mí, como si ya no disfrutaras con esto. He estado preocupado por ti, e iba a hacer algo al respecto, pero entonces sucedió todo este problema con Elizabeth.

Keller sintió que su corazón se aceleraba. Un rubor comenzó a arrastrarse por su cuello.

—Me siento bien, mejor que nunca, de verdad.

Barrett continuó como si Keller no hubiera hablado. —¿Conoces a Kathy Grumman del Departamento de Estado? Es un verdadero látigo. Voy a traerla, para organizar un poco las cosas.

—¿Como Jefa del Estado Mayor? —dijo Keller.

Barrett asintió. —Piensa en Asuntos Legislativos como un movimiento lateral, Lawrence. Seguirás teniendo el mismo salario que ahora, con los mismos beneficios. Y el horario será mejor. Es regular, de nueve a cinco la mayor parte del tiempo, a menos que estemos en proceso de aprobar un proyecto de ley. Voy a necesitar que acompañes a algunos de nuestros reticentes amigos de la Casa. Informarás a Mike Donovan. ¿Conoces a Mike? Lleva una década trabajando en el Congreso.

—¿Voy a informar... a Mike?

Lawrence Keller nunca había conocido a Mike Donovan, pero sabía quién era. Tenía alrededor de treinta y siete años, el hijo del odioso, bulboso y alcohólico ex congresista de Massachusetts, Mickey Donovan.

Mike Donovan era un idiota de colegio privado. Había entrado en su trabajo gracias al nepotismo. Y era quince años más joven que Lawrence Keller.

Barrett asintió con entusiasmo. —Sí, Mike es el Director de Asuntos Legislativos. Me gusta, tú serás su Subdirector.

Caminaron por el sendero en silencio por un momento.

—¿Qué opinas? —dijo Barrett.

¿Qué opinaba él?

Lawrence Keller pensó que sólo una cosa era segura: NO iba a trabajar para Mike Donovan en Asuntos Legislativos. Si David Barrett quería expulsar a Keller, porque había grabado una conversación del Despacho Oval, que lo hiciera. Pero sería mejor que cuidara sus espaldas. Keller no había llegado hasta donde estaba por nepotismo, se había abierto camino hasta allí. Y le arrancaría los ojos a David Barrett.

—¿Qué opino? Creo que tu hija Elizabeth es una joven muy irresponsable, que causó la muerte innecesaria de decenas de personas y que casi provoca una guerra mundial.

* * *

Perfecto.

David Barrett estaba sintiendo tal oleada de alegría que ni siquiera su reunión por la mañana temprano con Lawrence Keller podía hacer que se rebajara a su nivel. Keller era un problema, eso era cierto. Ya no era digno de su confianza. Aparentemente, había tenido un arrebato durante las deliberaciones en el Gabinete de Crisis y le había gritado a un general.

A Lawrence Keller le quedaba grande el puesto. Corto de mente, iracundo, inculto, eso era Keller en pocas palabras. Lo había desterrado a Asuntos Legislativos por ahora, pero casi con toda seguridad intentaría recuperar su puesto de relevancia. David tendría que vigilarlo.

No importaba, Elizabeth estaba viva, los pájaros cantaban y David era el Presidente de Estados Unidos. Todo iba bien en el mundo.

Olvídate de Keller.

La siguiente reunión era la que realmente estaba esperando. Se sentó en la gran sala rústica de la casa principal, salpicada por el sol. Cuando era un niño, se quedaba mirando fijamente las fotografías de las revistas de Dwight Eisenhower y Jack Kennedy, recibiendo a jefes de estado extranjeros en esta misma sala y pensaba:

—Ese voy a ser yo algún día.

Increíble. Sacudió la cabeza ante tal maravilla.

Su invitado entró y David se levantó para recibirle. David era un poco más alto que el hombre, pero no importaba. El invitado era tan impresionante físicamente, que David casi se sentía empequeñecido en su presencia. El hombre era ancho y musculoso. Sus ojos eran agudos, inteligentes y conscientes, en un rostro que parecía haber sido tallado en granito. Su cuerpo parecía irradiar electricidad. Parecía un hombre que nunca dormía y que nunca necesitaba dormir. Las únicas concesiones que había hecho al tiempo eran el gris en el corte de pelo y las patas de gallo alrededor de sus ojos.

Era Don Morris, condecorado veterano de muchas guerras, pionero del concepto mismo de operaciones militares especiales y Director del nuevo Equipo de Respuesta Especial del FBI, cuyos agentes habían salvado la vida de Elizabeth.

Llevaba pantalones y chaqueta oscuros. Su camisa azul claro estaba abierta por el cuello. Se estaba reuniendo con el Presidente de Estados Unidos, ¡y se había vestido de manera informal! Era perfecto, el hombre era una leyenda.

—Señor Presidente, —dijo, extendiendo una mano. —Es un honor conocerle, señor.

Barrett estrechó la mano de Morris. Notó que el apretón de manos de Morris era firme, pero no demasiado. Tenía la sensación de que el hombre estaba reprimiendo una fuerza tremenda, con la que podría aplastar la mano de David Barrett.

Barrett negó con la cabeza. —Ah, Don. Llámame David, por favor. ¿No te vas a sentar? ¿Qué podemos ofrecerte? Lo que quieras. ¿Agua, un refresco, cerveza? Sé que es temprano, pero si quieres tomar algo, puedes hacerlo. Podemos hacer que nos preparen el almuerzo.

Morris negó con la cabeza. —No, señor. Estoy bien, gracias. Es muy amable por su parte.

Ambos se sentaron.

—Sé que hablamos una vez, ¿no?

Don asintió. —Sí, señor. Hablamos brevemente por teléfono hace

apenas unas semanas.

—Estupendo, —dijo David. —Me acuerdo de eso. —se sintió estúpido. Estos cumplidos no eran en absoluto lo que él quería hacer salir de su boca.

—Quiero decirte lo agradecido que estoy, lo agradecidos que están mi esposa y nuestros padres. Creo que somos la familia más agradecida que hay en América en este momento. Tenemos una deuda contigo que nunca podremos pagar adecuadamente.

Don se encogió de hombros. —Señor, se lo agradezco, pero yo he tenido muy poco que ver con la operación que salvó a su hija. Ocurrió debido a la iniciativa y francamente, el valor mostrado por nuestros agentes de campo Luke Stone y Edward Newsam. Y recibieron una gran ayuda de nuestro equipo de inteligencia, de un agente encubierto de la CIA, que será mejor que no diga su nombre, excelentes pilotos de helicópteros y docenas de tropas terrestres. Mucha gente hizo esto posible.

—Lo sé, lo sé, —dijo David Barrett. —La gente que hace estos trabajos tan peligrosos es maravillosa. Pero te lo diré, estoy fascinado por la carrera profesional que has desarrollado y el trabajo que haces. Estoy muy emocionado de que hayas empezado con esta nueva agencia y quiero conocer a tu equipo. Lo mejor de lo mejor, ¿no es eso lo que me dijiste? ¿Como unas Fuerzas Delta civiles?

Morris asintió. —Eso es exactamente lo que dije, tiene una memoria excelente.

—Bueno, Don, espero que podamos trabajar todos juntos para seguir adelante.

Don Morris sonrió.

—Eso me gustaría, señor. Yo también espero que podamos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

16:30 Hora Británica (11:30 Hora del Este)

Calle Portobello Road

Notting Hill

Londres, Inglaterra

Era hora de irse.

Andrew Montgomery salió de su casa adosada de estilo victoriano, cargando con dos maletas. No había ropa en ellas, su ropa ya estaba en el coche. No, las maletas no tenían más que dinero en efectivo y, además, mucho.

Había aprovechado bien su tiempo en Irak.

Al principio, había sido sospechoso de la muerte de ese muchacho del Servicio Aéreo Especial. Pero ahora que resultaba que el hombre era un héroe, que no había muerto en vano, sino que había sido fundamental para ayudar a descubrir la ubicación de la hija del Presidente de EE.UU... Bueno, los vientos soplaban un poco a favor de Monty.

Aun así, había cosas peores por las que preocuparse, que los contratiempos en su carrera. Bill Cronin lo había llamado hoy tres veces desde Bagdad, esperando poder hablar sobre la operación. La voz de Bill tenía un tono divertido, un tono que a Monty no le gustaba. Monty sabía que su pequeña colaboración de espionaje con el agente de la CIA, Bill Cronin, podría estar llegando a su conclusión.

Nunca habían sido amigos, él y Papá Cronin y las relaciones laborales por fin habían terminado. Triste, en verdad, pero formaba parte de la vida.

Monty colocó las maletas en el maletero de su viejo Porsche 911 Targa, junto a dos maletas idénticas, también planas, cuatro en total. Puso sus bolsas de ropa y sus raquetas de bádminton encima de las maletas, ocultándolas. No serviría de nada ante un registro, por supuesto, pero ¿quién iba a registrar su coche? Nadie sospechaba nada

de él, ni deberían.

Bill Cronin lo estaba llamando, por supuesto, incluso se podría decir que lo acosaba, pero eso no significa nada. Probablemente, Bill sólo quería atar algunos cabos sueltos. Podía llegar a ser bastante agresivo, a su manera.

Desgraciadamente, Monty no estaba disponible. Se estaba yendo ahora mismo, para hacer una escapada de unos días a su casa de campo en la costa de Gales, cerca de Caernarfon. Había un teléfono en la casa, pero Monty había sido muy cuidadoso a la hora de compartir ese número.

No, Monty era inaccesible por el momento. De hecho, estaba pensando en alargar el tiempo de la escapada. Un período en el extranjero, tal vez en algún lugar anónimo y lejano, podría ser lo que le había mandado el médico, después de tanto tiempo en zonas de guerra.

¿Las islas Seychelles? Tal vez.

¿El Pacífico Sur?

¿La costa de Nicaragua?

Era difícil imaginar un lugar en la Tierra donde Papá Cronin no pudiera encontrarlo.

Pero no era porque estuviera huyendo, ¿verdad? No, claro que no. Papá Cronin podría tener algunas preguntas, pero eran fáciles de responder.

Monty cerró de golpe el maletero y se deslizó detrás del volante. Era una hermosa cabina para un automóvil, ya no los hacían así. Sentía como si estuviera pilotando un avión. Este era su coche favorito, uno de los mejores que había tenido.

Giró el contacto de la llave, pero parecía que le pasaba algo al motor de arranque. Era un coche viejo y estas cosas podrían ser complicadas.

Volvió a girar la llave y le dio un poco de gas.

Una chispa se encendió bajo su pie y luego las llamas se dispararon hacia arriba.

Él lo presintió, incluso antes de saber qué era. Alcanzó a abrir la puerta del coche y salir antes de...

¡Ga-BUUUM!

El suelo tembló.

Alguien gritó.

Los viandantes de por la tarde en la pintoresca calle Portobello Road, en el moderno barrio de Notting Hill de Londres, se tiraron al suelo y buscaron refugio en las tiendas cuando explotó un Porsche 911 cuidadosamente restaurado. Una bola de humo negro y una llamarada naranja se elevaron hacia el cielo. Un momento después, el fuego llegó al depósito de gasolina y se produjo una segunda explosión.

—¡Ayuda! —gritó una joven. ¡Hay un hombre! ¡He visto a un hombre!

La gente corrió hacia el lugar de la explosión, pero nadie se acercó demasiado. Las llamas crepitaban. El fuego se estaba extendiendo, era intenso.

—¡Hay un hombre dentro de ese coche!

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

16:55 Hora del Este

Centro de Maternidad del Hospital Inova para Mujeres

Hospital Inova de Fairfax

Woodburn, Virginia

—Está bien, Rebecca, —dijo la doctora, una mujer de unos cincuenta años. —Creo que ya está aquí. Una última vez. Dame uno grande ¡Empuja!

Becca gritó con un fuerte y ruidoso gemido.

Su mano estaba aplastando la de Luke.

—Oh, Dios, Luke, ¡te quiero mucho!

—Yo también te quiero, cariño, lo estás haciendo genial.

Luke, que llevaba puesta una bata quirúrgica, una mascarilla y unos guantes, como los médicos y enfermeras, se quedó mirándola. Había recorrido medio mundo para esto. Apenas había dormido en el avión. Nunca se imaginó que llegaría a tiempo a este quirófano, pero de alguna manera lo consiguió. Apenas se mantenía en pie.

Gracias a Dios por un gran trabajo.

Colocó su cabeza justo al lado de la de ella, que estaba sudando, roja y dolorida. Era exquisita.

—Lo estás haciendo muy bien, estoy muy orgulloso de ti.

Cada palabra que le decía era verdad. Estaba asombrado por lo que el cuerpo de Becca podía hacer y la fuerza que mostraba. Nunca había estado más guapa o poderosa. Luke había visto muchas cosas a lo largo de su vida, pero nunca había visto algo *así.*

Vio una pequeña mancha de pelo rubio que se abría paso. El bebé estaba empezando a asomar la cabeza.

No voy a enloquecer. No voy a enloquecer.

—Uno más, Rebecca. Uno más grande, venga. ¡Empuja!

—¡Ahhhnnnhh!

Ella le aplastó la mano de nuevo.

Lo que había pensado que era la coronilla era la punta más pequeña de la punta del iceberg. La cabeza estaba emergiendo, como en el momento en que una burbuja gigante sobrecalentada sube a la superficie de un géiser. La cabeza era fuerte, enorme. No podía ser, algo tenía que estar yendo mal. Era como si una bala de cañón pasara a través de una pajita.

—¿Es eso…?

Apenas podía hablar. Apenas podía respirar.

—Uno más. ¡Empuja!

De repente, el niño salió, pero estaba azul. El niño era azul.

¿Está vivo? ¿Por qué está azul?

La enfermera estaba limpiando la secreción como si nada fuera mal.

—Soldado.

El bebé comenzó a llorar, estaba vivo. Dios mío, el bebé estaba *vivo*.

Alguien puso un par de tijeras en su mano y la guió al lugar donde debía cortar el cordón umbilical. Y así lo hizo. Hizo su trabajo como un buen soldado. El bebé estaba llorando.

Estaba envuelto en una manta. Alguien puso al bebé en sus brazos, sólo un segundo. Luke estaba aterrorizado, nunca se había sentido más vulnerable. Luego se llevaron al niño y lo colocaron sobre el pecho de Becca. Sus ojos estaban cerrados y respiraba profundamente, con el bebé encima de ella. Luke se enamoró de ella una vez más, pero esta vez de una manera diferente, sin poder describir el sentimiento.

De alguna manera, él estaba en el pasillo. Se había quitado los guantes y la mascarilla, pero todavía llevaba la bata.

Una enfermera le puso una mano en el hombro. —Buen trabajo, señor Stone.

—Gracias, no ha sido nada.

Miró por la gran ventana hacia los terrenos del hospital. Era de día y, por alguna razón, eso le sorprendió.

Pensamientos extraños pasaron por su cabeza, un enredo de pensamientos inconexos. A veces, las cosas no parecían tener ningún sentido. Él era un asesino, lo sabía. Había matado a mucha gente, incluso en los últimos días. El mundo a menudo parecía un lugar horrible y, sin embargo, había presenciado un milagro.

Pensó en una breve conversación que había tenido con Don Morris, ¿cuándo? ¿Tal vez hacía una hora? Don lo había felicitado por la misión, le había deseado suerte en la sala de partos y le había dicho que estaba seguro de que iba a ser fácil.

—¡Es facilísimo! —dijo Don. —Lo he hecho tres veces.

Entonces Don le dijo que el éxito de la misión había hecho que su equipo estuviera en la cresta de la ola. Se había reunido con el Presidente esa mañana. Estaba encantado, había más misiones listas para llevarse a cabo, tan pronto como Luke y Ed estuvieran listos.

Luke no sabía si alguna vez estaría listo de nuevo. La idea de volver allí... Pero no se lo dijo a Don.

Luke quería más milagros, como el que acababa de presenciar. Eso es de lo que se dio cuenta. Quería esta vida, con esta mujer y este niño pequeño. Tal vez había más milagros por descubrir. Y tal vez había otra cosa que pudiera hacer para ganarse la vida.

Sacudió la cabeza. Ni siquiera importaba, la familia de Becca era rica. Esa era la verdad, se sobreentendía pero, por alguna razón, nunca hablaron de ello. Luke probablemente no necesitaba trabajar, probablemente no necesitaba arriesgar su vida, o matar a nadie, nunca más. En cualquier caso, no por dinero.

Pero, en primer lugar, nunca lo había hecho por dinero.

¿Por qué?

Esa era la pregunta que hoy le rondaba la mente.

No. No por qué lo hacía, sino…

¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué todo estaba aquí? ¿Por qué había algo en lugar de nada? ¿Por qué había una mujer fuerte y hermosa en esa habitación y un bebé recién nacido, en lugar de ninguna mujer, ningún niño, ni nada más?

La vida era un misterio. ¿Cuál era la razón?

—Amor, —dijo, sorprendiéndose con la respuesta. —Es el amor.

Asintió en silencio. Miró a su alrededor para ver si alguien lo había oído, pero aquí no había nadie, el pasillo estaba vacío.

—Amor, —dijo de nuevo, más fuerte esta vez.